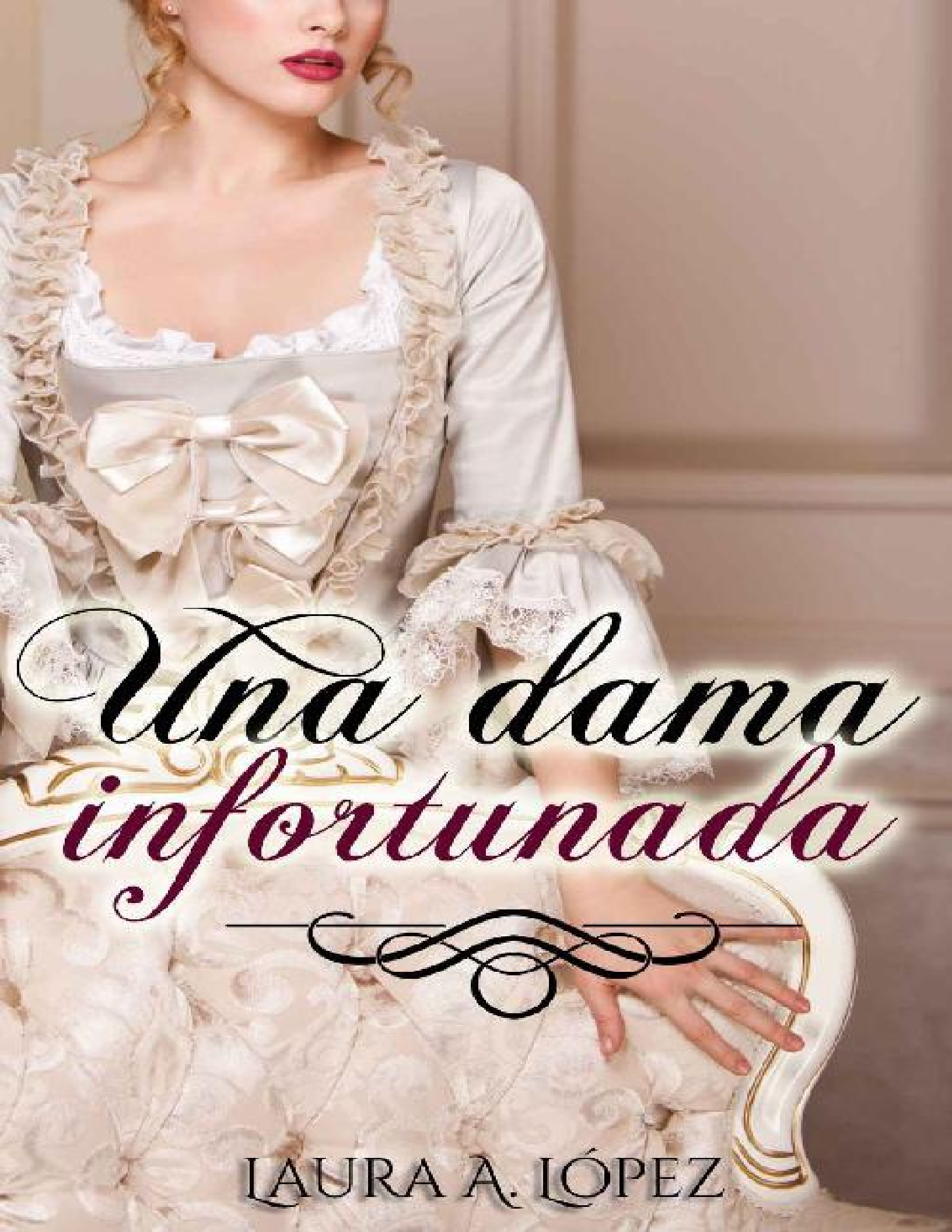

Una dama
infortunada
LAURA A. LÓPEZ

Una dama
Infortunada

Capítulo 1

París, Francia

Lady Poppy FitzRoy era la única hija del viudo duque de Grafton, quien raramente recordaba que su hija anduviera por ahí. Poppy había crecido sola, amada por la servidumbre y temida por el resto.

Lo más cercano que conocía de una familia era su primo Thomas, marqués de Dorset. Él no era el más gentil de sus familiares, pero era el único que parecía escucharla y responder, aunque fuera con monosílabos.

Después de la última noche en la que accidentalmente, empujó a Claude de Montmorency hasta que cayó por el balcón, vivía encerrada y con la culpa de ignorar lo que había pasado con él, pues su padre la alejó del escándalo.

—¿Cómo se encuentra Montmorency? —indagó nerviosa al ver a su padre que venía de la biblioteca.

—La carta de la casa Montmorency dice que aún sigue con vida. Es una suerte que tu barbarie no haya ocasionado una fatalidad, Poppy.

—¡Solo me reí de su extraordinario nombre y en un arranque de alegría no medí mis fuerzas! —justificó rápidamente.

—Era un candidato ideal. Una de las casas más prestigiosas de Francia era con la que pudiste emparentar.

—Pero si ni siquiera me agradaba.

—¡No te tiene que agradar, te tienes que casar! —gruñó su padre, subiendo las escaleras hacia la habitación.

—¡Solo un sentimiento desinteresado como el amor hará que quiera casarme! —dijo siguiéndolo.

—¡Si hubieras sido un varón y no una calamidad, todo sería diferente! —se giró a enfrentarla.

Poppy no siguió a su padre por más tiempo. Se veía aún muy enojado y no quería que en algún arranque la echara a la calle.

Bajó las escaleras para sentarse en el sillón.

—No haga caso a lo que dice su padre —habló su doncella Madeleine.

—Siempre ha deseado un varón, pero nací yo y aún sigue deseando imposibles. No me siento mal porque no me aprecie en lo más mínimo.

—Oh, y yo que quería darle unas noticias espectaculares.

—¡No juegues con mi curiosidad! —zarandeó Poppy a su doncella.

Ella le mostró una carta que tenía el sello de su primo Thomas.

—¡Es de Thomas! —lo tomó con rapidez, casi dejando sin un ojo a su doncella.

Poppy tomó la carta y encontró una invitación al matrimonio de su primo y luego leyó lo que decía un apartado en un pequeño papel.

Estimada Poppy,

Te ruego que si vienes te comportes.

Thomas.

—¡Oh, mi primo va a casarse! ¡Míralo inspirándose en una carta! —sonrió emocionada, enseñando la carta—. Es lo más largo que me ha escrito.

—Si él se casó, usted también puede hacerlo.

—Mmm... ¿Se casó por amor? No quería casarse, hasta donde yo sabía.

—No lo creo, uno no puede casarse con sí mismo —opinó su doncella al recordar lo desagradable que le resultaba el marqués y que hubiera conseguido una esposa, era algo sin precedentes—. Carece de importancia la forma, solo casarse es lo que importa.

—¿Crees que así sea? No soy la más bonita, y mucho me temo que soy la menos inteligente de todas las jóvenes casaderas. Sin importarme eso, he rechazado propuestas interesantes, pero ninguno me ha hablado de amor. Lo más romántico que me han dicho fue que mi escote era un poco más generoso que mi buen juicio. No sé cómo tomar aquello.

—Un insulto, es así como debe tomarlo. Hubiera sido un pésimo esposo quien le dijo aquello, milady.

—Tienes razón. Tal vez es momento de que deje mis sueños de casarme por amor, tendré un esposo igual que mi padre, fin de la historia —declaró Poppy, sonriente antes de levantarse como una tromba para ir a su habitación.

Poppy ignoraba los ansiosos planes de su padre por deshacerse de ella. No quería que su hija arruinara su conquista que mantenía en secreto. Una viuda con una hija un poco más joven que Poppy, era su oportunidad de tener un heredero para su título. Temía que su sobrino Thomas tomara el título haciendo desaparecer su descendencia.

Con la noticia del casamiento de su sobrino, se temía aún más la próxima llegada de su legado. Él se estaba poniendo demasiado viejo y Poppy era un estorbo muy grande para sus deseos. Siempre deseó tener un hijo, pero aquella niña era un gran impedimento en ese entonces. Era imposible casarla con un noble rico, con uno quebrado, con un burgués o con un militar, ella era insufrible, espantaba a quien fuera. No era una beldad, ella era una muchacha de rasgos comunes, ni tan fea, ni tan bonita. No podía darse el lujo de despachar a cualquiera en el nombre del amor.

Aquella ilusión absurda que ella creía era gracias a que la dejó crecer con la servidumbre, mientras él cada vez más se alejaba de ella por no ser lo que deseaba: un varón.

Muy poco la había visto desde que nació e intentaba alejarse de ella, pero a medida que Poppy se hizo más grande buscaba su compañía, dificultando por muchos motivos su búsqueda de una esposa.

En ese momento, tenía la oportunidad perfecta para deshacerse de ella, enviándola no solo al matrimonio de su primo, sino también a una larga estadía que le permitiera tener un heredero.

Fraguó el plan perfecto para quedar en libertad, al menos por una larga temporada que disfrutaría como nunca.

En la cena, Poppy comía muy contenta por la noticia de que estaba invitada al matrimonio de su primo.

—Thomas se casará —informó su padre a la joven, que dirigió sus ojos a él.

—¡Me ha invitado!

—Sí, lo sé. ¿Qué te parece pasar una temporada completa con él? Tal vez un francés no es lo que tú deseas, Poppy.

—¡¿Una temporada?! Estaría complacida de ir, ¡No puedo esperar! —exclamó levantándose de la mesa para ir y abrazar a su padre.

Con una sonrisa nerviosa y una mano dándole golpecitos a Poppy en el brazo, el duque sentía que moriría asfixiado por la efusividad de su hija.

—Calma, calma, Poppy. Primero avisa que irás a pasar una temporada con él y su nueva esposa.

—Por supuesto que lo haré y le diré a mi primo que usted quiere que él se encargue de casarme porque ha perdido las esperanzas de que encuentre un pretendiente decente en Francia...

—Tú no eres decente para los pretendientes que hay aquí, Poppy —replicó su padre. Sin embargo, Poppy no sacaba esa sonrisa tonta y emocionada de su rostro—. Termina tu cena.

—El hambre se me ha quitado por tanta emoción. Además, Thomas no sabrá que casi maté a Montmorency, no tiene porqué saberlo. Quizás la esposa nueva me ayude a conseguir un esposo con la misma técnica de cacería que utilizó ella. Debe ser muy inteligente para cazar a un hombre como mi primo.

—No me imagino las técnicas que habrá utilizado. Espero que no fuera golpearlo, porque contigo no funcionó.

—¡Oh, padre!

—¿Acaso miento? No has matado porque Dios se apiadó de todos esos jóvenes, ¿No has pensado en los quebrados?

—¡No! Un quebrado no es un hombre de verdad. No soy una tonta para no darme cuenta de eso —dijo soberbia, cruzando los brazos bajo el pecho.

—No eres tan bonita para quejarte. Tu dote es muy atractiva. ¿Cómo distinguir a un buen caballero de un sinvergüenza? —curioseó su padre, jactándose por creer que su hija no tendría nada que decir.

—Un caballero me diría que soy lo que ha estado esperando y ninguno de sus candidatos, padre, me lo ha dicho.

—Nadie espera bailar con la muerte, ¿O sí? Londres está lleno de carroñeros, hombres de nombres decentes, pero reputaciones indecentes. Tu primo tendrá un gran trabajo que hacer.

—¿No me acompañará?

—No. Thomas puede cuidar de ti, y tú sin dudas te cuidas sola.

***

Laurence O’Dunne, marqués de Salisbury tenía una temporada huyendo de sus acreedores quienes se habían apoderado de sus miles de guineas al año que producían sus tierras. Aún no alcanzaba a pagar sus deudas con prestamistas. Como un soltero empedernido que era, su última opción era casarse con una heredera. No quería dejar su vida ni a la mujer que lo mantenía oculto, pues dejarían de pasarle su pensión de viuda si descubrían que tenía una relación. Estaba enamorado de la joven condesa viuda de Lincoln. Helen era hermosa para haberse casado con un hombre tan viejo como el conde de Lincoln que falleció hacía ya un año.

—¡Miren a quién tenemos aquí! —expresó un hombre que no tenía la dentadura completa.

—¡Johnny, mi buen amigo! —exclamó nervioso Laurence al verse rodeado por John y sus matones que lo habían atrapado camino a la posada donde encontraría a su dulce amante Helen.

—Soy John, no Johnny... ¿Tienes mi dinero, O'Dunne? —preguntó haciendo que él olfateara el pestilente olor que se desprendía de su boca y sus dientes podridos.

Laurence sentía náuseas al percibirlo de tan cerca.

—Estoy por conseguir tu dinero. Falta poco para que se liberen los fondos de una de mis fincas...

—¿Cuántas veces escuché esa falacia? No me hagas pensar que deseas ir a la prisión de deudores, o tal vez, a visitar a tus padres del otro lado —insinuó con su fría arma en el mentón de

Laurence.

Tragó saliva y sintió que una gota fría escapó de su frente ante tal intimidación.

—¡John, John, es la verdad, pronto te pagaré, solo necesito unos meses más!

—¿Cuánto más?

—¡Seis meses!

—Solo estás alargando tu agonía. Te concederé ese tiempo, pero no sin antes llevarte un recuerdo de que me debes dinero...

—Créeme que recuerdo que te debo, lo tengo presente, no hace...

El hombre hizo una seña a sus matones y los mismos le propinaron una inolvidable paliza a Laurence.

—Recuerda, tienes seis meses contando desde hoy, O'Dunne.

Lo dejaron tendido en aquel callejón, no muy lejos de la posada donde se encontraría con la viuda. Hizo un gran esfuerzo por llegar y buscó la habitación donde ella lo esperaba siempre. Tocó la puerta y esperó.

—¡Oh, Dios mío, Laurence! —mencionó la mujer al verlo sangrando frente a la puerta.

—Buenas noches, cariño. Creo que esta noche no tendremos mucho que hacer —auguró cayendo del cansancio en sus brazos.

Capítulo 2

Laurence despertó en la cama de la posada. Miró a su alrededor y vio a su amante ocupándose de él.

—No creas que cuidaré de ti siempre —expuso colocando un paño mojado sobre el rostro de él.

—Quiero que cuides de mí siempre —sonrió sintiendo el dolor en las costillas.

—En algún momento me volveré a casar, con lo que tengo de pensión como viuda es muy poco.

—¿Y mi corazón no te sirve, querida?

—¿Tu corazón? Lastimosamente no. Ser mujer es difícil, Laurence y tú no tienes nada para mí. Te he prestado dinero para que no te mataran en lugar de que tú me lo dieras para que lo gastara.

—Eso demuestra tu amor por mí —continuó provocando a la mujer.

—Piensa lo que deseas, yo estoy buscando esposo y me casaré cuando lo encuentre. Tus dotes no sirven para retenerme a tu lado. Igual que yo pienso en casarme, también deberías pensar en hacerlo. Ambos tenemos la necesidad de ser mantenidos por un jugoso matrimonio.

—¿Matrimonio? Si no es contigo, será difícil.

—Entonces, prepárate para que te entierren si tienes suerte, tal vez los pescadores te encuentren flotando en el Támesis —expresó molesta.

—Un matrimonio es una pésima idea.

—¿Qué tan malo es casarte con una mujer tonta y rica? ¡Abundan en los salones, cariño!

Él comprendía a dónde quería llegar su amada Helen. Para ella era fácil arrojarlo a los brazos de otra. No importaba cuánto gozaran de la mutua compañía. Helen era ambiciosa, le gustaban el dinero y los lujos. Ella era su amante por el puro placer de estar con un hombre. Los nobles acaudalados mantenían a sus amantes, sin embargo, él no podía porque no tenía nada, era ella quien le hacía pequeños presentes.

Aquellos golpes que recibió, solo le recordaban que había tocado el fondo del abismo: estaba arruinado.

—Tengo un par de jovencitas que encajan. Es una lástima que Morgana Ross se haya casado con otro hombre tan quebrado como tú. Aquella muchacha era tan tonta que pudiste cortejarla sin mayor esfuerzo. Es una lástima que el señor Ross no tenga hijos... —rio después de limpiar el paño para pasarlo por sus otras heridas.

—Es probable que busque una esposa con dinero y poco juicio... —dijo levantando medio cuerpo de la cama para tomar a Helen del cuello con cariño —, para que me deje estar contigo.

Ella fijó sus vivaces ojos verdes en él y sonrió.

—Hasta que me case, tú eres el único, Laurence... —confesó, entregándose a un beso cariñoso, pero con sabor a sangre por las heridas de su amante.

Pese a sus heridas, no perdió el gusto de compartir la cama con Helen. El dinero que había pagado por la habitación no podía ser desperdiciado por su golpeado cuerpo y espíritu.

Observó el cabello marrón de Helen sobre las sábanas blancas y sabía que no quería casarse con otra que no fuera ella. Cada día se arrepentía de haber apostado su dinero, recurrir a prestamistas y vivir endeudado. Tardó demasiado tiempo y perdió dinero para darse cuenta que

él no era bueno apostando ni haciendo nada. Casi la totalidad de sus ingresos estaban destinados a pagar sus deudas y John solo esperaba sacarle lo último que tenía que eran sus acres productivas. Vendió desesperadamente una de sus mansiones de Bath para cubrir sus deudas y otras propiedades estaban aún empeñadas. No tenía nada para Helen y eso lo empujaba a hacer lo que ella decía: casarse con una mujer tonta y con dinero. Pero él no deseaba dejarla para otro hombre, Helen era suya.

Besó la frente de ella y salió de la posada en la madrugada. Las calles de Londres estaban desoladas, ya no podía temer a nada, lo peor le había sucedido. Nada podía empeorar, si aparecían asaltantes simplemente podían revisarlo, no tenía un solo chelín.

Su soplo de aire fresco era vender sus caballos pura sangre de crianza. Tenía muchos, sin embargo, sentía mucho afecto por ellos. Era desprendido de otras cosas, aunque no de esos caballos. Temprano en ese día le daría un tan ansiado respiro a sus bolsillos, no lo suficiente para cancelar todas sus deudas, aquello solo un excelente matrimonio lo solucionaría.

***

Poppy no podía esperar para responder a la escueta invitación de su primo y lo haría antes de dormir. Su doncella ataba cada uno de sus bucles con las telas para que las mismas no se deformaran y estuviera más impresentable que de costumbre en el desayuno con su padre.

La muchacha tarareaba algo mientras ella pensaba en qué escribirle a Thomas.

—No me agrada cuando está muy callada, lady Poppy —habló Madeleine, interrumpiéndose.

—Solo que no sé qué escribirle. Estuve pensando si es el momento de comentarle que es una pena que yo no sea su esposa.

—¡No diga esas cosas tan terribles, milady! Dios la ha librado de un matrimonio familiar desesperado.

—Lo sé. Yo sería la última e infeliz opción que tendría Thomas, pero eso no quita los besos que le he robado mientras dormía —confesó abandonando la silla que estaba frente al espejo.

—¿Ha alimentado sentimientos por ese primo suyo?

—¿Y a quién le daría algo? Estoy sola, Madeleine, si no fuera por ustedes, hubiera muerto a las horas de nacer. Juzgas duramente a mi querido primo. Él es tan bueno cuando lo desea y con quienes desea.

Madeleine rodó los ojos al escuchar a Poppy hablando maravillas de aquel hombre tan desagradable, que de manera desconocida tomó a alguna incauta, ciega y sorda como esposa.

Poppy caminó unos pocos pasos hacia su escritorio de la habitación para inspirarse. Sin embargo, antes de llegar, tropezó con su pequeña mesa de noche, pegando un grito horrorizado que despertó a todo ser durmiente en París.

—¡¿Qué ocurre, milady?! —increpó corriendo hacia ella, que se hizo un ovillo en el suelo.

—¡Mi dedo, mi dedo, creo que lo he perdido! ¡Oh, qué mala fortuna, ahora nadie querrá una esposa incompleta! —lamentó de manera escandalosa.

—¡Déjeme ver! —ordenó la doncella quitándole la media. Su ama había perdido una uña y aquel dedo estaba tan chueco que no cabía duda de que estaba roto—. ¡Voy por el doctor!

La doncella la dejó casi haciéndose rollos en el suelo.

—¿Qué le ocurre a esa atolondrada de Poppy? —preguntó el duque, ya vestido con ropa de cama.

—Milady se ha roto el dedo, excelencia...

—¡Bah! Ya era hora de que pagara por sus crímenes. Anda, ve por el médico —mandó.

Ella asintió y continuó su camino para buscar a un mozo. Después de cumplir con aquello, volvió junto a Poppy, que no paró de sorberse la nariz hasta la llegada del doctor.

El doctor que fue a verla, la atendió con cierto recelo. Era la causante del último accidente que atendió.

—Se ha roto el dedo, lo que significa, milady, que los salones no disfrutarán de su presencia por unas semanas —sonrió el doctor.

—¡¿No podré ir al matrimonio de Thomas?!

—Dudo que puedas soportar un viaje incómodo hasta Inglaterra —opinó su padre—. Es una lástima que debas quedarte.

—Una verdadera pena —lo apoyó el doctor—. Solo repose, milady. Vendré a verla en unos días. Si sigue las instrucciones, estará muy pronto recuperada.

Poppy hizo un mohín que fue seguido por un llanto que no conocía de consuelo. Había fantaseado sobre todo lo que haría en Londres, pero sus pésimas circunstancias no hacían más que retrasar lo que podía ser hallar al hombre ideal en la jungla londinense.

El duque acompañó al médico hasta la salida de la habitación.

—*Monsieur*, estas noticias serán satisfactorias para los salones de baile. Su hija es una catástrofe para la salud —comentó el hombre.

—No tiene que decirlo. La pobre tiene una enfermedad muy grave que se llama ser inoportuna, pero muy pronto se irá, no importa que ese dedo no esté totalmente sano.

Madeleine se encargó de cuidarla en su reposo. Le escribió una carta a su primo para disculparse con él por no poder asistir, conocería a su esposa mucho después del matrimonio.

Le hubiera encantado ver las circunstancias de aquel matrimonio. Sospechaba que solo una dama especial podía casarse con Thomas. No sabía si lo que motivó a su primo fue el amor o tal vez la obligación de comenzar a dar herederos a su título, pero no importaba lo que fuera, ella saciaría su curiosidad siguiendo las órdenes médicas estrictamente para ir lo más pronto posible. Al menos aquellos fueron sus planes, pues su ida a Londres se volvía a retrasar por la salud de su padre que repentinamente había decaído.

—Yo cuidaré de usted, padre —sonrió sentándose junto a él.

—Quiero que te vayas a Londres, déjame aquí, los criados cuidarán de mí —dijo molesto.

—No podría irme sabiéndolo enfermo, me quedaré para encargarme de manera particular de sus asuntos. Nadie lo atenderá mejor que su propia hija, padre.

—¿Quieres matarme, Poppy? Me estás empujando lentamente a la tumba. Thomas ya debe estar esperándote.

—Con todo esto que le ocurre, me es imposible pensar en mis necesidades o en las de mi primo. Además, pensándolo bien, sería poco agradable para una esposa recién casada que apareciera la inoportuna e infortunada prima con un pie en la soltería permanente —justificó.

—Por Dios, ¿no he sido castigado lo suficiente como para que intentes cuidarme? —bufó mirando al techo—. Haz lo que te plazca, Poppy, solo no me mates...

La muchacha en toda su inocencia, cuidó de su padre con un poco de torpeza, pero con mucho cariño. En ocasiones pensaba que su padre se comportaba así por la presión de que ella era una mujer. Si la naturaleza lo favorecía no tendría problemas para tener un matrimonio. Como hombre le hubiera tocado elegir, sin embargo, como mujer debían elegirla.

Después de varios meses de convalecencia, decidió obedecer a su ansioso padre, que la despidió desde la puerta de su casa en París.

—¡Le prometo volver con una esposo, padre! —exclamó sacando un poco el cuerpo del carruaje.

El duque negó con cabeza.

—Ya para ese entonces serás el problema de otro —pronunció antes de volver dentro de la casa.

Poppy no dejó de lamentar no haber asistido al matrimonio en Londres y era por varios motivos. En aquel lugar podían estar los caballeros que ella podía desear y que quizás vieran en ella algo especial.

El viaje a Inglaterra no la había torturado, le había parecido placentero comparado con los meses de castigo por el accidente con Montmorency.

El carruaje paró frente a la casona de su primo en su finca. Estaba emocionada al ver que la estaban esperando afuera.

Sin más soportar la felicidad, quiso salir del carruaje.

—¡Thomas! —Exclamó, pero una parte de su falda se atoró por el asiento del carruaje y la llevó para atrás haciendo que se golpeara la frente, pero rápidamente se repuso un poco adolorida —. ¡Estoy bien! —aseguró intentando acomodar su ropa y su sombrero para acercarse a ellos.

—Bienvenida, lady Poppy —la recibió Melissa con una inclinación.

Poppy estaba impresionada por la altura de la esposa de su primo, era de su altura.

—¡Mi querida prima, eres tan alta! Dios me ampare de que una mañana no despierte mirando recto y termine bajo tus pies —comentó sonriente.

—Poppy...

Ella sonrió aún más al escuchar la voz de Thomas.

—¡Tanto te extrañé, Thomas! Me hacía falta escuchar tus monosílabos. Es que eres una luz para mí que no puedo mantener la boca cerrada... —dijo abrazándose a él—. Tu rostro no ha cambiado, siempre tan galante con ese ceño fruncido y enojado.

—Pasa por favor, debes estar cansada —la invitó Melissa a pasar.

La esposa de su primo parecía ser un ángel de amabilidad. Echó un vistazo hacia ambos lados y vio animales. A ella le encantaban los animales.

—Te lo agradezco, ¿Es aquella una gallina? ¡Es hermosa! Tienen un jardín salvaje, es encantador y aquel... ¡Es una cotorra! —dijo corriendo hacia adentro de la casa, sin contener sus ánimos.

En el carruaje aún seguía Madeleine que debía bajar las pequeñas cosas de su exaltada patrona, sabía que aquel lugar sería un problema para el carácter indómito de Poppy.

Capítulo 3

Madeleine llevando algunas cosas necesarias para Poppy, también llevaba una carta para Thomas de parte de su tío. La doncella le tenía pánico al marqués de Dorset. Aquel rostro poco amable y tosco, no le resultaba para nada un aliciente para siquiera acercarse.

—Se-señoría —tartamudeó frente a la enorme esposa del marqués y frente a él—. Tengo una carta... Del duque...

El marqués fijó sus ojos en ella que estaba que el susto la devoraba y le sonrió después de que su esposa le diera un codazo.

—Gracias, Madeleine. Pase y acomode a Poppy, lejos de cualquier cosa que pueda dañarla.

—Exageras, Thomas —lo regañó Melissa, su esposa.

—No la conoces, es torpe como nadie puede serlo. Muy dulce, sí, pero lo hago por mi salud, mi tranquilidad y la tuya, por supuesto. Poppy ha venido a empujarme a mi tumba.

—Lo mismo ha dicho el duque cuando ella se ofreció a cuidarlo cuando le había dado un ataque... —comentó la doncella con indiscreción.

—No es bueno, no es bueno —dijo Thomas alejándose para ir hacia las caballerizas con la carta de su tío. Melissa se quedó con la doncella para ubicar a Poppy en el ala más segura de la finca.

Rompió el sello mientras caminaba con lentitud.

Mi querido sobrino,

Siento tener que enviar a Poppy de esta manera, pero sabrás que hago lo más conveniente para ambos. Tú no quieres hacerte cargo de este ducado y de una prima que, es muy probable que sea solterona. En mis planes está el contraer matrimonio con una mujer que sea fértil, he escogido a una viuda con una hija no muy grande.

La urgencia surge de mi condición del corazón no hace más que darme achaques últimamente y Poppy no ayuda lo suficiente para que me recupere.

Te envío una carga muy grande, pero espero librarte de una aún mayor. Espero comprendas mis razones para esto y que no creas que es por falta de afecto hacia ti. Un heredero te liberaría de toda responsabilidad en un futuro no muy lejano.

Afectuosamente,

Tu tío.

Dobló la carta y la guardó en su levita antes de llegar junto a su bravo caballo de nombre Ross. Le pasó una zanahoria para congraciarse con él.

Poppy había llegado junto al pájaro blanco que estaba en el salón. Era elegante, con una pinta de arisco y engreído por su belleza. Levantó las plumas de la cabeza al ver a la sonriente rubia acercarse a él.

—¡Hermoso pajarito! —exclamó Poppy queriendo tocarlo con sus dedos, pero el animal se alejó y amagó con morderla.

—Señoría, compórtate —pidió Melissa, acercándose hasta donde estaban.

—Es un ave maravillosa. No tengo mucho roce con los animales y menos de granja. He sido criada en la ciudad y de animales no sé mucho, solo que me encantan, son todos hermosos y me gustan. He de decirle que madame Amélie tenía un pájaro de color rojo, me adoraba. Siempre parecía desesperado llamándome... —recordó sonriente—. Un día amaneció muerto. Debió ser la

excitación por haber jugado mucho un día antes...

Melissa se quedó sin color en el rostro. No podía imaginar que a su pajarillo le ocurriera algo similar al otro.

—Supongo que ha traído mucho equipaje, lady Poppy.

—¡Quiero que me digas prima Poppy o solo Poppy, y quizás también adorable Poppy! —dijo enérgica tomando a Melissa de un brazo—. Quiero que me cuentes todo de como conquistaste a mi primo. ¡Oh Dios, debe ser algo de lo más excitante!

—No hay mucho secreto —comentó nerviosa la marquesa.

—¡Debe existir un secreto para la conquista! —aseguró—. Qué por desgracia, yo no conozco...

Poppy no parecía para nada afectada al contar que no podía cazar una sola mosca.

—No hay mucho secreto... —repitió Melissa con una alterada sonrisita.

—¡Por supuesto que debe existir uno! —la zarandeó animada—. Verá, mi queridísima prima, no tengo un pretendiente, y mi padre desea que tenga uno a la brevedad. Siento que soy un absoluto estorbo en su aburrida vida. No es que él haga más excitante la mía, sin embargo, todos los pretendientes que me ha presentado no han sido de mi agrado. Por eso, quiero saber cómo conquistó a Thomas. Un soltero incansable, que no deseaba una mujer al menos para casarse. Si yo te contara, adorada prima, sobre todo lo que podía ver de sus andanzas en París, de seguro que te da un desmayo...

—Thomas me ha dicho siempre que tenga cuidado con lo que deseo. Es por esa razón que no quiero saber nada que pueda hacerlo caer del pedestal en que lo tengo...

—Tengo la impresión de que eres una experta cazadora —dijo mirándola verdaderamente maravillada.

En su vida, Poppy se había imaginado que su primo escogiera a una mujer que para nada se ajustaba a sus peculiares gustos. La marquesa era muy alta, pecosa, pelirroja aunque con una envidiable belleza.

—Oh no, querida. Para nada soy lo que dices. En realidad, tu primo y yo fuimos obligados a contraer matrimonio en su momento...

—¿Obligados? —increpó un poco decepcionada.

—Sí, un afortunado accidente fue lo que nos colocó juntos. No nos comprometimos enamorados, pero sí, lo estamos ahora. Mi madre fue quien ayudó bastante con sus artilugios casamenteros.

—¡Su madre! Quiero conocerla cuando sea posible, ¿Vive cerca? Deseo fervientemente un consejo para encontrar un esposo al que por supuesto le agrade de sobremanera. No es que me hayan faltado pretendientes, pero de ninguna manera aceptaría a alguien que no declarara su devoción hacia mí. Solo el amor desinteresado hará que me case.[

Melissa ladeó la cabeza al escuchar lo que la agitada muchacha mencionó. Al parecer desconocía donde había ido a buscar un esposo.

—¿Y qué es lo que está buscando?

—Un hombre con fortuna que me adore como soy. Como puedes ver, mi belleza es claramente discutible y también mi sensatez. Lo único indiscutible es mi escote, al menos eso me decían los grandes quebrados del salón. Oh, los quebrados, amarían a cualquiera que tuviera dinero —rio Poppy de manera escandalosa.

Thomas volvió al salón y vio a Melissa sonriendo nerviosa frente a su prima. Imaginó que tal vez la estaba incomodado con alguna cosa.

—Poppy... —la llamó Thomas, a lo que ella con presteza se colocó frente a él, olvidándose

de Melissa.

—Dime, querido primo. Llevo tanto sin verte. ¿Es esta la hacienda donde mi tía estuvo encerrada por tantos años? Es muy hermosa para ser una prisión.

—No estuvo encerrada, querida...

—¿Estuvo presa, entonces?

—¿Por qué no vas a tu habitación y bajas solo para cenar? —preguntó Thomas casi obligándola a desaparecer con su mirada.

—No estoy cansada para nada. El viaje ha sido vigorizante. Estuve charlando de manera muy amena con mi enorme prima... —la señaló con una mano de manera muy educada—. Y no puedo decir más, que es una mujer un poco alta, pero sin dudas dulce. No estaba dentro de tus estándares.

Él carraspeó su garganta al ver que Melissa se tomaba del rostro para ocultarlo entre sus manos de la vergüenza.

—¿Te han dicho donde ubicarte?

—Aún no les he dado tiempo de proporcionarme tal información. Estoy muy interesada en otras cuestiones, ¿Se puede cabalgar?

—Tú no cabalgarás, aunque lo que haya en el mundo para moverse sean solo caballos —aseguró Thomas—. Mi obligación para contigo, Poppy, es encontrarte un hombre capaz de tolerar tu insensatez y sobrevivir a tu tan anunciada torpeza.

Melissa estaba hundida en la vergüenza que en ese instante su esposo le estaba haciendo pasar con aquella grosería. En qué cabeza cabía decir semejante cosa para una recién llegada.

—¡Es lo mismo que yo pienso! —dijo animada la muchacha—. Soy tan cabeza hueca, que necesito alguien con una inteligencia superior que me guíe.

—Por Dios, Poppy, deja de decir tonterías y sube a acondicionar tus cosas para que mañana puedas salir en un landó a recorrer la propiedad —manifestó su primo con cansancio.

—Pero si no estoy cansada, ¿Puedo llevarme a tu excelentísimo pájaro para conocerlo? Tengo un carisma innato con los animales...

Miró a su infortunado pájaro con absoluta lástima. Estaba destinado a soportar los delirios de su prima.

—Llévatelo. Él es muy juicioso —declaró antes de sentarse junto a su esposa.

—Madeleine, toma la jaula y vamos arriba, porque estoy segura de que mi primo me ha destinado una habitación con un gran ventanal para que disfrute del aire campestre de su propiedad —auguró sonriendo.

—Pero, milady, no tengo más manos para llevar todo —se quejó.

—¡Señora Gil! —gritó con voz potente para llamar a su ama de llaves para que ayudara y le mostrara la habitación a su desventurada prima.

La mujer apareció corriendo con un manojo de llaves en la mano.

—Dígame, señoría —dijo la mujer.

—Lleva a mi adorable prima a sus aposentos y luego lleva a la doncella a la que será su habitación —ordenó Thomas.

—Con gusto, señor. Sígame, milady...

—Adiós, volveré para cena con muchos ánimos de platicar y de que usted, prima mía, me hable de su madre. Necesito los consejos de una mujer experta ¡Creo que conseguiré un esposo, Madeleine! —habló mientras iba subiendo las escaleras.

El marqués, con la palidez de un cadáver se aflojó el elegante pañuelo lazado y se recostó

rendido en el mobiliario. Suspiró llenó de preocupación antes de sacar la carta y querer enseñársela a su esposa.

—En verdad, esa prima tuya es un tanto, ¿Cómo decirlo? perturbadora...

—¿Perturbadora? ¿Es todo lo que merece? Tiene algo flojo en la cabeza. Tal vez los aretes la estén dañando más. Está más hueca desde la última vez que la escuché hablar.

—A mí en lo absoluto me parece hueca. Es muy ansiosa y buena...

—De su carácter nadie puede hablar mal. La pobre Poppy es una maraña de problemas, que como dice la carta me han enviado para que un problema mayor se solucione. Mi tío piensa contraer matrimonio y buscar su heredero, cosa que me parece absolutamente bien. No deseo las cargas de un título más y menos de una potencial solterona en puerta.

—Oh... —musitó Melissa un tanto pensativa—. ¿Y qué ocurre si engendra otra niña?

—¡Dios esa boca, Melissa!

—¡Piénsalo, querido!

—Eso sería devastador para mí. Puedes declararme muerto en ese caso...

Capítulo 4

Poppy se acomodó en una espaciosa habitación en la segunda planta de la casa. Tenía una ventana de dimensiones convencionales, un escritorio cerca de esa ventana, un gran armario y una cama con dosel que era muy grande para su gusto. Los colores de la habitación le resultaban muy agradables, la combinación era la adecuada para una sensación de paz y también de comodidad.

Se acercó a la ventana y observó la distancia hasta el suelo.

—Una caída podría ser dolorosa... —auguró un poco asustada.

Madeleine bajó algunas de las cosas que traía y miró también por la ventana. Ahogó un grito de horror. El duque jamás dejaría que la atarantada lady Poppy estuviera tan cerca de una ventana. Siempre tenía la sensación de que ella terminaría haciendo una locura. La residencia del duque en Francia tenía ventanas pequeñas y enrejadas para que la dama que carecía de buen juicio no se arrojara en cualquier momento que alguien la descuidara. Como su doncella, ella no solo estaba encargada de atenderla en sus mínimas necesidades, sino también para cuidar de que no se matara. El salario que le pagaban era mucho más de lo que una institutriz podía recibir, sin decir que el duque la tenía en muy alta estima, pese a todo, no pudo evitar muchas de las cicatrices que lady Poppy tenía en su cuerpo.

—La ventana la tiene prohibida, milady, y ese escritorio lo moveré para evitar tentaciones.

—¿Por quién me tomas, Madeleine? No voy a arrojarme por ahí, lo juro.

La señora Gil acomodó la jaula en el escritorio cerca de la ventana y sin disimulo observó a lady Poppy. Aquella era la sobrina de la anterior marquesa. Su hermano fue a la hacienda cuando era tan solo un bebé. La marquesa se había negado a criarla porque Thomas requería de mucho trabajo, puesto que era un heredero. Pero el duque no se había rendido, dejó a Poppy con el marqués en Londres por unos días, y en esa ocasión había servido para que Thomas también fuera junto a su padre. El casi jovencito Thomas adoraba a Poppy, sus rizos rubios eran un juguete para él y tenerla en brazos era más que un placer y sin dudas ella lo adoró desde siempre.

—Si desea algo, lady Poppy, no dude en avisar —anunció Gil antes de retirarse.

—Muchas gracias, señora Gil. Por el momento estoy bien, pero Madeleine necesita que alguien le muestre sus aposentos. Mire su rostro, está pálida y cansada.

Gil miró a la doncella y era muy cierto. Podía asegurar de que esas ojeras tenían un tratamiento de milady.

—Venga, Madeleine, le mostraré sus aposentos.

—Pero...

—¡Ve a descansar, yo me quedaré aquí a conversar! Lo prometo, Madeleine, no me meteré en problemas.

—Volveré en menos de un minuto, no se mueva —mandó sin perder de vista al ventanal.

Poppy miró que ambas mujeres se fueron y se acercó para cerrar la puerta y ver lo que ya suponía, no tenía llave. Las órdenes de su padre habían llegado hasta ahí. Solo le ponían llave cuando estaba castigada y eso significaba que siempre estaba castigada por algún desafortunado accidente y el último fue un encierro muy largo por culpa de Montmorency. No era del todo un hombre feo, pero él no la había mirado a los ojos mientras le hablaba, sino que tenía la vista puesta en su generoso busto. Ella recordó hacer caso omiso a aquella inexcusable actitud del

caballero y continuó hablando hasta que le dijo que uno de sus nombres era Jerome y ella no toleró la risa que extrañamente le produjo. El hombre se puso como un energúmeno y la tomó de ambos brazos, amenazándola para que cerrara la boca, asustada por aquello ella lo empujó y él cayó por el balcón, quedando inconsciente y con alguna que otra cosa rota. Ni él ni ella contaron aquellas razones por las que ocurrió ese lamentable episodio. Montmorency era un hombre que jamás estaría a la altura de una dama, era violento, virulento y egocéntrico. No hubieran encajado nunca y era una suerte que cayera del balcón por infeliz.

—Eres un lindo pajarillo, ¿Sabes hablar? ¿Qué sabes decir? Di, hermosa... —le sonrió a Señoría, que tenía sus plumas blancas bien infladas en la cabeza.

—¡Calamidad! —exclamó el animal.

—Oh, pobre de ti. Thomas es un poco cascarrabias. No es una buena influencia para el corazón sano de un animalito como tú. No lo tomes muy en cuenta.

—¡Culebra!

—¡Oye! ¿Por qué eres así? —increpó acercándose a la jaula con los brazos en la cintura, muy molesta por aquella expresión—. No sé qué te enseñan aquí, pero no es lo que una linda ave como tú debe decir a una dama como yo...

El pájaro siguió utilizando expresiones insultantes, y Poppy tenía los nervios crispados, se acercó amenazante a la jaula.

—Soy una lady, como te atreves a insultar a una dama, ¡Animal burdo!

Señoría siguió de manera ininterrumpida con aquello. Poppy terminó rindiéndose en la cama. No podía desplumar al ave de su primo, Thomas la desterraría y no quería eso. Se recostó y sin darse cuenta de entregó a los sueños hasta que Madeleine la despertó para prepararla y que fuera a cenar con los marqueses.

Se colocó un vestido rosa pálido, que favorecía su escote de por sí muy generoso, Madeleine le recogió el cabello en un elegante moño que dejaba sus distinguidos bucles rubios con mucha libertad.

—¡Buenas noches! —saludó con fuerza, sobresaltando a Thomas que estaba sentado en la mesa con un papel en la mano.

Thomas suspiró y luego intentó no respirar como un toro furioso, y lo hizo solo porque su esposa le acarició la mano para que se calmara.

—¿Has descansado, Poppy? —indagó Melissa.

—No mucho. Tengo una pregunta.

—Puedes preguntar lo que gustes, querida —sonrió Melissa para darle confianza, aunque esa muchacha no la necesitaba.

—¿Quién le enseña las palabras al pajarillo? Tiene pésimos modales, necesita un preceptor —recomendó con una sonrisa—. Me ha dicho una barbarie tras otra hasta casi escandalizarme.

Melissa miró a Thomas con molestia. Sabía que su esposo se pasaba maldiciendo frente a la cotorra y era evidente que se tomaba cada cosa que él decía como si fuera la ley.

—No le hagas caso, Poppy. Ese pájaro se lo compré a mi esposa, sin embargo, la servidumbre habla mucho con él. Tal vez Will o Rachel tengan malos modales —indicó Thomas mirando a su ayuda de cámara para que asumiera la culpa. Rachel, en cambio, no deseaba asumir culpas ajenas.

—Los criados son buenas personas con muy malos términos. Te cuento, prima querida, que he sido criada por los criados de mi padre porque él me ha olvidado en varias ocasiones cuando iba de viaje. Aprendí mucho con ellos y mis institutrices han sido adorables. Y de mi adorado Thomas no tengo nada malo que decir, sabe cuánto lo adoro —expresó con sus ojos azules

enternecidos, dirigidos a él.

—No me avergüences, Poppy...

—¿Recuerdas cómo te gustaban mis rizos? Me los acariciabas mucho. Hoy están más grandes y más bonitos, ¿No los tocarás? —preguntó con inocencia.

Él se ruborizó y luego miró a Melissa, que tenía sus ojos muy azules puestos en los suyos con cierta curiosidad. Rachel, la doncella de Melissa tenía una ceja levantada, demostrando su incredulidad, Will, el ayuda de cámara de Thomas miró a su patrón con asombro y luego apreció con disimulo el escote de lady Poppy, y sin dudas pensó en que su señoría le había tocado los bucles para tener una mejor vista y Madeleine, la pobre Madeleine, se hundía en la vergüenza con una mano tapando su rostro ruborizado, sabía que aquello iba al desastre. Para ella, lady Poppy tenía ciertos tópicos a seguir antes de iniciar con sus vergüenzas.

—Somos mayores, Poppy. Te llevo demasiados años para seguir acariciando los rizos de una niña de ocho años —masculló Thomas, mientras colocaba en condiciones la servilleta para comenzar a deleitar la comida.

Los criados fueron sirviendo la comida a sus señores, y Poppy, para buena fortuna de la cocinera tenía buen apetito y en ese momento el hambre amenazaba con devorarlos a todos.

Sonrió mientras a sorbos pequeños tomaba la sopa que representaba el tentempié antes del plato fuerte que podía reconocer por el olor, que era un faisán.

—Cuéntanos sobre Francia. Yo estuve en un convento por un año en París, pero no estuve por los bellos lugares, sino en los barrios bajos y orfanatos...—comentó Melissa para iniciar una conversación.

—¿Era monja? ¿Te casaste con una religiosa, Thomas? ¡Esto debe ser amor de verdad para abandonar a Dios por mi primo, aunque no tiene nada que envidiar a ningún dios, él es tan guapo! —le sonrió a Melissa que estaba igual que las raíces de su cabello rojo.

Él solo bebió un poco de agua de su copa, y vio con temor que Poppy continuaría.

—En algún momento creí que Thomas y yo nos terminaríamos casando porque él tenía una vida tan disoluta, que tal vez solo a cierta edad desconocida... —rio al contar lo que su corazón albergaba.

Thomas volcó su copa en la mesa y siguió con la copa de su esposa y la de Poppy a causa de lo que dijo ella. Quedó muy impresionado por aquello, tanto, que era mejor que su corazón parara de latir para seguir evitando la vergüenza.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Melissa muy preocupada por verlo de esa manera. Estaba pálido y nervioso. La prima Poppy era todo un torbellino de ideas y cosas extrañas.

Melissa no creía a lady Poppy capaz de alguna maldad sino de un exceso de inocencia, tanta, que era muy mala para sus planes de contraer matrimonio en un lugar tan cruel como Londres.

Capítulo 5

La invitada no sintió vergüenza de ver a su primo sonrojado y torpe. De cierta forma sospechaba de que la sangre que compartían no era agua, y que en el fondo, Thomas sentía temor de ser como ella.

—Mañana me agradaría recorrer la propiedad, y voy a hacerlo temprano a pie. Estuve mucho tiempo quieta por mi dedo, ahora no deseo que nadie detenga mis avances, ¿Qué te parece, Thomas? —preguntó sonriente.

Él carraspeó su garganta e inhaló para encontrar su tan perdida calma.

—¿Y qué puedo hacer yo si hiciste tus planes sin pedirme permiso a mí? Que por cierto, soy el dueño de la casa...

—¡Melissa, dile que sea un poco animoso y salga a recorrer conmigo!

—Lo siento, Poppy, pero Thomas debe quedarse en casa para terminar algunos asuntos pendientes.

—¿Entre ellos estará encontrar su encanto? —bromeó alzando la cuchara para beber su sopa.

—Trae al pájaro, Melissa... —fue todo lo que articuló. De lo contrario, aquello no acabaría bien para Poppy o tal vez para él.

Poppy con sus bucles atados, se dispuso a mirar el oscuro campo por la ventana. Aquello era tan distinto a París, llena de vida en sus calles. Thomas la había separado del pajarito que pese a sus groserías la divertía. Tenía pocas oportunidades de sana diversión, porque en su mayoría terminaba golpeando a algo o alguien.

—Recuéstese, lady Poppy, mi alma no resiste verla cerca de la ventana —dijo Madeleine colocándose al lado.

—Soy muy feliz por como vivo. No me arrojaría por la ventana, calma. Mañana prepara un lindo vestido de paseo. Iremos a conocer todo lo que podamos de la propiedad de mi primo.

—Él no estaba feliz de que se invitara sola a pasear.

—Él nunca está feliz cuando una piensa por su cuenta. Debe comprender que no puede encasillar a la gente por seguridad, tarde o temprano, ocurre lo que debería.

Caminó a la cama y Madeleine la tapó hasta la cintura.

—Duerma bien, milady.

Madeleine suspiró al abandonar la habitación de Poppy que no hacía más que tenerla orando todos los días para que no hiciera alguna tontería. Ella era aventurera por excelencia, desafiante por incoherencia y dulce por Dios sabía dónde, pues no era un rasgo de su familia. Para ella, Poppy era muy bonita, si bien no una beldad, era poseedora de muchos atributos y entre ellos resaltaba su inocencia. Mientras caminaba a su habitación, vio lo que parecía ser una pareja en los pasillos de la casa. Iban riendo por lo bajo hasta que se hacían pequeños silencios anormales. Al dar unos pasos más, vio a los empleados del marqués acaramelados en un rincón. Aquello era una pésima imagen para lady Poppy. Estaba segura de que ni el marqués ni su esposa gozaban de tanta libertad en su propia casa.

Inclinó su cabeza para pasar educada junto a ellos y se retiró a dormir.

Melissa miró a Thomas que se acomodó para dormir tranquilo, pero no llegó a acostarse, se quedó dormido sentado. La presencia de Poppy lo había desgastado en sus pocas fuerzas, solo rezaba para no lo empujara a la tumba, porque ella sin Thomas se moriría.

Muy temprano en la mañana, Poppy apoyada por los rayos del sol se levantó llena de vida. Recorrió los desiertos pasillos de la casa hasta encontrar al pájaro en la planta baja. Se encontraba dormido, a lo que ella vio una oportunidad de tomarlo para llenarlo de mimos.

Se acercó de puntillas y abrió la jaula. Señoría se despertó y vio que una mano lo acosaba. Desesperado y con las alas abiertas, procedió a morder la mano y escapar.

Poppy chilló por el dolor de la mordida y también por ver al pájaro escapar por la ventana.

—¡Thomas va a matarme! —expresó asustada.

Corrió sin importarle sus fachas detrás del animal que se quedó en un árbol cerca de la casa.

—¡Vamos ven, Señoría! —lo llamó, pero el animal la ignoró.

Miró alrededor de la residencia y no había nadie que la viera en su desafortunada fechoría. Decidió con poca lucidez, hacer uso de sus nulas habilidades para trepar.

—¿Ves a lo que me obligas? Si esto no funciona tendré que buscarte un reemplazante y aunque creo que es lo más sencillo, lo difícil sería enseñarle las groserías —refirió subiendo con dificultad.

Madeleine abrió la puerta con las ropas planchadas de Poppy en la mano, al mirar en la cama y no verla, el pánico se apoderó de ella. Desesperada, salió de la habitación y se cruzó con la marquesa.

—Milady, buen día, necesito hablar con su señoría...

—Buen día, Madeleine. Thomas hoy amaneció indispuesto. Está reposando en la habitación con una preciosa vista al jardín.

—Entonces se lo diré a usted. Lady Poppy no está en la habitación. Salió con su camisón porque yo tengo sus prendas. Milady, lady Poppy es un manojo de problemas, y mientras más grande es la propiedad, más grande es la posibilidad de que esté en peligro por su imprudencia.

—No podemos decirle a Thomas esto, está enfermo y un disgusto tal vez fuera fatal. Lo resolveremos con la servidumbre, saldremos en unos instantes a buscarla —decidió Melissa.

Ella buscó al ayuda de cámara de su esposo y le dio instrucciones para mantenerlo en paz y que desayunara en la más absoluta calma.

Will llevó el desayuno y lo colocó en la mesa, pues Thomas no deseaba servirse en la cama por si derramaba algo. Tomó uno de sus libros y se sentó para comenzar a desayunar. Su ayuda miró por la ventana y en un acto reflejo fijó mejor los ojos en un árbol. Lady Poppy estaba parada en una rama cerca del ave de la discordia de aquella casa. Maldijo por lo bajo y con sutileza cerró las cortinas para que el marqués no la viera.

—¿Por qué cierras la cortina, Will? La naturaleza no puede dañarme. Es lo único pacífico aquí.

—Hay mucha luz, señoría.

—Qué ridículo, necesito la luz para leer... ¿Qué intentas ocultar de mí?

—Nada, señoría —respondió impasible.

—No me gusta, no me agrada para nada, ¿Dónde está Melissa?

—Está con la señora Gil en la cocina.

Thomas se levantó de la silla donde estaba sentado y recorrió la estancia.

—¿Y Poppy?

—En su habitación, al menos no ha salido, todo está tranquilo.

Con la serenidad que Will respondía a sus preguntas logró calmarse y con tranquilidad corrió la cortina sin fijarse mucho en los detalles.

Rio un poco por lo que vio de reojo. Sus ojos le jugaban una mala pasada al creer que vio a Poppy en un árbol.

—Oh Will, estoy enloqueciendo. Creí ver a Poppy en un árbol... —dijo tomándose de los ojos hasta que escuchó un grito que venía del jardín.

Poppy había quedado colgada del árbol por su rasgado camisón dando un atractivo espectáculo para quien quisiera verlo en la hacienda.

—¡Poppy! —exclamó al escuchar su grito.

Melissa, Madeleine, Rachel y la señora Gil sabían que aquel grito había sido la condena de Poppy.

Después de que la bajaron del árbol, cubrieran su cuerpo y también atraparan al ave, Poppy tenía una cita con su primo en la biblioteca y ese era un mal augurio familiar. Las citas en la biblioteca no acaban bien para ella, nunca.

—¡Thomas, piensa bien lo que harás! —rogó Melissa corriendo detrás de su esposo que estaba cubierto por su bata.

—Voy a estrangular a Poppy. Verás sus grandes ojos azules aún más grandes. ¿En qué cabeza cabe lo que ha hecho? ¡Mis empleados se han dado un festín con la prima del marqués! —exclamó furioso.

—Querido, por favor. Conoces a tus empleados, olvidarán haberla visto casi desvestida...

—Digas lo que digas, Melissa Ross, Poppy tiene sus días contados. Es ella o soy yo...

—Si lo pones así... ¿No crees que es prudente que la tengamos hasta que inicie la temporada?

—No.

—Tengo pensado que sería bueno que mi madre la ayudara a cazar un esposo.

—Melissa, querida mía, ni una jauría de señoras Ross podría con mi prima.

—Por favor, Thomas. Le escribiré a mi padre para darle la buena nueva en poco tiempo y es probable que trate el tema de tu prima por si ellos deseen acogerla en casa.

—Tu padre no sobrevivirá. ¿Cuántas culpas quieres cargar en mis hombros, Melissa? —la increpó molesto.

—Te aseguro que mi madre hará milagros con ella...

Sacó el aire de sus pulmones y miró a su esposa.

—Está bien... Es su última oportunidad. Soy corto de oportunidades y si no la aprovecha se irá de aquí a Francia y no me importa el resto.

Poppy iba y venía de un lado a otro en la biblioteca. Se mordía las uñas esperando a Thomas que por cierto no estaría muy feliz. Vio que la puerta se abrió y para ella el mundo se paralizó.

—Tú... —la señaló su primo.

—Deja que te explique lo que ocurrió...

—No. Tú... —volvió a repetir molesto—. Voy a enumerar tus faltas desde que llegaste, Poppy.

—No creo que haga falta retraerse al pasado —rio nerviosa.

—Puede que tengas razón, pero aún así, te diré unas cuantas cosas. El pájaro es sagrado, mi esposa es sagrada, mi caballo es sagrado y mi casa es sagrada... ¿Alguna duda?

—Ninguna...

—Pues, has convertido a mi pájaro en un demonio, a mi esposa en una mujer astuta y precavida que anda sigilosa ocultándome cosas, y a mi casa, mi lugar de paz lo convertiste en un tugurio. Agradezco que mi caballo se haya salvado. Mi paz, Poppy, es algo que cuido con mucho recelo. Tienes una oportunidad que te brindaré para que te portes bien y no des espectáculos a mis empleados.

Se sonrojó al recordar la vergonzosa escena en la que quedó colgando boca abajo de su camisón que se fue rompiendo hasta que ocurrió la catástrofe.

—Creo que es suficiente castigo a tus faltas que no puedas mirar a nadie a los ojos en mi propiedad. Melissa ha abogado por ti como no lo ha hecho por nadie, así que te concederé el privilegio de conocer a mi suegra en la que confío plenamente para que te consiga un esposo y poco me importará si es rico o pobre.

—Quiero elegir...

—A veces es mejor que el destino escoja por ti, querida. Estás a prueba...

Poppy se llenó de desazón. Su primo era lo mismo que su padre solo en una versión más cariñosa.

Las prohibiciones de Thomas no habían sido suficientes para ella. Al incidente del pájaro, le sucedieron el de Ross y el resto de los caballos quienes por imprudencia de un mozo que la vio paseando, dejó abierta las caballerizas y también posterior a eso, la destrucción de la huerta de la señora Gil, quien pidió encarecidamente a Melissa que se deshiciera de aquella plaga rubia.

Pese a que no era atribuible a un acto malicioso de Poppy, Thomas preparó un carruaje para que se fuera después de saber que Melissa estaba embarazada. Él la acompañaría y también Melissa para dejarla en casa de la familia Ross.

Capítulo 6

Laurence pudo quedar un poco aliviado de sus deudas, sin embargo, a un precio muy triste. Vendió dos de sus equinos de pura sangre a un excelente conocedor de caballos cuyo nombre era Duncan Nolam.

Sabía que estarían bien cuidados, pero se sentía fatigado de perder a sus amados caballos por culpa de sus malas decisiones. Estuvo tanto tiempo ciego por el juego que tardó en darse en darse cuenta de que estaba lentamente acabando no solo con él, sino también su bien constituido patrimonio. Casi había rematado sus propiedades no vinculadas al título, aún así, sus abultadas deudas solo lo llevarían a un lugar: a la prisión.

—Son unos excelentes caballos, señoría —sonrió Duncan al acariciarlos—. No hay mejor adquisición que esta.

—Espero y los aproveche, milord, y los cuiden como se hacía en mis caballerizas.

—Estoy preparando caballos para Ascot, si no participarán este año, pues irán a la libertad de una de mis propiedades en Hampshire donde crio caballos. Este al menos, es un semental muy bueno.

Podía notar la pasión del conde por los caballos, no obstante, el dinero por ellos, por más que fuera mucho, no era suficiente para comprar sus sentimientos hacia su pasión.

Una vez que volvió a su mansión. Se sentó frustrado en el gran salón. No tenía amor, pues Helen, no lo amaba como él a ella. Si tenía dinero que ofrecerle, Helen hubiera sido la mejor marquesa, el motivo de orgullo de un buen esposo.

Era un pésimo proveedor, razón por la cual Helen no deseaba probar la hiel de la miseria que él por poco y le ofrecía. Eran unidos, cómplices y amantes, aunque era insuficiente para ambos.

Tenía un primo muy anciano, un acaudalado Barón que vivía en Liverpool. Sabía que tenía probabilidades de heredar, pero sabía también que tenía otros parientes y desconocía en qué línea de su viejo primo se encontraba. Ni por un minuto se le había pasado la idea de que él fuera el heredero, sino que Helen se lo había sugerido por cómo le contó los hechos. Era una mujer perspicaz y asusta. Todos esos rasgos de ella le parecían perfectos, la torpeza no cabía en desdibujar su perfección, pues para nada era tonta ni torpe.

Cuánto lamentaba que ella no fuera la mujer que lo pudiera salvar de sus deudas. No deseaba ser un cazador de dotes, pero lo sería apenas se presentara a los salones para ver lo que había de candidatas y escuchar las muchas guineas que pudieran esconderse detrás de alguna dama.

Morgana Ross era hermosa, pero se casó con otro hombre que estaba en peor situación que la suya. Sus deudas habían sido heredadas, no se había perjudicado a sí mismo como era su caso. No se fijó en la muchacha como algo más que una linda joven porque la viuda ocupaba sus pensamientos.

Las mujeres Ross tenían las dotes más altas y las dos fueron bien casadas, pero más la mayor que contrajo matrimonio con el marqués de Dorset, un hombre de por sí adinerado y de muy pocos amigos por su agria actitud a los demás. Lo había tratado en ocasiones y sin dudas Thomas Sackville creyó que él tenía lepra. Lo miró de pies a cabeza y se dedicó a beber brandy sin más contemplaciones para él.

Laurence era un juerguista, hombre de muchas amistades porque era amable y agradable, aunque sus amistades lentamente se habían alejado al ver que la miseria le iba deshilachando sus

honorables prendas.

Dejó todo pensamiento de lado y se abocó en preparar una carta para su acreedor más urgente, rogándole tiempo para que se lo diera y que pudiera pagar sus deudas con su anualidad. Si bien quedaría miserable, se sentó una noche a haber números, con su anualidad de cinco años, podría librar todas sus deudas, pero no sabía si este hombre sería tan paciente.

***

En la residencia de la familia de la marquesa sus padres esperaban ansiosos a la llegada de Melissa. El señor Ross no cabía de emoción al enterarse de que tendría un nieto de su amada Melissa, era el hombre más feliz del mundo, con el yerno más rancio de todos los que pisaran el mundo. Aunque su hija estaba encantada con él, había terminado por convencerlo a él también de su encantamiento por el marqués después de saber que había cumplido con el deber de embarazar a su esposa.

—Ya quiero ver a mi Melissa...

—Ahora sí que me adoras, Cédric. ¿Viste que buen matrimonio hice para tu hija? Tendremos un pequeño lord muy pronto y no es gracias a tus regaños, sino a mi empeño...

—Y tu chantaje, querida. Llevo meses diciéndote que no me adjudicaría tamaño plan malévolo para casar a Mel con ese hombre. Pero te lo agradezco hoy. Los hijos de Mel y el marqués, serán tan agraciados como los de Morgana y mi yerno preferido. Ahora que recuerdo a gente descocada, Melissa viene con su esposo y la prima de este. Según su carta, es probable que la dulce prima de nombre Poppy, sea un peligro para la salud del marqués.

—Sí, me lo dijiste. Es una joven en edad casadera. Tal vez el juicio de Melissa esté un poco nublado por el exceso de cuidado y amor a su esposo.

—Mel ha sido siempre muy racional debo decir que no creo en las exageraciones. Veo las claras intenciones de librarse de la muchacha.

—Qué crueldad, Cédric. No pensaría algo así de Melissa y menos de mi otro yerno preferido.

Poppy iba sonriente en el carruaje con su primo y Melissa frente a ellos. La esposa de su primo tenía el rostro pálido por el traqueteo del carruaje en el que iban a Londres para conocer a la familia Ross.

Ella iba a tomar la mano de Melissa para darle ánimos, pero su primo con su bastón le puso un límite.

—No —dijo tajante el marqués.

—Oh Thomas, qué daño puedo hacerle aquí. Tiene a mi sobrino en el vientre, sería incapaz de hacer algo que pusiera su vida en peligro.

—Poppy, sé que las buenas intenciones están en tu mente, no lo dudo. Sin embargo, no voy a arriesgar a mi esposa a que pruebe un poco de esas intenciones tuyas.

—No sé porqué me pasan estas cosas, Thomas. No quiero accidentar a nadie y menos a mí.

—Entonces pon atención a lo que haces. Londres es diferente a París y me dolería que algo irremediable te sucediera.

Se sintió adorada por aquellas palabras de su primo. Eran un consuelo del que necesitaba. Sabía que todavía no la perdonó por los desmanes que los hicieron abandonar Bath.

Conocer a la señora Ross era una gran esperanza de contraer matrimonio y que con eso sus infortunios desaparecieran. Nada podía hacer que su bien ánimo decayera.

Al llegar a la fastuosa mansión pudo divisar dos figuras que los esperaban en la entrada. La señora Ross era rubia, de buena estatura, pero el señor Ross era mucho más alto.

—Ahora comprendo de donde la altura, Melissa —opinó Poppy.

Melissa sonrió mientras que Thomas apenas podía ocultar su molestia por los comentarios de la adorable Poppy.

Al bajar del carruaje, Melissa se abrazó a su padre.

—Mí querido, padre...

—Sé bienvenida a tu casa, querida hija. Estoy tan feliz de verte y también de ver al marqués por más que no sea el objeto de mis deseos, siento más cariño por él desde que me ha dado un nieto... —susurró en el oído de su hija.

Ella le entregó una sonrisa aún más grande y se dirigió a abrazar a su madre con afecto. Thomas efectuó una reverencia para sus suegros y luego todos dirigieron sus ojos a la muchacha rubia que estaba muy sonriente esperando a ser presentada.

—Padre, madre, ella es lady Poppy, prima de mi esposo e hija de un duque... —la presentó Melissa.

El señor Ross tomó su mano y la besó con educación.

—Sea bienvenida, lady Poppy.

—¡Mira que niña más bonita, Cédric! —expresó animada la señora Ross, al ver a la joven que no tenía una belleza muy latente, sino que debían buscarla un poco para darse cuenta de que estaba ahí.

Tenía muy bonitos ojos. Su frente era amplia y sus labios eran finos. Los rizos en su rostro redondean más su cara haciéndola más grande de lo que era.

—Es un placer conocerlos —refirió Poppy—. Mi primo me ha hablado sobre ustedes y también mi prima Melissa quien me ha ilusionado con la idea de que la señora Ross es una ávida consejera.

Thomas apretó sus dedos contra sus ojos para evitar decirle pequeños improperios educados a Poppy por su efusividad.

Los invitaron a pasar, y mientras Thomas, Melissa y los señores conversaban, Poppy recorrió la estancia donde se encontraban. Había muchos retratos. Pensó que Melissa era hermosa, sin embargo, su hermana Morgana la aventajaba por mucho en ese ámbito, era como un ángel dibujado en el lienzo. Caminó un poco más y se encontró de frente con un gato pelirrojo.

—¡Un gato, qué bonito, ¿Cuál es tú nombre! —curioseó con inocencia.

Albert, el gato de la familia Ross que había vuelto a la residencia después del matrimonio de Melissa, le enseñó los dientes e intentó arañarla. Por una vez, tomó la sabia decisión de abrirse paso hacia otro lugar, e ir a sentarse hacia donde estaban conversando. En otro momento podría saciar su curiosidad.

—¿Inconveniente? Pero si es un encanto de niña —objetó la señora Ross al escuchar lo que Thomas dijo sobre su prima casadera—. No hay torpeza que supere a una buena educación. La muchacha debe ser un poco despistada, ¿Quién no lo es?

—Señora Ross, me alegra que lo tome de esa forma, pero difiero con su opinión. Sobre la marcha conocerá los artilugios y defectos de mi queridísima prima.

Melissa asintió un par de veces. Thomas tenía razón la mayor parte del tiempo sobre su prima. Tan buena y cargada de buenas intenciones, sin embargo, el camino al infierno estaba lleno de buenas intenciones.

—Lady Poppy, su primo nos ha dicho que se quedará unos meses con nosotros... —comentó el señor Ross.

—¡Oh sí! Es que no perdemos la esperanza de la familia se libre de mí. Verá, no es fácil encontrar un esposo para mí y sé perfectamente los motivos.

—¿Y cuáles son esos? —indagó interesada la señora Ross.

—No puede quedarse callada... —respondió Thomas.

—Thomas, no es cierto. En parte sí, pero no es eso lo que me impide contraer matrimonio, sino que yo no quiero a cualquiera. He tenido ofertas, pero no me han ofrecido lo que espero y eso es suficiente que me niegue.

—¿Qué la motiva a rechazar una propuesta? —insistió la señora Ross.

—El amor...

—¡Querida, deje el amor para después! Mis hijas han ido bien casadas por tener unas cuantas pautas en la cabeza: un esposo, hijos, una casa... Quien sea el esposo muchas veces carece de importancia. Importa solo tener uno. Lo que usted desea viene con el tiempo.

—No estoy de acuerdo, ¿Cómo saber si las intenciones de la otra persona son buenas? He rechazado a los quebrados. Esos no aman ni a sus madres. No voy a quedar en la quiebra por una mala decisión.

—No todos los quebrados son malos —dijo Melissa—. Mi querido cuñado era uno. Se enamoró sinceramente de Morgana y se comprometieron, si bien en una situación embarazosa, hoy son felices y no tienen deudas...

—Mi dote puede servir para tapar el hoyo financiero, sin embargo, el hoyo moral quedará siempre encima. No me casaré con alguien que no me ofrezca nada y por quién yo tenga que pagar —replicó con las manos bajo el pecho en gesto caprichoso.

Poppy pese a ser la torpeza con piernas, tenía un objetivo que seguir y era resguardarse a sí misma y conseguir lo que nunca tuvo: un poco de amor.

El amor era un sentimiento mágico que deseaba sentir. Quería caer en ese encantamiento que le permitiera ser ciega, sorda y mucha, por su seguridad y por la del resto. Esperaba que la señora Ross pudiera ayudarla a casarse por amor, no quería hacerlo solo por conveniencia. Debía tener al menos el requisito de que le agradara de sobremanera el caballero.

Capítulo 7

La señora Ross le daría a lady Poppy la misma educación que habían tenido sus hijas, aunque Poppy había notado que el pianoforte no estaba entre habilidades a tener en cuenta.

Melissa y Thomas la habían dejado a cargo de los señores Ross, quienes eran muy amables, incluidos sus dos animales: el perro de nombre Spencer y el gato llamado Albert, aunque el último se mantenía frente al pianoforte como si aquella fuera una fortaleza impenetrable.

—Poppy, tus ojos en el té, puedes quemarte —dijo la señora Ross para captar su atención que estaba puesta en el pianoforte.

—¡Lo siento! —expresó sobresaltada, haciendo que varias gotas del té escaparan de la taza.

Se quemó el dedo meñique por su distracción.

—Es una suerte que haya sido solo la taza, querida. No imagino que Poppy algún día pueda servir el té, se quemaría un brazo o tal vez una pierna —opinó el señor Ross tomando un poco de té.

—Disculpen la tontería, es solo que me preocupa el gato...

—¿Albert? Inocente, ¿Qué tiene? —indagó la señora Ross.

—No deja que me acerque al pianoforte, ¿Cuál es su problema por eso lo cuida con tanto celo?

—Es una historia muy larga, pero le haré un resumen a tu curiosidad para que no se te ocurra enfrentar al gato. El problema del pianoforte viene desde que Morgana quiso hacer alardes de ciertos talentos que no poseía para su prometido, a lo que Melissa se unió un tiempo después con la misma poca fortuna —comentó el dueño de casa—. Lo de Melissa fue más de lo que pudo soportar Albert y se fue por mucho tiempo. Imagino que no está dispuesto a que le ocurra lo mismo otra vez.

—Cree que las damas son un peligro para su paz. Oh pobre, no lo culpo —dijo la señora mirando a su gato.

—Comprendo. Aunque yo debo decir que soy muy buena en el pianoforte. Encontré algo en lo que verdaderamente se me da tener talento —sonrió—. Pero mi padre con su enfermedad me lo prohibía todo, decía que lo iba a matar sin querer...

—Aquí puedes hacer lo que gustes. Si consigues sacar al gato, el pianoforte es tuyo.

—¿En verdad, señora Ross?

—Por supuesto. Lo peor ya ha pasado.

Poppy siendo apoyada por la señora Ross fue hacia el pianoforte para enfrentar a su guardián. Era solo un gato al que debía sacar de ese lugar.

—Querida, no le dijiste que ese gato es un demonio... —advirtió el señor Ross.

—Inocente de ti, Cédric. Por algo no lo hice. Si nuestra paz depende de ese gato, es solo cuestión de que la muchacha aprenda la lección.

—Nunca debo desconfiar de tu malicia.

Para la noche, Madeleine intentaba curar las heridas en los brazos de Poppy. Albert le había arañado en los brazos y destruido la falda de su vestido.

—Quédese quieta, lady Poppy.

—¡¿Quién querrá una esposa rayada como una cebra?! Qué maldad la de aquel gato. Mira cómo me ha dejado ese bellaco —expresó soltando unas lágrimas al sentir cómo Madeleine

limpiaba sus heridas.

—Se lo he dicho hasta el cansancio, debe mantenerse lejos de los animales. No se le ocurra tocar al perro.

—No he hecho nada malo, ¿Por qué me atacó?

—Son los traumas de la casa. La señora Erin me lo ha contado. Me ha dicho lo paciente que ha sido el marqués con su esposa, pues no era tan dócil como lo es ahora y el pianoforte fue una prueba a su paciencia, a sus oídos y a su amor.

—Mi pobre primo está ciegamente enamorado de su esposa y ahora que tendrán un hijo es mucho más ciego.

—No se puede ser más ciego que un ciego, milady...

—No estoy para lecciones, tengo dolor. Aprecio enormemente lo que hace la familia Ross por mí, pero en ocasiones la señora Ross es un poco exigente. Ha tenido una pequeña fusta cuando practicaba mi caminata. Eso no lo ha hecho nadie...

—¿Y si se lo cuenta a su primo?

—No voy a decirle que su suegra está un poco demente, creerá que estoy loca.

—Creerá lo de siempre. ¿Y a la marquesa?

—No creo tener su apoyo. Apoya a Thomas, por lo que significa que está en mi contra —afirmó con una mueca en el rostro—. A la única conclusión que puedo llegar es que debo ser obediente y aprender todo lo que puedo. Me ha dicho la señora Ross que no es suficiente con solo vestir bien. Además, dijo también que es bueno fingir ser tonta, es algo que gusta a los caballeros para que se sientan superiores, pero aclaró que yo debería no ser tan tonta. Me parece un consejo práctico y justo...

Madeleine tenía la quijada en el piso. La señora Ross era un demonio escondido detrás de una figura angelical y armoniosa. Sobre el señor Ross no pensaba demasiado. Él solo asentía a todo y luego cuchicheaba con su esposa, aunque era notable que era esa mujer quien cortaba el pastel en esa mansión.

—También mencionó lo de ser un poco más callada, me dijo solo un poco menos de honestidad y más sonrisa. A la par que por supuesto miró mi escote esperando encontrar una solución práctica para que una conversación estuviera dirigida a un tema y no en ese lugar. Es una dama práctica e inteligente.

—Si no tuvieran dinero pensaría que crió a buitres en lugar de hijas por cómo les ha enseñado, milady.

—Desearía ser alguien diferente, pero sería mentirme sobre lo que soy realmente. No soy astuta para las cosas más sencillas de la vida, pero si soy pensante en otras cuestiones, y más en los sentimientos. Veo aquí como el señor Ross adora a sus hijas y a su esposa, en cambio a mi... —se detuvo para desviar sus ojos de Madeleine, a quien siempre le decía que era fuerte, aunque la realidad fuera muy distinta—. No me han dado demasiado para alardear o al menos para que me sirva de recuerdo consolador en el futuro.

—Milady, yo la adoro y no es porque me paguen por cuidarla y ser su compañera, sino porque soy su amiga y confidente que comparte con usted también su felicidad y aflicciones. Sé que soy solo la servidumbre y...

—Nunca olvidaré que gracias a la servidumbre tengo sentimientos porque si por mi padre fuera, estaría hecha de piedra. No hay a quienes yo valore más que a la servidumbre y no es porque yo no les pague el sueldo, sino porque los quiero y son leales —admitió sonriéndole a su doncella que cada día luchaba por hacerla sentir bien y cuidarla de ella misma, de sus locuras y desventuras.

En el desayuno con la familia Ross, Poppy se sentó sonriente en la silla al lado izquierdo del señor Ross.

—¿Cómo amaneciste, querida? —indagó el señor Ross, preocupado por el terrible ataque que sufrió a causa de que su esposa no le advirtiera a la muchacha sobre la poca gracia del gato.

—Muy bien, mi querido señor. Admito que me ha costado dormir un poco por el escozor, pero estoy bien.

—Ese cuello se ve terrible, Poppy —comentó la señora.

—Oh sí. Lo único que agradezco es conservar el rostro intacto —sonrió—. Como no soy muy bonita, hubiese sido una catástrofe que tuviera unos arañazos en mi rostro.

La señora Ross se enterneció por la humildad y modestia de la joven. Poppy tenía una exigencia muy alta para un esposo porque para ella dos requisitos eran elementales: los sentimientos y que ella no tuviera que lidiar con una deuda que la hiciera dudar del sentir de la otra parte.

—Hoy fuimos invitados a una elegante cena privada. Hemos decidido que acudirás con nosotros para que te conozcan. Estuviste en París y no todos tienen la dicha de saber quién eres.

—Haré lo que me digan para estar a la altura de la cena. Estoy muy ansiosa de conocer gente. Sería para mí un orgullo que una noche pudiera pasarla sin un solo incidente. Thomas me felicitaría.

—¿Es muy importante la aprobación de tu primo para ti, Poppy? —curioseó el señor.

—Sí, su opinión lo es todo. Adoro a Thomas, haría lo que fuera por agradarlo —dijo sonrojada.

—Pides algo muy difícil. Es más fácil atrapar un murciélago sonriente antes que hacerlo sonreír a él —adujo el suegro no tan satisfecho con Thomas.

—Es porque no lo conocen. Es el más bueno de los hombres. Haría cualquier cosa por alguien a quien adorara. Si bien, la gracia, la simpatía y la paciencia no son sus mejores virtudes, cuando quiere algo, lo soporta todo.

—Fuimos testigos de eso —añadió la señora Ross con una carcajada musical.

No había mujer más extasiada que ella en Londres en aquel instante mientras se preparaba para ir a la cena que le dijeron y debía dejar su mejor impresión. La señora Ross en un acto de mucha creatividad, cubrió el pecho de su vestido con una tela de un color un parecido del mismo vestido. Se sentía muy conforme con el resultado, podría conversar, por supuesto, con los claros requerimientos de su adiestradora.

—¿Y los brazos? —indagó Madeleine.

—Nadie lo notara, llevaré guantes —contestó acariciando sus bucles del costado.

—Se ve muy bonita. Debe aprovechar la oportunidad, milady. Conozca a mucha personas y dé una buena impresión, se lo ruego.

—Eso voy a hacer y espero que todo salga bien...

Helen, la condesa viuda de Lincoln, asistió a una elegante cena en la casa de la familia Talbot con el solo objeto de buscar un nuevo esposo y también continuar viendo para encaminar a su poco inteligente amante.

Quería mucho a Laurence, aunque no lo suficiente para pasar peripecias a su lado. Siempre tenía la esperanza de que aquel primo rico de Laurence muriera y pudiera cubrir sus deudas, sin dudarlo iría casada con él.

Suspiró cansina antes de continuar con su trivial conversación sobre las nuevas telas que tenía la modista.

—El señor Ross ha traído telas de otro país, muy bonitas. Las he visto por sus hijas, siempre

son las primeras en vestir bien. Esta noche vendrá y espero sacarle información sobre donde conseguir tan bellas telas —contó la señora Talbot.

—Sería excelente. Quizás también tenga un poco de moda francesa —opinó Helen.

—¡Oh sí, olvidé contarte algo, querida! El señor Ross ha traído algo directamente desde Francia. Es la prima del marqués de Dorset que se está quedando con la familia Ross. Se llama lady Poppy y es la hija de un duque. Me ha contado la señora Ross, que la muchacha es muy rica, aunque le falta un poco de juicio.

A Helen una sonrisa se le dibujó en el rostro. En Londres la mayoría conocía sobre la situación de Laurence, pero no una muchacha de Francia con poco juicio. Era una oportunidad para conocerla y evaluar a la mujer. Ella era una mujer astuta y podría ver qué era lo necesario para que su amante de alzara con la adinerada joven.

—Me agradará conocerla. Quiero que me cuente cómo son las veladas en Francia. No olvide presentarla conmigo al llegar...

Capítulo 8

Poppy hasta el momento había pasado la noche sin contratiempos, lo que era un gran alivio para su corazón que ya sentía palpitaciones por las miradas que le daba a señora Ross para que no hiciera uso de sus grandes dotes de curiosa busca problemas.

Helen observó a la muchacha que había llegado con la familia Ross. No era ni fea, ni bonita. Unos labios rosados finos, una frente pronunciada y unos enormes ojos azules, eran sus rasgos más notorios. De altura era como una joven cualquiera, aunque su busto superaba a muchas por bastante.

No le hacía gracia pensar que su apasionado aunque poco inteligente Laurence, tuviera que casarse con ella, pero la inestimable dote de la muchacha lo salvaría indudablemente de la ruina y lo salvaría de la prisión de deudores.

—Lady Poppy, hay alguien que ha insistido en conocerla. Lady Helen, es viuda de Lincoln y quiere hablar con usted sobre Francia —comentó la señora Talbot.

—Siempre y cuando no me preguntó por Montmorency puedo responder cualquier cosa —asumió sonriendo al saber que había alguien interesada en que le contara algo.

—Ve, querida. Tómate un descanso para charlar con esa dama, mientras yo seguiré observando y escuchando cosas para ti —dijo la señora Ross.

La señora Talbot guío a Poppy junto a la joven viuda. Aquella mujer era preciosa, encantadora con aquel cabello marrón y sus facciones perfectas. Lady Helen se levantó y le hizo una reverencia a la Poppy, que ella correspondió.

—Sea bienvenida, milady. Espero que Inglaterra la esté tratando como se merece —resaltó Helen con educación.

—Sí, me parece todo tan maravilloso y nuevo. Me gusta más aquí que Francia.

—Las dejaré charlando, no puedo dejar a los demás invitados para quedarme a ser partícipe de tan interesante conversación —dijo la señora Talbot antes de retirarse—. Con permiso, damas.

Ambas la despidieron con una reverencia y se quedaron frente a frente.

—Hágame compañía, milady —pidió Helen, indicándole la silla de al lado.

Poppy aceptó encantada. Lady Helen era muy agradable con sus modales y tenía mucha gracia.

—Cuénteme las razones por las que ha dejado París...

—Oh, esa historia es interminable, pero le diré que no encajé con los franceses.

—Es una pena. ¿Está usted buscando esposo?

—¡Siempre lo estoy! —expresó riendo casi con un poco de histeria.

Helen miró a su alrededor para ver quienes habían notado lo impropio de la recién llegada. Comprendía lo que quiso decir con que no encajó con los franceses.

—Sé que es difícil encontrar un esposo que cumpla con las expectativas de una —dijo Helen a modo de comentario.

—Imagine que es difícil para una dama convencional, pero para alguien no tan convencional se vuelve casi imposible. No hay lugar para torpezas... —expuso contando su caso.

—¿Tiene pedidos extravagantes por eso cree en aquello?

—No creo que aspirar al corazón sea algo extravagante. Yo en particular busco un buen caballero, sin deudas que yo tenga que solventar, seré tonta, pero no tanto. Quiero un esposo, no

obstante, debe ser alguien que quiera que lo quieran.

—Es un interesante punto, milady. Sin embargo, déjeme decirle que su búsqueda se pondrá muy difícil. Caballeros con las características que usted busca, son muy pocos, casi una aguja en un pajar. ¿Aceptaría usted el consejo de una mujer un poco experimentada? —preguntó alzando una ceja de manera sugerente.

—Nada me daría más gusto que escuchar un consejo saludable.

—Está bien. Le sugiero que abra su mente y expanda sus horizontes. ¿Por qué un hombre sin dinero no podría darle lo que busca? Debe tener en cuenta que aquellos son los más fáciles de manipular para conseguir lo que se desea...

—Disculpe, milady, pero estoy en desacuerdo. Yo deseo amor, no manipulación. ¿Cuántas en los salones de París o Londres buscan realmente amor? Asumo que es una fantasía, pero no me exime de soñar alto y de aspirar a algo distinto...

Para la viuda, aquella muchacha se estaba poniendo corrosiva, pero se dio cuenta que tenía la misma desesperación que Laurence, solo que él deseaba dinero, y esa muchacha sentimental deseaba el amor. El tan sobrevolando amor que Laurence le profesaba hasta en ocasiones darle náuseas.

—Fue solo una sugerencia, milady. No tome lo que le dije por el lado de la manipulación, sino hágalo por el lado de ser una visionaria, de buscar donde se encuentran las joyas en bruto. Muchas veces el amor viene con las arcas vacías, no lo deje escapar por un capricho innecesario. Usted tiene tanto dinero para lograr un buen matrimonio, que su prejuicio hacia un hombre sin dinero la puede dejar sin amor.

—¿Prejuicio? —dijo Poppy, pensativa.

La habían avisado de calamidad, de torpe, de poco juiciosa, de aventurera, de prospecto a asesina sin querer, pero jamás con prejuicios.

La palabra prejuicio retumbó en su mente porque se acusó a sí misma de sentirse superior a los demás por tener dinero y despreciar a los poco afortunados.

Helen vio que la muchacha se había quedado callada y pensativa con lo que le dijo. Notó que era muy susceptible a la culpa y por sobre todo sentimentalmente ridícula.

—Perdón si me excedí, pero usted me ha caído tan bien, que solo quise ayudarla... —aseguró Helen con su mano enguantada sobre la mano que Poppy tenía en su regazo.

Levantó la mirada al sentir la mano de la mujer sobre la suya.

—Gracias. Quizás piense en lo que me dijo o lo medite con la señora Ross.

—Oh, la señora Ross, ¿Le ha hablado sobre las telas que su esposo trae? Dicen que son las mejores... —opinó Helen para cambiar la conversación. Había conseguido lo que quiso solo le faltaba hablarle a Laurence de su nueva amiga, a quien había escogido para que lo salvara de la ruina.

Poppy esa noche logró una gran cantidad de conocidos y una nueva amiga, lady Helen. Estaba agradecida con la señora Ross, porque gracias a su extrema vigilancia no había hecho ningún disparate.

Llegó con los pies molidos a su habitación, aunque con una gran sonrisa optimista.

—Me alegra verla tan feliz —dijo Madeleine sonriente al fijarse en la sonrisa de su patrona.

—Esta noche no herí a nadie, ni me metí en problemas, ¿Puedes creerlo? Además hice una amiga.

—Cuánto me alegra...

—Me siento optimista. Quizás en Londres no me conozcan como calamidad. Estoy ansiosa por el primer baile que será pronto. Conocí tanta gente agradable, y creo que agradé a muchas

matronas. El señor Ross me dijo que en ocasiones era mejor agradar a las matronas que a los candidatos, porque ellas luego se encargaban por presión social a que esa pareja se juntara.

—Londres es un lugar extraño para conseguir esposo, milady, y nuestros anfitriones son aún más raros.

—Estoy empezando a creer que las raras somos nosotras —rio con soltura.

***

Laurence recibió sonriente una esquela de Helen para encontrarse por la noche en la posada donde siempre iban.

Los ratos de consuelo que Helen le otorgaba era algo que esperaba con ansiedad al terminar cada jornada que él se pasaba haciendo cuentas para salir de su situación sin empeñar su alma al diablo para no ir a la prisión de Newgate.

Salió de su casa prevenido con un arma por sí su tan temido acreedor lo quisiera hostigar de vuelta. Pagó una parte de sus deudas con sus tan preciados caballos. Aún su corazón seguía sangrando por no tenerlos más en sus caballerizas.

Llegó hasta la posada y subió a la habitación donde estaba ella. Al entrar se encontró con algo diferente a lo habitual. Ella tenía un vestido común, no se había puesto su camisón para recibirlo. También vio que ella estaba sentada frente a una mesa con té encima.

—¿Té, Helen? —indagó confuso.

—Hoy conversaremos, Laurence. Ven y siéntate.

Confuso aún procedió a bajar su sombrero y se sentó.

—Laurence, esa cara no ayuda. Si me amaras como dices, mi compañía sería suficiente.

—Estoy confundido, Helen. Hemos conversado en muchas ocasiones, sin embargo, no con el té enfrente —sonrió tocando con una uña la tetera.

—Es que traigo buenas noticias para ti.

—¿Buenas noticias? ¿Qué podrían ser buenas noticias? ¿Hallaste un cofre con lingotes de oro?

—He encontrado a la gansa de los huevos de oro, querido. Conocí a la mujer que te sacará del apuro —aclaró viendo el rostro de su amante descomponerse.

—¿Una mujer?

—Tu futura esposa. Lady Poppy FitzRoy es a quién has estado esperando. Una muchacha bonita, aunque no me supera en gracia. Un intelecto de mediana capacidad y es entretenida...

Laurence casi indignado se levantó y recorrió la habitación.

—No seas así, Laurence. Estoy velando por tu futuro.

—Tan fácil es velar por mi futuro, sabiendo sobre el amor que te profeso.

—Hay algunas cosas que no están hechas para progresar y una de ellas es tu amor. No podemos estar juntos, Laurence. El amor no nos dará la vida a la que estamos acostumbrados, en cambio un matrimonio de conveniencia, sí puede.

Él sentía su pecho lastimado. ¿Por qué había sido un jugador empedernido? Si hubiera obrado de manera correcta, estaría casado con Helen.

—¿Qué tienes en el pecho, Helen?

—Pienso con la cabeza y te diré una cosa más, no tienes derecho a juzgarme por buscar mi bienestar. Ser una mujer sin dinero y sin posición solo hace que me persiga la miseria. He sobrevivido al matrimonio por conveniencia con Lincoln, y podré hacerlo con cualquier otro matrimonio. No estoy cegada por el amor, sino por la razón.

Lo vio callado y se acercó para abrazarlo por la espalda.

—Es bonita, tiene mucho dinero y aunque me parece un poco soñadora, calza contigo a la

perfección.

Él cerró sus ojos para sentir el contacto de aquella culebra que lo abrazaba.

—¿Qué será de ti y de mí sí me caso?

—Dejaremos de vernos...

—No podría vivir sin ti.

—Si no me casara podríamos estar juntos. Me agrada tu compañía y es lo más extrañaré cuando vuelva a casarme...

Helen le dio la vuelta y lo tomó de ambas manos para guiarlo a su silla.

—Siéntate, que te contaré todo sobre esa muchacha a la que deberás conquistar...

Capítulo 9

Poppy bajó una mañana hacia el salón y vio el pianoforte sin su tan fiel cuidador. Una sonrisa maliciosa se colocó en su rostro y de puntillas se acercó hasta ahí. Con los gestos de una mosca se acarició las manos, saboreando su triunfo. No debía destriparse en esa ocasión para distraerse un poco.

—¿Qué es la vida sin un poco de diversión? —añadió levantando la tapa.

Cuando iba a tocar la primera pieza, un bastón la golpeó en la mano.

—Es muy temprano para que mates a alguien, Poppy —dijo una voz que reconoció al instante como la de Thomas.

—¡Thomas! —exclamó saltando como un grillo hasta el cuello de él—. Pensé que me habías olvidado aquí...

Él miró al techo con los ojos blanquecinos por la exageración. Sabía que Poppy era con él muy sentimental y no podía decirle que no a sus muestras de afecto. Con una sonrisa nerviosa y con el brazo libre le dio unos golpecitos en la espalda.

—Vine a verte y por supuesto a saber cómo vas con tus avances.

Ella lo empujó hacia uno de los sillones y se sentó a su lado con la mirada chispeante.

—En modales no has variado demasiado —agregó Thomas, casi arrepintiéndose de estar ahí.

—Por supuesto que sí, pero como eres mi primo y me conoces, no hace falta que me comporte contigo —alegó con una ceja levantada—. La señora Ross y su esposo han sido muy amables. Me han llevado a una cena días atrás y no lo creerás, ¡No accidenté a nadie! ¿No crees que es emocionante? Te puedo asegurar, querido Thomas, que pronto me veré casada...

—Es bueno que no vayas a prisión por intento de asesinato a un noble, qué generosa es Inglaterra...

—Exageras. También conocí a u a mujer hermosa, lady Helen, es una viuda.

Thomas buscó en su mente, sin embargo, no halló nada de la viuda. En sí podía buscar en su mente por temporadas a medio Londres incluida a Melissa y tampoco lo encontraría. Sabía que no era el alma de las fiestas, prefería la privacidad de su hogar, un buen libro y su brandy.

Después de que Poppy casi deshizo su mollera con tantas cosas incluso haciendo demostraciones de sus habilidades y cambios en su vestido, que hicieron sonrojarse a Thomas por lo escandaloso de su prima, le comentaría lo que fue a decirle.

—Recibí carta de mi tío... —contó con la carta en la mano.

—¿Por qué no me la envió a mí? —increpó molesta.

—Tal vez no quiera comentarte lo que sí tuvo el valor de contarme a mí.

Poppy le arrebató la carta, y se alejó de su primo. Recorrió cada línea con lágrimas furiosas, cargadas de recelo y molestia.

—¡Se ha casado apenas me fui! —exclamó haciendo que el gato que estaba dormido sobre un estante saliera a correr despavorido por el grito.

Los señores Ross que decidieron no interrumpir la charla por tratarse de un asunto meramente familiar, se escondieron para escuchar desde la escalera.

—Es correcto.

—Nunca fui suficiente —declaró con los ojos aguados—. Si hubiera sido un varón, todo sería distinto, Thomas.

—Él debe tener herederos. Poppy, no quiero esta carga y estoy de acuerdo en lo que hizo.

—Comprendo —asintió intentando colocar aquella sonrisa que siempre ponía en su rostro por más que no tuviera ganas de sonreír—. Y al parecer tus sueños se cumplirán, tendrás quien te releve. Dice aquí que también están esperando a un hijo.

—Es así...

—Lo que puedo notar es que, tampoco ha preguntado por mí. Vaya, mi padre me tenía con él solo porque era su deber y le fue tan fácil deshacerse de mí, echándote a ti la responsabilidad y luego tú, a los señores Ross.

—Poppy, yo no...

—No digas mentiras. Soy torpe, pero a la vez pensante, y no digo más, oigo a la servidumbre. No te culpo por ello, sé que estás enfermo como mi padre. Además, tendrás un hijo. Tienes una vida por delante como para que te la arruine la prima tonta —asumió ya sin mirar a Thomas.

Su primo se pasó las manos por el rostro por sentirse culpable de cómo estaba su prima. Nadie más que Madeleine se preocupaba por ella, el resto solo la veía como una carga que era difícil de llevar.

—Te quiero, Poppy.

—Y yo también. Ahora, con más ánimo buscaré un esposo para...tener mi familia y una que tenga amor...¿Me disculpas, Thomas? Iré con los señores Ross. Se ha me desatado una liga y no quisiera incomodarte... —mintió para ir a su habitación.

Él asintió y ella le dio un beso en la mejilla. Se retiró a largas zancadas y descubrió a sus anfitriones escondidos en la escalera, pero no los delató.

—Son tan oportunos, Thomas los espera.

—Ahora vamos, querida... —le dijo el señor Ross acariciándole un brazo.

Había escuchado cuánto sufría aquella muchacha porque no la amaban. Comparaba los sufrimientos de sus hijas que comparados con la falta de amor del padre de Poppy eran tan frívolos. La señora Ross con toda su locura, se sentía más la madre de Poppy que cualquier otra cosa. Tenía el deber moral y sentimental de otorgarle lo que necesitaba.

Erin se cruzó con lady Poppy que siempre le sonreía incluso en los peores momentos y aquel era uno. Su doncella estaba ocupándose de sus prendas en el cuarto de lavado, iba a avisarle que la muchacha no tenía tan buen semblante.

Poppy se sentó cerca de la ventana para mirar hacia el jardín. Lloró abrazada a sus propios brazos, pensando en lo insensible que era su padre. ¿Cómo creyó que ella no apoyaría su matrimonio? ¿Cuál era la necesidad de que ella no supiera de aquello? Su padre simplemente no la conocía ni estaba interesado en eso, pero aún así ella lo amaba. Amaba a todos los que conocía.

Madeleine al entrar en la habitación la vio sentada, hamacando su figura en la silla, llorando desconsolada. Sentía que su corazón se arrugaba al verla así, y sabía que ese efecto era solo causado por el duque.

Se acercó y se colocó frente a ella. Poppy tenía el rostro rojo, las mejillas bañadas por las lágrimas, los labios secos y encorvados, y sus bellos ojos azules eran casi celestes.

—¿Qué ha ocurrido, milady?

—Esperaba decirte que el gato me atacó, pero me descubrirás. Además, ningún gato me devastaría de esta forma.

—¿Quiere contarme?

Ella negó con la cabeza y se abrazó a la cintura y piernas de Madeleine.

—Necesito el consuelo que solo tú puedes darme... —dijo sujetada con fuerza mientras Madeleine le acariciaba los rizos.

Thomas se quedó pensativo en el salón. Ver a Poppy tan triste no era algo que le agradara. Prefería verla destruyendo todo antes que triste y solitaria.

—¿Qué noticias le ha traído a Poppy? —indagó el señor Ross.

—Su padre se casó sin que ella supiera con quien —respondió.

—Qué hombre tan insensible, teniendo a tan adorable criatura como hija —mencionó la señora Ross.

—Mi tío ha sido siempre así. No somos una familia muy cariñosa entre todos. Poppy es la única que al parecer alberga sentimientos hacia los demás. Aunque creo improbable que se case por amor, deseo que lo haga y sea todo lo feliz que no ha sido en toda su vida —suspiró cansado.

—Para eso está aquí. En dos días lo esperaremos para que nos acompañe a llevarla en su primer baile oficial en Londres —comentó la señora Ross.

Por la tarde, un poco más calmada y convencida por su doncella de salir al parque para una caminata y por supuesto para despejar su turbulenta mente y olvidar a su padre con un bonito paisaje.

—Será este sombrero, a juego con este lazo, con la sombrilla más bonita que tiene, este vestido amarillo y estos zapatos. ¿No cree, milady, que es una combinación de excelencia?

—Me agrada el amarillo con el dorado —aseguró tocando la tela.

—Este conjunto es un regalo del señor Ross con sus telas.

—Se parece a los bellos vestidos de mi prima Melissa. Qué padres tan amorosos tiene, me hacen sentir parte de una familia.

—Son muy buenos, y el señor Ross particularmente cariñoso para ser tan taciturno.

—Es un padre adorable.

Salieron caminando las dos. Madeleine iba al lado de Poppy mirando para que no tropezara con algún pedregullo.

Laurence tenía en sus manos una interesante propuesta, la que podía ser una solución a parte de sus problemas de dinero. Una carrera ilegal de caballos por la noche. No estaba seguro de participar, pero aquellas guineas se veían muy tentadoras. Distraído en aquel papel que tenía en su mano y caminando por el parque, escuchó los desventurados alaridos de una dama.

Aceleró su caminata para observar la razón de su preocupación.

—Voy a subir por mi listón... —decidió Poppy sacándose el sombrero.

—Los árboles son infortunio para usted, lady Poppy. Por favor no suba, recuerde la hacienda de su primo.

Enfurruñada y al borde de una explosión rabiosa, cerró su sombrilla y se recostó por el árbol que tenía cautiva en una rama que ella no alcanzaba a su desafortunado listón.

Saltó con su sombrilla para intentar tomar su listón, pero no lo consiguió.

Laurence apareció por el otro lado del árbol, y cuando iba a ofrecer sus servicios sintió un sombrillazo en la cabeza que casi lo dejó inconsciente.

Poppy y Madeleine soltaron un chillido de susto al ver que Poppy golpeó a un joven.

—¡Lo siento, lo siento, no quería hacerlo! —se disculpó intentando tocar la cabeza castaña del joven.

Él levantó sus ojos de color avellana para ver a su agresora ya le entregó una sonrisa trémula.

—No se preocupe —dijo acariciándose la cabeza—. Veo que tiene un dilema —expresó ya más sonriente, señalando el objeto en el árbol.

Poppy estaba deslumbrada por la voz y la sonrisa del muchacho. Pudo haberse puesto como

Montmorency, no obstante, le había entregado una sonrisa, y una muy encantadora que la tenía encandilada.

—Sí... Ha volado como si tuviera alas, pero no la podemos bajar —comentó sonrosada.

Madeleine observó por primera vez en el tiempo que veía a lady Poppy de cacería, que se había sonrosado de esa forma. La sombrilla en sus manos estaba sufriendo de un estrangulamiento crónico por parte de ella mientras no le sacaba los ojos de encima al joven.

—¿Me presta? —preguntó, refiriéndose a la sombrilla.

—¡Oh sí, por supuesto! —exclamó casi volviéndolo a golpear.

Ella le entregó la sombrilla y Laurence solo se puso un poco de puntillas y con el lado curvo de la sombrilla tomó el listón.

—¡Me ha salvado! —expresó después de que él le mostrara el listón y se lo colocara en sus manos.

—Entonces puedo definirme como un héroe. Qué tenga una bella tarde...

—Gracias... —sonrió al ver que él levantó la mano derecha de ella para dejar un beso. Luego hizo una reverencia y se retiró.

Poppy se quedó acariciando su guante de encaje al verlo irse y luego la sonrisa que estaba en su rostro desapareció.

—¡Su nombre, Madeleine!

—Es cierto.

—¡Corre a preguntarle!

Madeleine levantó un poco sus faldas y alcanzó a Laurence que iba dolorido, pero conforme por haber ayudado a alguien a solucionar su problema. La muchacha era bonita, con una voz sin mucho encanto. Se notó por aquella que no hacía un solo esfuerzo por ser una dama intachable, y eso era muy malo para ella si estaba buscando un esposo. Suspiró esperando a que sus problemas se solucionaran como lo hizo con aquel listón.

—Disculpe... —le interrumpió una voz desde atrás.

—Sí, ¿Perdió otra cosa nuestra dama? —curioseó burlón.

—Sí, no le preguntó su nombre.

—Oh, qué vergüenza. No me he presentado, iba muy distraído. Mi nombre es Laurence O'Dunne, marqués de Salisbury. Envíe mis disculpas a la dama —replicó avergonzado.

—Lo haré, señoría. Lady Poppy estará muy contenta con sus respetos... Hasta luego.

Vio a la doncella irse y él se quedó tieso, mirando el camino por donde transitó. Aquella era la mujer que Helen le había dicho. ¿Era alguna casualidad del destino que pensara en una solución y que aquella muchacha estuviera ahí?

Capítulo 10

De vuelta en la mansión de los Ross, Poppy solo se sentía flotar. Estaba más distraída que de costumbre por haber conocido a tan amable caballero. El marqués de Salisbury era encantador.

—¡Lady Poppy! —exclamó agotada y de mal humor la doncella. Era la décima vez que la llamaba para que se cambiara y bajara a cenar con los señores Ross.

—¡Qué ocurre!

—Está más dispersa que nunca, milady. Debe cambiarse para ir a cenar.

—¿Por qué la tarde ha sido tan corta? —dijo en medio de un suspiro—. Tiraría todos mis listones al viento para volver a ver a ese marqués, ¿Sabes?

—Es probable que no lo volvamos a ver, recuerde que lo golpeó.

—¡Una mala fortuna no es un fracaso! —expresó animada—. Pude haberle parecido inocente. Los ingleses son más permisivos que los franceses. Como dice Thomas: «qué generosa es Inglaterra»

—Creo que le simpatizó, milady. Se dio el lujo de hacer un comentario para nada ordinario de usted como le había comentado.

Suspiró con los codos en el escritorio. Si algo le faltaba para ser más tonta, lo había conseguido. Sus pensamientos estaban nublados por la caballerosidad de un hombre.

—Seré la reina de los listones. Los pondré todos al viento y tú y yo nos iremos a rondar el parque todas las tardes hasta dar con él otra vez.

—Lady Poppy, ¿No se está apresurado un poco?

—No. Me conozco, y sé que no he tenido esta sensación antes, y no quiero perder la algarabía que me genera la expectación de una cacería. ¿Viste que lindos ojos? Parecían un tazón de miel.

Madeleine se rindió. No podría convencerla de lo contrario, cuando a lo poco cuerda lady Poppy se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta cometer alguna calamidad o salirse con la suya.

Después de cambiarse y seguir cazando mariposas en su mente, Poppy tuvo una mala pisada cuatro escalones antes de bajar completamente al salón. Cayó de cara contra el piso, golpeando su amplia frente.

El señor Ross que estaba por devorar a su esposa por el hambre esperando a la egoísta Poppy que no bajaba para que él pudiera saciar su hambre, escuchó un golpe seco en el piso. Se apresuró a mirar y vio a Poppy levantándose del suelo.

—¿Qué ocurrió, Poppy? —se apresuró el señor Ross para auxiliarla.

Ella rio nerviosa tomándose la frente.

—¡No ha ocurrido nada! Solo olvidé un escalón, nada de cuidado.

—Deja que vea esa herida, pequeña —dijo queriendo sacar la mano que cubría su rostro.

La señora Ross después de deshacerse presurosa de sus bordados, también siguió a su esposo y la vio sacando la mano de la muchacha de su frente. Estaba sangrando profusamente.

—¡Oh Cédric! Hay que traer a Mortimer... —aseguró aterrada por ver la sangre.

—¡No hace falta, estoy muy bien!

—¡Lady Poppy! —expresó Madeleine, asustada mientras bajaba las escaleras apresurada.

—Madeleine, vaya por un mozo, y dígale que traiga al doctor Mortimer. Lo siento, Cédric, tu

cena se va a retrasar.

—¿No le avisaré a su señoría? —preguntó.

—Thomas está enfermo, no deberíamos molestarlo por pequeñeces... —dijo Poppy viendo su mano ensangrentada—. Oh, creo que manché el piso, lo siento.

El señor Ross la tomó de ambos brazos y la llevó a sentarse. Le colocó su inmaculado pañuelo blanco en la frente para que parara de sangrar. Madeleine hizo lo que la señora Ross le indicó y luego pasó a ocuparse también de ella. Poppy se sentía perfectamente, pero por respeto a sus preocupados benefactores se quedó a esperar a que fuera el doctor.

—En algún momento debía ocurrir —dijo Mortimer cruzando el umbral de la puerta, entregándole a Erin su sombrero. Al llegar al salón, vio a la muchacha, que para nada parecía enferma o que necesitara de atención urgente—. Lady Poppy, usted nunca dejará los problemas. No sé si se acuerde de mí, pero le comento que pude haber cosido mi nombre en su pierna derecha por las veces que me buscaron para atenderla cuando era pequeña —sonrió el viejo doctor—. Además, ya me comentó el marqués, después de un ataque nervioso que había vuelto. Déjeme ver qué si hizo en esta ocasión.

—Estoy muy bien, doctor. Fue solo a pedido de la señora Ross que usted ha venido, yo me siento perfectamente.

—Dura como la piel de un caimán —dijo el hombre antes de ver la herida—. Tendrá que vendar su frente...

—¡Ni pensarlo! Tengo un baile en unos días. No pienso vendarme la cabeza —se quejó.

—Está bien. Entonces le limpiaré la herida para ver. Supongo, amigo mío, que no exageraremos para nadie lo que le ocurrió a la muchacha, ¿O qué dice usted, señora Ross?

—Doctor Mortimer, no dejará de mortificar mi alma culpable —rio—. Miento, no me siento culpable, no me arrepiento de haber conseguido casar a Melissa, ¡Qué hueso más duro!

—Es porque no ha intentado aún casar a esta joven...—refirió limpiando la herida de la muchacha que ya tenía la nariz alzada y los brazos bajo el pecho.

—No hay punto de comparación con Melissa. Poppy coopera tanto como
Morgana para casarse. Estoy muy satisfecha con su esfuerzo y en dos días espero presentarla con un joven, que creo, será una excelente elección —le sonrió la señora Ross, tocando un brazo de la muchacha.

Poppy relajó su expresión y le devolvió una sonrisa a la señora Ross. Hubiera dado su vida por nacer en aquella familia y no estar tan sola, sin un padre que la amara. A su madre no podía culparla porque murió cuando la trajo al mundo.

Una vez que el doctor Mortimer hubo terminado su trabajo de atención a la muchacha, lo invitaron a quedarse para cenar. En la mesa todos tuvieron suerte de no probar la especialidad de la muchacha cuando estaba contenta. Uno que otro tenedor salía volando. Cuando se perdió de la conversación, su mente volvió a esa tarde en que no pensó conocer a hombre más galante y amable que ese. No debía olvidar que toda galantería era también porque desconocía su prontuario de delitos contra las personas de toda clase social. Cuando se trataba de meterse en problemas poco importaba el dinero o la posición de las personas, caían sin remedio. Los recursos no iban a suavizar las consecuencias.

Todo el día siguiente no se alejó del espejo. La herida de su caída era como un hueco, y no quería tomar el consejo del doctor Mortimer de vendar la herida. Probó junto a Madeleine formas y formas de cómo esconder la herida detrás de un bucle o de varios pequeños bucles.

—¡Es inútil, milady!

—Pues bien, a quien le agrade lo haré con todo y sangre endurecida en la frente. Madeleine,

no pierdo la esperanza de que vea al marqués esa noche.

—¿Acaso no escuchó a la señora Ross? Tiene un candidato para usted.

—No, dijo que era una excelente elección. Recuerdo que cuando mi padre usaba ese término, nunca salía bien. Es como una melodía que he escuchado tantas veces hasta el cansancio. Yo quiero elegir, no que los obliguen a elegirme.

—Quise pensar en algún momento que usted aceptaría casarse con cualquiera.

—Si lo pensé fue en un momento de debilidad, presión y desesperación. A veces pienso, ¿Qué es lo que me impulsa a querer casarme? Las ansias de mi padre podría ser una respuesta. Su eternas ganas de deshacerse de mí me hacen cavilar sobre eso. Casarme para no ser un estorbo, pero en fin, por algo no me he casado —dijo echando el cuerpo en un sillón.

Tomó un libro que estaba en el escritorio de la habitación y lo abrió. El señor Ross le dijo que la lectura ampliaría su mente para que no se volviera como la señora Ross. Tenía un humor extraño con respecto a su esposa, la adoraba, pero siempre se refería a ella como poco inteligente y de visión poco amplia. Poppy aseguraba que su visión era menos amplia que la visión actual de la esposa del señor Ross.

Los criados le dijeron que la inteligencia no era para todas las personas. Cada uno tenía algo que sabía hacer y para lo que era bueno, y Poppy era buena para meterse en problemas y pensar solo en lo que no tenía, pero no siempre resaltaban esa parte de ella, sino que siempre la halagaban por su buen corazón y sus buenas intenciones.

***

El baile de lord y lady Wellington era muy elegante. Los pilares dorados de gran salón eran dignos de alabar. Las sillas estaban puestas para el descanso y ya las damas de edad los iban ocupando con tranquilidad. Las tertulias compuestas de damas y caballeros reían y comentaban sin parar. El ruido de las conversaciones, la música y el tintineo de las copas eran reveladoras de un gran público divertido.

Por afuera del salón, Laurence esperó a Helen que se suponía debía presentar a lady Poppy, sin embargo, la suerte se encargó de hacerlo de manera un poco dolorosa.

—Señoría, es un placer saludarlo —mencionó Helen inclinando su figura ante él.

Ambos llevaban a cabo su teatro de conocidos. Una viuda y un soltero en esa situación no producía ningún tipo de escándalo, no obstante, Helen era muy cuidadosa en público, pues en aquella reunión asistió con su hijastro con quien no llevaba buena relación.

—Buenas noches, milady. Preciosa luna la que ilumina la noche, ¿No lo cree?

—Sí. He visto un estrella interesante en el salón...

—Esa misma estrella la he visto hace dos días en el parque —señaló hacia Poppy que estaba en el salón.

Helen miró hacia donde él señaló y asintió.

—Entonces, no hará falta que los presente, señoría. Irá usted y saludará. Después la invitará a un baile y hágalo con delicadeza.

—Lo tengo presente. Tiene unos delicados modales. Al parecer practica esgrima con una sombrilla.

—No comprendo, aún así es momento de que vaya a galantear. Oh, espere, ¿Qué estoy viendo? —increpó Helen viendo a su hijastro acompañado de la señora Ross.

Anette Ross había conseguido una interesante oportunidad para que Poppy conociera a Lord Arthur Chastain conde de Lincoln. Un joven soltero de buena posición y muy abierto al matrimonio. Ese día de la cena se había esforzado por conseguir la mayor información posible. Anette ni siquiera pensaba que tenía a sus dos hijas casadas, Poppy era una hija más a la que

debía casar.

—Poppy, te presento a lord Arthur Chastain, conde de Lincoln... —declaró la mujer—. Es ella de quien le hable, milord, es un encanto, ¿No lo cree?

Poppy hizo una reverencia y saludó al hombre con una sonrisa. La señora Ross la despertó de su búsqueda. Desde que pasó las grandes puertas solo pensaba en encontrar a cierto caballero. El hombre que estaba frente a ella, era uno de los mejores prospectos que había tenido jamás, sin embargo, su interés por él, era casi nulo

—Es un gusto conocerlo —alegó.

Él correspondió la reverencia y se tomó unos segundos para observarla bien. Tenía una herida en la frente un poco vistosa, pero todos eran propensos a sufrir accidentes, era una pena que su madrastra no sufriera ninguno para librarse de ella. Había damas mucho más atractivas que la muchacha que estaba parada frente a él, sin embargo, sus ojos azules eran vivaces y amables, le transmitían la tranquilidad que necesitaba para tomar a una esposa y acabar de una vez con el dominio de lady Helen en su casa.

—El gusto es mío —dijo tomando su mano antes de plantar un beso en él.

Helen lo observó todo con molestia. Su tensa relación con los hijos de su difunto esposo y más con el mayor se había vuelto insostenible, lo que la orillaba a buscar otras oportunidades. Tomó a Laurence del brazo con fuerza.

—Haga bien el trabajo, señoría. Arthur no conseguirá una esposa hasta que yo consiga un esposo...

Capítulo 11

Él sabía sobre la tensa relación que Helen tenía con los hijos de su difunto esposo. A ellos, su madrastra les parecía demasiado joven, y no toleraban vivir con ella. El único que ponía paz en el hogar familiar era el conde de Lincoln, pero una vez muerto, el caos se apoderó de ellos.

—Lo haré, milady.

Volvió adentro del salón y esperó paciente para ver qué hacía Arthur.

—¿Baila, milady? —indagó el conde a Poppy.

Ella iba a responder como siempre lo hacía, con mucha efusividad, pero el rostro de su mentora era el de que si hacía alguna tontería, ella misma le haría otra herida en la cabeza.

—Sí, milord. En los salones de Francia he practicado bastante —comentó para no dejar tan seca la respuesta.

—Entonces la invito a la siguiente pieza. Debo admitir que la danza no es uno de mis talentos mejor desarrollados, pero me defiendo. Espero estar a la altura de sus exigencias.

—No será inconveniente, milord. Será un verdadero placer disfrutar de su compañía.

El conde colocó el brazo para que Poppy lo tomara. En verdad amaba bailar. Recordaba pocos incidentes durante los bailes. Una vez tropezó con un mozo y todo lo que llevaba fue a parar al suelo. En otra oportunidad piso a su pareja, otra noche se distrajo en un cambio de parejas y acabó con el equivocado. Lo último fue por despistada, pero en esa ocasión debía mantener la tranquilidad, el conde era un hombre muy educado y galante. No podía hacer una salvajada, echando a perder el esfuerzo de la señora Ross. Desconocía el tipo de artimaña que utilizó para convencer al joven de que se acercara a ella. Sin embargo, estaba dispuesta a escuchar todo lo que le dijera.

Se hicieron la reverencia antes de iniciar la danza y luego cruzaron los brazos entre ellos y después con los demás. Se colocaron en filas y con pasos lentos iban reproduciendo la danza con maestría.

Arthur y Poppy se sonreían con encanto. Ella con el objeto de agradar y el otro con la clara intención de conquistar.

Helen era una olla de agua hirviendo. Si Arthur conseguía sacarle el poder de condesa, eso no sería agradable y menos aún con la muchacha que escogió para salvar a Laurence. Al conde de Lincoln no le faltaba dinero como para casarse por interés.

Se preguntó tantas veces qué hacía Laurence que no se interpuso en aquello, pues Arthur se veía demasiado interesado que no se estaba equivocando en esa danza como era su costumbre. Llevaba años conviviendo con él y sabía sus defectos. Bailar era uno de los peores.

Laurence poco interesado se quedó en un rincón bebiendo una copa. Su apremio económico era muy grande, no obstante, estaba mirando a lady Poppy porque Helen se lo dijo. Con sinceridad no estaba interesado en casarse, solo la necesidad lo impulsaría. Quería seguir soltero para continuar con Helen que le dijo que acabarían apenas él fuera aceptado por la muchacha. Su cómplice no dudaba que él le agradaría porque atractivo no le faltaba. Agraciado de nacimiento y con un porte cuidado y elegante, con bonitos ojos avellana, muy poca era su competencia. Estar en el lomo de sus caballos mucho tiempo lo mantenían en forma.

Todos aplaudieron el final de la danza. Algunas parejas continuaron bailando y otras como la de Poppy y Arthur se retiraron hacia el señor y la señora Ross.

—¿No crees que el candidato para Poppy es ideal? —preguntó su esposa al señor Ross.

—Sí, pero no veo a Poppy rebosando de felicidad. Esa muchacha tiene una forma característica. Con el tiempo que lleva en casa te puedo asegurar lo que digo.

—Está siendo educada. Todos sabemos que sigue viva por un milagro, no hace falta ni decirlo, pero ahora es como si fuera mi hija, y seguirá mis enseñanzas.

—Ella terminará escogiendo algo distinto a lo tuyo, salvo que la golpees en un balcón con ese conde cerca para que se casen. Nadie siquiera buscará un sospechoso, es tan torpe que lo creerán normal.

—Es cierto. Me recuerda un poco a Melissa, tan vez por su benevolencia e ingenuidad, aunque esta en ingenuidad la supera por mucho.

—Estimados señores, vengo a devolverles a la dama. Espero que en algún momento me permitan volver a invitarla —indicó Arthur, guiando a Poppy con un suave toque en la espalda.

—Estoy segura de que a Poppy la idea le resultará atrayente... —insinuó con sus ojos azules puestos en la muchacha.

—Así es. No recuerdo haber bailado mejor en mucho tiempo.

Arthur tuvo un leve sonrojó por lo que había dicho Poppy. Ella le resultó con un carácter cordial y afable, tanto que era lo que necesitaba para una compañera. Se llevaría bien con su hermana Anne y con Benedict.

—Aguardaré por usted entonces, milady, con permiso —se despidió inclinando la cabeza.

Los tres también se inclinaron y vieron como se fue.

—Galante, ¿No lo crees, Poppy? —curioseó la señora Ross.

—Sin dudas, un verdadero caballero, tanto, que aún no creo que siga con todos sus miembros indoloros...

—Fue un éxito, tan encantador que hasta me dan ganas de que sea tu elegido. No creas que deseo imponerte algo, querida, sino que deseo lo mejor para ti como lo haría con cualquiera de mis hijas —contó la señora Ross.

—Pocas son las veces en que mi esposa tiene razón, también me agrada el muchacho. Según lo he investigado, como también lo haría para cualquiera de mis hijas. Tiene una excelente posición económica y salvo el parentesco que lo une con su madrastra todo esta bien.

—¡Lincoln! Oh sí, lo había olvidado, lady Helen debe ser su madrastra.

—Tienen una mala relación y es sabido por todos —comentó la señora Ross.

—A mí lady Helen me parece una dama agradable, sofisticada y muy hermosa para ser una solitaria viuda.

—No tengo reparos contra la dama socialmente, pero en el hogar todos somos diferentes —refirió el señor Ross, mirando a los danzantes también siguiendo el compás de la música con la cabeza.

Laurence iba por su tercera copa de la noche. Se quedó en un rincón sin el menor indicio de que iba a moverse de ahí.

Molesta por la falta de entereza de Laurence, Helen decidió tomar partido de la situación y ser quien los uniría. El marqués solo pensaba en sus sentimientos, pero cuando estuviera comiendo porquerías en una prisión recordaría la oportunidad que había perdido. Imaginarlo en la prisión, sucio, hambriento y abandonado, le dio más fuerza para hacer las cosas por él. Sentía mucho cariño por su amante porque él se hacía querer y solo deseaba su bien, y aquella muchacha era apta para darle bienestar y dinero. Arthur era un joven muy bueno, aunque no estaba cerca de ser como Laurence. Además de que su hijastro no tenía problemas de dinero para tomar a aquella rica muchacha como esposa y ella se encargaría de persuadirlo de acuerdo a lo

que Laurence le fuera contando sobre la ella.

Helen caminó decidida hacia lady Poppy y sus acompañantes.

—Es un placer saludarlos esta noche. Lady Poppy, la estaba buscando y en un momento la vi con mi hijastro —dijo inclinando la cabeza.

—Lady Helen, es bueno verla. Le estaba hablando a los señores Ross sobre usted.

—Espero que me tengan en el mejor de los conceptos. Quería pasear con usted por el salón. He vendido varias veces aquí y como sé que es nueva, le quería enseñar lo maravilloso de estos rincones —sonrió mirando de manera intercalada a los señores Ross y a la muchacha.

—¿Puedo ir? —pidió animada al señor Ross.

—Por supuesto que puedes ir, solo recuerda comportarte, querida. Cuide a nuestra niña, lady Helen —respondió el señor Ross con una pequeña advertencia.

—Lo haré.

Poppy y Helen emprendieron su conocimiento del salón con mucha simpatía. Helen contaba sus experiencias agradables y las no muy gratas, mientras Poppy la escuchaba con atención. Si ella contaba sus experiencias, su compañera saldría disparada por el miedo a tener alguna mala pasada.

—Su hijastro es un caballero muy galante.

—Sí, Arthur es agradable con quien desea. ¿Cree que sea correcto de su parte odiarme por ser joven? No le agrada que sea su madrastra. Es un hecho que no estuvo de acuerdo con mi matrimonio, pero no tenía muchas opciones ni tiempo para tonterías de un hombre egoísta.

—¿Qué ocurrió?

—Estábamos en la miseria. No digo la ruina, porque eso sería poseer algo. Ya no teníamos donde vivir mi madre y yo. Me casé con el primero que me propuso matrimonio. Era un hombre agradable, estuvimos casados tres años.

—¿No tuvo hijos?

—No, el que teníamos en camino se perdió —dijo mirando hacia otro sitio.

—Lo siento. ¿Sabe que mi padre se volvió a casar sin que yo lo supiera? Su nueva esposa está embarazada.

—¿Cómo la hace sentir eso?

—Me alegra de que haya buscado su tan ansiado hijo varón. Nunca fui suficiente para él, así que tiene mi apoyo para la cantidad de hijos y esposas que desee tener...

Helen intentó buscar la mirada de Poppy, pero ella se ocultaba mirando los cuadros. Después de un pequeño silencio, se dio cuenta que estaban cerca de llegar a Laurence. Miró algo que Poppy pudiera tener con ella para echarlo al suelo frente al marqués y solo notó el ridículo que tenía, no había mucho que echar a perder, entonces debía ella sacrificarse en nombre del su cariño a Laurence.

Sacó su pañuelo del ridículo y fingió llevárselo a la boca cuando lo soltó frente a Laurence.

Él vio a Helen con lady Poppy que tenían su ojos puestos en los objetos del salón. Con los ojos muy abiertos ella le indicó que levantara el pañuelo.

—Se me cayó el pañuelo —comentó con tristeza.

Poppy no dudó en agacharse a tomarlo, pero para su pena, el caballero tuvo la misma idea. Ambos golpearon sus cabezas con gran fuerza gruñendo al unísono por el dolor.

Ella fue quien reaccionó primero y lo reconoció.

—¡Soy una catástrofe! —exclamó llena de vergüenza. A ese paso lo dejaría como un hombre de dos cabezas.

Capítulo 12

Él se tomó la frente que tenía dolorida, pero al menos estaba mejor que el objeto de su dolor. La frente de Lady Poppy tenía un pequeño camino de sangre que iba bajando hacia su ceja.

Laurence todavía con la mano en la frente, señaló con la mano libre a la cabeza de Poppy, pues las palabras no le salían aún para decirle que tenía sangre.

Helen giró un poco para mirar a Poppy de frente y vio lo que Laurence quería decir. Tomó su pañuelo del suelo y se lo colocó a Poppy en la frente.

—Qué desafortunado, lady Poppy —mencionó Helen con verdadera preocupación por su sangrado.

—Más desafortunado es haber golpeado dos veces al caballero. Mis disculpas, señoría... —dijo Poppy agachando el rostro con mucha vergüenza.

—Son simples casualidades, ni siquiera ha dolido, milady. Casi podría decirle que estoy acostumbrado a los embates de la vida. Es un gusto verla de nuevo —habló pese a su quebradero de cabeza. Estaba realmente convencido que eran calamidades fortuitas que pudo ocurrirle con cualquier otro mortal.

—Oh disculpen, he visto a una buena amiga. Vuelvo enseguida —se despidió Helen, yendo hacia un grupo de gente.

Laurence y Poppy se observaron intentando buscar una conversación en sus golpeadas cabezas.

—Debería disculparme por mi comportamiento de hace dos días. Me fui sin siquiera preguntarle su nombre. Imagino que ha pensado que soy poco educado.

—De ninguna manera, señoría. Creo que mi sombrillazo no lo dejó pensar bien y ahora también mi golpe en la cabeza...

—Esta vez compartimos dolores —comentó enseñándole una sonrisa.

El pecho de Poppy se exaltó al mirar su sonrisa. Necesitaba que Madeleine la recogiera en pedacitos del suelo, pues estaba completamente desintegrada por él.

—Me presentaré como es debido, soy Laurence O'Dunne, marqués de Salisbury.

—Y yo soy Poppy... —alcanzó a decir suspirando, pero sabía que no debía presentarse de esa forma—. ¡Lo siento! Soy lady Poppy FitzRoy.

—No había oído hablar de usted.

—Es porque gran parte mi vida he estado en Francia y mi presentación se dio ahí.

—Recuerdo que parte de mi familia está en París. Supongo que habrá oído hablar de los Montmorency, son mis parientes.

«Qué penoso» pensó Poppy. Su negro pasado parisino la seguía como a su sombra y al parecer algo dentro de ella sabía que tenía sangre que compartía ese caballero con el insípido hombre francés, puesto que le había golpeado.

—Sí, he tratado muy poco con ellos, y es probable que no me recuerden.

—¿Con quién ha venido? No quisiera que mal pensaran de nosotros.

Poppy buscó de puntillas a los señores Ross y los encontró.

—Sígame, lo llevaré junto a ellos.

Laurence siguió a la muchacha que tenía un paso grande y un poco pesado. Su muselina ondulante era interesante al verla caminar, pues no tenía la gracia y el contoneo de otras damas,

pero ese peculiar movimiento era atrayente. Levantó una ceja y dio una media sonrisa, lady Poppy podría llegar a ser interesante.
Ella se giró para ver que él lo siguiera y ambas miradas se encontraron. Laurence se sonrojó porque ella al parecer le descubrió viéndola.

Hipnotizada por la dulce sonrisa del joven, olvidó mirar su camino y se encontró de frente con algo muy grande que se quedó rígido en un lugar.

—Poppy... —dijo la voz de Thomas.

—¡Thomas! Tienes el pecho muy duro, pensé que era una pared.

Su primo miró por detrás de ella y vio a un joven que se había quedado casi pegado al cuerpo de su prima. Abrió sus ojos con atención para guardar ese rostro en su mente en caso de que lo llegara a necesitar.

—¿A dónde vas? Deberías poner atención por donde caminas...

—Lo siento. Estaba yendo junto a los señores Ross. Les presentaré al marqués —mencionó ella dándole lugar a Laurence para que se pusiera frente a él.

Desconocía la relación de ese hombre con lady Poppy, y no le agradaba aquella forma de mirarlo.

—Deje que me presente, soy Laurence O'Dunne, marqués de Salisbury, es un placer...

—Él es mi primo Thomas, marqués de Dorset y probablemente si mis ansias de que mi padre no tenga un varón den resultados, también será el duque de Grafton.

Los ojos de gato de su primo se fijaron en ella con el más absoluto reproche y rechazo hacia la idea, y no solo porque no quería ser duque, sino también porque había un hijo o hija de su tío en camino. Sería terrible que eso ocurriera porque también él se vería obligado a tener un varón para que todas las damas pudieran depender de él si algo le llegara a ocurrir. Poppy con simpleza le restó importancia al gesto de su primo. Estaba muy extasiada por estar cerca del marqués que poco le importó esa mirada que si no estuviera él, probablemente haría que se azote por lengua suelta.

Laurence se sintió un poco intimidado. El primo de lady Poppy era muy conocido por ser alguien poco amigable y rico, sería aún peor si se convirtiera también en duque, sería alguien intocable. Pese a estar en el mismo estrato social el marqués de Dorset era mucho más. Un hombre de prestigio, casado con una mujer con demasiados recursos, lo que hizo que su nombre y el de la familia de la dama se catapultaran a lo más alto en la sociedad. Lady Poppy estaba bajo la tutela del primo y a la vez cuidada por la reputación de la familia Ross. Nada podría dificultar más la estratagema de Helen que una familia inteligente y adinerada.

—Es un placer conocerlo en persona, señoría —hizo una reverencia—. He oído hablar de usted.

—Es la primera ver que yo escucho sobre usted, y no me sorprende. No soy asiduo a las fiestas, ni bailes, ni nada que turbe mi tranquilidad.

—¿Entonces por qué has venido? Los señores Ross me han cuidado muy bien —dijo Poppy con cierto recelo.

—Estaba preocupado por ti. Tuve un presentimiento, salí de la cama y aquí me tienes. Veo que no he fallado, tienes sangre en la cabeza... —refirió él moviendo un poco sus cabellos.

Poppy sintió como si volviera a tener ocho años. Ahí tenía a su preocupado primo. A veces ser torpe tenía sus ventajas: esperar a accidentarse y que la cuidaran.

Laurence vio como el rostro del primo funesto se sosegaba mirando el movimiento de los rizos de la joven. Una vez que bajó su mano y le dirigió una mirada a él, la dureza y la sensación de incomodidad retornaron. Parecía que ese hombre podía oler sus temores y dudas, o tal vez, lo

vio observando el vestido de su prima con más interés del debido.

—Ve con la señora Ross, yo guiaré al marqués... —mandó Thomas con un tono que no dejaba lugar a réplicas.

Ella miró a Laurence con una sonrisa y se adelantó un poco. Thomas fijó sus ojos verdes en él y luego con su bastón lo señaló.

—Agradables telas las de mi suegro, ¿No lo cree, marqués? —increpó esperando a juzgar su respuesta.

—No sabría decirle...

—Pensé que sabía de telas por el interés que denotaba su mirada en mi prima —comentó fingiendo desinterés a lo que decía.

Pensó en alguna respuesta para lo que él insinuaba, pero era muy difícil encontrar una. Laurence no era muy destacado por pensar. Era alguien impulsivo por eso estaba en la ruina. Luego de ver los alcances de la pobreza y no poder aspirar a Helen fue que su mente comenzó a pensar y a hacer números. Su personalidad era muy difusa. Carecía de dominio y de un carácter fuerte. Era más bien tímido, reservado y aunque socialmente podía ser muy agradable prefería la intimidad en pequeños grupos. Para él la apabullante personalidad del marqués lo hacía sentirse miserable porque estaban en el mismo nivel, pero con diferente pensamiento. El hombre se veía seguro de sí mismo, pese a confesar que prefiere su casa, mientras él no podía decir mucho. Era controlado por la astucia e inteligencia de una mujer. Helen era quien pensaba por los dos, y lo hacía adentrarse en lo desconocido para poder salir adelante. Sentía que en el fondo Helen no quería dejarlo ir, pero lo hacía por el bien de ambos. Si tan solo la hubiera conocido antes, quizás no hubiera dilapidado su fortuna como lo hizo.

—Me resultó agradable como se veía la tela en su prima.

Thomas sintió que su pañuelo lazado le estaba jugando una mala pasada. Separó un poco el pañuelo con sus dedos para continuar con vida. Debía mantener la calma y pensar que ese hombre podría ser un interesante prospecto para su prima.

—Vayamos junto a mis suegros —pidió Thomas.

Poppy estaba con la señora Ross. Quería presentarle al joven, pero Thomas lo había retrasado bastante.

—¿Qué ocurre, Poppy?

—No quiero que Thomas espante al marqués. Ya es suficiente conmigo...

—¿Qué tiene ese joven de especial que no tenga mi candidato? —increpó la señora Ross.

—Que a este marqués lo conseguí yo. Puedo decir que estoy convencida de que quiero convertirlo en mi esposo.

—¡Me sorprende tanta seguridad!

—Cuando decido algo, lo hago. Solo debo lograr que se enamore de mí. Solo tiene que decir las palabras mágicas y yo seré suya —contó sonriendo.

—¿Palabras mágicas? —indagó la mujer.

—Solo me casaré si él en algún momento me profesa su amor...

Helen que estaba en una tertulia cerca se alejó de ellos y se acercó a un pilar detrás del cual estaba Poppy con la señora Ross, porque vio al señor Ross recostado en un pilar alejado si mal su impresión no le fallaba, se quedó dormido. Al escuchar lo que la muchacha dijo, pensó en que no podía se más fácil el camino que Laurence debía emprender. La figura atrayente y la belleza de su amante habían hecho su trabajo de por sí.

De cierta forma a Helen la hizo feliz saber que pronto la situación de Laurence se resolvería, pero ella quedaría en lo incierto. Él era su consuelo ante la infelicidad que sentía en la casa de su

difunto esposo con todos sus hijos despreciándola por haberse casado con un viejo solo por interés, ¿Pero qué más podía hacer? Terminar como mujer de la mala era su temor. Ser viuda le daba ciertas libertades. No podía quejarse de su anterior esposo, pero no tenía la vitalidad y juventud de Laurence porque no quiso aventurarse con otros hombres, solo con él.

—Madrastra —masculló Arthur viéndola interesada y recostada por un pilar—. ¿Está espiando a alguien?

—No es de su incumbencia, Arthur.

—¿O está espiando a su amante? ¿Piensa que soy tonto? Daría mi fortuna para que el marqués de Salisbury se la llevará, pero como debe lo que tengo, me será muy díficil hacerlo.

Ella se hincó las uñas en la piel. Siempre temió que Arthur la descubriera.

—Lo siento, querido, pero no sé de qué habla.

—Lady Helen, soy más inteligente de lo que no parezco... —dijo acercándose a mirar lo que a ella le llamó la atención para escuchar. De espaldas estaba lady Poppy con la señora Ross y se acercaba el marqués de Dorset y también el susodicho amante de su madrastra—. Interesante... ¿Qué está pensando? ¿Usar el dinero de esta muchacha para dárselo a su amante y luego darse una gran vida? ¡Qué vergüenza! —dijo indignado.

—No es esa mi idea. Pero así como usted tiene sus ideas yo tengo las mías. Vaya diciéndole adiós a lady Poppy porque ella está enamorada del marqués. Sacarme de la casa con esa muchacha le será muy difícil, milord —indicó ofendida.

Para nada conocía sus pensamientos, sentimientos ni dolores para juzgarla. Ella se alejó y fingió meterse en otra conversación. Arthur mientras se había quedado pensativo. Si bien no era la única dama y mucho menos la más bonita, le había agradado. Tenía tiempo buscando una dama y fue a la primera a la que no pisó con su torpeza. Sabía que la competencia siempre existió y existirá. Sabiendo la confabulación de su madrastra con ese hombre quebrado, él no saldría a contar nada. No se agarraría de las desgracias de otros ni del descrédito a su competencia para ganar a una esposa. Pensaría en la forma convencional y correcta de conseguir la atención de la joven.

Capítulo 13

A Poppy le brillaron los ojos al verlo llegar con Thomas, que miró a ver si no encontraba a su suegro, lo necesitaba con urgencia.

—Señoría, ¿Y Melissa no ha venido? —indagó la señora Ross.

—Está indispuesta por su estado. ¿Y su esposo? Necesito conversar con él...

—Cédric fue por una bebida, solo desconozco si fue a prepararla él mismo.

—Con permiso, iré por él.

Thomas buscó al señor Ross por el salón. Cuánto odiaba tener que saludar a todas aquellas personas, sentía que en cualquier momento sucumbiría ante la tentación de salir corriendo.

—Señor Ross... —dijo viendo cómo su suegro abría los ojos y se alejaba del pilar.

—Señoría, qué pésima costumbre...

—La suya es una pésima costumbre. Sé que gusta de dormir cada vez que su esposa se descuida, pero vengo por algo importante. Dejé a Poppy con ustedes porque creo que podrán guiarla hacia un buen matrimonio. Yo no tengo hijas y Poppy es muy difícil de manejar —mencionó mientras miraba hacia donde la señora Ross, Poppy y el marqués de Salisbury estaban conversando—. Ese hombre, no me gusta y quisiera pedirle de favor que lo investigue. Sé que de por sí lo hará, porque lo hizo con Daniel y conmigo.

El señor Ross fijó sus ojos en Laurence. El joven se veía tranquilo conversando con su esposa y lady Poppy, quien parecía nerviosa e intranquila por su presencia y esa era la señal que denotaba su interés por el caballero. Estaba seguro de que su primo pudo notarlo también y por eso estaba preocupado.

—Por supuesto que lo haré.

—Temo que tenga malas intenciones con ella. Ha estado mirando su vestido con mucho interés y eso no me agrada —declaró.

Laurence tenía unos modales muy delicados con Poppy y la señora Ross. Ambas estaban encantadas con él mientras les hablaba del salón, de la comida, y la bebida. No sabía cómo continuar con la conversación.

—Conocí al marqués en el parque hace dos días, señora Ross. Se ha comportado como un auténtico caballero... —musitó suspirante Poppy.

Era tan hilarante la forma en que ella lo miraba y su gusto hacia él era tan evidente que la señora Ross pensó que en cualquier momento Poppy lo subiría al carruaje y lo secuestraría. El joven era en apariencia muy atractivo, aunque tímido con sus comentarios. Trataba de mantenerse al margen de toda conversación en exceso privada. El comentario de Poppy hizo que él se sonrojara por lo que le atribuyó con tanto afán la muchacha.

—Imagino que era un listón muy valioso. No podía dejar que se quedara en un árbol para siempre a sufrir las inclemencias del tiempo y dejar a su portadora en la más desolada de las tristezas.

Poppy parecía desvanecerse por su forma de hablar. La entorpecía por completo y solo una cosa deseaba en su mente: Que la cortejara y le hablara de un amor infinito. Si alguna vez imaginó a un esposo, lo hizo más o menos con el carácter de su primo o de su padre, pero el marqués era lo que por excelencia anhelaba su corazón. Un hombre de apariencia sensata, con una embriagadora timidez que podría ser algo que la soportara en sus desmanes. Después de que

conoció al señor Ross, cuyo carácter le resultaba sumamente interesante, supo que había otras formas menos frías y frívolas para demostrar el afecto. Su padre solo se dedicó a darle cosas, y Thomas tan solo un poco de atención y cariño, no demasiado.

—Oh, los listones son tan importantes para nosotras. Ha usted obrado de manera excelente. Poppy hubiera quedado muy triste por perderla —opinó la señora Ross.

Él miró a Poppy que no tenía más que una sonrisa que partía su cara en dos. Y esperaba que tal vez le propusiera bailar.

Un momento de quietud y silencio se llegó sobre la tertulia hasta que Thomas y su suegro se acercaron. Thomas llegó a un punto en que estaba por traspasar al marqués con la mirada. Estaba ahí, parado sin decir palabra. El silencio era incómodo para todos, menos para Poppy que parecía perdida viéndolo.

Laurence estaba sofocado por los escrutadores ojos del primo de la muchacha. Debía hacer algo para no ser el blanco de aquel halcón.

—Hay muchos danzantes... —comentó sonriente.

—¿Qué tan buen bailarín es usted, señoría? —indagó con curiosidad.

—Soy excelente.

Poppy hizo un sonoro suspiro.

—Yo no he visto esas habilidades... —insinuó para que la invitara a bailar.

Thomas abrió tanto los ojos de la sorpresa por el atrevimiento de Poppy que sentía que podría matarla con su bastón. Ella solo le hizo un gesto para que se calmara y no hiciera alboroto. Ese era otro indicio de que aquella no era más su prima de ocho años con los bucles adorables y vistosos. Era una muchacha casadera con pésimas formas para encontrar esposo.

El interpelado comprendió que debía responder con una invitación a danzar.

—¿Quiere bailar conmigo? —preguntó mostrándole el brazo.

—¡Sí! —exclamó espantando al señor Ross que aún estaba un poco dormido.

Ella con la cabeza ladeada iba mirándolo fijamente y él también la miró. No había tenido oportunidad de tener a una entusiasta pareja de baile. Helen por lo general era un poco soberbia y tendía a ser lo más fría posible en una danza. Socialmente solían danzar. Él invitaba a varias damas antes de invitar a Helen. Se divertía haciéndoles favores a las solteronas que había en el salón. En una ocasión bailó con Morgana Ross, pero ella casi lo había tratado como un desperdicio. Con Melissa Ross ni lo intentó porque era muy alta, tanto que se vería ridículo.

Esperaba que su compañera de baile fuera tan buena danzando como hablando.

—Aquella Poppy es una insensata. ¿Qué le ha estado haciendo, señora Ross? —increpó Thomas muy molesto.

—Mi querido yerno, no puedo domesticar a una criatura salvaje en tan poco tiempo. Esa muchacha es a la que usted llevó a nuestra casa y parecía que estaba cambiando.

—El entusiasmo por ese joven es vergonzoso. Me recuerda a Morgana. Dios nos ampare de que sea tan hueca como ella.

—No me agrada. En este instante se tomará libertades indebidas con ella... —rezongó Thomas.

—Yerno querido, debe calmarse. Es muy pronto para los corajes, espere a tener sus propias hijas para saber lo que siente —sugirió el señor Ross con una burlesca sonrisa. Le tocaría a su yerno sufrir lo que él sufrió casando a sus hijas.

Él bailaba como lo haría cualquier día con cualquier dama. Sin embargo, Poppy sentía que era especial, que aquel contacto era comparable solo a tocar una nube en el infinito cielo. Le había pisado en tres ocasiones y en las tres se había esmerado por pedir perdón. Laurence

comprendió el potencial peligro que lady Poppy representaba para su cuerpo. Era agradable, risueña y alegre. Estaba muy acostumbrado a los golpes de la vida, que si la muchacha lo golpeaba era como una caricia comparada con ver a John y que lo golpeara y lo enviara a la prisión de deudores. Ante ese pensamiento pudo ofrecerle una gran sonrisa a la joven.

Helen vio satisfecha que Laurence hacía por fin un buen trabajo con la muchacha. Su hijastro era quien quedaría en desdicha si Laurence se casaba con ella. Arthur era demasiado bueno para acusar al marqués para ganar ventaja. Se sentía confiado en que podía hacer las cosas bien y sacar un buen resultado.

Durante la madrugada Poppy no cerró los ojos de la emoción. Madeleine se había quedado a escuchar todo lo que le contó y se quedó dormida en su cama. Mientras ella no podía conciliar el sueño. Pese a golpearlo más de una vez y pisarlo más de tres veces en una misma danza, él no parecía estar enfurecido para ser un pariente de Montmorency. Estaba optimista porque se volvieran a encontrar.

Laurence y Helen se encontraron después del baile. En la posada, sirvió dos copas una de vino y la otra de Brandy. Se sentaron casi frente a frente.

—¿Cómo te pareció lady Poppy? ¿No crees que es agradable?

Él giró el líquido ambarino de su copa y dirigió su mirada a ella.

—Es agradable, amable y muy... disparatada. No se parece en nada a ti...

—Deja de pensar en mí, Laurence. Es una muchacha agradable. Tal vez un poco natural para lo que estamos acostumbrados a ver todo el día. Ella es de mi agrado y me complacería que fuera también de tuyo.

—El primo me odia.

—¿Y eso qué? Ella te adora. Te contaré algo que le escuché decir —dijo llevando su copa de vino a la boca—. Si quieres casarte con ella solo tiene que decirle que la amas...

—Ni la conozco, Helen —refutó con tristeza—. Tú eres mi adoración.

Él se quedó callado, bajó la copa y luego se puso a dar vueltas hasta sentarse en la cama. Cerró con fuerza los ojos para luego abrirlos y mirarla.

—Me arrepiento de haber derrochado mi dinero. He estado pensando en cómo salvarme para tenerte a mi lado...

—No lo entiendes, no quiero volver a la miseria, es doloroso. Prefiero sufrir en una mansión que en una coladera. Laurence, no quiero que vayas a prisión. Si en algo puedo yo corresponder a tu cariño, es buscando un buen futuro para ti. Tienes buen corazón, solo que no le diste uso a tu razón cuando debiste. Te deslumbró la sociedad.

—¿No te has puesto a pensar que cuando sepa que estoy en la quiebra no tendrá la misma impresión de mí?

—Quería una muchacha tonta para ti en un principio, pero lady Poppy es especial, cree en el amor y no dudo que tú puedas corresponderle. Es fácil encariñarse con ella. Son parecidos, Laurence, casi iguales. Es una pena que mi hijastro haya visto algo en ella también...

Laurence se recostó y miró al techo. «Encariñarme con ella» pensó. No parecía imposible, sin embargo, estar cerca de Helen no lo ayudaba para olvidarla, que era algo que debía ocurrir.

Capítulo 14

Se levantó de la cama, tomó la copa que dejó de un trago y se dirigió a la puerta.

—Está bien, lady Helen. Si voy a encariñarme con la mujer que escogió para mí, me iré porque no puedo tener sentimientos por otra viéndote a ti todo el tiempo. Adiós, Helen...

Cerró la puerta con fuerza dejando a Helen con la boca abierta. ¿Laurence había roto con ella? Era la primera vez que veía a Laurence decidido a algo. Para él era más fácil no someterse a la presión de tomar una decisión. Evitaba continuamente situaciones que alteraran su espíritu porque vivía siempre muy preocupado.

Poco tiempo después de que se fue, Helen derramó un par de lágrimas porque debía decirle adiós a su compañero más que solo un amante, pero todo era por su bien. Con esa decisión que él tomó, ella solo podía hacer lo mismo: forjarse un futuro.

Cortar de raíz con Helen lo destrozaba. Era tan sentimental cuando se trataba de ella que veía difícil que tuviera en el futuro los mismos sentimientos por lady Poppy. No decía que la joven fuera incapaz de conquistarlo sino que él sentía que lo que tenía con Helen era irrompible.

En la madrugada fresca, caminando por las calles, pensaba en cuál sería el paso siguiente para llevar a cabo la consecución de los objetivos de Helen. Entregarlo a otra mujer era su forma de quererlo y lo comprendía. Tal vez, si seguía sus deseos ambos estarían felices por más que vivieran separados.

Cualquier piedra y cualquier hoja era el objeto de su pena. Los pateaba buscando una respuesta o quizás una solución.

Por la mañana, Poppy se pasó bostezando en la mesa por casi no haber dormido nada.

—Vas a comerme, Poppy. Retrocediste en tu educación —opinó la señora Ross.

—Solo tengo sueño, no he dormido nada.

—¿Y por qué no has dormido?

—Porque estaba muy contenta. Encontré al hombre con el que quiero casarme y fue en mi primer baile. No le he encontrado ningún defecto —contó con picardía.

—Tampoco le encontré ningún defecto al conde de Lincoln.

—¡Oh no, señora Ross! Me refería al marqués. El conde de Lincoln es tan adorable, pero no me puedo fiar de alguien que odia a su madrastra. Tengo muy buena opinión de lady Helen y no veo la razón de su rechazo hacia ella.

—Estás llena de prejuicios, Poppy. Cada quien tiene sus razones y en la intimidad de una familia el resto no sabe lo que ocurre. No tengo muchos reparos contra el marqués, pero no se veía entusiasmado.

—Es un joven tímido, pero le quitaré esa timidez. ¿Podríamos invitarlo a cenar?

La señora Ross se atragantó con ese último sorbo de té. Aquella muchacha era muy insensata. Estaba con la idea fija de que ese joven era tímido y no que estuviera poco interesado en ella. Podía asegurar que cometería una tontería que alejaría al marqués de ella si seguía con ese pensamiento.

—Debemos conversar eso con el señor Ross.

—Le aseguro que lo convenceré. Por cierto, ¿Por qué no está en el desayuno?

—Salió muy temprano. Me dijo que tenía asuntos pendientes que atender. Cuando se comporta así es porque traerá información muy importante.

El señor Ross salió muy temprano a recorrer Londres para averiguar sobre el marqués de Salisbury. Por dónde fue solo pudieron decirle dos cosas: que era un muchacho amable y que debía más de lo que tenía.

Supo que estaba endeudado mucho más de lo que en algún momento estuvo endeudado su yerno preferido, Daniel. Sin dudarlo mucho, pasó parte de la mañana junto a Melissa y Thomas.

Su yerno no tan predilecto al saber que el joven estaba quebrado, pareció estar más tranquilo, pues Poppy no deseaba a un quebrado. El conde de Lincoln era al que aprobaba y del que le hablaría al duque de Grafton.

Después de volver a su casa, entregó su sombrero y su capa porque el día estaba lluvioso. Miró en el salón y estaban Poppy y su doncella. Ella se levantó y caminó hacia él con una sonrisa.

—Buen día, señor Ross, ¿Dónde estaba? Estuvo toda la mañana fuera —reclamó con un gesto muy simpático.

—Muchacha, si no le he dado explicaciones a la mujer con la que duermo, menos te las daría a ti, pero como eres muy buena, te lo diré —dijo mirándola—. Estaba con Melissa y su esposo.

—¡No me dijo que iría! —se quejó con un mohín triste.

—Tuve negocios que atender antes. Te hubieras aburrido, querida. ¿Y Anette?

—La señora Ross dijo que se sentía mal, se llevó al perro y se encerró en la habitación.

—Qué extraño, pensé que odiaría la habitación al menos por unos veinte años... Pasaré a verla.

—Dígale que la espero para que bordemos juntas....

Subió a la habitación y encontró a Spencer en su cama acostado junto a su esposa que estaba en camisón debajo de las sábanas.

—¿Traeré a Mortimer?

—¡Oh Cédric! No estoy enferma, solo necesito un poco de paz y a lo único que Poppy respeta es a los enfermos. No ha dejado de hablar de ese marqués. Puedo verlo reflejado en un vaso de agua —comentó exagerada.

—Y yo no tengo buenas noticias sobre ese marqués. Según pude averiguar, tiene muchas deudas y Poppy tiene mucho dinero.

—Olvidas que es en extremo dulce.

—El marqués me dijo que tal vez a Poppy se le quite de la cabeza pues el joven carece de fortuna y puede que tenga razón según lo que nos comentó cuando la conocimos.

—Está más tonta que antes, Cédric. No creo que la falta de fortuna de ese hombre la vuelva más inteligente.

—No me agrada que tenga que pagar deudas ajenas. Se lo voy a comentar y que ella decida lo que cree mejor.

La señora Ross pensaba en lo optimista que era su esposo. Poppy estaba enamorada y no podría sacar un juicio crítico de absolutamente nada. Con suerte podría sumar la cantidad de dedos que tenía.

Madeleine bordando junto a Poppy estaba cansada de escuchar sobre su adorado marqués.

—Quiero que me cuente más sobre el otro.

—El conde de Lincoln es muy galante, aunque me recuerda a las elecciones de mi padre. Hombres agraciados con dinero...

—¿Y qué hay de malo con este?

—Que yo no lo escogí —respondió con simpleza—. No había sentido nunca lo que siento al ver al marqués. Es una sensación de encantamiento, de cosquillas en el estómago, de escalofrío,

de felicidad. Es una mezcla extraña que es agradable, ¿Quién no desea algo agradable en su vida? Sé que no existirán reparos si quiere casarse conmigo. Espero convencerlo de que seré una buena esposa.

El señor Ross citó a Poppy en su despacho. Ella sin mucho preámbulo fue hasta ahí con un presente para él.

—Le bordé un pañuelo —anunció contenta, mostrando el regalo.

—¿Qué le ocurrió a tu dedo?

—¡Oh la aguja no ha tenido mucha compasión! Pero le aseguro que el pañuelo no tiene sangre...

Él tomó el pañuelo y le indicó con una mano que se sentara. Miró el pañuelo e intentó descifrar la figura que estaba bordada de manera desordenada y poco apreciable a la vista. Movió varias veces la tela para encontrar un sentido, sin embargo, aquello era deforme e irreconocible.

—Es una flor... —comentó al verlo mover el pañuelo.

—Sí, sí, es hermoso, querida —mintió el señor Ross. Lo mismo que hizo por sus hijas lo hacía por Poppy. No podía verla con sus ojos azules tan entusiasmados y decirle que eso que tenía en el pañuelo no era un bordado, sino el excremento de algún animal.

No podía decirle nada malo a ella que era tan entusiasta y amable. Era una niña adorable y pese a todos sus defectos era digna de mucho afecto que él y su esposa le estaban brindando. Siempre había estado muy sola y Thomas era un primo desesperado por no saber qué hacer con ella.

—Como sabrás, Poppy, esta mañana salí y fui a hacer algunos mandados. Entre ellos estaba el de averiguar todo lo que me fuera posible sobre el marqués de Salisbury. Investigué a todos los esposos de mis hijas, así que esto no es nada nuevo para nadie, salvo para ti.

—¿Por qué razón lo hizo?

—Investigo a todos los que se acercan a mis hijas más de una vez. Tú estás en mi casa y eres como una hija.

Poppy dibujó una gran sonrisa en su rostro. Que alguien la considerara como una hija era muy importante, porque su padre solo la veía como un problema.

—Se lo agradezco tanto...

Él movió las manos para restarle importancia, la sonrisa de ella era suficiente para darse cuenta de que ella valoraba eso que dijo.

—Sé que el marqués ha sido de tu agrado, y que has considerado que es un candidato para ti. Te contaré lo que he averiguado y espero que te sea de utilidad al momento de volver a verlo.

Ella asintió y juntó sus manos sobre su regazo.

—Es un joven con un título, sí, pero no posee fortuna. Tiene muchas deudas, demasiadas. Ha derrochado parte de su vida años atrás.

Poppy colocó su espalda más recta y siguió escuchando lo que el señor Ross le dijo.

—Sobre el conde de Lincoln no tengo mucho que decir, una gran fortuna, un buen hombre, inteligente y centrado.

Terminó de escuchar todo lo hermoso que era la vida de Arthur y lo pobre y miserable que era el porvenir de su adorado marqués.

Pensó en sus propios prejuicios y se preguntó, ¿Cómo podía seguir ilusionada con alguien sin futuro? Ella tenía una dote muy generosa. No obstante, el dinero se acaba y si su esposo no tenía los recursos suficientes para mantener un buen nombre, ¿Qué ocurriría de sus hijos y de ella?

Se quedó callada unos minutos frente al señor Ross.

—Es horrible la situación del marqués y yo no puedo continuar de esta forma con los mismos

pensamientos sobre él...

—Es cierto, ¿Qué harás?

—Mi padre tiene mucho dinero y no importará compartir un poco más para que su problema vaya bien casada, se lo puedo asegurar... —contestó con una sonrisa de suficiencia.

Capítulo 15

Lo había dicho. Era la verdad, su triste verdad. Su padre le había dicho que contemplara la idea de los quebrados y todo los que estaban alrededor de ella en Londres terminaron persuadiéndola de que al menos lo pensara y lo estaba haciendo.

—No me mire de esa forma, señor Ross. Lo que le digo es la realidad. Quisiera que le dijera a Thomas que le escriba a mi padre, puesto que yo no soy bienvenida, ni digna de mencionar en una carta para que le pida que duplique mi dote porque hay una posibilidad de que me case. Le puedo decir que mi padre la triplicará.

Cédric Ross aún no podía comprender cómo un padre le hacía aquello a una criatura tan dulce. Él hubiera pagado para que ningún hombre se llevara a sus hijas, sin embargo, ellas debían hacer su vida. No podía ser egoísta y conservarlas a su lado por siempre.

—Está bien, así lo haré. Pero antes, dejarme darte el consejo de un padre. Conoce al joven y aprende a leer sus gestos, querida.

—Así lo haré. No me negaré a conocer más personas hasta que no esté segura de que el marqués quiera casarse conmigo. Es un hecho, de que no ha mostrado aún un interés particular. Como dije antes, ya he tenido propuestas de matrimonio antes, pero no me han convencido porque no he sentido nada que me indique que mi matrimonio sería diferente a estar viviendo con mi padre...

—¿Qué clase de insufrible es tu padre, muchacha?

—He vivido tantos años con él que lo quiero porque lo vi desde que crecí, ¿Qué más puedo decir? —suspiró poco complacida de contar aquello.

Comprendía todo lo que le quiso decir. Las personas tales como su esposa que pensaban que Poppy era tonta, en realidad estaban equivocados. Ella quería algo diferente, lo necesitaba. Debía romper con aquella falta de afecto que la desesperaba y encontrar el amor que la sosegara. Aconsejar en esa situación era difícil porque estaba presupuesta a la poca lógica por su vida sin el afecto de un padre o una figura materna.

Era una pena que estuviera muy grande para adoptarla como hija.

—Es una lástima que hayas tenido poca fortuna. Espero que sepas hacer una buena elección. Es un hecho de que confío en que lo harás —dijo el señor Ross para alentarla.

Después de aquella reunión, Poppy salió un poco pensativa. No sabía que podía escoger a un quebrado. Se negó por mucho tiempo a siquiera considerar a un hombre en la ruina como esposo. No obstante, no sabía si eran sus ojos, sus deseos o su corazón quién escogió al marqués como el candidato ideal, porque todos aquellos no pudieron adivinar su situación. Agradecía inmensamente la preocupación del señor Ross por ella y el esfuerzo de la señora Ross para conseguirle un esposo. Hubiera deseado con todas sus fuerzas ser hija de aquellas personas, pero no podía obviar su origen y que pertenecía a la parte más fría de la sociedad.

A los días que siguieron, la señora Ross dejó de fingir estar enferma, no le había servido de mucho porque Poppy se ofreció a cuidarla con mucho cariño y lo hizo tan bien como sus hijas no lo harían. También la convenció de que invitaran al marqués de Salisbury a cenar, y la señora Ross la convenció de que invitaran a la viuda del conde de Lincoln, al hijastro y sus hermanos. Poppy aceptó complacida, pues creía que podía ayudar a que el relacionamiento de lady Helen con Lord Arthur Chastain fuera mejorando. Thomas, Melissa, Morgana y Daniel recibieron

también una invitación para asistir.

Poppy aquel día no estaba interesada en ocultar sus mejores atributos. Para su buena fortuna, su golpe en la frente estaba casi curado y si se golpeaba la cabeza, no habría problemas de un sangrado profuso y vergonzoso.

La muselina de color parecido a la miel que le regaló el señor Ross para que mandara hacer un vestido era suave, tanto que acariciaba su piel. Tenía detalles en seda y un bello listón bajo el pecho que hacía resaltar aquella zona. Su escote si bien estaba un poco oculto le dijo a la modista que lo quería un poco bajo, pero decente. La señora Ross lo desaprobó y pidió hacer un cubre escote de encajes que era muy favorecedor para ella pues demostraba algo a la vez que cubría sus dotes, dejando algo a la imaginación.

Sus bucles estaban perfectos y tenían un listón tomando la parte trasera de su recogido con una cascada de bucles, lo que hacía que se viera adorable.

Madeleine la aprobó con una gran sonrisa. Lady Poppy tenía a dos candidatos que habían confirmado su presencia y ella causaría sensación para ellos, solo esperaba que no fuera torpe.

Los primeros en llegar fueron los Chastain. Helen y Arthur junto a sus hermanos, tuvieron que tolerar el viaje viéndose las caras en el carruaje. La madrastra que era de menor edad que el propio conde estaba sentada frente a ellos. Los más jóvenes, Anne y Benedict eran muy callados y hacían todo lo que su hermano mayor les decía, aunque nunca impidió el relacionamiento con lady Helen. Anne que era una muchacha en formación necesitaba de una imagen femenina y esa era Helen. Pese a que se acercaba poco a ella, le pedía consejos para comprar cosas y eso alegraba a Helen. Benedict era más cerrado y estaba todo el tiempo junto a Arthur y absorbía la tensión y el desacuerdo con lady Helen.

El mayordomo abrió la puerta, tomó el sombrero del conde, su abrigo y el del resto de su familia.

Los Ross los recibieron sonrientes y los invitaron a pasar. Mientras el señor Ross los entretenía, la señora Ross subió para buscar a Poppy, y la encontró en el pasillo.

—Ha venido el conde de Lincoln con su familia, ven a recibirlos, son los primeros en llegar.

—Por supuesto —alegó sonriente.

Estaría encantada de saludar a lady Helen y a lord Arthur que era muy agradable. Llegó hasta el salón y vio a lady Helen conversando con su padre y Lord Arthur. Dos jóvenes de al menos doce años para la niña y quince o dieciséis para el varón.

Hizo una reverencia a todos. Los varones se levantaron para reverenciarla y las damas inclinaron la cabeza.

—Bienvenidos. Es un gusto que hayan aceptado compartir con nosotros esta noche.

Arthur se acercó a ella y tomó su mano con delicadeza.

—El placer es nuestro por recibir una invitación de ustedes —besó su mano y le dirigió una mirada amigable a través de sus ojos grises—. Traje a mis hermanos para que los conociera.

—Me agrada conocer gente nueva —dijo mirando de manera intercalada a los jovencitos.

—Le presentaré primero a mi hermana, lady Anne Chastain, mi hermana de catorce años. Es decir, mi preocupación del futuro.

—Mi hermano nos ha hablado de usted. Te has quedado corto, Arthur —comentó la niña mirando a su hermano con una sonrisa aunque lo que dijo lo hizo con cierta reprimenda en sus palabras. Para Anne, lady Poppy era demasiado elegante y bonita. Su hermano se había enfocado en decirle que era agradable, dulce y bonita. Una descripción demasiado pobre para describir a una dama completamente. Arthur era un hombre práctico. Lo observaba todo y sacaba conclusiones rápidas, luego estudiaba a la gente y generaba más información. Era

infortunadamente pobre para bailar, le era difícil seguir los pasos de una danza, pero eso no le impedía disfrutar de la buena música y divertirse viendo danzar a otros.

—Lamento que mi descripción no le haya hecho justicia, milady —se disculpó, sonriendo a su hermana.

Poppy agachó la mirada. Lord Arthur y su hermana la estaban halagando y ella no era de recibir muchos halagos, sino más bien, recibía reproches.

—Este es mi hermano, lord Benedict Chastain, tiene dieciocho años y quiere unirse al ejército en poco tiempo.

—Estaba ansioso de conocer a la muchacha que tiene a mi hermano mayor pensando en corregir sus pies torcidos para bailar... —comentó Benedict avergonzando a Arthur.

La rubia no sabía dónde esconderse de su pena. Seguro de que estaba buscando entrar en el mismo agujero de conejo que Arthur.

—Todos podemos mejorar a veces nuestras deficiencias —se justificó.

—Tiene una preciosa familia, milord.

—Y espero que crezca en un futuro próximo —correspondió.

—Lady Poppy, se ve usted muy elegante esta noche —se levantó Helen, la tomó de ambas manos y se acercó a ella con complicidad—. ¿Espera a alguien?

—El marqués de Salisbury confirmó su presencia para la cena —comentó Poppy demasiado sonriente.

Helen se quedó callada un segundo y rebuscó en su cabeza la forma de dar una sonrisa. Llevaba varios días sin ver a Laurence y escuchar su nombre parecía ser algo poco grato, porque sufría por su ausencia. No recibió una sola esquela suya. Desconocía el paradero de ese hombre.

La puerta volvió a abrirse y en la entrada coincidieron las hijas de la señora Ross. Morgana tenía un embarazo un poco avanzado y a Melissa se le iba notando lentamente.

—¡Thomas! —exclamó Poppy dejando a Helen que le sonreía un solo un poco, y se arrojó a sus brazos. Ella nunca temía hacerlo ni tenía vergüenza de que los demás la vieran extraño—. Te esperaba, al igual que a mi prima Melissa.

Su primo suspiró resignado, no podían cambiar sus tan arraigados modales al recibirlo. Se acercó a Melissa y también la abrazó. Melissa correspondió a su cariño y le sonrió.

—Te presentaré a mi hermana y a Daniel, mi cuñado —señaló Melissa a sus parientes.

Morgana le entregó una sonrisa encantadora y lo mismo hizo su esposo.

—Lord Doncaster, llevaba muchos años sin verlo —mencionó Poppy.

—Está usted más hermosa que antes... Oye, Thomas, ya no es la niña de ocho años que vi la última vez —insinuó Daniel, burlón.

Thomas bufó y se dirigió a los demás a saludar. Conocía al conde de Lincoln y no le era difícil integrarse a una charla junto a él. Prefería por mucho las reuniones íntimas.

Tanto Poppy como el resto esperaba ver llegar al marqués que se había retrasado un poco y todos desconocían la razón.

Laurence pasó días encerrado en su casa, bebiendo y haciendo números hasta llegar a la conclusión de que Helen tenía razón y que era muy urgente casarse. Dejó los números y se echó de lleno a la bebida porque había perdido la batalla contra él mismo. Se hundió en la tristeza de no tener tranquilidad y por sobretodo haberse alejado de Helen. Recibir la invitación de la familia Ross para una cena, en lugar de animarlo, lo dejó aún más desolado, porque se había dado cuenta de que la muchacha estaba interesado en él y que no podía corresponderle de la misma forma, al menos no en ese momento.

Recordó la invitación unas horas antes del evento y se apresuró a prepararse. Debía asistir

pese a que no deseaba ser un aprovechado, lo terminaría siendo porque así estaba previsto, era su única solución. Tal vez ella desconocida su inminente ruina y por eso estaba invitado.

Se paró ante la puerta y golpeó. Un hombre tomó sus cosas y las llevó. Observó a un grupo de personas conversando. Saludó a sus anfitriones y luego se acercó a lady Poppy.

—Nos alegra que haya venido, señoría. Le traeré una bebida... —se apresuró después de que él la saludara.

—Agradezco la invitación. Milord... —saludó a Arthur y luego saludó al conde y al marqués con quienes Arthur conversaba.

También saludó al resto de los hermanos de conde de Lincoln y por último a Helen, quien no parecía tan sorprendido como él.

—Milady... —saludó con una sonrisa, a lo que ella respondió solo con una inclinación y luego desvió su mirada para conversar con Melissa y Morgana sobre sus embarazos.

El señor Ross se encargó de entretener al marqués para que Poppy se quedara con él al volver.

Poppy volvió como una tromba ansiosa por ver y servir a Laurence, tanto que tropezó con la alfombra y echó el líquido sobre su invitado. Antes de que ella tocara el suelo, Arthur que estaba al pendiente de su entrada, se arrojó hacia ella para salvarla del impacto.

Desde los brazos de Arthur, ella se incorporó y fue para ver los daños.

—¡Lo siento! ¡En verdad que lo siento! —exclamó intentando solucionar el problema, pero Laurence solo quitó un pañuelo de su levita y se secó el rostro.

—No se preocupe. No ha ocurrido nada... —forzó una sonrisa.

Todos en el salón se quedaron callados observando la escena y Arthur en particular solo observó la preocupación de Poppy por el marqués. Quizás su madrastra tuviera razón después de todo, y él no pudiera competir con la atracción que sentía ella por el amante de Helen.

Capítulo 16

Arthur se alejó un poco para dejar que ella se preocupara con tranquilidad del marqués y se acercó de vuelta al marqués de Dorset y el conde de Doncaster.

—Un tropezón no es caída, querida Poppy —se acercó a ella la señora Ross.

—Es cierto, milady. No hay mucho que podamos hacer, me gusta el brandy —continuó Laurence para consolar a la joven. La pobre tenía alguna manía de golpearle o querer ahogarle.

—Siento tanta pena... —dijo muy avergonzada. Temía que nada pudiera hacer bien, una vez que la ansiedad se apoderaba de ella, perdía por completo el control de sus miembros del cuerpo. No había coordinación de su cerebro con sus pies, o sus manos, y en ocasiones, tampoco coordinaba la lengua.

—Tranquila, lady Poppy. Venga a sentarse con nosotras —la invitó Helen para que se sentara con las damas—. Su señoría ha perdonado su pecado —bromeó tomándola de una mano.

Laurence asintió mirando a Helen que no perdía la compostura con nada. Ella intentaba manejar la situación de la mejor manera posible, no perdía la calma. Lady Poppy era un manojo de nervios y vergüenza ambulante.

Thomas negó con la cabeza al verla unirse a las damas que intentaban consolarla.

—Tu prima sigue igual, ¿Recuerdas cuando abrió el corral y dejó escapar a los animales? Fue altruista —opinó Daniel, sonriente.

—Acostumbra a seguir haciéndolo. Liberó a mi ave y... El resto es historia—comentó con vergüenza.

—Déjeme decirle que no he notado ningún defecto en lady Poppy, salvo que es servicial y preocupada —dijo Arthur, mirando hacia donde ella estaba.

—Creo que Arthur está cegado por su escote —intervino Benedict, su hermano.

Daniel tosió por la risa que le produjo la expresión del joven. Thomas deseaba esconder su vergüenza, pero se hundía cada vez más y Arthur le hacía compañía a Thomas en el mismo hoyo de la pena.

—Benedict, no deberías referirte así a una dama. No se habla solo de los atributos, es de mal gusto —reprochó su hermano, rojo de pena.

—Lo siento, aunque no creo que sea de mal gusto apreciar a una joven con buenos atributos físicos. Creo que en ocasiones a sobrante de defectos, hay que encontrar virtudes.

Thomas pensó que Benedict merecía un buen escarmiento por estar mirando a su prima, sin embargo, tenía razón, debían encontrarle cosas buenas a Poppy y entre ellas estaba en definitiva algo que traspasaba su escote, que era su corazón.

—Nuestra madre acostumbra a hacer actividades después de la cena —comentó Morgana—. Tomamos el té, jugamos a las cartas, juegos de mesa, intercambiamos ideas...

—¿Y el pianoforte?—preguntó Poppy.

—No, ese instrumento está prohibido en esta casa. Simboliza la pérdida de la paz y la quietud. Altera el espíritu y crea riñas innecesarias —respondió Melissa.

—Yo quería ejecutar una pieza, pero he visto que el gato no se aleja del pianoforte, es su territorio —dijo la muchacha señalando el instrumento y al gato encima—. Me temo que ese animal no salga a comer ni nada.

—Tanto tiempo sin ver al Albert. Es un gato que no puede ocultar su repudio y prefiere no

correr riesgos —añadió Morgana.

Poppy deseaba limpiar la pésima imagen que había dejado frente a Laurence y lo único en lo que no era torpe, era el pianoforte. Encontraría la forma de deshacerse del gato para enseñar sus dotes.

Una vez que pasaron al comedor. Las hijas y sus esposos rodeaban al señor Ross en la mesa, del lado izquierdo junto a Thomas estaba Poppy, y a su lado Arthur y sus hermanos, y junto a Daniel del lado derecho estaban lady Helen y el marqués.

La señora Ross dispuso la distribución de la mesa a conciencia de que no podía colocar a Poppy junto al marqués, pues cabía el riesgo de que lo acuchillara por accidente. Se fijó que ella era más tranquila y controlada junto a Arthur.

—No he tenido mucho tiempo de disculparme por el comportamiento de mis hermanos al saludarla, milady. No salen mucho, están todo el tiempo conmigo.

—A mí me parecieron adorables. ¿Sabe cuánto tiempo tiene que permanecer uno cuidando lo que dice? Para mí, es algo de cada segundo. Sus hermanos no se guardan mucho y lo hacen con una impecable educación. Espero algún día tener esa habilidad —musitó con una copa de vino en su mano.

—No les diga eso a mis hermanos porque estarían encantados...—rio Arthur.

Laurence estaba más concentrado en escuchar las conversaciones alrededor. El señor Ross hablaba de las telas, sus hijas halagaban la calidad de esas telas y decían cuánto las deseaban. El marqués de Dorset, le reprochaba a su esposa que fuera tan poco coherente, pues él la consentía con joyas y vestidos muy costosos como para que le pidiera cosas a su padre, dejándolo como un miserable. En cambio, el conde de Doncaster dejaba que su esposa se expresara tranquilamente y decía: “Estoy de acuerdo, creo que Morgana merece más tela para esa barriga”

—El ave volará hacia un nido mejor... —comentó Helen en voz muy baja, solo para que Laurence lo oyera—. Arthur no pierde el tiempo...

—Arthur no sabe lo que yo sé, sigo teniendo ventaja y más lesiones que él.

Ella no volvió a dirigirle la palabra, ya con eso insinuó que aprovechara el tiempo.

—¿Y qué dice usted de las telas, lady Poppy? —preguntó Laurence para prestarle atención a ella.

Poppy se sonrojó al ver que le hizo una pregunta.

—Las adoro. El señor Ross me ha dado tantas telas, que la modista no sabe qué hacer con todas —sonrió al contarlo.

—¿Quién más se une al dejarme como un miserable? —indagó Thomas ante la falta de respeto de sus mujeres.

—¡Oh Thomas! —chilló Poppy—. Eres el primo más generoso de Inglaterra y el esposo más atento, ¿Quién lo hubiera creído?

—En verdad que nadie, lady Poppy —la apoyó Daniel.

—Y usted no ha cambiado demasiado, milord, salvo que ahora tiene una esposa y una adorable familia —admitió aduladora.

—Adorable es el término correcto —consintió Daniel, trayendo malos recuerdos a la mente de Thomas que tuvo que lidiar con el poco cariño que le profesó el señor Ross desde que lo conoció.

Continuaron hablando de las telas, porque las damas, incluyendo la hermana menor de Arthur, tenían una adoración por los lindos vestidos. Una vez que abandonaron el comedor, se dirigieron a la sala donde hicieron dos grandes grupos: damas por un lado y caballeros por el otro.

Poppy quería ese pianoforte, lo estudiaba con insistencia, sin embargo, Albert no se alejaba. Decidió arriesgarse a ser atacada, pero valdría la pena si podía mostrar su talento y conseguir atención del marqués.

El señor Ross se dio cuenta de sus intenciones y se acercó a comentarle a Thomas que estaba conversando con el marqués de Salisbury y el resto de los caballeros.

Para Laurence era difícil que Thomas supiera sobre su situación económica. Estando en la misma posición en la nobleza, él estaba muy por debajo por sus problemas de dinero y lo sabía el marqués porque le dijo que sabía que tenía caballos y que en ellos había buen dinero para sacar. Se quedaría sin caballos. Solo tenía las tierras que estaban vinculadas al título porque no eran vendibles.

El conde de Doncaster le bromeó sobre buscar una heredera muy rica que lo sacara de deudas porque no había otra cosa y le advirtió de que se portara bien si conseguía una. El hijastro de Helen y el hermano de este, preferían no opinar por varias razones y una de ellas era la prohibición de Arthur para que su hermano no opinara sobre la situación ajena sin conocerla y él porque sabía de su relación con Helen y que ella le solía entregar ínfimas sumas para que cubriera sus cuentas. Al menos sabía que no había incurrido en más deudas e intentaba cerrar el círculo.

La sugerencia del conde de Doncaster era la ideal en su caso. Un préstamo no serviría, ni vender todo lo poco que le quedaba, solo un matrimonio ventajoso con una joven muy rica. Suponía que la familia Ross lo invitó con el objetivo de que se conocieran mejor, pues la muchacha demostraba gran interés por él. Desconocía la razón por la cual fueron invitados ellos.

—Señoría... —habló el señor Ross, interrumpiendo la cháchara de Thomas a Daniel. Él se dio vuelta para mirar a su suegro—. Poppy quiere tocar el pianoforte.

—Tranquilo, señor Ross, estamos resguardados por el gato. Lamento no haberle hecho caso aquel día —lamentó acariciando una oreja. Melissa Ross era la viva imagen de la descoordinación.

—Me temo que el gato la atacó en una ocasión...

Thomas le prestó más atención a esa acotación. No quería que Poppy estuviera herida.

—¿Qué problema tiene con el gato? —indagó Laurence.

—El pobre ha sufrido mucho con mis hijas por causa del pianoforte y cree que lady Poppy es una amenaza.

—Yo también lo creo —apoyó Daniel—. Lady Poppy era muy mala con todo...

Poppy se acercó a Albert con temor de que la atacará y no erró en su pensamiento. El gato tiró las orejas atrás y su cola la tenía en forma de gancho.

—No me hagas pasar vergüenza, Albert, necesito impresionar a la concurrencia.

Temiendo lo peor que estaba por ocurrir, Thomas se acercó a ella, seguido de Arthur y el resto.

—Poppy, no es conveniente...

—¿Cuál es el problema de tu ave y de este gato? Estoy enfadada... —gruñó.

—Usted desea tocar en el pianoforte, supongo —comentó Arthur.

—Por supuesto, llevo mucho tiempo queriendo hacerlo y no puedo —dijo Poppy, quejosa.

—Puedo ayudarla si quiere. Confiaré en sus dotes para que todos podamos escucharla...

El resto creyó que Arthur les prestaría ayuda para que ella no tocara, pero hizo lo contario.

Se acercó con cuidado y solo colocó su dedo en la nariz del gato.

—¡Tenga cuidado! —advirtió creyendo que corría peligroso, aunque todo eso se despejó cuando vio a Albert en sus brazos—. ¿Có-cómo lo hizo?

—Tengo un gato en casa. Son territoriales, y este gato cree que usted invade su territorio. Acercarse con tranquilidad y presentarse mediante el aroma particular, ayuda a que tenga confianza... —respondió.

Impresionada, se sentó para comenzar su pieza. Una vez que escucharon las primeras notas y se aseguraron de que ella era diestra en algo, Arthur soltó al gato, que se retiró del salón.

Nadie se había puesto a confiar en las artes de Poppy y ella los dejó gratamente sorprendidos. Mientras la oían la gente iba a su alrededor y luego a su tertulia.

—Lo ejecuta con delicadeza... —halagó Arthur recostado por el piano, con los brazos hacia atrás.

—No alcanzo a agradecer las veces que me ha salvado hoy... —le sonrió.

—Quizás guste de pasear por algún lugar o ir a pasear en un caballo. ¿Quisiera usted hacerme el honor de aceptar mi compañía una mañana o una tarde?

—Estaría encantada. Usted me es tan agradable. No he tenido amigos en mucho tiempo y usted es muy bueno...

—Pasaré por usted para caminar mañana. Tal vez lleve a mis hermanos para que tenga más amigos... —declaró sin demostrar su decepción. Un caballero no lo haría.

Helen estaba cansada de intentar orquestar el progreso de Laurence mientras él prefería hablar de caballos. Echó una copa para llamar la atención de todos y se disculpó por la torpeza. Una vez que rompió las reuniones íntimas de todos, se levantó y se acercó a Laurence disimuladamente.

—Está ahí, queriendo impresionarte y tú aquí charlando de caballos con el marqués... Primero debes ganarte a la prima —espetó molesta.

Laurence sin decir mucho, se paró junto a Poppy y esperó a que acabara de tocar.

—¿Quiere jugar algo, lady Poppy? ¿Le gusta el Backgammon?

Ella se levantó extasiada con esa invitación, pero no tenía idea de lo que era, aunque de todas formas lo disfrutaría.

Capítulo 17

Ambos se acercaron al señor Ross y Laurence le pidió la tabla y las fichas.

—Siento decepcionarlo, señoría —dijo el caballero -. Pero no tengo ese juego. A mi familia no le ha agradado. ¿No prefieren el ajedrez o el whist?

—¡Cartas, señoría, cartas! —pidió apretando enérgica a Laurence que rio por la euforia de Poppy.

—Necesitamos dos jugadores más —comentó Laurence.

—Eso se resuelve muy fácil. ¡¿Quien quiere jugar al whist?! —exclamó llamando la atención de todos en el salón.

Anne y Benedict eran expertos en el whist, era lo único que habían jugado con su padre y Arthur antes de que Helen se introdujera en sus vidas como su madrastra. No la consideraban malvada. Ella estaba sola casi todo el tiempo y nadie le prestaba mayor atención. Dedicaba su tiempo a la lectura, el bordado y una que otra salida. Era muy discreta y no hablaba demasiado.

—Benedict y yo sabemos hacerlo —anunció Anne.

—Entonces vengan —mandó Poppy disponiendo de una mesa.

Benedict se despidió de la conversación de caballeros. Él era muy disperso. Adoraba jugar y divertirse. Anne era un poco menos ansiosa que él, pero sabía que en el whist ella no conocía de familia.

—Sacaremos cada quien una carta y las de mayor valor van juntas y las de menor valor igualmente —musitó Laurence abriendo la baraja francesa.

Sacaron las piezas y Poppy junto a Anne sacaron las cartas más altas, mientras Benedict y Laurence las más bajas. Una vez que las parejas estaban compuestas empezaron el juego.

Poppy no se concentraba mucho en el juego, solo levantaba sus cartas para mirar sobre ellas a Laurence. Quería solo disfrutar de la compañía. Aunque los comentarios estaban en sí muy divertidos, ella poco o nada participaba pues su concentración era poca.

Arthur se colocó detrás de su hermana Anne por si necesitaba ayuda.

—Ni intentes ayudarme, Arthur... —profirió escondiendo su abanico de cartas.

—Ahora recuerdo que eres sangrienta en este juego —reveló y fue detrás de Poppy.

Él miró sus cartas y la muchacha no tenía una sola idea de nada. Cuando Anne se diera cuenta, desplumaría a lady Poppy. Se tomaba la diversión muy en serio.

Descendió del lado izquierdo de la oreja de Poppy y susurró:

—No quiero asustarla, milady, pero debo decirle que no tiene nada en ese mazo. Al menos nada que valga la pena. Usted es la pareja de Anne y ella no le perdonará perder el juego.

Ella giró la cabeza a la izquierda, muy cerca del rostro de Arthur. Podía sentir su aliento del tabaco mezclado con brandy que compartía con los otros caballeros. Los ojos de él, miraban sus ojos y luego iban a los finos labios de ella que le parecían gráciles. Vio cómo sus labios hicieron una curva burlona.

—¿Se da cuenta que del otro lado está su hermano?

—No me importa mucho. Él sabe llevar una derrota y supongo que el caballeros de al lado también, pero no Anne, no ha nacido para perder.

—¿Entonces qué me sugiere?

—Que vaya concentrándose. Tome una carta, yo le tocaré el hombro cuando la carta valga y

le indicaré cual cambiar...

Poppy asintió y volvió al juego. Arthur la había ayudado a que sus cartas fueran las esperadas y gracias a eso las damas habían ganado.

—¡Oh lord Benedict Chastain, hemos fracasado! —bromeó Laurence—. Nos han dado una paliza.

—Sí, señoría, qué tristeza —fingió lamentar el joven.

Las damas estaban muy sonrientes por haber logrado ese resultado. Arthur pudo unirse luego con los demás.

Las mujeres de la familia Ross junto al señor Ross se sentaron a jugar al whist y al final todos terminaban rodeando aquella mesa, alentando a sus favoritos. Thomas estaba detrás de Melissa, negando con la cabeza y desaprobando sus movimientos. Daniel se debatía entre su suegro y su esposa. Para él lo que hacía Morgana era perfecto, y lo mismo podía decir de su suegro. La única que al parecer meditaba el juego era la señora Ross que era apoyada por Anne.

Laurence se estaba divirtiendo con lo que veía y le comentaba a lady Poppy todo como lo veía. Por fin pudo distenderse de tanta presión que sentía. Helen también aconsejaba a Morgana y Benedict y Arthur eran los mismo que Thomas en gestos y movimientos.

—¿Sabe que el conde de Lincoln me estuvo dictando qué hacer como una mosca? Es tan agradable —le comentó a Laurence.

—Lo sabía. Eran muchas las murmuraciones. Pensé que hasta tenía intenciones con usted...

—¡Oh, no, no, no! Desde que lo conocí lo he visto como un amigo muy amable y atento. Y le aseguro de que me ve de la misma a forma.

—Usted es una joven en edad casadera, no debería considerar a nadie como un amigo —consideró con seriedad Laurence.

—Tampoco debería verlo a usted como un amigo. A usted lo veo de otra forma.

Laurence se quedó ceniciento al escuchar cómo lo decía. No quería, no deseaba escarbar en eso porque no estaba interesado en conocer pensamientos o sentimientos que a la larga lo hicieran sentir culpable.

—Yo soy consciente de su situación monetaria y es apreciable que este aún soltero con tal apuro. Es usted un hombre íntegro, cualquiera ya hubiera contraído matrimonio con cualquiera que tuviera dinero —aseguró Poppy con una media sonrisa.

No había un lugar donde esconder su vergüenza. Qué una dama comentara sobre su situación económica con tanta tranquilidad y sosiego solo le hacía pensar que le faltaba cuerda.

—M-me avergüenza que se sepa eso, milady. Cada día me arrepiento de haber derrochado parte de la fortuna que heredé. Me ha privado de mucho.

—No lo ha privado de lo más importante, encontrar a la indicada...

Posó sus ojos en las sinceras expresiones de la joven. Tenía tan buen talante y predisposición, que comenzaba a pensar que en realidad era especial. Conocía por boca de Helen lo que ella pensaba de él, pero lady Poppy no hacía ningún tipo de comentario alusivo a sus sentimientos. Le hablaba de manera general, queriendo conocer su opinión. No era un hombre honorable como pensaba ella, sino que era un sinvergüenza por eso se encontraba ahí, haciendo una traba entre la sincera atención del conde de Lincoln y ella para salvarse de la ruina por consejo de su antigua amante por la que sufría, y cómo lo hacía. Pero se decidió a acabar con eso sí quería al menos parecer honorable.

—Tiene una buena opinión de mí, no creo merecerla.

—Yo decido si la merece o no, señoría —se sonrojó al decirlo.

No iba a darle más vueltas al asunto. Él no galanteaba demasiado. Suponía que era tímido y

así lo confirmó su cabeza. Era ella quien le mostraría el camino hacia su corazón. No quería que solamente ella tuviera sentimientos sino que deseaba que él los tuviera. Si se casaba con alguien por conveniencia, sería lo mismo que vivir un infierno sin cariño y sin afecto. No se sentía capaz de enfrentar por más tiempo una vida vacía y más viendo como toda esa familia incluyendo a su primo, eran felices. Quería eso que ellos tenían.

Laurence tenía un viaje pendiente a una de sus propiedades en Derbyshire donde estaban otros caballos que vendería antes de que John fuera a hacer algo malo contra él. Fue el primero en despedirse de la cena, seguidos por el conde de Lincoln y su familia.

Arthur le recordó a Poppy su salida para mañana y ella asintió.

—Qué encantador es el conde de Lincoln —comentó Morgana—. Escuché que saldrán a un paseo con sus hermanos mañana...

—No he pedido permiso a los señores Ross, pero no creo que se nieguen a aceptar que salga junto a ellos.

—No salgas sin Madeleine, Poppy —mandó Thomas—. Londres no es París. En París tú eras un peligro, aquí, eres una presa.

—Thomas... —masculló Melissa.

—Con la idea de duplicar su dote, ella pues no es cualquiera. No me mires así, Melissa.

—Sigo siendo lo bastante peligrosa para cualquiera. Me iré a dormir estoy cansada. Mañana debo salir con Madeleine a un paseo —gruñó Poppy, tomando su falda para ir a la escalera.

Subió haciendo sonar sus pies con fuerza por el enfado. Thomas ni estaba ahí y quería tomarse atribuciones de que la cuidaría.

Después de un momento se calmó y pensó en todo lo que ocurrió. Su primo solo intentaba ser amable y tener atenciones que nunca había tenido. Él no sabía cómo encargarse de una dama casadera, en cambio, los señores Ross ya no tenían a sus hijas. Habían cumplido con el objetivo de casarlas.

—Pude observar mucho esta noche, lady Poppy. Ha estado muy contenta comentó Madeleine.

—Sí, estuve muy feliz. Me he divertido como nunca. El conde de Lincoln es tan atento. Han sido dos veladas y él no ha disminuido sus atenciones, no he sido torpe con él. Esa es una explicación. Él me recuerda a todos los prospectos de mi padre, pero con la diferencia de este está entero... —sonrió con picardía.

—Es una pena que usted esté más interesada en el otro.

—Yo lo escogí. Y no hay nada más satisfactorio que decidirse a algo. Le he hablado al marqués sobre su situación y lo ha tomado muy bien, espero que eso reduzca la brecha que hay entre nosotros con esa timidez. Conseguir su afecto es mi objetivo, Madeleine...

Madeleine estaba en desacuerdo con Poppy. Ella misma le había aconsejado que se casara con alguien que estuviera interesado en ella y pese a que el conde de Lincoln era muy atento, hacía pasar sus intenciones como simples atenciones por educación.

Madeleine preparó un vestido de paseo amarillo para lady Poppy, con una elegante sombrilla. Quería que estuviera muy bonita para cautivar al conde. Ella lo prefería por sobre aquel marqués. El hombre parecía distante, triste, pensativo y presionado. Era muy atractivo en el rostro y la vestimenta, pero el conde no tenía demasiado que envidiar. Era una pena que hubiera llegado antes que él.

Arthur llegó a la casa de la familia Ross y esperó a que Poppy descendiera con su doncella.

A él le sorprendió la sonrisa que siempre cargaba lady Poppy. Quería saber lo que escondía toda aquella buena actitud. Su dulzura no pertenecía a cualquiera. Incluso con la frente fruncida

ella seguiría mostrando una sonrisa aunque sea a través de sus ojos.

Hizo una reverencia al verla frente a él y ella correspondió con una venia similar.

—Me ha sacado de la cama... —reclamó complaciente.

—Siento importunarla, pero el día se aprovecha mejor de esta manera. Mis hermanos están en el carruaje esperándonos.

—Qué agradables. Tengo tan buena opinión de ellos —concedió—. Le presentaré a mi buena amiga y doncella Madeleine...

Madeleine hizo una reverencia, pero Arthur le pasó la mano y la sorprendió.

—Es un gusto. Usted debe ser la mujer más dichosa del mundo al ser considerada amiga por milady.

—Soy muy afortunada...

Arthur estudió a Madeleine y su carácter agradable y preocupado por su patrona. Esa era una de las razones de la sonrisa de lady Poppy.

Subieron los tres al carruaje. Los hermanos del marqués eran tendientes a bromas de toda índole, incluyendo a su hermano mayor. Arthur era más serio y solo se dedicaba a prestar atención a las opiniones de lady Poppy que eran las de una niña soñadora y muy en el fondo alguien con razonamiento de causa y efecto.

Anne bajó con un libro. Tenía la intención de leer bajo una buena sombra, mientras su hermano Benedict se colocó el sombrero y puso una sonrisa coqueta en su rostro para dar un paseo. El resto bajó y se dieron cuenta de que fueron casi abandonados.

Caminaron tomados del brazo con Madeleine atrás y fueron bajo la sombra donde estaba Anne. Su hermana no quiso sentarse en el banco del parque. Extendió una tela y se sentó muy cómoda encima.

—Anne pasa mucho tiempo leyendo —comentó Arthur.

—Me gusta leer, pero pierdo la concentración con frecuencia. Suelo viajar en mi mente a sueños o anhelos —contó Poppy.

—No pueden decir por mí que soy un ávido lector, pero soy buen deportista. El arco es una de mis mayores distracciones...

—¡Dios, si mi padre o Thomas me vieran junto a un arco pegarían el grito al cielo! —expresó con una carcajada.

—La veo a usted con mucho sentido.

—Oh, bueno. No quisiera destruir esa imagen, pero le contaré cómo soy. Usted me da tanta confianza como lo hace mi doncella...

—Si soy digno de sus confidencias, estaré muy contento.

—La verdad es que soy muy torpe y tonta. No me han tomado en serio. Sigo dudando de que mi propia familia me tome en serio. ¿Sabe que tengo tanta rabia contra mi padre? Se ha casado sin siquiera contármelo. Piensa que soy una calamidad y lo comprendo. He accidentado a tantos pretendientes en Francia, que es la razón por la que estoy aquí. Con suerte usted no ha tenido ningún accidente —confesó subiendo sobre el banco para caminar.

Él vio que ella no era muy buena con el equilibrio y la siguió con ambas manos cerca de la cintura, no deseaba que se cayera y que luego le prohibieran volver a salir.

—¡Estoy furiosa! —dijo en tono alto—. Por eso yo he escogido con quién casarme y no me importa su condición.

—Se refiere al marqués de Salisbury, supongo.

—Es él. Lo conocí en un parque. Desde ese momento no se ha despegado de mi mente y sé que tiene problemas. ¿Sabe que he hecho? Le pedí a Thomas que le exigiera a mi padre duplicar

mi dote. Estoy acostumbrada a una vida acomodada, y si me voy a casar con un hombre quebrado, necesito mucho dinero. Luego de eso solo debo convencerlo de que soy la mujer que ama y que me confiese sus sentimientos...

Estaba impresionado. Era demasiada información que él no había pedido y que no quería escuchar.

—¿Qué opina?

—¿De qué? —preguntó confundido.

—De todo, ¿O fue demasiado? ¿Qué opinión le merece el marqués?

—No es mi opinión la que debe importarle sino la suya. Si usted cree que es el caballero que podrá darle lo que merece, tiene mi pleno apoyo —comentó, viendo que ella giraba de manera repentina hacia él y eso le estaba destrozando los nervios. Podía caerse y no lo deseaba. La tomó de la cintura para bajarla de esa altura peligrosa—. Es mejor que esté en el suelo...

—No puedo creer que fuera el primero en decirme esto. Todos se han detenido a criticar mi elección u opinar sobre ella. Qué placer conversar con alguien con quien no tenga que ponerme a la defensiva. Es usted especial.

Capítulo 18

Ella ni se había dado de cuenta que se subió y luego la bajaron del banco. Estaba tan inmersa en contar lo que la aquejaba. El conde era un excelente oyente, muy reservado y calmado para su ánimo extrovertido, pero era agradable tener alguien que transmitiera un poco de paz.

Continuó caminando entre unas ramas bajas. Ella era de corta estatura y comparada con el conde que iba unos pasos más atrás, callado y pensativo por lo que le dijo Poppy, de que él era especial.

—Agradezco el concepto en que me tiene... —comentó.

—¿Es siempre tan rígido? —preguntó dándose vuelta hacia él sin prestar atención a que en su camino tenía varias ramas de árboles.

—Me educaron para ser el heredero de un conde. Tuve mucha instrucción, casi hasta el aburrimiento, pero fui un orgullo para mi padre hasta que se casó —respondió, agachando la cabeza un poco para evitar golpearse, y se adelantó un poco a Poppy que era en verdad distraída cuando hablaba, para alejarle un poco las ramas del rostro.

—No concibo que usted tenga malas relaciones con la condesa viuda.

—No son malas relaciones, lady Poppy. Si piensa eso está equivocada. ¿Por qué mi padre quiso casarse con alguien que era más joven que su propio heredero? Mis hermanos y yo no lo aceptamos.

—Pues entiendo que no es una cuestión de herencia, era más un gusto. En cambio, mi padre se ha casado por necesidad, porque yo no fui lo que esperó. No he sido educada correctamente y las institutrices eran despedidas con frecuencia porque no de conseguía un resultado.

—Su padre es un duque. Hay cierta importancia en un heredero...

—¿Más de lo que es dar un poco de atención a la sangre de su sangre, huérfana y solitaria? —increpó con cierta molestia.

—Disculpe. Solo le hablo de lo que conozco. No he tenido que enfrentarme a eso. Mi madre vivió demasiados años como para que me falte atención.

Continuaron caminando en silencio un corto trecho hasta llegar a otro banco, en donde ella sí se decidió a tomar asiento.

—Volviendo a lady Helen, me parece una excelente persona...

—No dudo que lo sea, pero en gratitud a la sinceridad que usted tiene, yo también quisiera ser sincero. No la quiero en mi casa por más tiempo, es joven y podrá volver a casarse. Podrá darle herederos a un hombre que los busque, pues quedó embarazada y por razones inciertas y del destino, mi hermano no llegó a nacer. Hasta a la concepción de mi hermano llega mi respeto por ella, es más de lo que se puede pedir... —confesó frunciendo el ceño por el sol que estaba muy fuerte en ese momento.

Comprendió hasta donde llegaba el rechazo de Arthur hacia Helen y se colocó en su lugar. Ni conocía a su madrastra y a la hija de esta. También podía decir que no conocía a su padre. No podía señalar o juzgar al joven que estaba junto a ella y menos darle consejos de cómo llevarse bien.

Ella le hizo una seña para que se sentara a su lado y le tomó las manos. Arthur estaba petrificado por el contacto. No había esperado que ella lo tocara. Pero no podía hacerse ideas con lady Poppy, tenía sus ojos comprometidos en otro lado. Él tan solo podría apreciarla de lejos

hasta que en algún momento tuviera que buscar una candidata a esposa.

Levantó una mano y correspondió al contacto con un suave y amistoso apretón. ¿Sería capaz de conformarse con una amistad? La paciencia era una conocida virtud suya, sin embargo, él no sabía si podría soportar mucho tiempo tenerla cerca sin comentarle sus intenciones. Le agradaba que ella fuera tan diferente a él. Tal vez también estuviera confundiendo un interés amistoso con interés por una esposa, pero no era posible porque cada confesión que le hacía en nombre de Salisbury, solo le provocaba cierta tristeza. Que su madrastra se lo hubiera adelantado no permitió amortiguar su tristeza.

Madeleine observó que estaban muy cerca y muy comprometidos. Suspiró esperando que Poppy abriera los ojos y viera a aquel joven al que envió sin dilación como un amigo. Su poco entendimiento del amor, la había llevado a encaramarse por una fascinación como el marqués de Salisbury o tal vez como aquellos sentimientos extraños que albergó durante años por su primo.

—¿Cree en la amistad de una dama con un caballero? —curioseó lady Poppy—. Son pocas personas quienes se han ganado mi confianza y usted es una. Quiero invitarlo a tardes del té. Sé que los caballeros tienen cosas más interesantes que prestarle atención a una invitación tan sosa y poco atrayente, pero le aseguro que los tés en casa de los Ross son excelentes.

Enternecido por su comentario, asintió conforme con lo que ella le ofrecía. Si era paciente y el marqués seguía indiferente, quizás estuviera destinado a hablarle de sus intenciones casamenteras. En cuanto la supiera comprometida buscaría con quien casarse, aunque no sería la mujer que él anhelaba. Aquella amistad la podían tener hasta el último día de su vida. La compañía era agradable y envidiable, estaría encantado de verla hasta el último aliento.

—Para mí no hay nada más divertido que un té. Me gusta con poca azúcar... —bromeó haciendo que Poppy tuviera una gran sonrisa en su rostro.

—Bien, a mi me gusta con mucho azúcar. Soy como un caballo sin domar si no le pongo la cantidad necesaria. ¿Qué le agrada recibir de presentes?

—¿Presentes?

—¿Un sombrero, un pañuelo, unos guantes, un reloj...?

—Tal vez si usted algún día me obsequia un listón de su cabello, sería el mejor regalo.

—¡Un hombre que piensa en el ahorro de su amistad! Quiero un pañuelo suyo. ¿La apetece hacer un pacto de amistad? Yo le doy un listón y usted me entrega un pañuelo. ¿Está de acuerdo?

Arthur se deshizo el pañuelo del cuello y se lo extendió como símbolo de acuerdo. Ella hizo lo mismo con su listón y se lo entregó.

—Quiero que me llame Poppy y yo lo llamaré Arthur, ¿Está de acuerdo? —indagó introduciendo el pañuelo a su ridículo.

—Por supuesto, Poppy...

Después de aquello, escucharon el grito iracundo de Anne. Benedict le quitó el libro y se echó a correr con una sonrisa demencial en el rostro.

—¡Recuerda que vives conmigo, Benedict Chastain, mi venganza será terrible! —exclamó su hermana acercándose a su hermano y Poppy.

—No quiero riñas en casa, Anne. Toma algún objeto de Benedict y escóndelo, es suficiente para turbarlo.

—¡No, yo quiero su cabeza!

—Siempre he soñado con tener hermanos, debe ser maravilloso —dijo Poppy al verlos interactuar y también al observar a Benedict que se alejó demasiado con su botín.

—Es difícil ser el mayor de estos dos. Educarlos es imposible.

—¡Yo me ofrezco para enseñarle a lady Anne lo que sé! —se ofreció voluntariosa.

—No crea que es fácil, pero como no quiero desalentarla, puede hacer lo que guste.

Poppy quedó tan complacida y encantada con Arthur y sus hermanos, que esperaba tener mucho tiempo para compartir esperando a que el marqués la tuviera en cuenta después de lo que le comentó. Era algo importante hacerle saber que no tendría problemas de dinero a su lado si se predisponía a declararle su amor. Era probable que fuera un poco apresurado, pero ese debía ser el flechazo del amor.

***

Laurence estaba tranquilo aunque desanimado por dejar Londres unos días. Vender los caballos le permitiría recuperar algunos pagarés que había firmado, pese a que eso no solucionaría nada, solo perdería unos activos para conservar otros.

Soportó el viaje y también despedirse de sus bellos caballos que le llevaría al conde que le había comprado sus anteriores caballos. Quedó fascinado con el cuidado y la forma en que estaban sus caballos. No dudaría en pagar buen dinero por ellos.

De regreso a Londres unos días después, sabía que debía continuar con su conquista a lady Poppy. Intentaba hacerlo de la misma forma en la que había caído en las manos de Helen, pero recordó que ella lo cautivó con tan solo un movimiento de sus gráciles bucles. Cuánto la extrañaba, tan solo verla de lejos le haría mucho bien.

Su mayordomo le acercó una pequeña esquela en la mano.

—Esto llegó para usted en su ausencia —comentó el hombre, y luego sacó de su levita una carta—. Y está carta, viene de Liverpool, señoría.

Tomó también la carta en la mano. Procedió a despedir a su mayordomo para que lo dejara leer su correspondencia.

Se llevó la esquela a la nariz y sonrió. Sabía que aquel era el perfume de Helen. Sin más dilación la abrió, y aunque no le decía palabras afectuosas de amantes, le recordó que quería verlo feliz y dejando de deshacerse de sus cosas. Supuso también que la inteligencia de aquella mujer iba más allá de decirle que lo que quiera feliz, sino que implícitamente le recordó que debía continuar con su conquista de una esposa y sería una que lo apreciaría mucho y él no estaba seguro de corresponder a ese afecto algún día.

Dejó la esquela y decidió a romper el sello de la carta desde Liverpool. Estaba fechada en unas semanas atrás

Estimado marqués de Salisbury,

Me he tomado el atrevimiento de escribirle para conocernos. Creo que cada quien conoce la existencia del otro, pero no nos hemos conocido en persona.

La razón de esto es sencilla, me he decidido a conocer a quién podría ser mi heredero en un futuro próximo. La propuesta es la que sigue, mi buen marqués.

Si está de acuerdo pasaré unos meses con usted en Londres. Espero encontrarlo establecido para ese momento. Mi interés está en dejar la herencia a alguien que tendrá un heredero en el futuro, me complacería verlo casado con una joven o al menos comprometido con alguien de buen pasar para que mi decisión fuera más fácil. Recuerde que es más conveniente unir fortunas que deudas y sé que usted tiene muchas deudas que esta herencia podría ayudar a saldar.

Esperaré su aprobación para preparar mi partida a Londres.

Mis más cordiales atenciones a usted.

Gary Burrell, barón Gwydyr.

Quedó muy sorprendido por aquello, su primo anciano estaba interesado en conocerle y hacerle su heredero si todo lo que encontraba en el lugar, resultaba de su agrado.

Capítulo 19

Volvió a leer la carta para ver si lo había leído bien. A medida que estudiaba cada párrafo con atención, se dio cuenta de que aquello no lo favorecía en nada si la mujer en cuestión no tuviera fortuna.

La herencia del primo había sido la única oportunidad de que Helen se casara con él. Sin embargo, la condición era la riqueza de la futura marquesa y Helen era una viuda, solo tenía su pensión. La opción era Lady Poppy. Rica, amable, agradable y bonita.

Pensaba pagar sus deudas con el dinero de Poppy, pero también tendría el dinero de su primo. Llegaría al momento en que tendría más dinero que otra cosa. Le escribiría una carta a Helen para comentarle lo que ocurría. No la volvería a ver porque lo haría sufrir más saberla tan cerca. Tendría fe en que le tomaría cariño a su futura esposa para tener una vida tranquila. Lo único que muy probablemente le alteraría era el matrimonio de Helen con otro hombre.

Siempre supo que era el destino quien diría lo que iba a ocurrir. Era un marqués empobrecido y Helen una viuda con miedo a la pobreza que sufrió su familia y por lo que tuvo que casarse. Pese a un matrimonio obligado, ella estaba conforme, siempre lo dijo: “No podía pedir más, tenía un techo, comida y un esposo amable y generoso”

Se refería a su difunto esposo como amable y generoso. Pese a que los hijos del difunto no eran muy cercanos a ella, compartían los mismos valores del hombre.

Su incomodidad de ser viuda se debía a que su esposo tenía hijos de mucha edad y amaban a su madre, ella era una intrusa. La menor de los Chastain era quien la aceptaba y el mayor le pasaba su pensión que su padre estableció y un poco más.

Confeccionó la carta y se la entregó a su mayordomo para que la enviara con absoluta cautela y quedara en propia mano. Firmó su carta como siempre lo hacía, con el nombre de una mujer. Después de terminar esa encomienda, pensó en que debía hacerse presente frente a lady Poppy, pero desconocía cómo hacerlo, si solo ir a la casa de la familia Ross o esperar alguna fiesta para comenzar su conquista.

Poppy junto a los señores Ross y Arthur, se miraban mientras jugaban al whist. Ella estaba aprendiendo de Arthur y le ponía mucha atención a lo que hacía. Era muy paciente pese a que sin dudas le haría perder la partida. La señora Ross era muy buena con las cartas y el señor Ross solo asentía a todo.

En cierto momento, Poppy los observó como lo que eran, una pareja de compinches. Hubiera dado su fortuna por ver en su casa a su madre y a su padre, aunque ni siquiera sabía cómo era su madre. Imaginaba que un matrimonio normal era como el del señor Ross y el de Thomas, así debían ser los hombres, no como su padre que era un gran ausente en todo.

—¡Ganamos, Cédric! —exclamó la señora Ross.

—No es justo para Arthur. El pobre ha perdido por mostrarme cómo jugar bien —declaró Poppy dejando las cartas sobre la mesa.

—No me duele haber perdido si hice algo bueno como mejorar las habilidades de la dama —sonrió complaciente hacia la señora Ross.

—Hay que invertir mucho tiempo en eso —aseguró la señora Ross—. ¿No les parece la tarde agradable para pasear por el jardín? Creo que estuvimos mucho tiempo encerrados como para continuar haciéndolo.

—¡Sí, un paseo por el jardín! ¡Vamos! —expresó Poppy tomando del brazo a Arthur que no tuvo más opción que ir a donde le llevaba aquella tromba emocionada.

Desde que hicieron el pacto de amistad, estaban muy unidos. Él visitó su casa en varias oportunidades y ella una sola vez la suya. En su casa, estuvo mostrándole a Anne algunas modas de Francia, por las que su hermana estaba encantada y también Helen. Con lady Poppy era muy agradable y una excelente anfitriona. Una noche su madrastra le preguntó sobre la razón de sus constantes visitas e invitaciones a la joven y él respondió con la verdad. Contó que lady Poppy lo quería como amigo, y que muy a su pesar él cedió ante ese pedido, a lo que Helen le dijo: “En ocasiones uno comprende que le importa más la felicidad ajena que la propia”

Lo asumió como cierto al ver a la muchacha muy contenta pese a que le faltaba afecto de familia.

—Me encanta la naturaleza, solo no me gustan las hormigas —comentó Poppy—. ¿Te he contado que Albert ha dejado de atacarme cuando voy hacia el pianoforte?

—Creo piensa que ya no eres un peligro.

—¡Qué equivocado está! —expuso con una carcajada musical—. Mira, son las rosas de la señora Ross, son tan hermosas...

—¿Alguna vez te dieron una?

—No, pero imagino que debe ser hermoso recibir alguna.

—Es para ti... —dijo él mostrándole una rosa que para su sorpresa pertenecía a aquel lugar.

—¡No te he visto arrancarla! ¿Qué clase de brujería es esa? —increpó llevándose la rosa a la nariz sin dejar de mirarlo.

—Creo que la señora Ross tiene muchas rosas en este jardín, no notará que una le falta, y menos la de abajo mismo —rio.

—¡Pero que no te he visto hacerlo! —reclamó buscando una explicación racional.

—Es un secreto. Soy tan hábil como un gato, ¿Te conformas con eso?

—¡Por supuesto que no! Te aseguro que después de que te vayas, voy a probar cómo lo hiciste y en ese intento podaré todo el jardín.

Era el turno de Arthur de reír con soltura ante esa aseveración. La creía capaz sin dudas por cómo era. Era testaruda y como pocas damas y no se detenía mucho a pensar en qué decir, solo lo decía. Muchos podrían tomar aquello como mala intención, sin embargo, él sabía que ella era fresca y sincera. Tenía que aprender sobre convencionalismos que le permitirían sobrevivir en la sociedad.

—¿Sabe los peligros de que tome unas tijeras? —gruñó ella al ver que el joven conde se burlaba.

—Creo que lo importante es que no use las tijeras contra sus cabellos, sería la única forma en que alguien notaría ese peligro.

Poppy alzó la nariz y lo miró con soberbia, aunque después suavizó su rostro.

—Muy gracioso, milord...

La doncella los vigilaba a la distancia. Madeleine sufría más que cualquier persona en el mundo viendo a Poppy tan feliz con aquel amigo. Pobre de ella que no se daba cuenta que tenía a un caballero encantado mientras perseguía a otro que no la miraría con esos ojos y tampoco la comprendería. Esperaba que la muchacha abriera los ojos en algún momento y que fuera antes de que él perdiera el interés en ella.

Luego de volver a la casa, Arthur se despidió de la familia Ross y de su amiga. Poppy hizo un mohín al verle irse.

—¿Y ahora, qué? —se preguntó en voz alta.

—Ahora se irá a su habitación y... ¡Milady! —reclamó su atención Madeleine al ver que ella iba hacia el jardín—. ¡Qué hará!

—¿Crees que voy a dormirme pensando en cómo hizo para darme una rosa sin arrancarla? ¡Debe ser un brujo!

Analizó la planta y no parecía haber vestigios de que la planta fuera violentada. Madeleine negó con la cabeza, pues sabía que el conde dejó que ella tomara una ligera ventaja antes de tomar la rosa de otro rosal. Lo hizo con delicadeza aunque sí quedó un rastro fresco de donde lo sacó. Lady Poppy estaba en la planta equivocada, la pobre no se fijó que atravesaron varias plantas antes. Estaba convencida de que fue de esa planta.

Estuvo en aquel lugar hasta que el sol fue cayendo y el cansancio le dijo que debía descansar y preparase para cenar.

Cuando entró al salón, vio que el mayordomo había recibido a alguien. Miró curiosa a la visita por si Arthur hubiese recapacitado sobre su soberbio actuar y decirle cómo hizo todo.

Al ver que el marqués de Salisbury dejó su sombrero, sintió que la tomaba un calor terrible de la vergüenza. Estaba sudorosa y sucia por haber estado buscando pruebas hasta cerca de la raíz.

Laurence al introducirse un poco al salón, vio a lady Poppy parada, observándolo fijamente. Estaba un poco sudada y lo notó por sus bucles húmedos y sus rodillas tenían tierra en el vestido. Se veía graciosa y muy distinta a cualquier dama. Acortó distancia y se quedó frente a ella para hacer una reverencia.

—Buenas tardes, milady. Creo que he venido en un momento inoportuno —dijo señalando la ropa de ella.

La vergüenza trepó a su cabeza y buscó algo que decir.

—¡No! —Mencionó antes de sacudir su falda con fuerza para que la arena saliera, era una pena que lo hubiese hecho frente a él, dejando que el caballero pareciera un hormiguero—. ¡Otra vez, lo siento!

Laurence intentó abrir los ojos, pero la cantidad de arena que ella le arrojó fue demasiado para permitírselo. Sospechaba por alguna razón que si se casaba con esa dama, era muy probable que no alcanzara siquiera a disfrutar de ver sus deudas pagadas y disfrutar de su riqueza.

Capítulo 20

Una vez que se limpió los ojos dejándolos lagrimeando, le enseñó una sonrisa amable a Poppy para disminuir su congoja.

—Solo fue un poco de tierra, no hace mucho mal.

Poppy sintió que podía liberar el aire retenido en sus pulmones por el temor. Era incontrolable la tontería que la tomaba cuando lo veía. La impresionaba bastante y la ponía nerviosa.

—Es demasiado generoso con esa expresión. Si no le molesta recibirme en estas condiciones tan lamentables, podríamos sentarnos —señaló los sillones.

Madeleine rodó los ojos por el tono empalagoso que utilizaba Poppy. Ella era muy dulce y cariñosa todo el tiempo, pero aquello era capaz de llevar a uno a quedar empachado.

—Veo que gusta de la jardinería, milady. Es un sano entretenimiento —la alentó al momento que tomaba asiento.

—¿Le agrada que me dedique a la jardinería? ¡Nadie me había alentado tanto en una actividad! —se colocó recta y movió un poco sus bucles de manera graciosa.

—Veo que la pone de buen humor.

—Por supuesto. Me gusta mucho el jardín... —dijo esperando animada a ver qué deseaba. ¿Cuál sería la razón de tan inesperada visita?

Laurence asintió y luego miró a su alrededor viendo a la doncella cerca de Poppy. Era incómodo estar con dos ojos más viéndolos, pero eran las reglas.

Emitía unos gruñidos, entre gemidos o en realidad, no sabía cómo describirlos, solo no le salían las palabras. Ella lo miraba casi insistente para que le dijera algo que no estaba saliendo de su boca.

—¿Va a decir algo? —indagó Poppy un poco ansiosa de escuchar qué tenía que decirle.

Él pareció asustado por su directa intromisión en sus dudas.

—Sí. Es que no encuentro las palabras para decirlo. Quería... —se volvió a quedar pausar —, decirle que pensé en sus palabras la última vez que conversamos y me alegra que tenga en cuenta mi falta de fortuna y brindarme su apoyo amistosamente...

—¡Qué alegría! Supongo que ha estado pensando mucho en mí —dijo muy sonriente.

—Es así. Y también quería decirle que no tengo la predisposición de aprovecharme de su fortuna solo por deudas. Me agradaría conocerla mejor. Me parece que usted es honesta y sincera, y estoy interesado en devolverle la cortesía a través de estas palabras.

—¡Qué encantador! Siempre y cuando no me devuelva los golpes que le he dado, estaré agradecida.

—¿Le agrada salir? Estaba pensando en mostrarle unos caballos que traje de una de mis propiedades.

—¡Adoro los caballos!

Su doncella tenía el corazón en la mano, solo rezaba para que no la invitara a montar porque no quería ver morir a lady Poppy arrastrada por un caballo. Tenía que informar a su primo sobre aquella invitación.

—Me alegra saberlo, tengo una gran pasión por los caballos, después de eso la puedo invitar a montar.

Poppy no medía los alcances de su exaltación. No sabía montar y probablemente suponía que se partiría el cuello, pero poco le importaba, tenía esa idea en la cabeza y la llevaría a cabo sin importar la forma. Era poco ortodoxa, sin embargo, muy voluntariosa y suponía que si hacía las cosas de buen corazón nada malo ocurriría.

—¿Le parece en una semana? Creo que estos días estaremos en las mismas veladas.

—Me parece perfecto. Estaré esperando verle con prontitud... Aunque... ¿No desea cenar con nosotros?

—No quiero causar molestias. Además, ya he pedido cena en mi residencia.

—Oh, qué pena.

—Solo vine para eso. La veré pronto, hasta luego.

—Hasta pronto, señoría —lo despidió con una reverencia que correspondió el marqués.

Laurence con aquella breve e incómoda visita, inició lo que en el futuro sería algo beneficioso a lo que quería acogerse. No deseaba solo el dinero sino también conocer a la muchacha que lo portaba. Si no tenía nada que ofrecer al menos debía intentar corresponder a sus sentimientos en la medida de sus posibilidades.

La muchacha quedó sonriente en el salón y luego miró a su doncella.

—¿Por qué me miras así, Madeleine? —preguntó al ver que ella la miraba con el ceño fruncido y los brazos cruzados bajo el pecho.

—Usted no montará. Se lo contaré a su primo.

—¡Por favor, Madeleine! ¡Te lo ruego, dame una oportunidad!

—No. Se lo contaré a su señoría y él la dejará amarrada a una cama de por vida.

Poppy tuvo la tentación de arrodillarse para pedir clemencia a su criada, sin embargo, intentaría convencerla de otra forma.

—Mi pobre y querido Thomas, tan enfermo, y tú, quieres provocarle una muerte prematura —lamentó mirando a la doncella.

—Tal vez, pero la salvaría a usted.

—¿Acaso tu corazón no comprende de razones, Madeleine?

—Mmm... No, milady. No comprendo de cosas que no son pensadas, usted no sabe montar, ¿Lo sabía? Lo sabía y le mintió a ese hombre.

—¡Pero puedo aprender, tengo una semana!

—¿Quien le va a enseñar? Usted no sube a un caballo desde hace muchos años. Demasiados una para amazona que se respete —insistió Madeleine.

Ella estaba acorralada por su doncella. Tenía razón, pero debía decir que era capaz de hacerlo. En su mente surgían las opciones. Thomas estaba descartado porque se lo había prohibido al llegar, los señores Ross eran demasiado cuidadosos y sutiles, eran capaces de hacer que todos sus caballos estuvieran enfermos para que ella no montara. Su única opción era su amigo Arthur.

—Arthur me enseñará —aseguró altanera.

—¡Quiero ver que convenza a un joven tan centrado como él!

—Lo hará, te lo puedo asegurar.

—¿Y también le pedirá que le enseñe jardinería?

—¿Qué tan difícil sería la jardinería? Yo misma puedo hacerlo, son solo plantas y nada más —dijo con una sonrisa.

En la cena, Poppy miraba sonriente a su familia de acogida. No les dijo nada sobre sus pensamientos de practicar la jardinería en su jardín, les daría esa sorpresa.

Dos días después, la señora Ross entró en desesperación al ver que Poppy era como una

plaga acabando con su jardín, sin contar la cantidad de veces que se había cortado intentando hacer jardinería.

Para la buena fortuna de la señora Ross, el conde de Lincoln fue a llevar una lectura que pensó interesante para Poppy.

—¡Qué alegría verlo! —exclamó con ambas manos en el pecho.

—Buen día, señora Ross, ¿Lady Poppy se encuentra? —preguntó mirando al salón, al momento en que sentía que el gato de la familia rodeaba su pierna.

—Está en el jardín, y por Dios que solo le pido una cosa, milord, que la saqué de ahí.

Él frunció el ceño por el pedido desesperado de la señora Ross. Su esposo estaba con un periódico, asintiendo a lo que ella dijo.

—Iré para verla.

Arthur tomó al gato del suelo y lo llevó con el libro hacia el jardín. Suponía que la señora Ross era bastante exagerada con todo, sin embargo, al llegar hasta el jardín, solo pudo darle la razón. ¿Dónde estaba el rosal hermoso?

Poppy al levantar los ojos, vio a Arthur, entonces soltó la pala con la que estaba destruyéndolo todo.

—¡Arthur, mira! ¿No crees que estoy haciendo un buen trabajo removiendo la tierra? —indagó satisfecha con sus manos llenas de tierra puestas en la cintura.

—Desconocía este interés por las plantas.

—Surgió repentinamente, me va muy bien...

—¿Quieres agradar a alguien?

—Sí. Al marqués de Salisbury le pareció alentar esta práctica y yo estoy de acuerdo si eso me ayudará a agradarle.

Arthur suspiró y bajó al gato.

—Traje un libro para ti —se lo mostró
—, y veo que es lo más prudente. Este libro le gustó mucho a Anne y me sugirió que puede alegrarte.

Ella miró el libro desde la mano de Arthur y sonrió.

—¡Sí, lo vi interesante cuando estuve en casa de ustedes!

—Entonces es un acierto —sonrió y luego miró el desastre a su alrededor—. Cuando era un niño, me gustaba estar en el jardín con el jardinero. Tenía herramientas interesantes para alguien pequeño e intrépido —sonrió al recordarlo—. No me enseñó porque era el hijo del conde y no iba a ser un jardinero, pero a mí me interesó y sé cómo plantar algunas plantas y remover la tierra. Puedo ayudarte a solucionar esto que molesta a la señora Ross.

—¡¿Le molesta?! ¿Cómo no me he dado cuenta? Quizás debí comprender cuando me dijo que una plaga azotó su jardín —mencionó pensativa.

—Deberías alentarte en algo que realmente sea bueno para ti y que agrade a los demás. ¿Qué opinas de mucho conocimiento en la lectura? O quizás, mejorar tus habilidades con el bordado.

—No lo había pensado.

Arthur se quitó la levita y se dobló las mangas de la camisa. Procedió a arrodillarse en la tierra y señaló la pala para que Poppy se la pasara.

—Ven, acabaremos con esto pronto.

Ella hizo todo lo que le ordenó y casi podía ver que mejoró los hoyos que dejó por todo el jardín. Pudo comprender que lo estaba haciendo mal y que al parecer no tenía el talento suficiente para las plantas.

Las manos y las rodillas de Arthur estaban llenas de tierra, aunque él cargaba una sonrisa

mientras terminaba de acomodar la tierra.

—Creo que no podré quedarme a leer contigo hoy. Estoy sucio.

—No más que yo. He destrozado y manchado muchos vestidos muy hermosos. Siento tanto que no te quedes, pero prometo leerlo.

—Será bueno para ti...

—Quería pedirte algo y lo haré con la mayor sinceridad posible. En unos días, tengo una invitación del marqués para conocer sus caballos y montar... —comentó sonrojada al contarlo.

Él asintió mientras la escuchaba. Aprendió a hacerse de una piel fuerte para escucharla hablar de otro caballero y podía incluso sonreírle a esa desgracia. Su sonrisa y sus ojos lo valían.

—¿En qué podría ayudarte?

—Nadie quiere que monte, aseguran que me mataré porque ya sabes... —rio nerviosa rascando su frente un poco y dejando tierra en él.

Le costaba creer que la gente no creyera en ella, aunque al ver el jardín comprendía las reservas de su familia y conocidos, pero él, quizás, cegado por su cariño hacia ella la veía casi sin defecto alguno. Todo podía mejorar.

—Tengo caballos muy mansos en mis caballerizas...

—¡Sabía que podía contar contigo!

—Pero...

—¡Pero qué!

—Debo conversarlo con el marqués...

—Entonces he perdido todas las esperanzas de poder sorprender a un caballero que me ha invitado...

—Veo que la desconfianza es de ambos lados. Iré a conversar con él hoy mismo, lo prometo.

Capítulo 21

Arthur cumplió su palabra y al atardecer fue a la residencia del marqués de Dorset. Miró la mansión por fuera y no imaginó que iría para pedirle permiso para enseñar a su prima el arte de montar para que fuera a enseñarle sus habilidades a otro. En definitiva, eso no hablaba bien de él o de su interés hacia ella.

El marqués de Dorset casi lo había felicitado por su paciencia y vocación para soportar las artimañas y la displicente actitud de Poppy para lo que era importante para su futuro. Él no notaba nada de esas actitudes tan irracionales mencionadas por su primo. Sí había notado cuán caprichosa se ponía y la dificultad que podía conllevar poder hacerla cambiar de pensamiento. No entendió cómo pudo comprender sus formas, si no podía hacerlo con su hermana Anne.

Al pasar el umbral de la puerta, vio a Thomas, yendo y viniendo de un lado al otro. Su esposa lo miraba queriendo calmarlo, sin embargo, parecía una fiera enjaulada.

—No he visto tanto desinterés en alguien como en mi tío... —rugió molesto.

—Debe estar tratando de ser complaciente con Poppy.

—¿Complaciente, Melissa? Tu padre es complaciente, este hombre es un completo desinteresado. Triplicar la dote con la intención de que se la lleve el demonio, me desagrada. Además, soy lo soberanamente tacaño para negarme a semejante pérdida desesperada de intereses familiares.

—Te saldrá espuma por la boca, Thomas, cálmate —sugirió al verlo meter el dedo entre su pañuelo y su cuello.

—Buenas tardes. Creo que vine en un mal momento —saludó Arthur girando nervioso su sombrero en las manos.

—No, milord —se levantó Melissa para recibirlo y le hizo una reverencia—. Mi esposo necesita tranquilidad y creo que usted es la persona indicada para ese fin. Ha recibido buenas noticias de Francia, pero cree que son malas.

—Venga aquí, milord, siéntese y deje que le explique lo que mi testaruda y terca esposa no quiere comprender... —acusó, mirándola con sus ojos verdes muy molestos.

Melissa le restó importancia con un gesto de la mano y se retiró hacia la cocina.

—¿A qué se debe su agradable presencia en mi casa? No suelo recibir mucha gente porque no soy entusiasta para las labores de atención a los demás.

—Comprendo, señoría. He venido por su prima...

—Espero que venga a pedir su mano. Lo he notado entusiasmado con ella y sé que usted es un hombre honesto y bueno, no podría desear nada mejor para mi prima.

Ante aquella atropellada conclusión del marqués que se veía alterado, le sonrió y procedió a explicarse la razón de su visita.

—Sus deseos no concuerdan con los de Poppy, señoría. Me pidió que le enseñara a montar un caballo para acceder con orgullo a la invitación que ya aceptó del marqués de Salisbury.

—Qué ya aceptó... ¿Por qué será que no resulta ser una sorpresa? —refirió monótono—. ¿Sabe las consecuencias de solapar los desmanes de Poppy? Entienda algo, Arthur, ella convertía su paz en un tugurio, su consciencia en un trapo y a su familia en una víctima. No lo dejará dormir...

—No me dejará dormir si no lo hago—dijo afectuoso—. Me he encariñado con su prima y no

me gusta verla triste. Me hago responsable de lo que pueda ocurrirle a la muchacha estando en mi propiedad sobre uno de mis caballos.

—Aja. Es un error el que comete, ella estará bajo el caballo... —se burló.

El conde evitó pensar en esa posibilidad. Era alguien confiado y no era malo con los caballos. Le enseñaría algo decente a la muchacha.

—Debería dejar de pensar así...

—No puedo. ¿Cree usted que resulte atractivo para un cazador de dotes, que mi prima tenga una dote tres veces mayor?

—Sí, estoy seguro de que será una gran tentación. Sin embargo, lady Poppy ha escogido a quien ayudar...

—Entonces, si estamos convencidos de que el marqués no la matará para quedarse con la dote de mi prima y luego casarse con su madrastra, Arthur, puede usted prepararla para que al menos de esa forma le sea más difícil matarla y aprovecharse de su fortuna —mencionó encogido de hombros.

—Si es ese su miedo, ¿Por qué no se lo dice?

—Bien, por varias razones, entre ellas que no escucha. Está más hueca que cuando tenía ocho años. Adoro a Poppy, es mi pequeña niña de rizos dorados, y no podría soportar escucharla decir alguna bobería que me saque de mis pobres casillas. No seré indulgente y le propinaré unos correctivos muy desagradables...

—Es cierto de que ella es impulsiva...

—Oiga, no sea modesto al referirse a los caprichos de ella.

Él rio por la forma desconfiada y nerviosa del marqués. Para Poppy debía ser un agradable pasatiempo molestarle, pues era muy poco dado a quitar una conclusión que no fuera mala.

—Me lo ha pedido de corazón y no puedo negarme a eso. En ocasiones creo que soy el único que apoya sus deseos casamenteros con el marqués.

—Déjeme decirle que puede negarse a ella. Solo dígale “No” —opinó con sarcasmo—. Lo siguiente es que no solo es usted quién apoya sus intentos casamenteros, sino también su padre y por supuesto yo. Quiero que vaya bien casada y no me agrada ese marqués. No tiene nada de malo, sin embargo, no me parece lo que a ella le hace falta. Le hablaré sobre ciertas charlatanerías que... —carraspeó su garganta y se acomodó en el sillón — mi prima quiere afecto y ese hombre me parece incapaz de dárselo o al menos no como ella desea.

—Eso no lo sabremos hasta que ocurra...

—¿Y usted no lo lamenta?

—No debería hacerlo. Nuestra amistad es sincera. Me alegraré cuando consiga su objetivo de casarse con él o con cualquiera que sea de su agrado.

—Creo que Poppy no lo deja razonar. Le daré permiso, solo porque es con usted, y sé que es un caballero razonable que no la dejará hacer una cosa que pueda ponerla en peligro.

—Agradezco la confianza. La cuidaré muy bien.

Salió conforme del lugar después de haber conseguido el consentimiento del primo. Él no sabía que a Poppy le habían aumentado tanto la dote. Se pondría triste en lugar de feliz por aquello. Sería como una demostración de que su padre en definitiva no la amaba.

Al regresar a su casa, Arthur preparó una esquela para invitarla a su casa y que le pudiera mostrar lo que necesitaba.

Entre las cosas de su escritorio, encontró una carta abandonada, que no le pertenecía a él, sino que era para Helen. Al parecer la leyó y luego la abandonó, no sin antes, dejar marcada una gota de algo que corrió unas letras.

El marqués de Salisbury le dio una pésima notica, aunque según su intromisión en la correspondencia ajena, lo que había entre ellos acabó de manera definitiva diciéndole «Cortejaré a tu elegida como esperabas, y espero corresponder a su afecto de la misma forma»

Quiso arrugar la carta, pero no era de él, y no podía hacerlo. Solo podía hacer lo que debía. Enseñarle a Poppy lo que necesitaba para satisfacer a otro.

***

Con una sonrisa que partía su rostro en la mitad y con una ceja levantada con suficiencia, le enseñó la esquela de Arthur a Madeleine, que no tenía el rostro feliz.

—Te dije que él lo conseguiría —provocó, con un contoneo de cadera mientras recorría la habitación.

—Está bien, lady Poppy. Preparé mis baúles para volver a Francia.

—¿Cómo se te ocurre dejarme, Madeleine?

—Debo preocuparme por mi futuro, pues me quedaré sin mujer a quien atender después de que se caiga y yo tenga que llorarla porque estará muerta —sorbió su nariz y bajó los ojos.

—¡No, no, Madeleine! Tanto crees en la fatalidad. A mí no me da miedo.

—Debe ser por los años que llevo sirviendo al duque y a sus tantos pensamientos que estoy contagiada de pesimismo.

—¿Por qué no lo ves como yo? Creo que es una oportunidad más de acabar con esta mala suerte que tengo. Aprenderé a montar y solo una terrible lluvia me hará desistir de ir mañana...

—Yo buscaré su mejor prenda, y después veré mi vestido negro —rugió su doncella antes de darle la espalda para buscar el vestido para el día siguiente.

Capítulo 22

Poppy desaprobó el atuendo de Madeleine que la iba a acompañar a la residencia del conde de Lincoln. Miró desde sus zapatos hasta el velo negro que llevaba en la cara.

—No voy a salir contigo, Madeleine. ¿Por qué usas luto? Es ridículo — Reprochó Poppy con los puños cerrados al costado de su vestido.

—Déjala, Poppy. Quiere que sepas que si caes del caballo y te partes el cuello, ella te recordará con afecto. Al cabo que si mueres, no sabrías cómo la pondrás triste —adujo el señor Ross detrás de su periódico.

—No importa que salgas de manera ridícula a la calle, serás tú quien pase la vergüenza — gruñó alzando la nariz para salir, aunque tenía una gran sonrisa en el rostro.

Arthur era una bendición para su vida. Desde que lo conoció todo cambió. Se sentía cómoda, tranquila y feliz. En ocasiones se desesperaba notablemente porque era demasiado calmado y ella muy apresurada. En el fondo sentía que era el único capaz de comprenderla y aceptarla. Madeleine era su primera amiga y por los años era capaz de llevarle la contraria con frecuencia y Arthur su primer amigo varón. No le había faltado al respeto en ningún momento, era un verdadero caballero, sin dudas uno excelente.

Pese a que Madeleine iba ridícula con el negro, ella estaba impecable con un traje de montar. Se notaba que aumentó de peso porque cuando se mandó hacer el traje, no era tan apretado en los senos.

En casa de Arthur saludó a todos menos a él que estaba en las caballerizas. Helen fue quien la acompañó para que no fuera sola.

—¿No sabe montar, querida? —preguntó Helen con el rabillo de la curiosidad en la mirada.

—No es que no sepa. Creo que no tengo la instrucción suficiente para eso. Arthur no permitirá que me mate. Además, no puedo caer muerta antes de acceder a la invitación del marqués de Salisbury para montar. Su hijastro es un ángel, ¿No lo cree?

—Sí, lo es —respondió monótona, entregándole una sonrisa.

Las dos iban del brazo comentado cosas hasta llegar a donde se encontraba Arthur, muy arreglado para enseñarle a montar. Aseguró las sillas de los caballos y verificó varias veces que todo estuviera correcto.

Al ver a Poppy llegar con tanta elegancia, casi perdió un pie al tropezar con un poco de paja, aunque rápidamente se enderezó y esperó.

—¡Qué hermoso perro! —exclamó viendo a un animal peludo con una silla de montar en la espalda.

—Poppy, no es un perro. Es el poni de Anne... —sonrió un poco avergonzado de que ella no lo distinguiera.

—¡Un error es posible cuando he visto perros de este tamaño! —rio bajando la cabeza avergonzada.

—Los dejaré. Que se diviertan—refirió Helen con una inclinación antes de volver a la casa.

Después de aquella nota de Laurence donde todas sus esperanzas se vieron rotas, no sabía nada de él, y desconocía la invitación que le hizo a lady Poppy. Ella nunca había salido a montar con él. Le hubiera gustado hacerlo porque era muy agradable su compañía.

—No voy a montar en ese caballo, quiero uno grande, esplendoroso, digno de una dama...

—No le ofrecería a una dama menos de lo que mereciera, por esa razón, he decidido mostrarte lo que necesitas saber con este pequeño pony.

Madeleine en una sonora carcajada, se burló de ella a sus anchas.

Poppy no dudó en dirigirle una mirada que sin lugar a dudas era muy parecida a la de su primo.

—Qué humillante, milord. Me confié a un caballero y no a un sinvergüenza... —reclamó sonrosada de rabia por la burlas de su doncella.

Cruzó los brazos bajo el pecho, y se le dio la espalda de manera petulante. Él no le hizo caso y se acercó a una de las caballerizas cerradas y miró hacia donde ella estaba.

—Milady, es hilarante ver su rostro tan enojado por un insignificante chasco —declaró riendo—. Este es el caballo que le prestaré para la oportunidad.

Aún molesta, decidió dar vuelta la cabeza y mirar al caballo. Era hermoso, imponente y parecía muy dócil por cómo él lo acariciaba. Su enojo se disipó cuando se acercó para acariciarle la cabeza y el cuello. Ella le sonrió a Arthur y él le devolvió esa sonrisa con mucho ahínco.

—¿Cómo se llama?

—No le he puesto nombre. ¿Deseas ponérselo?

—Aún no sé qué me inspira. Debemos dar una vuelta para saber. Yo quiero sentir algo para darle un nombre...

Él le colocó una escalerilla de dos escalones para subir y la ayudó con un poco de fuerza a la cintura de Poppy. Después, fue hasta su caballo blanco que lo esperaba calmado. El caballo era la viva imagen de su amo en el temperamento.

—¿Cómo se llama tu caballo? —indagó con interés.

—Blanco es su nombre —respondió dándole unas palmadas en el cuello al caballo de manera cariñosa.

—Qué poca imaginación... —se burló con una ceja levantada.

—No soy muy complicado. Me agrada que todo sea lo más simple para todos siempre que se pueda. Me cuestan los nombres, es por eso que deseo que le pongas un nombre al que tú montas antes de que te tire. Te advierto que estás tomando las riendas con demasiada dureza, terminarás volando a unos metros aquí —dijo acercándose con su caballo para tomar las riendas de Poppy —. Debes hacerlo con suavidad, de esta forma.

Arthur apretó las riendas entre las manos de ella para que supiera la presión que debía ejercer hacia el caballo. Al poco tiempo ella pudo comprenderlo y dieron una pequeña vuelta.

Durante sus lecciones con Arthur ella logró recordar muchas de las cosas que estaban dormidas en su memoria sobre los caballos. Su padre le compró varios equinos, pero ante la excitación que ella sentía por cada uno de ellos, no tuvo la oportunidad de andar más que en círculos sobre ellos dentro del cerco e incluso de esa forma cayó. No pasó de una muñeca hinchada por meses, pero fue suficiente para que su padre enviara sus caballos a una de las propiedades de Thomas en Inglaterra.

—Cuando era más pequeña, solía tener caballos y los adoraba... —contó perezosa.

—¿Y qué ocurrió con ellos?

—Mi padre y una más de sus maldades... Me los quitó todos. Recuerdo que me dijo que no quería que los lastimara. Qué yo me lastimara era el menor de los problemas, en cambio, si ellos se rompían una pata debían sacrificarlos. ¿Cómo he estado tan ciega con él? Lo amaba tanto y ahora pienso que no puede hacerme más daño del que me hizo con todos sus rechazos.

—Yo no he visto nada malo en ti y mucho menos una razón para rechazarte.

—Dudo que tú puedas ver el mal en alguien, eres extraño para ser un hombre, demasiado

bueno, demasiado perfecto.

Él se quedó callado e incitó a su caballo a acelerar el paso y le enseñó a Poppy como hacerlo con un gesto en las riendas y las piernas para que lo viera.

—No soy ni bueno, ni perfecto. Me he esforzado mucho para ser lo que ves hoy. De niño, como te dije, me gustaba la jardinería y era porque le temía a los caballos. No quería montarlos. Con la presión de ser el sucesor de mi padre accedí a todo lo que me impusieron con tranquilidad pese al miedo que me podían provocar. Mis padres no sabían qué cosas pasaban por mi mente. No creí conveniente que vieran mi debilidad, pero se reflejó en un carácter dócil. Te apuesto lo que puedas desear a que soy más dócil que cualquier avecilla del cielo —agregó alegre—. Me gusta la calma, aprendí a no temer a nada antes de probarlo, aunque en ocasiones prefiero no arriesgarme demasiado cuando puedo perder algo valioso.

—¿Y qué considera valioso un conde lleno de buenas prácticas e intenciones?

—La amistad de cierta dama, mis hermanos y por supuesto mi mente.

—¿La mente? —preguntó confundida—. ¿No querrás decir el corazón?

—No. Eso solo está para que vivamos. La mente controla los sentimientos. Elegimos a quien amar y a quien no hacerlo. Si dices que tu corazón está herido, en realidad es tu mente. Si sientes que tu corazón se agita o aprieta sin enfermedad aparente, es porque el dolor de la mente se refleja de manera asintomática en el cuerpo, culpando al inocente corazón de tener sentimientos. El verdadero corazón es la mente...

Deslumbrada por aquella pequeña y educativa explicación, quiso memorizar aquello como si de una información valiosa se tratara.

—¿Cómo lo haces? —increpó maravillada.

—¿Qué cosa?

—Ser tan inteligente...

—Tu eres inteligente al igual que yo.

—¡No es cierto!

—Hay diferentes inteligencias. Soy malo como el demonio para bailar, pero soy bueno para leer libros completos cuando me siento aburrido y soy capaz de comprenderlos. Tu eres capaz de discernir lo correcto de lo incorrecto con facilidad, tienes un ánimo benevolente y compasivo, pero...

—Me estaba gustando lo que predicabas hasta que dijiste la palabra mala... —rio musical.

—Pero dependes mucho de la impresión que tienen los demás de ti. Tienes el estigma de que eres un infortunio con piernas, pero es porque tú dejas que así sea. ¿Qué ocurriría cuando decidieras dejar de ser quien dicen que eres? ¿Alguien conoce a la muchacha que está aquí sobre el caballo, segura y sonriente? Sin dudas, el marqués de Dorset está preparando tu entierro y tu doncella sin dudas asistirá, porque no creen que seas capaz de superar tus barreras que ellos mismos te han impuesto por no creer en ti...

Bajó la mirada y en un arrebato sentimental le estrujó una mano.

—Nadie cree en mí, solo tú... —subió los ojos de donde escapó una lágrima de alegría por sus palabras.

Capítulo 23

Laurence practicó equitación con sus caballos y probó cuál de todos era más dócil para una dama. Angus era el más tranquilo y sosegado de todos, así que ese sería el elegido para que lady Poppy se montara en su lomo.

—Señoría... —lo interrumpió su mayordomo, mientras estaba ejercitándose con sus caballos —. En la sala se encuentra un hombre muy mayor que se hizo llamar Gary Burrell, barón Gwydyr...

—¿Hiciste que se sentara?

—Sí, señoría, y también a su comitiva de criados.

—Iré ahora mismo.

Bajó de caballo y caminó hacia la casa, sacándose los guantes nerviosamente. No podía creer que se hubiese presentado con tanta antelación a lo que él pensaba.

En su salón estaba un hombre de unos setenta años, encorvado y con un bastón. Su cabellera era blanca, sus ojos eran azules y su porte decía que no estaba contento. Al parecer era un viejo cascarrabias.

—Demasiada ostentación para estar en la ruina, señoría —asumió un poco grosero.

—Son reliquias familiares, no se me ocurriría venderlas para salir del apuro, milord.

—Eso veo... —asintió caminando con el bastón hacia las grandes pinturas que estaban—. Estos Montmorency no deberían estar aquí, supongo que es casa de los O'Dunne, ya me temo que estoy en Francia.

—Son parientes muy cercanos, aunque de ellos podría deshacerme si le molestan.

—No son de mi interés particular, no he venido a juzgar pese a lo tentado que me siento. ¿Podría proporcionarnos habitaciones? Como sabrá, soy un hombre viejo y enfermo, necesito de todos estos criados para mí atención, no seré una carga para los suyos.

—Por supuesto que todos tendrán sus aposentos.

—¿Tiene usted esposa o una prometida como mencioné en la carta? No veo aquí un solo vestigio de gusto femenino —señaló el lujoso salón.

—No tengo esposa, ni prometida, pero sí un prospecto interesante —agregó con las manos detrás de la espalda.

—Quiero escuchar sobre la muchacha —mandó, acomodándose en el sillón, haciéndole a sus criados un gesto para que desaparecieran.

—Lady Poppy es la hija del duque de Grafton y prima del marqués de Dorset... —comentó intranquilo al verlo fruncir el ceño.

—Grafton debe estar viejo y aún luchando por conseguir su heredero —se burló con una risa poco modesta, casi disfrutaba de su desgracia—. Es un buen partido. El padre no tiene hijos varones y de seguro dotará muy generosamente a su retoño.

El tono adusto que utilizaba su primo ante el origen de lady Poppy le causaba repulsión, parecía que se regodeaba en la desgracia del duque de Grafton por no tener un varón.

—Es un excelente partido sin dudas.

—Quiero conocerla lo antes posible.

—Estará aquí para montar. Hemos quedado hace unos días y entonces podrá conocerla.

—Es demasiado tiempo que yo no poseo, quiero conocerla hoy mismo —ordenó su primo.

—Entonces deberá acompañarme a una velada.

—Será un placer volver a los salones de Londres.

Por la noche, Poppy estaba ansiosa de encontrarse por una afortunada casualidad con su marqués. Tenía unos días sin verlo y aunque le dolieran las piernas por haber montado con Arthur, está dispuesta a bailar con él y también con su amigo.

Arthur llegó con su hermano Benedict y la madrastra de ambos. Le sonrió a todos al entrar y creyó que Arthur iría junto a ella, sin embargo, se desvió y fue junto a una muchacha de cabellos oscuros. ¿Qué estaba ocurriendo? En su pecho, sintió un poco de desazón al verlo tratarla de manera cortés.

—¿Quién es esa dama, señora Ross? —preguntó sin sacar sus ojos de ella.

—Es Annie Western, hija de un hacendado. No te hemos contado lo que hizo esa muchacha —rio Anette al recordarlo—. Ella fue quien golpeó a tu primo para casarse con él, pero en su apuro lo golpeó demasiado fuerte, y bien, está casado con Melissa.

—¡Es una sinvergüenza! ¿No querrá hacer lo mismo con Arthur?

—Creo que aprendió que es mejor conversar con un hombre antes que golpearlo. Admitamos que del conde a mi querido yerno, hay una distancia enorme que los separa en cuestión de temperamentos. El conde será más fácil de convencer, es muy dulce y sociable.

Ella no quería que aquella sinvergüenza timara a su amigo. Desaprobaba por completo a aquella dama. Arthur era demasiado bueno para alguien tan macabra y calculadora. Sin contar que él era muy dado a la idea del matrimonio y con su docilidad característica podrían engañarlo.

Seguía observando y vio como él se negaba a algo que le decía la joven y su madre incitaba. Alzó el pecho e iba a dirigirse para salvarlo de lo que fuera.

—Buenas noches, lady Poppy —saludó el marqués de Salisbury, presentándose ante ella y la señora Ross. El señor Ross hacía buen tiempo se había perdido muy probablemente para tomar un merecido descanso.

Al escuchar esa voz pareció alivianarse y dejó de observar a Arthur.

—Señoría, qué placer verlo —correspondió sonriente y luego miró a su lado al hombre muy mayor—. ¿Es su padre?

—No, milady. Soy Gary Burrell, barón Gwydyr...

Poppy se quedó viéndolo por unos minutos intentado comprender lo que significaba el nombre del caballero.

—¿Burrell? Yo soy Burrell —recordó, viéndolo a los ojos.

—Deben existir muchos Burrell, pero nosotros somos de un solo lugar.

El marqués y la señora Ross se quedaron un poco confundidos con lo que escuchaban. Era casi evidente que eran familia.

—Si me concede un poco de su tiempo, milady, le contaré cosas que es probable que ignore... —pidió el barón.

Dudó unos segundos, pero su curiosidad era muy grande. Estaba alejada de la familia de su madre desde que nació y tal vez ese caballero le diera respuestas.

—Sí —concedió y después miró al marqués—. Volveré junto a usted, señoría.

Poppy caminó sujeta del brazo del viejo barón que se movía sin mucho inconveniente con el bastón. Llegaron hasta un lugar más alejado del salón, donde para su tranquilidad había menos ruido.

—Después de veinte años, puedo conocerla. Solo puedo decirle que tiene muy poco de su padre y mucho más de su madre.

—¿Me parezco a ella? —preguntó con ansiedad.

—Los bucles son idénticos a los de ella, antes de casarse con el duque de Grafton. Después de eso no la volví a ver...

—¿Quién es usted?

—Soy su abuelo, lady Poppy, padre de su madre. Estuve buscándola por muchos años, pero su padre la llevó a Francia y estando enfermo le perdí el rastro.

—¡No sabía que tenía un abuelo! ¡No sabía que tenía más familia! —exclamó feliz y complacida—. ¡Quiero saber más, quiero saberlo todo!

—El carácter es en definitiva de su madre, nada tiene que ver con su despreciable padre. Después de que ella se casó no supe más de ella. Creí que se la entregaba a un buen hombre y que estaba asegurando su futuro. Poco me duró la felicidad de haberla dado. Supe que murió al parir a una niña a la que quise conocer, pero se me había negado esa posibilidad. Luego para mí llegó lo peor...

—¿Lo...peor?

—Su padre la dejó en una de las propiedades del marqués de Dorset en Bath, donde vivía su hermana, pero la había dejado muy enferma y abandonada. Fui hasta ahí para reclamar por la tenencia gracias al abandono, y aún así me lo negaron. Después su padre se la llevó a Francia y me amenazó... —recordó con tristeza—. Hoy, por coincidencias afortunadas, en el ocaso de mi vida, he tenido la oportunidad de verla antes del final. El marqués es un pariente lejano de mi linaje, y ahora sabiendo de su interés por mi nieta, sin dudas le dejaré lo que tengo. No he tenido una hija feliz, pero quizás tenga una nieta feliz...

Para Poppy, las revelaciones que le hizo ese hombre y la coincidencia dentro de la que se encontraban eran demasiadas para su corazón, y solo sumaba a su atribulado pensamiento sobre su padre que era más malo de lo que pensaba.

Sollozó por encontrarse en esa situación. No sabía que Inglaterra le mostraría la crueldad de su padre. No había hablado de más parientes. Solo Thomas, su tío y su tía eran familia.

—Pensé que este joven marqués, sería un completo fracaso, me ha hecho muy feliz. Es usted la oportunidad de enmendar mis errores. Me aseguraré de que el hombre de aquí la merezca...

—¿Puede disculparme un momento? Creo que algo se me metió en el ojo —rio y se alejó de él antes de perderse en el jardín. Se sentó en una piedra detrás unos arbustos. No quería que nadie la molestara. Necesitaba pensar en algo, comprender ese algo. Se sentía sobrecogida por todo lo que supo. Cada día era uno peor que el anterior, lastimaban más el amor hacia su padre, que por lo que todos decían no lo merecía y ella igual se lo otorgaba.

Capítulo 24

Entre el tumulto de las voces de su cabeza, sacó lo mejor: alguien la buscó para darle afecto. Cuán afortunada era de tener a alguien esperándola en algún lugar para brindarle lo que había esperado por tanto tiempo. Desvió los ojos hacia donde estuvo con el barón Gwydyr que resultó ser su familiar. El parentesco con el marqués de Salisbury era casi nulo y también muy poco le importaba, si el caballero que se identificó como su abuelo le dejaba su fortuna, eso era buena señal.

Se levantó de aquella triste y solitaria piedra y caminó de vuelta al salón. No había motivos para ir a rincón y lamentarse porque su padre era un hombre frío. Estaba rodeada de buenas personas en Londres y también del padre de su madre al que deseaba conocer más a fondo.

Qué le hubiera dicho que era parecida a su madre le dio una gran satisfacción. Llenó sus sentidos de algo desconocido que era identificarse con otra persona. Su padre no le había dicho cómo era su madre y si ella tenía algún parecido en particular. Él evitaba hablarle de todo lo que pudiera, intentaba cruzar la menor cantidad de palabras posibles para conservar su buen juicio.

Quería saber mucho más del barón Gwydyr y de su familia para encontrar algún punto donde converger con ella.

—¿Y milady? —preguntó el marqués al ver llegar solo al barón Gwydyr.

—Ha ido a pasear por el jardín un momento —contó el hombre—. Vaya, muchacho, no dada un chelín por usted, pero elegir a mi nieta ha sido lo mejor que pudo hacer y lo único que puedo decir es que lo hizo sin saber el parentesco que nos unía y que hasta que usted me dijo hija de quién era ella pude identificarla.

—¡¿Su nieta?! —exclamaron la señora Ross y Laurence, tan sorprendidos que no daban crédito a lo que escuchaban.

—Sí, la he estado buscando por mucho tiempo. Su padre no ha querido que la vea en estos veinte años. La razón es sencilla, cometí el error de ser un padre demasiado estricto. Eso llevó a mi hija a elegir al primero que se cruzó enfrente, sin ponerse a pensar si era lo mejor... Y no lo fue —lamentó el viejo barón—. Lady Poppy es lo que he estado buscando para corregir lo que queda de mi vida. Solo me dedicaré a su felicidad.

La señora Ross tenía el corazón en un puño. Comprendió a aquel hombre que se arrepintió de sus decisiones y quería enmendarse con Poppy. Aseguraba que con el apoyo de su abuelo podría conseguir elegir mejor y por sobre todo elegir su felicidad.

—¿Ella tomó a bien conocerlo, milord? —indagó la señora Ross.

—Pienso que sí —sonrió—. Usar de excusa algo que le cayó del techo era algo que su madre usaba con frecuencia. Aún así, marqués, le pido que vaya por ella. Los jardines siempre han sido peligrosos y creo que eso no ha cambiado con los años.

Laurence asintió y fue para buscar a lady Poppy. Mientras caminaba observó que Helen conversaba con otras damas, aunque su rostro denotaba ausencia.

Se quedó viéndola por unos instantes más hasta que levantó los ojos y vio como sus mejillas se ruborizaban. Él hizo una inclinación amistosa y sonrió. Ella le devolvió el gesto, nerviosa.

Aquella era la Helen que él había conocido en los salones. Siempre cauta y poco demostrativa.

Su sonrisa se desvaneció al recordar que todo entre ellos había acabado y él estaba en una

situación mucho más apretada que antes. Se llenaría los bolsillos a costa de una afortunada como desafortunada coincidencia. Estaba hasta el cuello para comprometerse con la que resultó ser nieta de su primo lejano.

La vida se empeñó en alejarlo de Helen. No solo la vida, sino el dinero. Tendría dinero a manos llenas, pero presentía que aunque le tomara cariño a Poppy, su corazón estaría por siempre comprometido con Helen.

Él iba distraído al jardín y Poppy volvía con la misma distracción. Sin mucho más que añadir, tuvieron un encontronazo que mandó a Poppy hacia el suelo. Se levantó como un resorte y sacudió sus prendas.

—¡Oh Dios, lo siento, lady Poppy! —se excusó presto a ayudarla.

Ella se carcajeó nerviosa.

—¡Todo está bien, aquí no pasó nada!

Por dentro moría de vergüenza. Andaba cazando mariposas en su cabeza mientras caminaba. Si continuaba de esa forma, mataría a alguien por accidente.

—Lo siento, lady Poppy. He venido por usted. El barón Gwydyr cree que los jardines son peligrosos.

—¡Por supuesto que lo son si yo estoy en ellos!

—No he dicho eso, milady.

—Usted no necesita decirlo, lo ha comprobado —dijo mientras lo tomaba del brazo para volver dentro del salón—. ¿El barón Gwydyr se queda en su casa?

—Sí, se está quedando conmigo.

—Iré mañana para compartir con él. Creo que le falta contarme cosas. Y usted, no olvide que debemos montar.

—No lo he olvidado. He estado probando los caballos para encontrar uno dócil para usted.

—Es muy amable, señoría.

—Me he entrado de su parentesco con el barón —comentó mientras la guiaba por el salón.

—Es increíble. ¿Sabe que me ha dicho que le hará su heredero?

—No creo merecerlo por esta coincidencia. Según comprendo de la carta que me envió, él vino para evaluarme como eventual heredero, sin embargo...

—Déjeme aconsejarle, señoría. Siempre me han dado consejos, pero yo no los he dado, aunque en esta ocasión lo haré. Mi consejo es: que aproveche esta afortunada coincidencia. ¿No cree que el destino lo hace merecedor de esto?

—Milady...

—¡Silencio! No quiero escuchar tonterías... Mañana estaré con ustedes...

Ella le dio un apretón cariñoso en el brazo y le sonrió afectuosa.

—Sin dudas será un día muy especial... —opinó colocándose frente a su abuelo.

—Los jardines son peligrosos, muchacha —dijo el barón con poca severidad.

—Como le dije al marqués: “Es peligroso si yo estoy en él”

—Una muchacha tan bonita como usted es un peligro para cualquier caballero, pero me siento confiado y seguro de que el marqués cuidará muy bien de ti. Ande, señoría, llévela a danzar un poco —ordenó el viejo—. Yo le haré compañía a tan amable señora.

Poppy miró con ansiedad a Laurence que asintió aceptando aquella orden.

Arthur pudo librarse de las adorables damas de la familia Western. La señorita Annie era muy amable, aunque su madre demasiado intensa.

Tan solo al llegar la señora lo había llamado en el momento exacto en que vio a Poppy. Quería invitarla a bailar, pero para su tristeza ella lo estaba haciendo con el marqués. Se acercó a

la señora Ross que estaba conversando con un hombre de edad avanzada.

—Buenas noches —saludó con una inclinación.

—Milord, qué gusto verlo. Poppy está bailando. Quédese a hacernos compañía —lo invitó la señora Ross con unos golpecitos en el brazo—. Le presentaré a alguien muy especial —señalo al hombre que la acompañaba—. Él es el barón Gwydyr que resultó ser el abuelo de lady Poppy, ¿No Cree en las coincidencias afortunadas?

Arthur hizo una reverencia al barón y este solo lo observaba estudiándolo meticulosamente. Parecía penetrarlo con esos ojos azules pálidos, mientras él recordaba ese título de la carta que el marqués le escribió a Helen. Había un parecido con Poppy. La frente era la más evidente, aunque el abuelo destellaba más intelectualidad que sentimientos.

—Es un placer. Soy el conde de Lincoln y he entablado una amistad con lady Poppy —pronunció sin dar mucho que pensar al viejo barón.

—Me alegra que esté rodeada de buenas personas, porque estoy seguro de que su padre no ha sido la mejor compañía... —mencionó con resentimiento en las últimas palabras —, pero eso se acabará porque podré asegurarme de que al menos la hija de mi hija irá bien casada y está vez irá con un buen caballero.

El barón, la señora Ross y Arthur miraron hacia donde Poppy bailaba sonriente con el marqués. Arthur comprendió lo que implícitamente dijo el viejo barón. El marqués de Salisbury convenció a la nieta y al abuelo de que era el mejor candidato, al menos eso pensó Arthur al ver la mirada afable que le dirigía a la pareja.

Poppy pisó solo en una oportunidad a Laurence que le concedió el mote de peligrosa también fuera de un jardín. Poco a poco conseguía que se desenvolviera con ella. Esperaba que pronto pudiera conseguir ser el objeto de su amor.

Laurence consintió cada acercamiento de Poppy con tranquilidad y gusto. Tenía mucho sentido del humor y le resultaba graciosa con sus muecas divertidas.

Llegaron sonrientes hasta las personas que los esperaban y sus rostros no dejaban de estar felices.

—Arthur, ¿Te han soltado? —aguijoneó la muchacha sujeta del brazo de Laurence.

—Sí, no soy bueno bailando con mucha gente —replicó sin perder de vista a la sonrisa que cargaba Poppy. Se veía radiante y feliz, y se arrepintió de no acceder al baile con la señorita Annie por invitarla a ella que estaba bien acompañada.

—Mañana iré a la residencia del marqués, milord —anunció Poppy, animada—. Quiero conversar mucho con usted y por supuesto hacer honor a la propuesta de disfrutar de un paseo con su señoría.

Ella giró media cabeza para ver la expresión de su acompañante que asintió ante su amenaza adorable que ella hizo.

Capítulo 25

Madeleine no podía creer lo que le contó lady Poppy sobre la oportuna aparición de su abuelo.

—Tengo un poco de cariño en la mira y no desaprovecharé la oportunidad de gozarlo —refirió sonriente mientras se arrojaba a la cama—. ¿Puedes creer que alguien me buscaba para quererme?

—Yo creo que quien la conoce, la adora, milady. Ha pasado conmigo y con cuanta gente la ha tratado desde que llegó aquí. En Francia eran más hostiles.

—Es probable. Mañana visitaremos al marqués para montar. Tienes la certeza de que no me mataré, Arthur me ha enseñado muy bien. Pienso que lo más dulce que me ha pasado aquí es él. No hay alma más buena y preocupada por los demás que ese joven.

—La mujer que lo tenga será afortunada —mencionó Madeleine con un triste suspiro porque esa mujer no era lady Poppy.

Poppy levantó su cabeza al escuchar esa afirmación que no se había puesto a pensar. Arthur en algún momento contraería matrimonio con alguna dama estirada de la sociedad, alguien que no estuviera a la altura de los sentimientos de alguien con su nobleza. Desde esa noche podía decir que tenía a Annie Western atorada en la garganta. Debía persuadirle de que aquella mujer no estaba ni cerca de ser la ideal para él.

—Temo por Arthur, creo que no hará una buena elección de esposa. Es muy inocente para el tipo de caballeros al que cualquier dama está acostumbrada. Pueden con tal facilidad engañarlo con falsas palabras. No creo poder soportarlo.

—Espero que usted no le ande dando consejos a milord, porque es la menos indicada para hablar de idiosincrasia y esas cosas —acusó Madeleine.

—Soy capaz de distinguir a una mala futura esposa, de una excelente futura esposa...

—¡Pero si usted no ha conseguido esposo y menos un buen pretendiente!

—El marqués de Salisbury es el hombre que he estado esperando y ya siento que estoy por alcanzar mi objetivo de que declare sus sentimientos a mí...

—Es hora de que duerma y sueñe en verdad —ordenó, moviendo las sábanas para que Poppy se metiera debajo y ella pudiera arroparla para dormir.

—No sé si podré dormir...

—Le traeré un té, milady, si es que lo desea. No querrá tener unas feas ojeras por desvelarse, supongo...

—¡Ya estoy dormida! —exclamó y cerró sus ojos juguetona.

Su doncella sopló la vela para que todo quedara a oscuras y pudiera conciliar el sueño aquella muchacha.

—¿Se ha dormido? —preguntó el señor Ross al ver salir a Madeleine de la habitación.

—No. Estará dos horas pensando antes de poder conciliar el sueño, señor Ross. Tal vez decirle que se verá fea con ojeras la ponga a dormir como a un gato.

—Yo ya no puedo dormir. Deberé dejar de dormir en las fiestas —negó el hombre con la cabeza—. ¿Aún irá a casa de ese pésimo varón?

—¿Pésimo varón?

—Para mí son todos pésimos —dijo el señor Ross con una sonrisa—. El único que me agrada

es el conde de Lincoln y me hubiera gustado que se casara con Melissa, pero es tonto ponerse a pensar en lo que no fue, solo quiero saber dónde estaba ese muchacho en aquellos días de soltería de mi Mel... —sonrió el señor y continuó su camino con la vela en la mano.

El señor Ross aún le parecía un gran misterio a Madeleine. La señora de la casa era una mujer común con preocupaciones comunes. Sin embargo, su esposo era excepcionalmente taciturno, pero mordaz. Se comportaba como una serpiente, mordía y luego se retiraba con lentitud. Lo que más le solía oír decir era sobre lo valiosa que era su preciosa Melissa, pero tenía sus razones. La marquesa se hacía querer. Era complaciente, educada y obediente con su padre. Además de que compartían gustos e intereses. Si bien el marqués no era objeto de sus afectos, era muy compasivo y tolerante con él.

La mañana aunque nublada y fresca, con muchas probabilidades de que se echaran varios chubascos, no impidió que fuera Poppy a la casa del marqués de Salisbury junto con Madeleine en el carruaje del señor Ross.

El barón Gwydyr estaba pensativo en el salón del joven marqués. Le pidió a sus lacayos que comenzaran a averiguar sobre el que sería su futuro heredero. Quería saber sobre sus hábitos actuales. Si estaba quebrado, vendiendo sus caballos como le había dicho, significaba que se arrepintió de sus pésimas decisiones del pasado.

Sus planes de estar en Londres habían cambiado al encontrar a Poppy. Tantos años pasaron desde que su padre hizo que perdiera el rastro de ella. Su idea de viajar era para permanecer cerca de Laurence y verlo comportarse, pero sabiendo que su nieta estaba entusiasmada con él, de ninguna manera la dejaría desprotegida y en manos de alguien que la haría desdichada.

Se aseguraría de que él fuera el hombre que ella esperaba que fuera y si tan solo encontraba un mancha en su historial desde que conoció a su nieta, lo desheredaría.

—Cuide que mi nieta no caiga, señoría —mencionó.

—Me estoy sintiendo presionado, milord. Lady Poppy es un mundo de accidentes desde que la conozco.

—Son las inseguridades que siente. Eso es lo único que podría hacerla tambalear. Para mí es tan encantadora como lo era su madre y yo no pude apreciar aquello solo hasta que no supe nada de ella. Quiero que sea sincero conmigo, señoría. Sé que el dinero es un aliciente para su interés hacia ella, sin embargo, espero que sus intenciones sean las de hacerla feliz a ella y de paso quedarse con el dinero...

—Es como dice, milord. Deseo lo mejor para lady Poppy y para mí también. Espero que hoy no llueva para que pueda montar conmigo —dijo educado para evitar que siguiera en otros asuntos como la dote de la muchacha o el dinero del abuelo. Estaba cansando del dinero, de sus deudas y de todo. Deseaba escribir a John y que mejor lo matara antes que enviarlo a prisión porque la libertad estaba en el origen del ser humano y eso no estaba en discusión para él. Solo deseaba tranquilidad.

Dejaron pasar a Poppy hasta el salón donde se encontraban el barón y el marqués. Ambos se levantaron y reverenciaron al verla aparecer con un vestido rosa pálido y azul, un pintoresco sombrero azul y un pluma extravagante en la cima.

Sin duda alguna pudo notar que Poppy no había pasado privaciones y el barón estaba contento por eso. El duque la había desatendido como padre, pero no como proveedor de una vestimenta digna de una joven casadera como ella, aunque al final de cuentas lo que Poppy hubiese querido valorar era el cariño de ese padre.

—Señoría, barón Gwydyr... —saludó contenta a los presentes—. Madeleine, él es el padre de mi madre.

—Soy la doncella de lady Poppy, milord —se presentó haciéndole una reverencia a él y luego al marqués.

—Veo que atiende bien a milady —halagó el hombre.

El pecho de Madeleine se inflaba como el de una paloma por recibir aquel halago. Pocos valoraban el esfuerzo que ella hacía para que luego de poco tiempo, lady Poppy lo echara todo a perder.

—¿Cree usted que esas nubes nos van a favorecer, lady Poppy? —indagó Laurence de manera cordial.

—No hay nube que ahogue mi espíritu aventuro, señoría —respondió acomodándose la falda con mucha seguridad.

—Vayan a pasear, cuando les tome el aguacero conversaremos —se despidió el barón, tomando asiento.

Laurence le ofreció el brazo a Poppy que lo tomó encantada. Madeleine solo giraba los ojos y el abuelo asentía conforme. Parecía que el marqués era lo que su nieta deseaba, aunque conocer al amigo de su nieta lo hizo dudar un poco. Laurence no observaba con vivacidad o exceso de interés a lady Poppy, sin embargo, el conde de Lincoln no podía evitar mirarla y sonreír. Quizás su nieta tuviera dos pretendientes a su afecto, pero ella decidió entregar su confianza y afecto a Laurence.

—¡Qué hermoso caballo! —expresó mirando al equino con felicidad—. Me recuerda a los chocolates franceses...

—Su nombre de hecho es Caramelo...

—Creo que le sienta mejor Chocolate.

—Agradezco su opinión, pero soy quisquilloso con los caballos. Todos mis caballos tienen nombre. Yo les enseño muchas cosas. Son lo que me apasiona y ponerles el nombre es lo principal para que aprendan —expuso acariciando al animal—. Es una lástima que tenga que venderlos.

—Pronto podrá incluso recuperarlos, no se sienta mal o culpable...

—Siempre seré culpable de perderlos. Soy un criador de caballos sin caballos...

La compasión se desparramaba por el corazón de Poppy. Veía cuánto amaba a sus caballos y no quería que los perdiera.

—Se los compro todos si gusta. No creo que sea un inconveniente para mí comprarlos. El problema sería donde tenerlos. Aunque Thomas es muy amable, y me prestará sus caballerizas sin dudas.

Él observó a Poppy y supo que sería imposible encontrar a una mujer tan generosa y desprendida como ella. La razón podía ser que tuviera tanto dinero que no sabía qué hacer con él, o que en realidad era la aristócrata más buena que existía. ¿Era su generosidad y bondad algo que lo haría enamorarse tal vez de ella?

—Aunque esas intenciones fueran ciertas, no podría aceptarlo.

—¡Y por qué no! —se quejó con efervescencia.

—Porque no sé si usted le dará buen uso a estos caballos...

—Bien, señoría, traiga al que será mi caballo y despejaré sus dudas. Después me cotizará sus caballos y verá que estarán en buenas manos —aseguró con las manos en la cintura.

Sabía que los caballos costaban una pequeña fortuna y que su padre estaba en Francia, pero su primo no se negaría a darle dinero, y si se negaba el señor Ross tan complaciente la respaldaría y si todo lo que pensaba llegara a fallar Arthur tenía dinero y también espacio en sus caballerizas.

Capítulo 26

De aquel momento en que el marqués amablemente desde el suelo; después que ella por un mínimo error ayudara a que su caballo lo lanzara unos metros por el aire, se hubo negado a venderle uno solo de sus caballos porque “tenía un criador de caballos muy interesado en ellos” pasaron casi dos meses.

Lo visitó en dos ocasiones en una semana para asegurarse de que sus lesiones fueran de poco cuidado. El marqués no la había despachado después de que lo hiriera de esa forma tan torpe, al contrario, se mostraba mucho más amable, interesado y complaciente. Ella solo esperaba que se comprometieran a la brevedad.

Su abuelo, el barón Gwydyr prefirió mudarse a una residencia de alquiler, pues no tenía una residencia fija en Londres y ahí ella lo visitaba con constancia. Mandó traer de sus propiedades algunas cosas que pertenecieron a su madre y ella podía verse reflejada en muchos de esos objetos.

Él la llamaba Poppy cariñosamente y ella le decía abuelo, pero cuando salía su parte del otro lado de la familia lo llamaba barón.

Por otro lado pasaba mucho tiempo con Arthur y Anne, quienes invitaron a la familia Ross para ir a una de sus propiedades no muy lejanas a Londres. Sabía que Arthur seguía viendo a la señorita Annie Western en los eventos sociales y era su predilecta para acompañar, mientras a ella no le dedicaba demasiado tiempo porque ella tampoco le daba del suyo a él. El marqués era de su predilección en todo. Le concedía sus primeros bailes, su cortesía y su tiempo, simplemente lo adoraba y la hacía sentirse especial con sus atenciones y sonrisa.

Sentirse feliz por lo que le ocurría de manera particular, la hacía compartir aún más su felicidad accediendo a ser enseñada por Arthur en el arte de la arquería.

—Supongo que ese animal de ahí sí es un perro... —señaló mientras iba del brazo de Arthur al que compartía con su hermana al caminar por el campo.

—Sí, es un mastín —concedió Arthur.

—Aquella sombra está maravillosa, voy a leer ahí —se despidió Anne que tenía su libro en la mano.

—Cuidado con Benedict. Debe estar en un árbol esperando asustarte —le recordó su hermano.

—Espero que lo haga, hoy vine preparada... —dijo mostrándole una aguja de bordar—. Se la clavaré sin miramientos.

—No se me había ocurrido algo tan peligroso —opinó Poppy, pensando—. En Francia pudieron haberme matado con eso si a alguien se le ocurría.

—No digas eso y no hagas caso ni imites a Anne, es muy decidida, casi siento que puede volverse un problema en el futuro. ¿Quién querrá casarse con alguien que mató a su hermano con un alfiler?

—Creo que su belleza e inteligencia en definitiva jugarán un papel importante y una buena dote es elemental.

—¿Algo así como tu dote?

—Eso es suficiente para atraer a cuánto se desea, pero opino que mi padre una vez más me ha dejado sorprendida. Creí que ya no podría demostrarme que no me quería, ¡Y me equivoqué!

Sé que nunca me ha querido.

—Pero el resto te adora. Sé que el cariño familiar es importante, pero podrías tomar en cuenta el cariño que recibes en constancia con los que te rodean.

—Es cierto, y el barón Gwydyr es adorable aunque un poco rígido. Me ha dicho que quiere que me eduque correctamente porque no puedo estar accidentando a nadie y menos a su heredero...

—La fusta en tu mano es solo para tu caballo...

—¡Pero si había una abeja en la pierna del caballo del marqués!

—Le hubiera dolido menos la picadura que la caída que me comentó Madeleine.

Poppy se sonrojó al recordar la vergüenza que había pasado en aquel lugar. El señor Ross no la había reprendido, solo le dijo: «Agradece que no hayas visto la abeja en tu caballo»

—Lo comprendo. Creo que por eso está tardando la propuesta del marqués para casarnos...

Arthur le sonrió y señaló hacia donde estaba el blanco, el arco y las flechas.

—Aquí no mataremos a nadie —alegó Arthur tomando su arco para mostrarle a Poppy cómo tomarlo—. Primero observa cómo lo hago y luego preguntas...

Ella asintió y lo vio acertar al blanco. No pudo evitar aplaudir su habilidad, estaba encantada de ver tanta exactitud.

—¿Cómo lo puedo hacer yo?

—Con cuidado, es el único requisito —se chasqueó de Poppy que colocó sus manos en la cintura con molestia y alargó los labios demostrando su enojo.

—Hoy se ha desayunado un vaso de simpatía, milord...

—Y usted el de antipatía, milady. Coloca la muñequera para proteger tu brazo. Si mal no me he fijado tu ojo dominante es el derecho. Tomarás el arco con la izquierda y la flecha con la derecha. Tu cuerpo debe estar de manera perpendicular al objetivo y tus pies en perpendicular vertical con tus hombros...

Se quedó muda sin comprender nada. Entonces él le mostró con el ejemplo y fue colocándola después de la manera correcta. Tomó sus hombros y miró sus pies y los hizo coincidir.

—Qué fácil. Lo hubiéramos hecho así antes de que me confundieras.

Arthur levantó una ceja y negó con la cabeza. Echó un suspiro sonoro y le dio el arco y la flecha.

—Vamos, es fácil, tú lo dijiste...

Altanera y engreída, intentó poner la flecha en el reposa flechas y luego enganchar la cuerda en el culatín. La flecha se le caía a cada instante. Era inútil, no podía hacerlo.

—¡No puedo hacerlo! —masculló molesta.

—¿Ahora dejarás que continúe?

—No me queda de otra, supongo...

—No. La manera correcta de hacerlo... —dijo colocándose detrás de ella—. Es inclinando el arco hacia el suelo para cargar la flecha.

—¿Y ahora qué viene? —preguntó después de hacer lo que él le dijo, por supuesto, con su ayuda.

—Llevarás la cuerda a tu punto de anclaje, pueden ser tu mejilla o la comisura de tus labios.

—¿Y luego? —curioseó sonriente.

—Y luego... sueltas la flecha.

Arthur la ayudó a tomar el impulso, mientras Poppy con su ojo dominante buscaba el blanco. Soltó la flecha y aunque no dio en el blanco estuvo muy cerca.

—¡¿Lo viste, Arthur?! —exclamó presa de una inmensa satisfacción por no haberlo hecho

tan mal. Se colgó del cuello de Arthur quien no sabía si apretarla contra sí o darle unas palmadas calmadas en la espalda. Opto por lo correcto: las palmadas

—Eres una excelente aprendiz, aunque con complejo de maestra...

—¡Quiero más!

—Es todo tuyo... —dijo mostrándole todo con los brazos extendidos.

Arthur se sentó en la hierba para observarla. Ella le sonreía en cada instancia que llevaba a cabo con el arco. Se la veía satisfecha y feliz. Quizás aquel fuera el momento de comentarle que de cierta manera la dejaría ir de sus pensamientos.

Poppy estaba con el ojo en el blanco, se sentía muy segura de que acertaría en esa ocasión.

—¿Qué opinas de que corteje a la señorita Western? —indagó él viendo que iba a tirar.

Soltó la flecha que fue sin rumbo. No podía creer lo que escuchaba.

—¿Cortejar a esa dama?

—Sí, es agradable...

—¿Y qué puede ser agradable de ella? —increpó grosera.

—Es bonita, también tiene un agradable aroma de jazmines, es de buena familia y tiene buena conversación.

—Esa no es una dama, es una culebra perfumada.

Él se echó por completo en el césped sin soportar el ataque de risa que lo tenía casi sin aliento. A ella no le hacía mucha gracia que él estuviera riéndose. Sus brazos en la cintura, eran solo el principio de un largo reclamo para él.

—No le veo la diversión por ningún lugar...

—Eres en extremo divertida, no me lo puedo creer. Pensé que no tendrías reparos contra ella, como yo no los tengo con tu marqués.

—¡Pero mi marqués no ha golpeado a nadie para conquistar!

—¿Y tú no has golpeado para conquistar?

—¡No ha sido con intención! —se quejó airosa.

—Lo sé. Siéntate aquí, Poppy... —pidió acariciando el césped.

De mala gana bajó y tomó asiento.

—Me gusta el perfume de la señorita Western, solo su madre me hace desconfiar un poco —sonrió al contarlo.

—Debe ser una mujer codiciosa.

—Es probable.

—Tal vez debas seguir buscando a una dama especial.

—No creo que exista otra dama especial como la que he conocido —dijo mirándola fijamente, pero ella no estaba ni cerca de darse por aludida.

—Bien... —se levantó presta para huir—. Iré junto a tu hermana, quisiera algo de lectura.

No le dedicó una sola mirada, solo quería irse y no escuchar que aquella sinvergüenza era una dama especial.

Una vez que volvieron a Londres, ella no podía dirigirle una palabra a Arthur porque se sentía traicionada y engañada por las virtudes de él. Pensó que sería más inteligente para no caer en las tonterías de aquella furcia.

—Ven, Poppy, vamos a bordar —mandó la señora Ross.

Enfurruñada tomó una de las telas que le ofreció la dama y se sentó como si le pesara el cuerpo.

—Voy a bordar y me aseguraré de bordar mi boca —espetó furiosa.

—¿Qué te sucede, Poppy?

—Me sucede que Annie Western está consiguiendo a un tonto de manera tan irrisoria porque él es casi un regalado con todas esas sonrisitas y amabilidades ridículas, ¿Por qué la gente mala consigue partidos tan buenos?

—Oh, querida, no encontraremos a eso una explicación. Deberías alegrarte de que Arthur esté buscando una esposa. Sabemos que podrías estar molesta por lo que significa...

—¡Y qué se supone que significa!

—Tener que compartir su tiempo. Quizás él se dedique a cortejarla más a menudo e ir dejándote de lado a ti por ella —auguró la señora Ross con una creciente malicia en el rostro al ver que Poppy se colocaba cenicienta—. Porque es probable que ella le dé herederos y no tú. Está en tiempo de encontrar a una dama y será afortunada porque es perfecto.

La boca de Poppy hizo un mohín de tristeza que era muy evidente hasta para el señor Ross que estaba sentado leyendo un libro.

—Iré por Madeleine a la cocina, creo que debo comer algo... —dijo levantándose del sillón con amabas manos sobándose el estómago. No podía pensar en perder la amistad de Arthur por culpa de esa malintencionada mujer.

—¿Hasta dónde llega tu maldad, Anette?

—¿Desde cuándo la verdad se confunde con maldad, Cédric? —replicó mordaz.

Un visitante inesperado se hizo presente en la casa de los Ross. Los señores lo reconocieron, era el marqués de Salisbury.

Tenía su sombrero en la mano y una expresión amable en su rostro.

—Bienvenido, señoría —saludó el señor Ross.

—Gracias, espero que no sea muy tarde para visitar a milady...

—¡Por supuesto que no! Voy por ella, siéntese por favor... —pidió amable la dueña de casa.

La señora Ross se retiró con tranquilidad, una vez que la perdieron de vista, corrió hacia la cocina y estiró a Poppy que estaba comiendo una manzana junto a la servidumbre.

—¡Escupe eso, tienes visita! —anunció la señora alisando el vestido de Poppy.

—¿Quién?

—Tu marqués...

Ella escupió el trozo de manzana que tenía en su boca.

—¡Huelo a manzana!

—Es mejor que oler a caballo, vete —ordenó.

Poppy después de saciar el molesto dolor de estómago que le dio la señora Ross con su comentario, se quedó a conversar con la servidumbre que no era capaz de comentar asuntos particulares sin consentimiento.

Caminó un poco apresurada y antes de llegar al salón hizo lo mismo que la señora Ross, pero de paso se olió el aliento. La manzana era muy fuerte. Arregló su cabello, su escote y sus mangas antes de hacer su aparición.

El marqués al verla entrar se levantó para saludarla.

—Milady... —se inclinó ante ella.

—Señoría, qué placer verlo... —dijo dándole la mano para que la besara.

—Ayer vine, pero ustedes no se encontraban. Me dijo la doncella que habían ido con el conde de Lincoln.

—Sí. Tenemos una buena amistad con ellos.

—Es agradable saberlo. Me agradaría salir a caminar al jardín o al parque, si gusta.

—Soy muy ansiosa así que iremos al jardín, el parque está muy lejos —sonrió después de decirlo.

El señor Ross se sentía un poco avergonzado. Su esposa muchas veces le dijo que eso no debía decir, pero ella al parecer era sorda por momentos o escuchaba a conveniencia.

Poppy tomó del brazo a Laurence. Sentía que estaba cerca el día en que le declarara su afecto.

—Es un bonito jardín. Estoy seguro de que usted lo continúa arreglando.

—En realidad me han prohibido la entrada, pero pronto se le pasará el enojo a la señora Ross...

—Oh, comprendo...

—Siéntese...

Laurence parecía nervioso y disperso. Intentaba ser seguro, pues lo meditó bastante después de sobrevivir a la caída del caballo.

—Lady Poppy, supongo que sabe a qué vengo.

—¿De visita?

—Por supuesto —declaró acrecentando sus nervios —, también a eso he venido, aunque la razón principal es pedirla en matrimonio, ¿Estaría dispuesta a casarse conmigo, lady Poppy?

¿Dispuesta? Ella no estaba dispuesta, estaba presta a hacerlo, pero quería oír lo que siempre deseó.

—Lo aceptaré después de que escuche de sus labios que soy poseedora de su afecto más sincero...

Olvidó aquello que debía decirle a lady Poppy. Sabía que no sería infeliz, viviría quizás un poco golpeado, pero estaba muy acostumbrado a vivir con los golpes de la vida y de sus acreedores. Tomó la decisión después de haber pasado toda la tarde frente a la residencia del conde de Lincoln para ver a Helen, sin embargo, ella lo despachó diciéndole que había conseguido un hombre mejor que él. Tenía el corazón destrozado y eso lo impulsó a tomar una decisión que había aplazado esperando un milagro que no llegaría.

—Es usted la dueña de mis afectos, milady... —declaró, acercándose a los labios de ella para asegurar que ella le creyera. Podía escuchar sus palabras, pero no podía entrar en su corazón y ver que se encontraba como su título: en la ruina.

Capítulo 27

Estaba encantada de ser besada. Podía dejar atrás la sombra del pasado de haber besado a su primo mientras dormía. El beso fue tímido y corto por parte del marqués que le entregó una sonrisa calmada y un tanto insegura.

—No sabe lo feliz que me hace al decirme que me quiere. Es algo que esperaba desde hace un tiempo y casi llegué a pensar que no llegaría este día... —confesó colocando su mano sobre la de él—. Puede confiar en que todas sus preocupaciones acabarán y alcanzará la felicidad. El barón y yo nos encargaremos de todo.

En lugar de animarlo, eso lo hizo sentirse impotente. Le agradaba lady Poppy, sin embargo, sintió que lo había comprando por sus necesidades y desesperación. Podría acostumbrarse a la situación, pero le llevaría tiempo. Primero debía desviar sus pensamientos de que Helen no lo quería y concentrar sus atenciones en quien lo esperaba con anhelo y afecto. Le tenía cariño a la torpeza y sinceridad de Poppy. En ocasiones esperaba verla para hacerlo olvidar de todo lo que estaba aquejándolo. Perdió todo lo que quería por nada. A sus caballos, sus propiedades, su honor, sus pocas amistades, y también a Helen. Poppy era ideal para empezar una nueva vida con mejores cosas por delante.

Sus tonterías de juventud eran muy crueles. Sus arcas vacías eran testigo de su decadencia y desesperación.

—Siempre le estaré agradecido por su apoyo, lady Poppy, y por confiar en mí, aunque no lo merezca.

—Deje la modestia, debemos contarle a todos que estamos comprometidos y no se preocupe que no le voy a pedir nada por nuestro compromiso...

—No he vendido el anillo familiar... —dijo sonriente mostrándole un diamante rodeado de berilos verdes—. Todas las marquesas los han portado y usted no será la excepción...

Le colocó el elegante, pero austero anillo y ella pudo sentir que todo se hacía realidad. Tenía el prometido que soñó desde siempre, alguien que le declarara su amor.

—¡Es hermoso! Muero por mostrárselo a la señora Ross, a Melissa, Morgana, Anne y por supuesto que a lady Helen que es una buena amiga —contó mientras se levantaba para ir corriendo hacia la casa de los Ross.

Más lento se levantó Laurence que no intentó darle alcance a la muchacha porque era imposible hacerlo, tenía demasiadas energías. Sabía que sus a su lado serían una carrera.

—¡Señora Ross, señor Ross, Madeleine, Erin! —exclamó entrando como tromba al salón.

La señora Ross fue la primera en acercarse y ver que le mostraba el anillo en el dedo.

—¿Es lo que creo?

—¡Es lo que deseo! —la corrigió.

—¡Mis felicitaciones, querida Poppy, lo has conseguido! —la abrazó la señora Ross.

Madeleine y Erin la alcanzaron después y miraron el anillo en el dedo de Poppy que lo portaba con orgullo.

El marqués apareció después con las manos detrás de la espalda, viendo como rodeaban a Poppy aquellas mujeres.

Madeleine estaba tan disconforme que tuvo que fingir una sonrisa y una alegría que no sentía porque adoraba a su lady, pero estaba segura de que cometía un error.

El señor Ross hastiado de tanto barullo en su salón, se acercó a Poppy y le colocó una mano en el brazo.

—Algo que he aprendido del matrimonio de mis hijas es que me dolió verlas ir, y me dolerá también verte partir a ti, querida Poppy. Después que te pase la emoción, ve a charlar conmigo a la biblioteca.

—¡Lo haré sin dudas! —dijo abrazándose al pecho del señor Ross, que sonrió y le devolvió el abrazo.

—Te esperaré, pequeña...

Ella lo dejó ir y se dispuso a seguir presumiendo de su nueva joya. Después de que se fuera el marqués iría a casa de Arthur que estaría contento de ver ese anillo o tal vez primero fuera con su abuelo y además de todo, se tomaría la molestia de escribirle a su padre para que supiera por su puño y letra que se iba a casar y que pronto ya no sería un problema en su vida ni en la de su heredero en camino.

Laurence tuvo que quedarse a conversar con las mujeres de esa casa. La señora Ross no dejaba de hacer preguntas y Poppy no paraba de responderlas por él. Planeó la mejor forma de escapar de aquel momento y volver a la tranquilidad de su hogar, al menos se iba sabiendo que no iría a parar a la prisión de deudores y que John tendría muy pronto su dinero. Una vez que se corriera la voz del matrimonio, todo estaría bien.

Poppy tuvo un itinerario muy largo aquella tarde porque su abuelo le pidió que se quedara a cenar y no puedo comunicar a Thomas sobre su matrimonio, era demasiado tarde, solo pudo volver a casa de la familia Ross para escribir su carta.

—¿Está segura de que desea escribirle a su padre? —preguntó Madeleine, bostezando desde la cama de Poppy.

—Sí, verá la verdadera cortesía que tiene una persona al comunicar un acontecimiento importante. No seré grosera como fue él al contárselo a Thomas, dejándome fuera de toda comunicación.

Tenía dudas de cómo empezar su carta, si con “Querido padre” o con “Su excelencia”

Su excelencia, el duque de Grafton.

Sin ninguna intención de incomodarle, quería comentarle que todos sus problemas se han acabado, estoy comprometida. No ha sido una elección de Thomas, ni de nadie, yo lo he escogido y él me escogió. No aceptaría a un pretendiente que se pareciera a alguno de los que usted me ha presentado. Todos eran lo mismo: ricos, poderosos, educados, pero eran sus elegidos y no los míos. Mis deseos y mis afectos me han llevado a escoger a un hombre sin dinero, pero como usted me lo sugirió en su momento, un quebrado es una opción.

Aprovecho la oportunidad para solicitar la dote que tan generosamente me ha otorgado, y también contarle que he encontrado a mi abuelo de quien usted me ha separado por los sentimientos más ruines que un hombre puede albergar en su corazón. No se preocupe que aquí en Londres he encontrado lo que siempre busqué: el afecto sincero de la gente. Me han querido como a una hija en casa ajena y Thomas es como un hermano preocupado por mí.

Le deseo felicidad por el matrimonio que poco dignamente ha escondido de mí como si fuera que mereciera no saberlo y solo puedo decirle que no me interesa que no me lo dijera. De corazón deseo que por fin tenga al varón que siempre deseó y que yo no fui porque Dios no lo quiso así.

Poppy.

Dejó que la tinta se secara en el papel. Esperaba que aquellas fueran las palabras adecuadas para su padre. Quería que supiera que no necesitaba de su afecto porque tenía suficiente. No

volvería a mendigar lo que debieron darle desde siempre.

Después de que observara la carta muy triste, colocó una sonrisa para que la viera Madeleine.

—Mañana saldremos mucho. Usa tus zapatos más cómodos. Pienso en ir a lo de Thomas, luego a lo Arthur para tomar el té. Quiero que los sepan por mí y no por un periódico triste y sin alma.

—Creo que a ellos les gustará saberlo por la vía triste y sin alma, en especial su primo.

—¡Qué poca fe para Thomas! —reclamó—. Él adora mi efusividad, lo he visto en su rostro.

—No es así. El marqués se aterroriza al pensar que se pondrá cariñosa con él...

Se metió bajo las sábanas y se tapó la cabeza.

—Buenas noches, Madeleine —la despidió.

—Qué duerma bien, aunque yo no podré hacerlo...

Escuchó que la puerta se cerró y sacó su cabeza de bajo las sábanas. Su cabello estaba enmarañado, había perdido la gracia de sus delineados bucles. Estaba cansada, no así sueño. No podía dormir sin pensar en lo ocurrido. Estaba comprometida. Lo había soñado de seguro más que cualquier otra dama y más que fuera por amor. Ella tendría un futuro distinto al de su madre y al de ella misma.

Se durmió una vez que el sol comenzó a salir. Su mente estaba abarrotada de pensamientos y sueños que tenía que canalizar. La diferencia entre lo que había sido y lo que era, lo hacía el compromiso.

Al bajar para desayunar no hizo falta que fuera para ver a Thomas, él estaba sentado en el gran salón con Melissa, la señora Ross y su esposo.

—¡Thomas! —expresó corriendo hacia él. Lo asfixió sin mucha resistencia y se alejó un poco para ver su rostro—. Estaba por salir a tu casa.

—¿Quién te ha autorizado a comprometerte?

—¡¿No te alegrarás por mí?!

—Lo único que podría ponerme alegre es que hablarás conmigo primero antes de hacer tonterías.

—Yo decido con quién casarme.

—Soy la autoridad si tu padre no está aquí, Poppy.

—Thomas, no hagas corajes... —pidió Melissa, acariciando su vientre.

—¿Corajes? No sé de qué hablas, es solo enojo, mucho enojo.

—Pensé que estarías contento conmigo. No seré una carga para nadie más, ¿Lo entiendes?

—No eres una molestia... —dijo más calmado.

—¿Y por qué estoy aquí y no en tu casa? Hiciste lo mismo que mi padre... —mencionó con tristeza—. Y ahora crees que tienes un poco de derecho de decir lo que puedo o no hacer. Estoy feliz y no quiero que nadie me diga que no puedo serlo. Fue suficiente esperar a tener un poco de afecto. Sé que me quieres como a tu hermana y no sabes cómo demostrarlo. Debes solo aceptar que la tonta se va a casar con quien ella eligió, no con quién todos ustedes desearon casarme —abrió los brazos hacia ellos y sonrió—. Arthur y yo somos amigos porque lo hemos decidido así, no ha sido como ustedes quisieron, no pueden obligar su cariño o el mío para que seamos diferentes.

—Poppy, lo siento. No quisiera que tuvieras esa percepción de mí. Quise acogerte en mi casa, pero no tengo idea de cómo lidiar con una muchacha casamentera de espíritu libre como tú. Creímos que los señores Ross podrían hacerlo mejor que nosotros que estamos formando una familia. Lo han hecho de manera excelente pese a no ser lo que deseaba para ti...

—Supongo que comprende mis sentimientos, señoría —refirió con sorna el señor Ross.

—¡Padre! —replicó Melissa.

—Déjalo, igual que yo, hay algo que tu padre no puede hacer y eso es cambiar lo que ocurre. Debemos resignarnos...

—¡Bien, supongo que es un acto de felicidad voluntario! —expuso Poppy, aprovechando las indirectas que se echaban su primo y el señor Ross.

Tras una mañana muy tensa, viendo la mirada verde y escrutadora de su primo, salió con Madeleine para ir a tomar el té en casa de Arthur.

Al llegar ahí, le dijeron que Arthur estaba en su inmensa biblioteca, fue para abrir la puerta, pero le fue muy difícil porque estaba trabada con algo. Con fuerza empujó y vio que los libros no estaban en la estantería estaban en el suelo y Arthur con su camisa hasta los codos y en una pose relajada iba sacando lo libros de sus lugares.

—¿Qué estás haciendo, Arthur? —cuestionó Poppy, entrando con Madeleine detrás.

—¡Poppy! —exclamó feliz de verla—. estoy ordenando. Mira, aquí estoy anotando los nombres de los libros para inventariarlos y luego ordenarlos mejor. No me agrada como están.

—¿Por qué no lo hacen tus criados?

—Es un capricho mío, no tiene la servidumbre porqué pagar por eso...

—Te ayudaré... —se ofreció, subiendo a una silla para tomar los libros.

Él la dejó hacer y disfrutó de su silenciosa y sonriente compañía. Quería saber la razón de su visita, aunque eso podía esperar. Ella tenía algo diferente y el anillo que vio en su dedo cuando le pasó un libro fue lo que le indicó lo que era.

—Te ha propuesto matrimonio, ¿No es así?

—Sí, mira mi anillo... —se lo enseñó con alegría.

—Es uno de los más bonitos que he visto. A Anne le gustara y supongo que también a Helen. Estarán muy contentas por tu compromiso, ¿Qué te parece si Madeleine va a pedir un té y tú buscas a las damas?

—¡Es una excelente idea! Te espero en el té... —aceptó acariciándole un brazo.

Arthur levantó una mano para despedirla y una vez que se hubo ido, se sentó pensativo entre sus libros. No albergaba más esperanzas de que ella lo viera de manera diferente, no lo haría jamás porque él era solo su amigo y nada más.

En el té, Anne fingió su alegría y Helen se disculpó porque había quedado con la modista, al menos esa fue su excusa, momento en que Arthur salió de su habitación con una ropa más elegante para el té. La vio muy afectada al entrar en su habitación.

Como conde de Lincoln él no tomó su lugar en la habitación que había sido de su padre porque estaba con la puerta de comunicación a la habitación de Helen, pero en esa ocasión entró para escuchar como Helen lloraba incesante y luego se calmaba hasta que la escuchó moverse hacia la puerta para salir. Él también salió de la habitación de su padre y pasó con tranquilidad frente a la habitación de Helen que estaba abriendo la puerta.

—¿Tomará el té con Poppy? —preguntó.

—He quedado con la modista y me he disculpado con ella. Tal vez la invite después...

Al salir de la casa, Helen se perdió en la transitada calle pensando en qué hacer con su vida desde ese momento.

Capítulo 28

Helen escapó de su casa y lloró con vehemencia al saber que Laurence se casaría con quién ella escogió que lo hiciera. Poppy era maravillosa, él se llevaría a una mujer especial y muy agradable, no podía desear más para él que eso que tendría.

Llegó a la casa de Laurence y dudó si entrar o no. Miró a todos los costados de la calle, pues daría qué hablar si varias personas la veían. Tocó la puerta y sin que le preguntaran nada, pasó adentro.

—Disculpe la intromisión, no quería ser vista tocando la puerta... —se excusó rápidamente.

—¿En qué puedo ayudarla, milady? —indagó el sorprendido mayordomo al ver a esa dama a la que nunca había visto y que se metió a la casa como una tromba.

—¿Se encuentra el marqués? Tengo interés en sus caballos...

—Está en su despacho. ¿A quién anuncio?

—A lady Helen Chastain, por favor...

—Tome asiento, milady.

Uno de los empleados que el barón tenía había quedado para vigilar las andanzas del marqués. Después de enterarse de que el hombre tuvo una estrecha relación con la que era madrastra del amigo de Poppy, sus dudas se dispararon con respecto a él y desconfiaba de sus acciones y de que las mismas pudieran herir a Poppy. El hombre que vigilaba la vivienda no dudó en ir con la información a la residencia de alquiler del barón Gwydyr.

—Señoría, en el salón está una dama que dice estar interesada en sus caballos. Su nombre es lady Helen Chastain.

Laurence soltó la pluma con la que escribía una carta comercial. Estaba sorprendido y a la vez enojado por la visita de ella. ¿A qué fue? ¿A deleitarse en su dolor?

—No quiero que nadie me moleste cuando esté con la dama —ordenó levantándose para acudir hasta su salón.

Al ingresar a la estancia de su casa, ella estaba observando las pinturas de la pared. Como la caracterizaba, Helen estaba elegante con un vestido granate con encajes y un sombrero a juego mientras giraba su ridículo en la mano.

—¿A qué ha venido, lady Helen? ¿Acaso olvidó hundir algo más en mi pecho?

Helen negó con la cabeza y se secó unas lágrimas con la parte posterior de la mano.

—No —alcanzó a decir intentando que su voz saliera—. Vine para darte mis felicitaciones por tu compromiso, has hecho lo correcto.

Él dejó escapar una risa burlona y se masajeó los costados de la cabeza.

—¿Es esto una burla cruel de tu parte? No te creí tan mala, Helen.

—No me juzgues de esa forma. Lady Poppy tiene lo que necesitas para ser feliz. Es buena y tiene dinero. Eres muy afortunado —dijo temblando.

—No dudo que lady Poppy sea lo que dices y tampoco dudo que se gane mi amor porque es fácil encariñarse con alguien tan inocente y desprendida, por supuesto, nada de lo que tú eres. Le entregué mi amor, mi tiempo y mis pensamientos a una mujer que decía querer lo mejor para mí, pero lo único que hizo fue lastimarme con sus palabras.

—¡Te mentí, no puedo soportar que me trates así, Laurence! —reprochó.

—Sé dónde mentiste... En que era el único para ti —alegó con la mirada entristecida hacia

ella.

—Si yo no te decía eso, no le hubieras pedido matrimonio a ella. Tu situación no puede esperar más. Estás vendiendo tus valiosos caballos y sé cuánto los amas. Tenía que mentir para ayudarte.

—Estoy cansado, Helen. Prefiero perderlo todo, pero permanecer a tu lado.

—¡Yo no tengo nada que aportar para ti! Nunca tuve nada. Mi familia se arruinó, mi padre murió en la bebida y mi madre vendiendo su cuerpo por mí, ¡Temo a eso, Laurence! —expresó destrozada—. Puedo sacrificar mis sentimientos para que tú no vayas a la prisión. Ese es mi amor por ti, saberte feliz será mi felicidad...

Él se acercó y abrazó a Helen. No quería soltarla, no quería dejarla ir.

—No debiste hacerlo...

—Las condiciones del barón favorecen a su nieta y a ti, no a mí. Sé feliz, te lo ruego, Laurence...

—Voy a vender todos mis caballos y ver qué hacer. Conozco gente que fue al otro lado del mar, en las colonias...

—No pienses en eso, aquí lo tienes todo a tu favor...

La puerta de la residencia de Laurence fue golpeada con mucha violencia y con insistencia. El mayordomo miró a su patrón para saber si abría o no.

Laurence pensó que podía ser John por la violencia que utilizaba y su mayordomo estaba acostumbrado a lidiar con sus acreedores por lo que autorizó a que abriera la puerta.

La sorpresa de ver al barón Gwydyr agitado y caminando apresurado con su bastón lo decía todo.

—¡Sabía que lo iba a pescar, sinvergüenza! —lo acusó el barón con su bastón—. ¡Se comprometió con Poppy ayer, y hoy está festejando con su amante!

El barón intentó tomar a Helen del brazo, pero Laurence se lo impidió.

—No la toque, milord, porque no responderé de mí...

—¿Sabe que lo desheredaré por engañar a mi nieta?

—¡No, por favor, milord! —rogó Helen—. Él no está haciendo nada malo. Yo vine a despedirme de él porque me iré a una de las propiedades de mi hijastro...

Laurence se giró hacia ella, buscando una explicación para lo que acabó de decir.

—No es de mi incumbencia su vida, me importa la de mi nieta. ¿Qué no es capaz de valorar su desinteresado afecto hacia usted, señoría?

—Por supuesto que lo valoro y por eso la pedí en matrimonio, de lo contrario no lo hubiese hecho.

—¿Y entonces cuál es la relación que tiene con esta dama? —increpó indignado.

—Es la mujer a la que amo y a la que no puedo tener porque le importa más mi pobreza que mis sentimientos...

Helen no soportó lo que acontecía ahí y salió disparada hacia las calles de Londres. En un acto de desesperación por ver a Laurence, ahogó todos sus esfuerzos para que estuviera bien.

La vio correr y sabía que no podía ir tras ella, solo se quedó frente al viejo barón que estaba muy decepcionado.

—No quiero que se case con mi nieta. Tiene una semana para decidir si quiere la herencia y se casa o se queda como está... Y es mi última palabra —gruñó el viejo barón antes de abandonar la estancia de la misma forma presurosa en la que ingresó.

Todos sus esfuerzos y los de Helen se habían perdido porque el barón Gwydyr no los perdonaría. Era un hombre rígido, de costumbres muy radicales, razón por la cual su hija se casó

con el primero que encontró.

***

Poppy casi se había quedado esperando a que Helen volviera a la casa de Arthur, sin embargo, después de la séptima ronda de té, se dio cuenta de que no podía seguir esperando. Arthur se veía muy mal igual que sus dos hermanos después de tanto té con masas francesas.

—Creo que Madeleine y yo debemos regresar a la casa de los Ross... —dijo levantándose de la silla—. ¡Oh, no se levanten! —replicó al ver que Arthur y Benedict iban a despedirla.

—Hubiésemos querido hacerlo, pero no podemos, solo me estaba acomodando —habló Benedict que en verdad había comido demasiado por los caprichos de aquella muchacha.

Anne se hubiera burlado de Benedict si no estuviera tan mal como él y Arthur que parecía muy mareado, al borde de devolver todo lo ingirió.

—No quiero que vayan a pie. Iré a dar órdenes para que las lleven en el carruaje... —expresó Arthur haciendo un esfuerzo para levantarse e ir hasta el área de servicio.

—Se agradece el gesto. Creo que no voy a cenar esta noche, espero que me disculpe la señora Ross —sonrió despidiéndose de Anne y Benedict.

—Yo no comeré en una semana... —se quejó Anne.

Poppy salió sonriente del salón del té, y encontró recostado a Arthur por el barandal de la escalera.

—El cochero te espera. Buenas noches, Poppy —la despidió haciendo una reverencia.

—Buenas noches. Sal a caminar para que no te haga mal lo que comiste... No te ves muy bien...

—Te haré caso. Duerme bien...

La ayudó a subir al carruaje y vio como se perdía en la oscuridad de las calles. No podía decir que le preocupaba Helen, pero era extraño que ella no hubiera llegado de la modista.

En medio de la noche, Anne fue a la habitación de su hermano Arthur y lo movió lentamente.

—Arthur, despierta... —pronunció—. Levántate...

—¿Qué sucede, Anne? —preguntó sin abrir los ojos.

—Lady Helen no ha vuelto, Arthur, estoy preocupada por ella.

Él se giró en la cama y continuó cerrando los ojos.

—Debe estar con algún amante, no te preocupes más...

—Por favor, Arthur. No creo que esté con el marqués. Mientras estábamos fuera de Londres la servidumbre me contó que él vino aquí y que ella lo corrió...

—¿Cómo es que sabes que él es su amante?

—No soy tonta, leo sus cartas en secreto...

—No hagas esas cosas, no te pertenece —gruñó abandonando su cama.

Se colocó un pantalón, un par de botas y una chaqueta.

—Despierta a Benedict, me acompañará a buscarla.

La casa de Arthur se movilizó en la noche para buscar a Helen. Anne era la más preocupada por ella porque era una dama solitaria.

Recorrió las calles en el carruaje con Benedict. Bajó a cuánta taberna se le ocurrió y no había nada de ella por ningún lugar. Comenzaba en realidad a preocuparse, salió sola en la tarde y no regresó. Las ideas de que fue víctima de un crimen le estaban haciendo mella en la mente.

—¿Dónde más podemos buscar? —increpó frustrado Benedict.

—Hospicios...

—¿Qué haría ella en un hospicio?

—También podemos ir a Scotland Yard y denunciar su desaparición...

—¿Crees que el marqués en un arranque de locura la haya asesinado?

—No, no lo creo y evito pensar que nuestra madrastra está muerta.

—Milord, aquí hay un hospicio... —comunicó el cochero por la ventanilla.

Bajaron al lugar que estaba tan cerca de las coladeras de Londres que no podían caminar tranquilos del hedor.

—En definitiva ella no puede estar aquí —rio nervioso Benedict.

—No perdemos nada con revisar.

Entraron, y el lugar estaba lleno de pobreza y olor a comida rancia, mezclada con olores humanos poco decentes.

A Arthur le picaban los ojos, nunca entró a un lugar así. Las personas estaban sentadas a un costado, algunos de ellos con heridas abiertas en el cuerpo, aullando se dolor. Del otro lado, algunos niños observaban lo que ocurría y una mujer con una cofia les decía que se retiraran a dormir y que ese no es un lugar para ellos.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Son voluntarios? Necesitamos muchas manos. No sé qué ocurre en Londres... —se quejó una mujer rechoncha que se colocó frente a Benedict y Arthur.

—Lamentamos no ser voluntarios, señora. Estamos buscando a una dama elegante —dijo Arthur mirando a su alrededor.

La mujer rio con su papada moviéndose al ritmo de su risa. No era desagradable, pero buscar a una dama elegante ahí le causó risa.

—No creo que haya una mujer elegante aquí. Solo hay ancianos, mendigos, pobres, mutilados y niños expósitos... —aseguró la mujer.

—Señora Miller —la interrumpió una mujer—. ¿No recuerda a la dama que fue atropellada por un carruaje?

—¡Oh, sí! Nadie la conocía. Creemos que intentaron robarle su bolsa y en ese ínterin corrió para salvarse saliendo al paso de un carruaje de cuatro caballos. Es una pena lo que le ocurrió.

—¿Dónde está la dama? Queremos ver si no es ella... —pidió Arthur, esperando que aquella no fuera Helen.

—Espero entonces que se la lleven de aquí, porque no hemos podido hacer mucho por ella. De hecho les digo que es probable que no sobreviva.

Fueron guiados hasta un lugar un poco peor que el anterior, pero sin olores. Tenían pocas camas y era muy estrecho el espacio. Cuando Arthur y su hermano vieron el vestido granate y percibieron el aroma del fuerte perfume de Helen, supieron que era ella.

—Lady Helen... —mencionó Arthur impresionado por las heridas en sus brazos y rostro.

—Es ella, ¿Verdad, Arthur? —cuestionó su hermano girándose hacia otro lado para no verla.

—Sí, es ella. Salió con ese vestido... Debemos sacarla de aquí y llamar a un médico. Tómala de un lado y yo del otro. La llevaremos al carruaje, te irás con el cochero hasta la casa y yo buscaré a un doctor.

Los fuertes alaridos de dolor de Helen al ser trasladada al carruaje eran histéricos. Arthur se fijó en las heridas externas, pero era probable que tuviera tantas heridas internas después de ser arrollada por cuatro caballos que pesaban demasiado. Comenzaba a compartir la idea de la señora del hospicio, de que Helen no sobreviviría.

Capítulo 29

La madrugada para la familia Chastain fue agotadora. Las horas hasta ver el sol salir fueron casi eternas para los hermanos. El médico había relatado que lady Helen estaba viva por un milagro. Sobrevivir a las patas de caballos de tiro no lo hacía cualquiera.

Aún podían surgir complicaciones porque Helen podría tener heridas no visibles. Tenía un brazo fracturado, dos costillas rotas y la herida de la cabeza que hizo que la sangre chorreara en su frente la provocó su caída en el duro empedrado. Los raspones de su cuerpo correspondieron a la forma en que se arrastró para salvar su vida y luego perder la conciencia.

—Voy a escribirle a Poppy. Lady Helen es su amiga y no dudará en venir a verla —mencionó Anne con el papel en la mano—. ¿Crees que debería también escribirle al marqués, Arthur?

Arthur estaba más preocupado por la salud de Helen que andar regando el chisme de su accidente, pero no podía obviar que tal vez terminara muriendo y no se sentiría bien si el marqués no llegaba a despedirse. Bufó asistiendo para que Anne hiciera lo que deseaba y se retiró a leer.

La doncella de Helen la cuidaba, después era relevada por otras personas de la casa, entre ellas Anne. Benedict miraba desde la puerta y Arthur se quedaba parado cerca de la ventana un buen tiempo y luego se retiraba.

Una vez que Poppy recibió la escueta misiva de Anne, su estómago se revolvió y su corazón se agitó con violencia. Estaba horrorizada por lo que le ocurrió a Helen y la expresión que utilizó Anne, diciendo: «Es probable que lady Helen no alcance a contarnos lo que le aconteció»

Sin dudarlo sacó algunas monedas y las metió en su ridículo. Salió de la casa de los Ross con las intenciones de pasar por una florería y acercarle a Helen sus más sinceros ánimos de recuperación. Compró el arreglo más grande y se lo entregó a Madeleine que apenas podía ver su camino, mientras Poppy apresuraba el paso saludando sonriente a cuánta persona pasara por enfrente.

La voz de lo que le había ocurrido a la condesa viuda se hizo público a través de los sirvientes que comentaban con los sirvientes de otras casas de burgueses y nobles.

Arthur se quedó dormitando en el salón con un libro en la mano. No sentía el mayor afecto del mundo por su madrastra, pero si sentía respeto por lo que fue y por lo que sufrió. Estar dormido en su habitación no le haría justicia a su preocupación. Las palabras del médico eran claras, debían esperar para ver si no tenía heridas internas que pudieran provocarle la muerte y eso solo lo dejaba intranquilo porque Helen estaba solo con láudano e inmovilizada en las partes que sufrió lesiones. Al menos se sentía un poco mejor después de que la hubieran limpiado por temor a infecciones por heridas sucias. Su rostro no estaba del todo golpeado, la sangre venía de sus raspones en el cuerpo.

El sonido de un toque en la puerta llamó su atención y lo devolvió al mundo de los despiertos. Sabía que la servidumbre estaba cuidando de Helen, por lo que fue para abrir la puerta.

Parado con el rostro pálido y desolado, el marqués de Salisbury estaba al pie de su casa.

—Quisiera decirle buenos días, pero sería engañarlo, milord...

—Pase, por favor... —lo invitó Arthur—. Lo llevaré a la habitación de lady Helen.

—¿No va a decir nada?

—¿Qué podría decir? No voy a privarlos de estar juntos si así lo desean. Lo que hubo o hay entre ustedes no tiene nada en lo absoluto que yo tenga que juzgar —expuso Arthur, señalando las escaleras de su casa.

—¿Qué fue lo que le ocurrió? La misiva de su hermana ha sido muy breve y simplemente decía que podía morir... —expresó inundado de pena.

—No lo sabemos a ciencia cierta. Dicen que fue arrollada por un carruaje de cuatro caballos. El médico opina que es un milagro que siga entre nosotros.

El pecho de Laurence se contrajo por la culpa. Quizás si hubiera dejado plantado al barón y hubiese ido a detenerla en su huida, nada estaría pasando.

Abrió la puerta, vio a la doncella y a la cocinera sentadas junto a Helen, cuidándola. La doncella no pudo ocultar su sorpresa al ver al marqués y suponía que si su patrona despertaba caería muerta de la impresión de que el hombre volviera a pisar esa casa.

—Señoras, el marqués se quedará un momento con lady Helen... —dijo Arthur, esperando que salieran al decir aquello.

Le hizo una inclinación de cabeza a Laurence antes de cerrar la puerta detrás de él y se dirigió a su habitación para reposar un poco.

Laurence sin poder contener sus lágrimas, tomó la maltratada mano de Helen y se la llevó a los labios.

—Helen... Háblame, estoy aquí contigo. Lo siento tanto, fue por mí culpa. No quiero que mueras, quédate conmigo...

Las mujeres que abandonaron la habitación fueron a la cocina y se cruzaron con el mayordomo que escuchó la llamada en la puerta y se dirigió para abrir.

—Buen día, lady...

—¿Cómo está lady Helen? —preguntó entrando apresurada con Madeleine y las flores detrás.

—Está delicada, milady.

—¿Puedo pasar a verla?

—La llevaré...

—Sé dónde queda su habitación. Vamos, Madeleine, apresura el paso y ten cuidado de no echar las flores.

—Para usted es tan fácil decirlo porque me ha tirado el arreglo.

—Cuánta queja, ¿Qué no ves que es para una enferma?

Madeleine giró los ojos y continuó intentando no errar ningún escalón y terminar no solo golpeada, sino también regañada.

Abrió la puerta con cuidado y encontró a su prometido, arrodillado y tomando a Helen de la mano.

—No me dejes solo, Helen. Sabes cuánto te he amado y lo sigo haciendo. Quédate a mi lado...

El sonido del adorno que golpeó contra el suelo al ser soltado por Madeleine a causa de la impresión de lo que escuchó, hizo que Laurence se girara para ver de dónde venía el ruido. Al ver parada a lady Poppy, tiesa en el umbral de la habitación, lo hizo comprender de que lo había escuchado y no sentía vergüenza de sus sentimientos hacia Helen, sino de haber cometido el error de comprometerse con lady Poppy, creyendo que iba a olvidar a Helen, sin embargo, ella estaba muy hundida en su corazón.

—Lady Poppy, pase. Merece mi sinceridad en esta ocasión —pronunció abonando la mano

de Helen para ir y colocarse frente a Poppy.

Ella no tenía ninguna expresión en el rostro. No sabía si su mente había dejado de funcionar y su corazón dejó de latir. Estaba entumecida en aquel lugar. Aquellas palabras que él le dijo a Helen, no estaban ni cerca de lo que le dijo a ella cuando se comprometieron. Lo que le dijo a ella no eran palabras de amor, eran solo palabras que ella deseaba escuchar y lo presionó para decirlas. Conoció al verdadero marqués de Salisbury al escucharlo declarase a la inconsciente Helen con vehemencia y sentimiento, aquella era el objeto de sus afectos y ella solo había sido la salida a sus problemas.

Poppy caminó un poco hacia él, y luego desvió sus ojos hacia Helen.

—Lady Poppy, no he conocido mujer más voluntariosa y amable que usted. Merece mucho más de lo que yo le puedo ofrecer. Soy un hombre quebrado y no solo lo soy en el ámbito económico, sino también moral y sentimental. Helen y yo hemos sido compañeros desde unos meses después de que ella perdiera a su esposo. Llevo años amándola y ella lleva años rechazando mi amor...

—Laurence, silencio... —pidió Helen desde su lecho.

—Lo siento, Helen, pero yo no puedo seguir —replicó, viendo que los ojos de la dulce Poppy se llenaban de lágrimas—. Helen insistió en que me casara para sofocar mi apuro económico porque me había involucrado con hombres muy sucios y violentos. Su preocupación la llevó a escoger a una muchacha para mí...

Un sollozo escapó de Poppy. Madeleine se colocó detrás de ella y le tomó de una mano para sacarla de ahí, pero ella estaba clavada en el piso de aquella habitación.

—Helen tenía fe en que usted era la indicada, aunque yo no estaba seguro de eso. Usted con su generosidad hizo estragos mi vida y Helen y yo terminamos separados como era nuestro acuerdo. Ninguno de nosotros planeaba ser deshonestos. Solo sabíamos una cosa, que dos pobres juntos no podían estar... —confesó Laurence.

—Lady Poppy... Lo siento mucho... —lamentó Helen, entre lágrimas, mirando al techo—. No sabía cómo salvar a Laurence. Yo no tengo una dote ni dinero que aportar para él. No quería que lo mataran.

—Mi dote lo iba a salvar a él... —expresó perdida —, ¿Pero qué ocurriría después? Si hay amor entre ustedes, yo salgo sobrando. No hay amor para mí...

Laurence y Helen no dijeron nada más. Poppy era un mar de lágrimas. Tenía los ojos rojos y sus sollozos mezclados con hipidos, hacían imposible la comunicación.

Arthur desde su habitación escuchó ruidos que lo despertaron de su corto descanso y salió a ver. Escuchó los sollozos de una dama desde el pasillo y vio que la puerta de la habitación de Helen estaba abierta.

—Poppy... —mencionó incrédulo de verla ahí.

—¿Tú sabías de esto, Arthur? —increpó señalando a Laurence.

—Lo supe desde antes de conocerte...

Ella negó con la cabeza. Estaba rodeaba de mentira y traición.

—No se preocupe, señoría. Puede aún continuar mendigando el amor de su amada, si es que sobrevive. Deseo que lo haga, en verdad, de corazón lo deseo. La consideré una amiga, lady Helen... Con permiso... —dijo Poppy para luego echarse a correr hacia las escaleras y salir de aquella casa.

Arthur se apresuró a alcanzarla, pero ella con mucha velocidad alcanzó el último escalón.

—¡Espera, Poppy! —exclamó apresurado.

—¡¿Qué quieres?! Confesar tu verdad como todos los demás, supongo. ¿Cómo pudiste

permitir que me comprometiera engañada? ¡Qué clase de amigo eres, Arthur! —increpó enfurecida.

—Sus asuntos particulares no eran los míos, Poppy. No tengo porqué ocuparme de ellos. A mí me has interesado tú desde que te conocí...

—¡Si te importaba un poco me lo hubieras dicho!

—¡¿Y qué me dirías tú?! No soy chismoso, y menos me pondría a sacarle méritos a alguien para posicionarme mejor ante los ojos de nadie.

—¡Es porque no tienes carácter, tienes miedo y nos sabes lo que quieres!

Él abrió los ojos con sorpresa por lo que le decía.

—No es falta de carácter, ni miedo y menos se trata de no saber lo que deseo. Se trata de lo que tú deseabas, ¿Cómo podía yo romper tus ilusiones de ser querida?

—Es así como lo dices, eran solo ilusiones... Solo falta que el resto de la familia Ross y mi primo supieran de estas andanzas del marqués y no sé si sobreviviría a la decepción. Me has decepcionado, Arthur, y creo que después de esto, es impracticable una amistad entre nosotros. Eres cómplice de una mezquindad horrible de esos buitres... —alegó sollozando con fuerza antes de dirigirse a la puerta.

Arthur al perderla de vista, escuchó un golpe de la puerta, pero que no era el ruido de que se cerrara, sino de que algo golpeó la dura madera.

—¡Estoy bien! —masculló Poppy, cerrando la puerta con fuerza luego de haberla abierto por su frente.

Él se sentó en las escaleras y suspiró cansado.

—Quizás todo sea culpa de guardar mis sentimientos hacia ti con cobardía, Poppy... —habló tan solo para sí.

Capítulo 30

Poppy estaba furiosa, como nunca estuvo en su vida. Después de salir de la casa de Arthur, regresó junto a los señores Ross. Madeleine corrió demasiadas cuadras detrás de ella. Tenía al diablo dentro del cuerpo. No la había visto jamás en esas condiciones.

Pasó la puerta sin mayor inconveniente, a paso firme y confiado. Tenía la nariz alzada y el pecho al frente.

El señor Ross la vio pasando muy cerca con un chichón en la frente. Parecía cargada de soberbia y enojo por la postura muy poco común en los meses que tenía viviendo bajo su techo.

—¿Qué te ocurrió, muchacha? ¿Por qué parece que te has tragado un pavo? —preguntó el señor Ross con una ceja levantada.

—Dígame, señor Ross, ¿Quién más sabía sobre el marqués y lady Helen?

—Querida, ¿Te has enterado?

—¡Señor Ross, por algo se lo he preguntado!

—Está bien. Siéntate, Poppy, te lo contaré.

Poppy con la boca en un mohín enojado, se sentó sin mirar al hombre.

—¿Qué te ocurrió en la frente?

—No me saldrá una segunda cabeza, si es que le preocupa eso, señor Ross, es solo una torpeza más a la larga lista.

—Bien. Tengo la buena y delicada costumbre de averiguar sobre todos los que se acercan a mi familia. Lo hice con el conde de Doncaster, con el marqués de Dorset, con el marqués de Salisbury y con el conde de Lincoln, por supuesto. Todos en su momento eran peligrosos para las personas de mi familia. Te considero de mí familia, querida Poppy. Sobre porqué no he dicho una sola palabra, fue porque es algo que suele ocurrir. Los hombres suelen tener amantes y luego se encauzan.

—¿Suele ocurrir? No puedo creerlo.

—Él es un hombre soltero y ella una dama viuda...

—¡Y por qué se mantenían de amantes y no se casaban! Escuché cómo el marqués le decía a ella que la amaba. ¿Acaso mi dinero es más importante que el amor?

—Es por una sencilla razón, saben lo que es tener amor, pero no dinero. El marqués tiene deudas muy grandes, que tu inocencia no puede llegar a calcular y la pensión de viuda de lady Helen no cubrirá nada en lo absoluto. Lo único que al marqués le espera, es la prisión si no paga sus deudas.

Ella se levantó del sillón y se dirigió a la escalera, sin mirar al señor Ross.

—Nada puede ser más importante que el amor para alguien. Lady Helen no lo quiere, por eso me escogió para él, dígame, señor Ross, ¿Es amor?

—Cada quien ama a su manera, querida.

—Nadie cambia algo valioso por algo que no lo vale... —sentenció antes de perderse hacia el segundo piso.

Vio a la señora Ross que se acercaba por el pasillo, pero se apresuró a meterse en su habitación antes de que la abordara y volviera a romper en un llanto irracional.

Se sentó en su cama con la cabeza agachada. El dolor en el golpe de su cabeza no era fuerte, aunque representaba una molestia interesante. Sintió que un paño mojado se colocó en su frente.

Su fiel Madeleine estaba ahí, intentando curar su dolencia.

—Deje que le baje ese impresentable chichón, milady, debe doler.

—Duele menos que mi corazón que está roto. ¿Puedes poner un paño para que sanen mis impresentables sentimientos?

—Vea esto de la mejor manera. Usted siempre ha visto todo con la avidez de la bondad. Ha soportado los desprecios de su padre con fortaleza y valentía.

—Nadie se muere de decepción, no seré la primera, pero creer que mi cariño era correspondido y no fue así, ha sido devastador para mi buen ánimo. Y no logro pensar en que Arthur me ha traicionado. ¿Cómo pudo saberlo y no decirme nada? Comprendo al señor Ross, a mi primo o a cualquiera que no tenga la intimidad suficiente para decírmelo, pero Arthur se hacía llamar mi amigo, ¡Debió resguardarme de tal pena y vergüenza! —acusó molesta.

—Estoy cansada de que le eche la culpa a todos y menos a usted. ¿Acaso no se dio cuenta de que el conde solo hacía lo que usted pedía? Le ha mostrado todo para que usted fuera a coquetear con otro, mientras él se quedaba como un tonto. Es la única ciega que obvia el hecho de que el conde está enamorado y condicionado a los caprichos de una niña que cree merecer el universo, ¡Lo dije, y ya puede despedirme si así lo quiere! —gruñó para luego tomar un poco de aire para cortar su inspiración.

Poppy se quedó de una pieza. Madeleine era un poco impulsiva, sin embargo, en esa ocasión se le había pasado la mano. Todo lo que había dicho la confundió. Acusó a Arthur de estar enamorado de ella y a ella la acusó de ignorarlo y utilizarlo. No era de esa forma como Poppy lo veía. Si Arthur estuviera interesado en ella, se lo hubiera dicho en su momento, pero él solo la consentía como nadie lo hacía.

—Estoy en desacuerdo contigo, Madeleine. Arthur es incapaz de esconder sus sentimientos. Es un hombre muy bueno.

—Lo que sea, lady Poppy, yo solo tengo que atenderla... —dijo su doncella, cansada de que esa muchacha no viera más allá de sus narices.

Pasó una semana encerrada dentro de la casa junto al gato Albert al que podía acariciar sin problemas gracias a Arthur. Envió una carta a su abuelo para decirle que no se casaría con el marqués porque él estaba enamorado de lady Helen que había sufrido un lamentable accidente. Podría desearle todo el mal del mundo, pero ella no era de esa manera. Supo por Madeleine porque la señora Ross se lo contó, que la madrastra de su amigo estaba mejorando y sobreviviría a sus heridas. Tomó la noticia con tranquilidad y una sonrisa. Ella y el marqués no formaban parte de su futuro, aunque sí de sus pensamientos. Pensó que la traición del marqués le dolería más, pero la decepción por Arthur era lo que la estaba matando.

—¡Lady Poppy! ¡Lady Poppy! —la llamó emocionada su doncella.

—¿Qué sucede? —preguntó acariciando a Albert en la cama.

—¡Vino el conde de Lincoln! —anunció sonriente. Tenía la esperanza de que Poppy abriera los ojos y se arrojara sin más a sus brazos. Se pasaba partes del día maldiciéndolo y también por la noche.

—¡¿Sí?! —exclamó brincando de la cama como un resorte, aunque luego se alisó la falda con disimulo y miró de costado a su doncella—. ¿Y qué importa?

—Que vino para verla a usted y está desaprovechando el tiempo de recuperar a su amigo. Baje a verlo.

Se sacudió la falda para que no tuviera pelo de gato por todas partes. Infló su pecho y luego suspiró para bajar. Dudó un poco para continuar, pero prefirió hacerse de valor para poder enfrentarlo.

Arthur no había tomado asiento, estaba parado con su sombrero bajo el brazo y su otra mano la tenía mirando su reloj que terminó guardando en un pequeño bolsillo de su levita verde.

—Buenos días, milord... —saludó inclinando la cabeza hacia él, que respondió educado a su saludo.

Que ella lo hubiera saludado con tanta ceremonia solo demostraba que la hostilidad de Poppy era fuerte y él no la iba a desafiar.

—Es un placer verla, milady. Solo he venido de parte de lady Helen. Como sabrá, ella no puede venir y me ofrecí a traer esta carta que escribió para usted —explicó enseñándole la carta.

Las fosas nasales de Poppy se ensancharon al dejar ir el aire. Lady Helen tenía el descaro de hacer una jugarreta. Nadie sabía qué decía la carta y ella tampoco deseaba averiguarlo.

—No la voy a leer, llévesela. No le debo ninguna educación a ella o a su amante.

—Yo he ofrecido dotar a lady Helen si ella desea casarse con el marqués, lady Poppy, aunque eso no alcanzará a cubrir todas las deudas de él. Me temo que puedan meterlo preso...

Desvió su mirada de él y se alejó.

—Ah, ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Usted puede ayudarlos.

—¡Cuánta desvergüenza! No los ayudaría ni si fueran la última pareja de Inglaterra y de ellos dependiera nuestra supervivencia.

—Sé que tiene más corazón de lo que dice, lady Poppy... No quiero imponerle más mi presencia —dijo Arthur, dejando la carta sobre una mesa—. Fue un verdadero placer haber conversado con usted...

Arthur salió de la casa a paso apresurado. Vio a Poppy muy bonita, no se dio cuenta de que tenía pelo de gato en el cabello porque de seguro pasaba mucho tiempo recostaba sobre el animal. Tenía un pequeño moretón en la frente del portazo que se dio en su residencia, pese a todo se veía hermosa.

Hacerle aquel favor a una desesperada mujer como lady Helen lo había conmovido. Antes no lo hubiera hecho porque era solo una mujer común, pero las cosas se presentaban distintas. Era una mujer común, enamorada y desesperada por la esquela que recibió desde Newgate.

Poppy lo vio irse. Miró la carta y la dejó en ese mismo lugar. Si él la hubiese escrito, ella la hubiera tomado con ganas, pero como era de lady Helen, las cosas cambiaban. Fue hacia las escaleras y se cruzó con Madeleine.

—Ya se ha ido, quien según tú, quería recuperar mi amistad...

—Pero si dejó una carta.

—Eres una chismosa. ¿Me estabas espiando?

—¡No era la única! —se defendió sonrojada—. Solo que los demás son más rápidos...

Continuó su ascenso hacia las habitaciones, pero su doncella que bajó olvidando escalones, para luego alcanzarla, carraspeó su garganta.

—Olvida algo, milady...

—La dejé con toda la mala intención de no leerla.

—La lady Poppy que yo conozco, nunca deja una carta sin abrir...

—Lo voy a dejar sin abrir. Lady Helen no merece que gaste mis ojos en ella.

—¿Pero hará que el pobre conde de sus afectos haya hecho el esfuerzo de soportar su mal carácter por nada?

Bufó y tomó la carta con prisa. Se encerró en la habitación y la abrió.

Albert no se movió desde que se fue, más bien se acomodó entre dos almohadas de su cama. Verlo a él era un calmante natural. Calmaba sus pensamientos y la distraía con sus disparates.

Llevó sus ojos al contenido del papel y leyó.

Mi estimada lady Poppy.

Sé que no esperaba una carta mía, pero necesitaba explicarle muchas cosas. Estoy agradecida con lady Anne por prestarme su mano para escribir. De esta forma también expongo mis preocupaciones a la familia de mi difunto esposo.

Le explicaré primero la razón de mi elección. Usted era lo que necesitabas Laurence. Bonita, dulce, amorosa y rica. Él y yo, teníamos unos años juntos, guardé el luto el tiempo que correspondía, pero me debía a un poco de felicidad que tuve cuando lo conocí. Era un bribón desprevenido, aún desconocía sus vicios cuando lo vi por primera vez. Después, lo acepté con resignación porque no pretendía enamorarme de un soltero.

Déjeme decirle, que en ocasiones, lo que deseamos no ocurre. Tardé mucho tiempo en darme cuenta que le entregué más de la cuenta a Laurence. Supe de sus vicios en el juego cuando era muy tarde, había empeñado su alma y, sin embargo, continué a su lado. Logré que dejara todo lo que le hacía mal, pero no podía pagar sus deudas. El amor no paga las deudas, milady, solo el dinero que yo no tengo. ¿Qué probabilidades de ayudarlo tenía?

Por mucho tiempo intenté que pensara en la idea de casarse, pero las confesiones de su amor hacia mí me hacían la candidata inapropiada. Fingí no quererlo para que tomara sus decisiones porque no las tomaría solo. Escuché entre mi inconsciencia que juzgó al amor, pero usted lo juzga porque lo tiene todo y siempre lo ha tenido. No imagina sacrificar sus propios sentimientos por la felicidad de su amado. Yo lo hice por Laurence, lo obligué por amor a él y a su seguridad.

Puedo parecer una víbora cruel, pero prefiero parecerlo a serlo. Ayer recibí una esquela de la prisión de Newgate y quedé destrozada. Enviaron a Laurence a prisión. Alguien compró sus deudas y lo mandó ahí. Solo puedo rogarle que lo perdone y se case con él para sacarlo de ese lugar. Tiene mi promesa de que me alejaré sin aceptar nada de lo que me propuso mi hijastro para que me casara.

Si usted ama sinceramente a Laurence quiero que lo haga feliz porque ha vivido infeliz por sus errores. Es bueno, pero fue tonto. Sepa que él sabrá quererla porque tiene buen corazón. Mi pensión de viuda me alcanzará para subsistir en otro lugar del mundo, no seré una molestia en su camino, solo quiero que lo ayude.

Afectuosamente.

Lady Helen.

Poppy no se había dado cuenta de que sus lágrimas cubrían su rostro. Ella no amaba como lady Helen, no sería capaz de dejar ir a su amor por nada. Era tan egoísta, que quiso comprar el amor del marqués contra su voluntad, apoyada por la mujer que en verdad lo amaba. Pensó en cuánto tuvo que sufrir viéndolos bailar, beber o jugar, y sintió su dolor en el pecho. Pero, ¿Qué podía hacer ella por el marqués? No iba a casarse con un hombre que amaba a otra. Tenía pocas opciones para ayudar y solo le venía a la cabeza el nombre de su abuelo.

Capítulo 31

Tenía una importante decisión en las manos y no sabía cómo enfrentar a su abuelo después de contarle todo lo que vivió en casa de Arthur. No dejó lugar a la imaginación cuando escribió la carta de dos hojas incluyendo a Arthur en la cuestión. Buscó un abrigo, se lo abrochó y luego se colocó un sombrero.

—¡Madeleine! —exclamó bajando las escaleras.

—¿Tenía algo importante la carta, milady? —indagó con suficiencia.

—Agradecería que no fueras mordaz. Ven conmigo a casa del abuelo.

—Iba a prepararle galletas para que siga llorando en su habitación.

—¡Deja eso y vamos!

—A su orden... Nunca he caminado tanto en la vida desde que estoy en Inglaterra —se quejó sacudiendo sus manos para seguirla.

Al llegar junto al portón de salida vio el carruaje de su primo Thomas que llegaba a la residencia de los Ross, pero al bajar vio que no lo hacía solo.

No movió un solo dedo más después de ver al hombre que se acercaba con Thomas.

—¡Su excelencia! —expresó Madeleine un poco alterada al verlo. Fingió arreglar el vestido de Poppy para que estuviera más presentable para él.

—¿A dónde van sin un cochero? —preguntó el duque de Grafton con seriedad mirando a Poppy.

—Sea bienvenido, padre. Si me disculpa, voy de salida.

—¿A qué lugar?

—¡No le incumbe!

—Vine por una razón, muchachita —dijo su padre con severidad.

—Voy a salir, padre. La señora Ross es muy hospitalaria y el señor Ross un conversador excelente. Espéreme sentado, voy junto a mi abuelo, el barón Gwydyr.

—Es mejor que me escuches antes de salir, Poppy...

—Vámonos, Madeleine, podríamos retrasarnos en una visita tan importante —habló apresurando su caminata.

—Cálmese, tío. No le ocurrirá nada —la defendió su primo invitándolo a pasar.

El duque miró como su hija se retiraba de aquel lugar. Pudo ver en los ojos de Poppy la decisión de no compartir una sola mirada. Antes ella se hubiera arrojado a sus brazos. Lo hacía cada vez que desaparecía por meses para pasar tiempo con alguna mujer, pero en esa ocasión no reaccionó como esperaba. Lo había privado de sus dulces atenciones, por aquellas más groseras.

Poppy apuró tanto el paso que no se dio cuenta de que estaba corriendo por las calles de Londres. Ver a su padre tan prepotente como siempre, solo la había dejado sabiendo que su carta no tuvo el efecto que deseaba.

—¡Pare por favor, lady Poppy! —pidió su doncella apenas siguiéndole el paso.

—¿Qué está haciendo aquí? ¿Dónde está su esposa? ¿Por qué vino a sacrificar mi paz?

—Londres es libre, y el duque siendo invitado por su primo, será aceptado por la familia Ross —razonó Madeleine, alcanzándola.

—Puede ser aceptado por todos, pero mi cariño lo ha perdido definitivamente.

—Eso lo dice ahora. Sin embargo, sé cuánto ama a su padre con todos sus defectos, siempre

lo ha comprendido y lo seguirá haciendo.

Dejó de escuchar a su doncella alrededor de los quince minutos después de haber salido de la residencia de la familia Ross. Llamó a la puerta en casa de su abuelo y no tardó en ser recibida por un mayordomo con una sonrisa.

—Pase, milady. Milord siempre está esperando a que lo visite.

—Gracias, Robert —agradeció pasando con Madeleine, que tomó el camino a la cocina para esperar a Poppy.

—Mi querida nieta... —dijo sonriendo el viejo barón y se acercó con su bastón a la velocidad que este se lo permitía.

—Abuelo... —musitó tomando su mano.

—Siéntate. Llegaste para el té.

Ella bajó la cabeza antes de sentarse y miró distraída el lugar.

—Hay muebles nuevos —comentó distraída.

—Los compré pensando en ti. Soy un viejo solitario que no necesita demasiado, pero tal vez en algún momento mi nieta se decida a vivir conmigo.

—Estoy bien bajo el resguardo de Thomas. Por eso no debería preocuparse.

—¿Cómo estás después de todo lo que me has escrito?

—En lo que cabe a las circunstancias, muy bien. Recibí una carta de lady Helen. Por fortuna se salvará de haber muerto en ese desafortunado accidente que sufrió...

—Deberías estar deseando que muriera aquella arpía.

—No lo haría, porque en esa carta me dijo sus razones para hacer todo y me rogó que aceptara de vuelta al marqués...

—¡He desheredado a ese bastardo y así quedará por lo que te hizo! Esa mujer debió morirse y no interferir.

—¡Abuelo, por favor, no hable de esa forma!

—Nadie hace sufrir a mi sangre, ¡No lo voy a permitir! Ese hombre merece estar en la prisión y su amante debería estar muerta después de que los caballos le pasaran encima —masculló, golpeando su bastón repetidas veces en el suelo.

Poppy estaba horrorizada por esos dichos de su abuelo, pero más la horrorizaba que sabía qué le ocurrió a lady Helen y luego al marqués.

—¿Cómo sabe que a lady Helen le pasaron unos caballos encima? —increpó queriendo que su abuelo le dijera que no tenía nada más que decir.

—Si va a vivir para qué seguir callando —soltó el viejo con un bufido—. Esa mujer cuya amoralidad me deja perplejo, fue para buscar a tu prometido y quién sabe con qué intenciones. Después de que los sorprendí, ella huyó y luego de varios minutos, salí yo. La alcancé a un par de cuadras cuando se dirigía sin rumbo por el medio de la calle. Pensé en cuánto deseabas ese matrimonio que no dudé en ordenar al cochero que le pasara encima sin contemplaciones...

El corazón de Poppy se detuvo del susto por lo que escuchó y no dejaba de horrorizarse y ver a su abuelo de otra forma.

—¿Cómo fue capaz? ¡No puede decir que lo hizo por amor!

—Eres mi nieta y haría lo que fuera para que fueras feliz.

—¡No es una excusa, abuelo! ¡Casi mata a una persona!

—Una mala persona...

Por la forma tan reacia del abuelo a defenderse, ella revivió a su corazón y no hacía más que sentir decepción y tener más dudas.

—¿También decidió hundir al marqués?

—¡Bah! Ese fue otro, aunque luego logré hacerme con todas sus deudas...

—¡¿Usted lo envió a la prisión por sus deudas?!

—Te lo he dicho, muchacha. Fue otro. Yo tuve la misma idea, pero decidí comprarle las deudas que el hombre había comprado un día antes...

—¿Quién más quiere hacerle daño al marqués? —preguntó queriendo saber más de eso. Su abuelo era el último eslabón en la cadena de los que odiaban al marqués al parecer.

—Fue el marqués de Dorset —confesó el viejo.

—¡¿Mi querido Thomas?! —exclamó con incredulidad.

—Y no fue solo. Estaba con el señor Ross...

—¡¿Mi amable señor Ross?!

Ella se sintió desfallecer. ¿Qué estaba ocurriendo? Deseaba huir de todo y de todos. No lo soportaba más. No podría seguir escuchando lo que podía ser otra terrible confesión.

—Entonces es inocente de al menos la prisión del hombre, abuelo. No puedo alcanzar... —se quedó sin palabras por el sollozo —, a decirle lo decepcionada que estoy de usted. Lady Helen ama tanto al marqués que iba a sacrificar su felicidad por la suya. Me rogó para que lo sacara de la prisión casándome con él y si usted lo ha desheredado y la única forma de que vuelva a estar en libertad su señoría, me casaré con él y no importará que sea infeliz a su lado y él desee irse con lady Helen. Seré feliz de cierta manera al haber cooperado con la felicidad ajena por culpa de que mi abuelo quiso matar a esa mujer. No sabe la culpa y vergüenza que siento ahora, abuelo, no quiero verle más...

—Poppy... —dijo su abuelo queriendo tomarla.

—¡No se me acerque! No quiero saber de usted...

—No me prives de tu afecto, mi querida nieta, ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—¿Qué cree que puede hacer para enmendarse? Arrepiéntase primero y luego entregue las deudas del marqués para que sea libre con la mujer que ama y que usted casi mató... Quizás con eso, logre no perderme por completo...

Ella se levantó clamando por Madeleine para poder irse lejos de aquel lugar. Por el momento había tenido suficiente de su abuelo.

Eran tantas las veces que la veían llorando por Londres, que solo saludaba en medio de sus lágrimas. Pensó en que solo podía confiar en Madeleine. No podía confiar en su primo, en el señor Ross, ni en su abuelo, y no iba a citar a su padre que no era siquiera digno de mención. Sobre Arthur aún tenía sus dudas, aunque le parecía más inocente que el resto. Deseaba el bien del marqués y de lady Helen por eso pensaba en no retirarle por completo su amistad.

Cuando estuvo en el salón de la familia Ross, puedo ver el tenso ambiente que se respiraba con todos sentados ahí. No tenía la fuerza suficiente para enfrentar a su padre y al resto. Le dolía ver el rostro pasivo de su primo bebiendo el brandy, y también la del señor Ross con su libro sobre el rostro. La cara de su padre era la de siempre, pensativo e inalcanzable.

—¿Qué más debo saber? —cuestionó llamando la atención de todos en el tenso salón.

—Al menos estás bien. Hay razones por las cuales te mantuve tanto tiempo alejada del barón —contó su padre, tomando una copa de brandy que estaba en un mueble muy cerca él—. Es un viejo muy estricto. No mide su alcance ni su poder. Tiene influencias en todo. Tu madre quiso olvidar las restricciones que tuvo al lado de su padre. No me era permitido contarte nada por una promesa, solo me pidió que te mantuviera alejada. No tuve un matrimonio perfecto. Ella era una mujer trastornada, con ataques de locura... ¿Querías saberlo? Sabes la verdad que te oculté por una razón: tu abuelo no es un hombre bueno ni racional... Debe estar muy viejo...

Una carcajada histérica se escapó de ella. Una tan idéntica a la de su difunta esposa y que

demostraba que Poppy iba por su sendero.

—¿Y quiénes son ustedes para juzgar a un viejo senil y débil como el barón? Usted, mi padre... Un hombre completamente desinteresado por el afecto de su hija. Podría dejar que la devorara un coyote en el campo. Mi primo Thomas que tenía más maldad que nunca en su enfermo corazón y el señor Ross, al que creí una figura paterna digna de admirar, me tienen triste y al borde de la locura.

—¿Te lo contó el barón? —Preguntó el señor Ross—. Yo solo acompañé a mi yerno para cuidarlo y porque tampoco puedo verte infeliz...

—No voy a defenderme de la acusación que puedas hacerme, Poppy. Solo que no puedo saber que alguien más te desprecie —acotó Thomas.

—¡Vaya forma de amar que tienen todos! Mi padre es un desinteresado, Thomas es un prospecto de malicioso, mi abuelo un... —calló al darse cuenta de que podía delatar que él intentó matar a lady Helen—. Voy a descansar. Tendré en cuenta sus palabras, padre, me hubiese servido antes de la visita al abuelo. Envíe mis saludos a la duquesa...

—Poppy, quiero que vivas conmigo...

—He vivido mucho tiempo en su casa, padre. Estoy bien como invitada en esta casa donde me han apreciado más que en la mía...

El padre de Poppy dejó de insistir al verla distante con él, inclinó su cabeza y la dejó ir.

—Demasiado tiempo para querer ser un buen padre, tío —declaró Thomas.

—¿Qué le han hecho a Poppy aquí?

—Le hemos dado libertad de escoger y ser ella misma, excelencia. Esperemos que siga quedando en esta casa. No ha tenido el acompañamiento de un padre y una madre en su vida. Como dijo su sobrino, es muy tarde para ser un buen padre, al menos con ella. Quizá tenga la fortuna de ser un buen padre para su hijo en camino...

El duque y Thomas guardaron silencio por la insinuación del señor Ross. Agradecieron la hospitalidad y se retiraron de la residencia con prontitud.

Poppy al tocar la almohada se había perdido en el sueño y su doncella también sentada junto a ella. Estaban muy cansadas por el trajín del día y por cada novedad que les hacía mal.

La señora Ross entró con sigilo a la habitación. Le desabrochó el abrigo y le quitó los zapatos. El duque era exactamente como ella lo describió siempre. No se había reservado nada para referirse a él. Sin embargo, comprendía la razón de la relación lejana del duque con su antiguo suegro. La locura de la duquesa no era algo que le diera orgullo a su esposo. Culpaba al barón de tantos sufrimientos a la que fuera su esposa. Enloqueció en aquellos años antes de casarse con ella y luego él se dio cuenta de su adquisición.

Cubrió el cuerpo de Poppy y se acercó a la doncella para despertarla y que fuera a descansar a su habitación.

Al despertar temprano en la mañana, Poppy no veía el día de la misma forma. Se sentía decaída y podía decir que estaba enferma.

Ninguna enfermedad podría atarla a una cama, solo la tristeza que sentía era capaz de ser como un yunque en su pecho.

Vio que la puerta se abrió y entró su querida Madeleine con un desayuno muy grande que estaba segura de que no se podría acabar.

—Sé que no quiere bajar por la mañana, así que el desayuno está servido aquí para usted. Estuve mirando sus prendas y vi que algunas están estropeadas, si quiere podemos ir a la modista... —quiso animarla Madeleine para que abandonara el rostro de velatorio que tenía su ama.

—No tengo mucho ánimo para salir...

—Está bien, milady. Si quiere alguna cosa solo avise.

Ella asintió y probó comer un poco. Lo hizo sin mucho esfuerzo y casi se acabó todo. Menospreció a su hambre. Al parecer su estómago no estaba en concordancia con su cerebro.

Antes del mediodía, fue sorprendida por la visita de su abuelo que llevaba un gran sobre en la mano cuando ella bajó a verlo. No le cabía en la cabeza que él fuera un hombre malvado, quizás un caballero equivocado en sus maneras de amar.

—No quiero que te cases para ser infeliz. Ten, son todas las deudas del marqués, están pagadas y él es libre de ellas... —dijo entregando el sobre en sus manos.

—Eso acallará su consciencia, abuelo, y también la mía. Mi padre está en Londres, y me ha advertido sobre usted.

—Te he contado de los errores que he cometido. La había cuidado tanto o eso me pareció. Puedo proponerte que odies a tu padre, pero en parte hizo lo que mismo que yo. Debe tener sentimientos por ti, como yo los tuve por mi hija...

—A él no le importo. Su nuevo hijo lo debe significar todo. Con esto podremos hacer algo bueno. Guardaré silencio sobre lo que ocurrió con lady Helen, ¿Ha pensado en nombrarlo su heredero?

—Pides demasiado para este viejo reacio, lo pensaré desde Liverpool.

—¿Se irá, abuelo?

—Viví mi vida de manera solitaria, no quiero molestarte ahora que debes encontrar otro pretendiente.

—No se vaya, quizás esté destinada a ser una solterona, ¿No lo cree?

—No, porque creo que tienes probabilidades de casarte con ese amigo tuyo.

Poppy se puso muy roja por lo que insinuó su abuelo.

—No, porque sigo empeñada en casarme con el hombre que yo escoja.

—¿Y por qué no lo escoges a él? —preguntó tomándole una mano para palmearla.

—Porque... No lo he pensado... —confesó, apretando las arrugadas manos de su abuelo.

Podía estar más tranquila con respecto a su abuelo. No quería perderlo. Él podía cambiar por ella, aunque no podía hacer la misma reflexión con su padre.

Con los papeles que le entregó su abuelo, ella partió en carruaje con su doncella a la prisión de Newgate para dejarlo en libertad. Solo esperaba que con eso se recuperara por completo e hiciera lo que su pobreza le impedía.

—Disculpe, señor. Estoy buscando al marqués de Salisbury... —dijo con un pañuelo tapando su nariz. Había un fuerte olor a orina en ese lugar.

—¿Una señorita para ver a un holgazán? —cuestionó el guardia.

—Soy una lady y no le incumbe lo que vine a hacer aquí. Sabe que mi abuelo, el barón Gwydyr ha dejado saldadas las deudas de este caballero. He venido a darle la buena nueva y espero que me deje pasar.

—Sí, por supuesto. ¿Tiene los papeles?

Ella se los entregó y él le indicó qué camino seguir. No podía creer que tuvieran al marqués cerca de criminales comunes y malolientes. Tenía el estómago revuelto por el temor a que estuviera muerto.

Llegó hasta un celda fría con una tabla en el suelo. Vio al marqués dormido abrazando sus rodillas. Estaba sucio y golpeado.

—Señoría... —alcanzó a decir. Estaba muy afectada de ver así a un hombre que había sufrido bastante con sus deudas y también por perder a su amada.

Laurence abrió los ojos y por un segundo creyó ver a un ángel. El vestido lavanda de lady Poppy lo devolvió a la realidad y su perfume de jazmines parecía abrirle el cielo.

—¡Lady Poppy! —exclamó preso de la sorpresa.

—No es lindo lugar —comentó con una sonrisa nerviosa—. Comprendo las razones de lady Helen para que usted no pisara este lugar...

—Es donde debía acabar...

—No es así. Estoy aquí porque le vengo a dar una buena noticia. Sus deudas están pagadas y pronto lo liberarán.

—¿Cómo? —indagó presuroso.

—Agradezca la astucia de lady Helen de hablar con franqueza.

—¿Cómo podría pagárselo, milady?

—Solo aproveche las oportunidades que se le han dado. Tome a su amada en matrimonio y sea feliz. No todos son afortunados para ser correspondidos en sus sentimientos...

—Es usted excepcional, milady... No tengo forma de corresponder a esto que ha hecho.

—Sea digno de que mi abuelo lo nombre su heredero. Está muy decepcionado de usted, aunque no sea su culpa. Fui yo quien se empeñó en conquistarlo, sin resultado alguno —sonrió con tristeza.

—No diga que no tuvo resultado. Puedo estar seguro de que hubiese sido muy feliz a su lado.

Ella se había ganado la gratitud eterna de Laurence. Esperaba que lady Poppy pudiera alcanzar lo que tanto deseaba: un poco de buena fortuna.

Capítulo 32

Después de que liberaron al marqués luego de que dejara las deudas para que pudieran probar que todo estaba saldado, Poppy sintió que era libre de cargas y culpas que tenía. La carga de haber comprado a un caballero y la culpa que su abuelo había echado sobre ella por casi matar a lady Helen. Esperaba la reivindicación de su abuelo con esa herencia que debía darle a Laurence. Nadie más que él la necesitaba para empezar su vida con lady Helen.

Su padre no había dado su brazo a torcer para que ella se fuera a su lado, pero se negó porque no quería ir donde la iban a ignorar y en esa ocasión ni siquiera le envió sus saludos a la duquesa.

Pese a que se sentía bien por hacer lo correcto con respecto al marqués y lady Helen, se sentía vacía y sola. Su vida se había vuelto solitaria desde que vio a Arthur por última vez cuando le entregó la carta y desató un montón de cosas que la dejaron casi sin aliento. De aquel día pasaron dos semanas y él no la había buscado y mucho menos ella.

Albert era su compañía, aunque no era muy conversador y mucho menos activo para los juegos. La ventana se hacía muy atractiva en las tardes cerca del otoño. Veía las hojas volar con el viento fresco y revoltoso y también veía a las damas sostener sus faldas para conservar su delicadeza.

—¡Deje en paz esa ventana, lady Poppy! —pidió Madeleine con un paño humedecido en la mano—. Marca su frente en el cristal...

Ella se alejó de la ventana y tomó a Albert es sus brazos.

—Es oficial, no quiero buscar un esposo. No tengo ánimos para nada... —dijo acariciando al gato que ronroneaba.

Madeleine no le hizo caso. Estaba segura de que en cualquier momento volvería a ser la tromba cazadora de esposos de siempre. Mientras limpiaba en círculos el cristal, reconoció la figura del conde de Lincoln del otro lado de la acera. Al parecer quiso pecar de mayor elegancia con un bastón de paseo.

—¡Mire, lady Poppy, es el conde! —exclamó para que ella se acercara.

Lo hizo con presteza y sonrió.

—¿Crees que viene a verme?

—¿Qué más podría estar...haciendo...? —habló perdiendo el aliento al ver que la señorita Western hacía gestos con las manos y lo tomaba del brazo.

—¡Aquella! —gruñó estrujando a Albert.

—Usted se pasa pensando en sus miserias, mientras él está continuando con su vida. Como dijo la señora Ross, es ella quien le dará herederos, por eso es seguro que la invite a los paseos y no venga siquiera a verla... —dijo Madeleine corriendo la cortina para que dejaran ambas de mirar—. Está limpio.

—Esa clase de damas no deberían estar con hombres tan buenos...

—Si le preocupa debería evitar que esa dama siga teniendo oportunidades e invitaciones de parte suya.

Poppy corrió la cortina y siguió apretando a Albert con fuerza contra su pecho.

—¡Pues es lo que haré! Me lo agradecerá eternamente —agregó con seguridad.

No bajó al gato en su apresurado camino a la salida. Olvidó sus guantes, su sombrero y sombrilla, pero no importaba. Lo importante era salvar a Arthur de esa dama aprovechada.

Llegó hasta el portón de la casa, y soltó a Albert afuera.

—¡Albert, vuelve! —exclamó con fuerza desde el portón. El gato no se había movido un paso, por lo que su idea de llamar la atención de Arthur fracasaría si el animal no cooperaba—. ¡Anda, Albert, no me hagas quedar mal!

Albert pasó la reja hacia la casa. Poppy había fracasado aunque no del todo. Vio a Arthur acercándose hacia donde ella estaba maldiciendo al gato.

—¿Está bien, milady? —preguntó preocupado.

—Estoy bien, era solo Albert... Me dio un susto de muerte. Pensé que se iría.

—Pues lo veo muy cómodo, sin ganas de irse muy lejos —dijo Arthur señalando al gato que ronroneaba y se impregnaba por la falda de ella.

—Es que este gato da sobresaltos. En cualquier momento sale volando... —rio nerviosa.

Arthur miró hacia donde estaba Annie esperándolo junto con su recién aparecida madre y luego observó a Poppy.

—Ha sido un placer verla... Me iré... —se despidió casi sin darle tiempo a reaccionar.

—Arthur... Mañana, en el té... Te espero...

Él tocó su sombrero y lo inclinó para despedirse de ella. Vio como aquellas mujeres tomaban su brazo para ir rumbo al parque. Y pensar que ella era quien debería estar paseando junto a Anne de aquel brazo. El maullido de Albert que estaba trepando su falda y metiéndole las uñas la devolvió a la realidad de que aquel gato le hizo pasar gran vergüenza.

—¡¿Cómo pudiste traicionarme?! Pensé que éramos amigos, Albert. Debiste ir y cortarle aquel vestido corriente y feo a esa dama... Me haces pasar vergüenza...

Arthur solo continuaba escuchando el parloteo de madre e hija. Sentía que tenía a dos cotorras colgando de sus brazos.

—Lo invitamos al té mañana, milord —mencionó la madre de Annie—. Nuestra cocinera hace el mejor pan para acompañar los tés, ¿No es así, Annie?

—Sí. Estaríamos contentas con su presencia.

—Cuánto pesar me provoca tener que declinar tan generosa oferta. He quedado con mi querida lady Poppy para tomar el té en compañía de la señora Ross. Como sabrán es mi más estimada amiga.

—Tal vez en una próxima oportunidad la invitemos a tomar el té con nosotros. Aún no hemos tenido la oportunidad de charlar sobre su estadía aquí después de dejar Francia.

—Serían muy amables al hacerlo. Ella es una excelente compañía y es muy divertida, no se arrepentirán de tenerla como una amiga —opinó Arthur haciendo alardes de ella.

Las acompañó a varias vueltas por el parque y quedó en invitar a la señorita Annie a su casa de las afueras de Londres para mostrarle sus habilidades de arquería y montar a caballo. Por supuesto, estaba pensando en llevarse a sus hermanos y a Poppy que le había dado una gran sorpresa al bajar la guardia. Creyó que la había perdido para siempre.

Respetaba sus momentos turbulentos y no quería entrar en el fuego cruzado cuando ella estuviera de mal humor. Las tendencias de una persona como Poppy eran muy simples. Siempre sonreía y estaba de un excelente humor, pero una caída fuerte podría significar un gran dolor. Era paciente al esperar que ella diera una señal que él no iba a desaprovechar.

Trataba de hacerse a la idea de conocer a más muchachas porque estaba resignado a ser la persona de confianza de Poppy. Proponerle matrimonio sería alejarla. Otra opción que pasaba por su mente era mantenerse soltero para disfrutar de la compañía de ella. Sin embargo, esa idea no terminaba de agradarle, pues ella en algún momento encontraría un pretendiente que a sus ojos fuera valioso y se iría con él dejándolo solo. En ese caso, su esfuerzo infructuoso de quedar

soltero para ser su compañero era sin sentido. La señorita Annie era un poco más inteligente que otras señoritas de su edad, pero el gran problema era su madre. Era como un perico que no guardaba silencio en ningún momento. Su cabeza pareciera explorar cada ver que parloteaba largas conversaciones sin mucho contenido. Sin dudas, la razón por la que esa muchacha estaba soltera era su madre.

De regreso en su casa encontró al marqués de Salisbury esperándolo para que le permitiera visitar a su madrastra, pues ella se encontraba aún viviendo bajo su techo y con un vínculo difícil de objetar.

—Milord...

—Señoría. No es necesario que me espere, puede pasar a verla. No hay mucho que pueda decir.

—Estoy cortejando a su madrastra, milord.

—Es bueno que no haya sido a mi madre —alegó guasón.

—Supongo que ella estará repuesta. Quisiera llevarla a mi casa para cuidar de ella.

—Saldrá de aquí casada, es todo. Una condesa viuda no debe parecer que huyó con un amante. Aún tiene su pensión que solamente le sacaré una vez que esté casada con usted.

—Ella me habló de una dote que usted le daría, pero no desea abusar de su generosidad.

—No es generosidad es solidaridad. No será la dote de una debutante, pero ayudará a lo que lady Poppy hizo por ustedes. Estuve pensando en una forma de hacer fortuna para usted. Necesitará una pequeña inversión para explotar las tierras en las colonias. Hace un año que estoy haciéndolo ha dado buenos resultados.

—Lo tenía pensando también, pero es bueno saber que resulta y no será una pérdida ir a las colonias.

—Sí. Hasta que no tenga una fecha de matrimonio para lady Helen, ella se quedará aquí. Asunto solucionado —sentenció antes de retirarse a sus aposentos.

Había olvidado sus negocios en las colonias. Solo una vez había ido y el
panorama era alentador. Sería un excelente refugio una vez que Poppy se casara eventualmente.

Una vez más, Poppy era interrumpida por la presencia de su padre, al que había visto más veces visitándola que cuando vivían juntos. Lo ignoró por completo y se acercó al pianoforte donde la esperaban Spencer y Albert para acompañarla.

Levantó la tapa y con una sonrisa tocaba una alegre melodía mientras miraba a los animales que la acompañaban. Su padre estaba acompañado de la casi insípida presencia del señor Ross y de su esposa, que solo tenían vestigios de cordialidad hacia el duque.

El padre de Poppy se levantó del asiento donde estaba incómodamente sentado y se acercó al pianoforte con ambas manos detrás de la espalda.

—Tocas muy bien, Poppy.

—Los animales son excelentes espectadores y saben disfrutar de lo que las personas no valoran... —comentó, dirigiéndole una mirada poco amable—. Debo agradecer que al menos el maestro de piano no fue algo perdido o poco aprovechado.

—¿Qué te ha ocurrido aquí, Poppy?

—Recibí lo que siempre me han negado cuando viví bajo su techo. He conocido el cariño de unos padres, de mi primo y hasta del cruel hombre que es mi abuelo. Incluso estos animales me han dado su afecto. He escogido, mal aunque fue mi elección, a un prometido que perdí y me di el mayor de los lujos, hacer amistad con un caballero. Londres es la experiencia más maravillosa de mi vida. París era nefasto. Hacía lo que usted decía y como lo quería. Me ofrecí a cuidarlo cuando enfermó y usted me rechazó —recordó con un destello de lágrimas en sus ojos—. Se

casó sin decirme nada, ¿Dónde está la duquesa de Grafton? ¿Dónde está la desafortunada?

—Muerta al igual de lo que llevaba en vientre. Murió de una enfermedad infecciosa unos días antes de recibir tu carta. Beverly ha quedado desamparada sin su madre. Ella está en casa de unos parientes que se desconoce si la recibirán.

El corazón de Poppy se encogió del dolor.

—Lo siento. Una carta en un momento desafortunado, el infortunio es de familia —lamentó, abandonando aquella pieza alegre que estaba tocando.

—La vida me ha cobrado tu abandono con creces. Si quieres ir a mi casa, estará abierta para ti siempre... —se despidió el duque tomando su sombrero, no sin antes reverenciar a los dueños de casa.

El señor Ross fue a colocarse junto a ella.

—Por más que me quiera robar a la hija ajena, sé que perteneces a otro lugar, querida. La señora Ross y yo nos sentiremos muy solos, pero sabremos que estás en el lugar correcto si decides irte con él.

—No merece siquiera mi lástima, pero no puedo negar cuánto dolor me provoca verlo sufrir porque aunque diga no quererlo, lo quiero demasiado para desearle el mal.

—Qué nobleza hay en tu corazón y mucha tontería en esa cabeza. Si esa muchacha no tiene donde ir, nuestras puertas están abiertas, recuérdalo.

—Esto ya parece un orfanato —sonrió Poppy tomando la mano del señor Ross.

Para el día siguiente aún no había hecho sus baúles para mudarse con su padre. Aún tenía vestidos que usar para recibir a Arthur en el té.

Se esmeró por verse agraciada en cuanto su rostro se lo permitiera. Sonrió para sí en el espejo. Sentía que su vida se encauzaba hacia algo bueno. Era probable de que tuviera la oportunidad de conquistar el frío corazón de su padre. Las experiencias en Inglaterra eran enriquecedoras para su inmadurez. Llegó con el capricho en la mente, pero supo que no podía seguir de esa forma. Tenía que ver la vida con madurez y no por capricho al capricho ajeno. Huyó de los buenos pretendientes porque su padre los escogió, aunque los haya escogido por su bien y una vez que ella escogió comprendió que no estaba preparada para seleccionar un pretendiente. Cegada por su capricho y sus malas decisiones se fijó en el marqués y recluyó a cualquier otro buen pretendiente en un lugar casi inaccesible para su mente.

—Lady Poppy, el conde de Lincoln ha venido para el té —avisó Madeleine con un poco de harina en las manos por estar preparando panes con Erin.

—¿Ha venido solo?

—Sí. No ha venido lady Anne ni lord Benedict y siento decirle que la señora Ross, se siente fatal esta tarde.

—Me preocupa la salud de la señora Ross. Enferma con frecuencia.

—Sufre de los nervios, milady, pobrecilla... —fingió compadecer a la señora Ross, pues ella fue quien planeó que lady Poppy y el conde estuvieran solos. Aquella señora era una casamentera de raza.

A Arthur lo hicieron pasar al salón del té donde no llegó a acomodarse. Se tomó el tiempo de observar los finos detalles en las nuevas cortinas.

Escuchó que la puerta se abrió, y se giró para ver que Poppy se quedaba parada en el umbral. Ella lo recorrió de pies a cabeza con la mirada.

—Elegante bastón —opinó haciendo una venia—. Me recuerda a mi abuelo.

Él correspondió la reverencia y sonrió.

—Tan lindo que me parecía. Me daba un aire galante y muy reverencial, pero ahora me

siento como un anciano —rio al decirlo—. Están lindas las nuevas cortinas, ¿Podrías darle mis más sinceros halagos a la señora Ross?

—Por supuesto —dijo señalando el sillón.

Ambos tomaron asiento y se miraron un poco incómodos. Poppy sonreía nerviosa y él desviaba la mirada hacia cualquier sitio.

—Tomé una pésima decisión al decirte que no seríamos amigos, Arthur. No he estado tranquila sin ti, te estaba extrañando. ¿Con quién compartiría mi tiempo?

—Me hace digno que pienses en pasar tiempo conmigo, al menos hasta que encuentres un nuevo pretendiente —indicó sugerente.

—Estuve pensando que no sé si estoy lista para escoger. Tal vez la soltería sea una buena opción.

—No sería bueno que tu encanto no prosperara para otra generación.

—¿Mi encanto? —preguntó avergonzada al ver cómo Arthur la miraba.

—Eres digna de admiración por todos tus atributos. Sabes montar como una amazona, eres una arquera excelente y eres prolífica con tu compañía en los tés.

—Faltó que sé ejecutar el pianoforte...

—¡Qué descuido imperdonable! Se me debió olvidar porque no te escucho haberlo hace mucho.

—Sí, es cierto. ¿Cómo van las cosas con la señorita Western? —indagó fingiendo estar distraída.

—Es muy agradable...

—Tanto como una serpiente que se abraza a tu cuello y luego se dispone a devorarte...

—Es un pésimo concepto para alguien tan agraciado como tú.

—No, ella es un pésimo prospecto para ti. Me han dicho que... —carraspeó su garganta para averiguar lo que quería: confirmar los que le dijo Madeleine sobre los probables sentimientos de Arthur hacia ella —, tenías los ojos puestos en otra muchacha.

Arthur se sonrojó y tartamudeó antes de poder hablar.

—Sí, había una muchacha hermosa que conocí en un baile, pero sus ojos la han llevado por un sendero distinto al que yo pertenezco.

—¿Ah sí? Y si esa muchacha abriera los ojos, ¿Qué harías?

—Probablemente nada. Si antes no le resulte lo suficiente, dudo que en este momento me considere valioso o un buen pretendiente.

—Entonces, seré tu Celestina personal. Te conseguiré a la dama que tus afectos quieran —dijo animada.

—No te ofendas, pero estoy intentando vivir sin pensar en lo que no fue y es muy probable que no sea.

—Te diré la verdad, quiero que me confirmes si es cierto lo que dicen de que me pretendes... —habló Poppy con sinceridad. Quería saber de sus propios labios y no de chismes, que fuera cierto, y si no lo era, que terminara desmintiendo aquello.

Él bajó los ojos y se levantó para caminar en círculos, mientras buscaba nervioso las palabras en la mente.

—No es que te pretenda, te he pretendido, pero no dije nada porque no deseaba forzar alguna reacción de tu parte. Tu amistad es importante para mí, prefiero tenerte cerca a terminar perdiéndote. Te he escuchado como un fiel oyente cuando te referías con afecto al marqués y sometí mis sentimientos a sufrimientos que no debían por amor a ti. Sé que no me pretenderás porque me has visto desde un principio quizás como a un hermano y sé que ese concepto no

cambiará. Me conformo con tu cercanía y tu compañía. Después de que consigas a alguien a quien querer, buscaré a quien podría corresponder a un cariño sincero. Seré tu compañero fiel el tiempo que tú decidas, Poppy.

Capítulo 33

Esperaba que alguien pudiera armar el rompecabezas que era su mente en ese momento. Había olvidado que estirar un poco la lengua de Arthur era conocer mucho, y en esa ocasión creyó saber demasiado. Las advertencias de su doncella y de su abuelo no eran palabrería, sino una realidad que sin desearlo la hacía sentir muy culpable porque no midió sus palabras cuando las dijo ya que desconocía los sentimientos que se gestaban dentro de él.

Miró a sus profundos ojos que parecían asustados y quizás arrepentidos de haber contado su secreto tan bien guardado para ella, pero muy poco evidente a sus ojos. Podía imaginar la incomodidad de todo lo que ella iba proponiendo para conquistar al marqués. Arthur era su maestro y en aquel momento todo se tornaba confuso. Quería a Arthur, lo apreciaba y lo extrañaba, pero, ¿Podría aquello ser amor o convertirse en eso? Él era bien parecido, rico, galante, educado, tolerante, en extremo paciente y en definitiva, siempre quería hablarle con la verdad y si en un momento no lo hizo fue porque ella se lo impidió con sus efusivos deseos hacia otro caballero. Apenas podría mirarlo a los ojos gracias a eso.

Arthur se sentía como si no perteneciera al mismo mundo que Poppy. Ella lo estudiaba, y parecía muy ofendida por el rostro que tenía. Había sido un completo error decirle sus sentimientos tan pobres comparados con lo que ella tal vez soñaba recibir de algún caballero. Estaba seguro de que la perdería.

—Yo solo quiero pedirte perdón por hacerte sufrir. De ninguna manera suponía esto —confesó sin mirarlo.

—Comprendo que desees prescindir de mi amistad de aquí en adelante. No deseo incomodarte con nada, solo quiero tu felicidad y tienes mi apoyo para todo lo que llegaras a necesitar...

—¡No voy a prescindir de tu amistad! —exclamó al ver que se cohibió con esas palabras tan sosas y propias de su temperamento melancólico—. Siempre serás mi buen amigo. No podrás escapar tan fácilmente de escuchar muchos disparates juntos, ¿Dónde encontraría alguien que pudiera sostener tanto infortunio junto? —dijo acercándose a él para tomarlo de un brazo. No quería que se sintiera mal y lo mejor que ella podía hacer en ese momento era distraerlo con alguna tontería—. Aquí no ha pasado nada, siempre serás una víctima de lady Calamidad.

Él colocó su mano sobre la de ella y le dio una sonrisa trémula, para que también Poppy pudiera pasar por alto la incomodidad que él creía que ella estaba sintiendo.

Poppy lo llevó para sentarse de nuevo. La presencia de Erin y Madeleine rompieron aquel momento en que ambos deseaban leer la mente del otro. Aunque quisieran aminorar lo que ocurrió, se dieron cuenta de que algo se había desatado entre ambos.

Madeleine se quedó como carabina entre ambos en ausencia de la señora Ross. Para Poppy, Madeleine era parte de su pequeña familia y representaba algo muy importante para ella por eso la había invitado al té como siempre que debía beberlo sola. Arthur no estaba incómodo por beber el té con la servidumbre. Eso solo hacía que viera de mejor manera a Poppy.

—Estoy pensando en que vayamos a mi propiedad para practicar de nuevo la arquería, ¿No te parece?

—¡Por supuesto! Gracias a ti, casi soy una experta.

—Que Dios resguarde a las aves... —comentó mordaz su doncella.

—Madeleine, te recuerdo que no me viste hacerlo para juzgarme...

—Pero la imagino haciéndolo.

—Se equivoca, Madeleine. Poppy es muy diestra para la arquería... —la defendió Arthur, haciendo que Poppy alzara la nariz de manera frívola y engreída.

Madeleine sospechaba que el conde solo le hacía cumplidos a lady Poppy porque quería evitar decir que era un completo desastre. Aquel hombre estaba cegado por lo entusiasta que era Poppy.

—Voy a demostrar que no he olvidado lo que aprendí. Tendremos todo tiempo para ello.

—¿Te molestaría si invito a la señorita Western? Le prometí mostrarle lo que era la arquería. Se ha mostrado bastante interesada en conocer el deporte.

—¿Interesada en el deporte? Es lo mismo que a mí me interesen los números... —desconfió Poppy.

Sin no estuviera tan segura de la información que la señora Ross le había dado, pensaría que era una pésima persona, sin embargo, no era así. Arthur tenía el corazón más blando que conocía y sospechaba que cualquier acción que hiciera Annie Western, él la tomaría como un acto inocente y espontáneo.

—¿No estás molesta?

—No me molesta que le muestres nada. Uno nunca pierde la esperanza de que la flecha se le dé vuelta y ella se convierta en el blanco.

—Si te molesta no la llevaré y presentaré mis más sentidas disculpas de manera educada y complaciente.

—¡De ninguna manera le darás complacencia! —se apresuró a decir—. Soportaré su presencia por ti, tal como lo hiciste tú conmigo.

—Es un pensamiento valorable, Poppy, solo digno de ti...

La doncella pensó que aquella era una extraña guerra entre dos panes azucarados. El conde era tan complaciente con cualquier persona que dudaba que algo pudiera molestarlo y lady Poppy era una pequeña oveja jugando a ser el lobo. Con mucha sinceridad no soportaba a la señorita Western por lo que ocurrió con su primo y menos en ese momento en que el conde parecía muy interesado en la compañía de la muchacha.

Después de quedarse por varias horas conversando con Poppy y Madeleine, Arthur se despidió y se dispuso a abandonar la mansión de la familia Ross.

—¡Milord! —lo llamó una voz femenina que estaba escondida cerca de las escaleras.

—¿Señora Ross?

—Venga, que no lo vea Poppy —dijo estirándolo del brazo para llevarlo hacia afuera de la casa.

—¿Qué ocurre, señora Ross? —indagó confundido.

—Válgame el cielo si no seré casamentera, milord. Lo he escuchado declararse a Poppy —acusó la mujer con picardía.

—No es así, lo que...

—¡No diga más! Usted necesita una mano y yo se la voy a dar —lo interrumpió con aquello al verlo lívido—. Sé cómo hacer que Poppy caiga rendida a sus pies...

Él sonrió por las buenas intenciones de la señora Ross y decidió escuchar sus desvaríos. Le agradaba aquella mujer.

—Quisiera tener a esa lady en mis brazos y no a mis pies, es la única condición que tengo para escucharla, señora Ross —la animó sugerente.

—Como a usted le quede mejor, yo solo quiero casarla —rio con poca moderación al decirlo

—. Le sugiero que le hable a Poppy sobre la señorita Western con tanta frecuencia que esa muchacha termine enfermando por escuchar sobre ella. Hará lo que sea con tal de que usted no se case con aquella. Le aseguro que terminara convirtiendo el cariño de amigo en otra cosa.

—Opino que muchas cosas pueden salir mal con esa idea. Lo primero es que no se pueden modificar sus sentimientos con esa banalidad. Yo seguiré invitando y saliendo con la señorita Annie porque me parece agradable.

—No importa las excusas que me dé para invitarla, usted solo debe hacerlo.

—Está bien, señora Ross. Ahora debo retirarme a casa. Me dijeron que usted estaba enferma.

—¡No lo estoy! Solo deseaba un descanso —se excusó con un movimiento de manos que hacía de menos la preocupación de Arthur—. Eres igual que Poppy, ambos son tan crédulos.

Disfrutó de la que sería la última cena con aquellas dos personas que la acogieron esos meses y le dieron el afecto y el calor de lo que siempre buscó. Sentía mucha pena por su padre y por todo lo que había pasado. Ella podía considerarse afortunada por solo haber nacido, pero su hermano o hermana no lo fue.

La señora Ross pese a jovialidad dejó escapar unas lágrimas y el señor Ross parecía más taciturno que nunca. Llegó a conocerlo bastante. Su silencio decía más que sus propias palabras y en esa ocasión estaba muy triste.

Ella se sentó en la cama como una dama no debería hacerlo. Tenía las piernas abiertas y las manos entre sus piernas sobre su camisón.

—¿Qué voy a hacer sin Albert? —preguntó en voz alta a Madeleine que estaba bajo la luz de una vela guardando más cosas en su baúl. Tenía tantos que no acabaría.

—¿Albert? Yo me preocuparía más por perder a los señores Ross e ir a vivir bajo el techo de su padre.

—Podría equivocarme, pero podríamos regresar aquí cuando se nos antoje. Mi padre no nos lo impedirá si no le somos agraciadas. Ya no me siento débil y necesitada por ser una mujer. No necesitaba casarme para tener amor. Solo necesitaba conocerlo y ahora sé lo que se siente ser apreciado. Los animales me han huido como a la peste por años y desde que estoy aquí hasta puedo tocarlos y dormir con ellos, algo ha cambiado en mí...

—Descubrió que es la persona a la que la gente puede querer sin ningún reparo. Se lo he dicho siempre, pero las palabras de una criada son tontas para una lady.

—Eso no es cierto. ¿De dónde sacas tanta tontería junta? Me dijiste que Arthur estaba enamorado de mí, y resultó ser verdad, una cruel verdad... —razonó al momento que lo dijo—. ¿Cómo podría corresponderle? ¿Cómo sabré si es amor o un capricho? No siento por él aquel deslumbramiento que sentí con el marqués desde que lo vi por primera vez.

—¿Y cómo ve usted al conde?

—¿Qué cómo lo veo? —rio al preguntar—. Me hace sentir entusiasmada de estar en su compañía, sin duda alguna. Me agrada todo lo que me ha dejado conocer de su vida...

—Si es que ha dejado algo en el tintero...

—Hay tantas diferencias con el marqués.

—¡Oh, lady Poppy! ¿No me diga que dejará ir a ese caballero pensando que el amor es solo sentir mariposas en el estómago? ¿Qué hay de los días maravillosos al lado del conde? De los tés, de las lecturas, de la arquería y montar a caballo, ¡Por supuesto, y los paseos! Cómo olvidar los paseos. ¿Sabe usted que él le mostrará lo mismo a la señorita Western? ¿Y si ella ve lo que usted no? No quiero pensar que pierda la oportunidad de conocer el amor por solo un capricho que le ha dejado un mal sabor de boca y ni qué decir de que la ha dejado ridículamente vestida y alborotada...

—No quiero que esto afecte mi amistad con Arthur. Me hace sentir feliz, estar lejos de él es un castigo.

—Sí, para mí, que debo escucharla incluso por la madrugada. Fue hasta mí habitación para matarme de un susto.

—Tenía muchos nervios, ¿A quién podía acudir?

—¡Está bien, usted ganó en esta, milady!

—Esperaré a ver qué ocurre. No tengo urgencia por casarme...

—¿Y el conde?

—Me ha dicho algo que me agradó. Me dijo que se casará después de que yo lo haga. ¿Sería injusto que quedáramos solteros? Estaré firme en mi puesto hasta que desista de la idea de querer estar con la señorita Western.

Para el mediodía, los criados del duque habían bajado todos los baúles de lady Poppy que desde que vivió en casa de la familia Ross había sumado cuatro baúles llenos de vestidos que mandó a confeccionar el señor Ross con sus telas.

Quedaron muy exhaustos después de sacar los baúles y luego llevarlos a la habitación de aquella casa que ella no visitaba desde que tenía diez años.

Se quedó un poco para admirar los jardines que recordaba borrosamente. Recordó haber subido a un árbol de grandes ramas y quedó atorada. Los criados habían entrado en desesperación por bajarla antes de que su padre volviera de una salida.

Se acarició la frente al sentir que ese era el lugar donde se golpeó en aquel momento. Cuando sonrió por aquella travesura, vio que un carruaje de alquiler se quedo frente a la casa. Una muchacha pelinegra bajó del carruaje. Su vestimenta estaba un poco descolorida por los lavados a los que era sometido. El cochero bajó un pequeño baúl y la dejó ahí.

Poppy se acercó a la reja y miró a la muchacha que era de la edad aproximada de Anne.

—Buenos días... —saludó Poppy.

La muchacha era temerosa, pero tomó valor y miró a Poppy con su ojos grises.

—Buenos días, ¿Vive aquí el duque de Grafton?

—Sí, es mi padre.

—Es un placer conocerla. Soy la honorable señorita Beverly Osborne, hijastra de su padre y he venido a pedirle asilo...

Capítulo 34

Poppy quedó perpleja con las palabras de la niña. Se sentía identificada con ella. Estaba huérfana como Poppy lo estuvo.

—¡Pasa, estaré encantada de ser tu hermana! —exclamó abriendo el portón para tomarla del brazo y meterla adentro—. ¡Olvidaba tu baúl!

Soltó a la muchacha y fue corriendo hacia dentro de la casa.

—¡Hay un baúl más para meter adentro! —anunció a los cansados empleados.

—¿En verdad, lady Poppy? Estoy cansada de acarrear sus vestidos —objetó Madeleine.

—Es el baúl de mi nueva hermana. ¿Alguien puede acercarse a recogerlo?

Se quedaron muy sorprendidos al escuchar que lady Poppy tenía una nueva hermana. Era tan descabellado como todo lo que podía salir de la boca de Poppy.

—¡Ven adentro, Beverly, quiero que conozcas tu nueva casa y que converses con mi padre! —expresó otra vez tomando su brazo.

Beverly sonreía nerviosa por la efusividad de la hija de su padrastro a quien no conoció cuando ellos se casaron. Imaginó que sería muy estirada para lo que ella estaba acostumbrada. Su madre y ella tenían un poco de dinero que las dejaba vivir con decencia, aunque sin lujos en Francia. Cuando su madre le dijo que conoció a un duque con mucho dinero que estaba interesado en un hijo, no lo pensó dos veces, se casó sin conocer nada sobre él, salvo lo que el duque le había contado de su vida. Beverly estuvo en desacuerdo desde un principio con que su madre se volviera a casar. Sabía que sus posibilidades de casarse cuando tuviera la edad suficiente serían muchas más de las que tendrían siendo unas damas que vivían de una triste y reducida pensión. Después de que su madre murió con todo y su hermano o hermana, deseó irse lejos, pues estaba segura de que la amabilidad del duque sería nula con ella con su madre muerta.

Al pasar a la casa, estaba deslumbrada por tanta belleza en un solo lugar. En Francia se acostumbró a la lujosa residencia del duque.

—Mi padre es un hombre asiduo a la biblioteca, lo sorprenderemos ahí —propuso Poppy, jalando del brazo de la tierna niña.

El corredor para llegar hasta ese lugar era muy largo. Lady Poppy era muy efusiva para su gusto particular y calmado. Podía llegar a temerle bastante.

Sin ninguna delicadeza, Poppy abrió la puerta de la biblioteca donde su padre estaba con una lupa observando unos documentos.

—Bienvenida a tu casa, Poppy —saludó adusto y sin levantar la mirada. Estaba muy acostumbrado a los arranques de Poppy cuando estaba en su biblioteca.

—Gracias, padre, pero no estoy sola. Ha venido la señorita Beverly, quien me dijiste ha quedado huérfana.

Su padre levantó la mirada y vio a Beverly cohibida y sujeta del brazo de la yegua despotricada que era su hija. Con aquella niña se había llevado muy bien. Aún estaba en edad de ser bien educada porque Poppy era un caso perdido. Pensó además en que quizás ella fuera lo que Poppy necesitaba para calmar su miedos y angustias referentes a una familia, pero la muchacha no le dio tiempo de proponérselo, simplemente se fue.

—¿No te fue bien, Beverly? —indagó en un tono calmado.

Poppy vio que su padre se sentía mucho más en paz con esa niña que con ella. Evitó pensar

que con solo pocos meses de conocer a Beverly, él le hubiera tomado cariño y se lo haya dado como no se lo dio a ella.

—Disculpe por atreverme a volver, excelencia. Usted tiene razón, no me fue bien con mis parientes. Fueron unos meses horribles desde que salí de su casa. No imaginé que el mundo sería así.

—¿Qué te ocurrió? —preguntó señalándole un asiento a Beverly y también a Poppy.

Beverly miró a Poppy que no le sacaba el ojo de encima. Parecía un águila, esperando a que dijera algo que no le agradara.

—Cuando llegué, mis tíos estaban en una pésima situación económica... —calló por un segundo para que las lágrimas no le ganaran—. Aceptaron tenerme y pensé que todo se podría superar, pero no fue así. Me convirtieron en la servidumbre porque debían reducir gastos de la casa...

—¡Por favor, cómo fueron capaces de hacer eso contigo, eres la hija de un barón! —se quejó Poppy muy indignada, tomando su brazo.

—Comparado con lo que ocurrió después, eso fue muy agradable. No estoy en edad casadera, pero un hombre extraño que para mí era el acreedor, me observó con detenimiento y luego se llevó a mi tío para conversar. Pensé que era solo un momento incómodo, pero no lo era. Al cabo de unos días, ese mismo hombre volvió y mis tíos me dejaron a solas con él... —contó rompiendo en el llanto que no quería dejar escapar.

Poppy y su padre esperaban que terminara el relato y que eso que ellos creían que le ocurrió no fuera cierto.

—Intento propasarse conmigo, pero tomé una de las ollas de hierro y lo golpeé. Menos mal no lo maté, aunque terminó amenazándome con que me llevaría. Mi tío después de que le contara aquello, me golpeó porque me dijo que era su única salida de la situación de sus deudas. Quería que yo pagara sus deudas como la querida de ese hombre... Todas mis oportunidades de casarme estarían desaparecidas si no huía. Siento mucho haber dejado su casa, me arrepiento mucho.

—No te preocupes, Beverly. Mi padre de ninguna manera es el mejor padre del mundo, pero aquí no te faltará nada. Así como mi padre triplicó mi dote para librarse de mí, a ti te dará una igual de generosa, ¿No es así, padre? —curioseó. Ella quería que su padre dijera que lo haría porque Beverly no tendría un futuro bueno sin ellos. Aprendió de su experiencia, que la pobreza podría separar a dos personas que se amaban. Sentía gran madurez para hacerse cargo de una hermana pequeña. Vio a Arthur encargarse de sus hermanos, ¿Qué tan difícil podría ser?

—Puedes quedarte, Beverly. Pensé en ti como una hermana para Poppy antes de que te fueras. No me diste tiempo de decírtelo...

Poppy levantó la mirada hacia su padre. No podía creer que pensara en ella. Abandonó a Beverly para abrazar a su padre.

—¡Me hace tan feliz que se haya preocupado por mí! —dijo muy emocionada—. ¡Tengo una hermana! Deseaba una familia, toda la vida la quise.

El duque de Grafton acarició el cabello de Poppy para que ella luego se olvidara de él y fuera para atosigar a Beverly.

—Quiero que tu habitación esté al lado de la mía. Madeleine nos puede atender a ambas, ¿Qué piensas?

—Aún no he podido pensar —musitó roja de vergüenza.

—Sé que no dejo pensar mucho a la gente. Pensar demasiado es malo. Adiós, padre, y gracias por lo que hizo por las dos. ¡Vamos, Beverly! Nos vamos a deshacer de toda esa ropa que traes. Mi hermana no puede vestir trapos. Dudo mucho que mis vestidos te queden en la zona del

pecho.

Beverly alcanzó a hacer una reverencia para despedirse del duque que sonrió y negó con la cabeza al ver a Poppy tan contenta.

Poppy la llevó hasta la que sería su habitación y se la presentó a Madeleine. Ella estuvo de acuerdo en atender a ambas. Le pareció que la niña estaba muy asustada y Poppy la asustaba aún más porque era demasiado efusiva. Aunque no se quejaba.

La dejó descansar unas horas y luego apresuró a Madeleine para que pudiera modificar uno de sus vestidos para Beverly y salieran para comprar vestidos de la talla de la niña. Beverly era del tamaño de Anne aunque un poco más menuda.

El ajetreo de la tarde no acababa para la recién llegada. Estaba asfixiada por las atenciones de Poppy. Volvieron de la modista con varias cajas en el carruaje. Poppy estaba más emocionada que Beverly.

—Me gusta mucho este lavanda, también este amarillo, ¡Este rosa es un encanto para ti! —opinó Poppy a medida que sacaba los vestidos del los envoltorios y los colocaba sobre la cama.

—Son todos demasiado bonitos.

—Sé que es difícil que te acostumbres a mí de la noche a la mañana, pero es mejor que lo hagas. No quiero verte triste y callada en un lugar. Tengo a la hermana de mi amigo Arthur que tiene tu misma edad. Anne quizás en ocasiones sea mejor compañía que yo para ti...

—Me agradaría conocerla. No soy muy habladora porque no me acostumbré a eso. No fui a la escuela de señoritas...

—¡No fuiste a la escuela de señoritas! —exclamó sorprendida—. Pero, no hace falta ir. No sirve para encontrar esposo. Tengo veinte años y estoy soltera. Voy por una tercera temporada. Tú tendrás más suerte que yo, lo presiento.

—Es la esperanza de toda dama en edad casadera casarse, pero aún no estoy en edad de desear algo desconocido.

—Encajarás con Anne, estoy segura. En unos días me acompañarás a una de las propiedades de Arthur y conocerás a su familia.

—Espero que así sea.

Había llegado el día en el que debían acudir a la propiedad de Arthur. Beverly estaba más abierta a la efusividad de su hermana Poppy. Era encantadora con ese entusiasmo que la precedía. Le había contado sobre su compromiso fallido, pero no le dio tiempo de sentir pena porque al momento le comentó sobre las maravillas que había en la propiedad de su amigo.

Poppy sabía que encontraría a la señorita Western en aquel lugar, pero esperaba llegar antes que ella.

Para su mala fortuna, la señorita Western fue con Arthur y sus hermanos hasta ahí porque su madre y su padre salieron en el carruaje.

—Bienvenida, Poppy —la recibió Arthur con una sonrisa y luego besó su mano. Miró extrañando a la muchacha que estaba con ella.

—Gracias. Quería presentarte a mi hermana, la honorable señorita Beverly. Es la hija de la difunta duquesa de Grafton. Mi padre se hace cargo de ella. Es un encanto...

Arthur se acercó a besarle la mano y le hizo una reverencia que Beverly correspondió con torpeza.

—Sea bienvenida, señorita Beverly. Anne y Benedict se han adelantado con la señorita Annie.

—Muchas gracias, milord —expresó la muchacha.

—Entonces los alcanzaremos.

Poppy tomó a Arthur del brazo mientras Beverly disfrutaba de la gran laguna que se veía a lo ancho de la propiedad. Estaba encantada con la naturaleza.

—¿Cómo te sientes por la recién llegada? —indagó Arthur, colocando su mano sobre la de ella mientras caminaban.

—Me siento muy bien. Mi padre ha demostrado tener corazón y paciencia. Creo que Beverly lo ha cambiado. No creas que me siento mal, pensó en ella como en una hermana para mí. Se dio cuenta de mis necesidades y la unió con las de ella. Me pone muy feliz saber qué tengo una familia. A mi abuelo no le ha agradado la noticia cuando fue a verme. Tampoco le gusta visitarme en casa de mi padre, pero lo soporta porque soy su nieta.

—Me alegra saber que no celas de tu padre. ¿Qué te parece si nos quedamos dos días?

—¿Con esa serpiente? —señaló hacia Annie que miraba a Benedict tirando piedras en el agua.

—No es una serpiente, Poppy.

—Hazme cambiar de opinión —lo retó.

—Solo debes sentarte a conocerla.

Al llegar junto al resto, Anne al momento se interesó en Beverly al igual que Benedict que debo maravillado con sus ojos grises. No parecía el mismo Benedict que escondía los libros de su hermana y se burlaba de ella. Se comportaba como un caballero, haciendo que su hermana se burlara de él. Anne se llevó a Beverly para enseñarle un gran vivero que tenían en la propiedad y Benedict también se había mostrado repentinamente muy interesado en las flores.

Arthur fue a buscar su equipo de arquería que se quedó un poco atrás de donde él se lo pidió a sus empleados. Dejó a Poppy y a Annie juntas a las orillas de la laguna.

—Lady Poppy, es un placer compartir este lugar con usted y milord. Me ha dicho que son excelentes amigos... —comentó Annie, acercándose a Poppy—. ¿No le gustaría caminar conmigo por la orilla? Vi pájaros interesantes del otro lado.

Poppy no quería caminar con ella, pero se prendió a su brazo por respeto a la propiedad de Arthur y porque era una pésima invitada, aunque una al final.

—Por supuesto. Sí, Arthur y yo somos amigos desde hace tiempo.

—Es encantador. No he visto a un caballero más atento que él.

—Sí. En ocasiones creo que es demasiado bueno, tanto que cualquiera podría aprovecharse de él. No quiero que nadie lo haga porque deseo su felicidad.

—Pensamos igual. Con honestidad, desde hace tiempo quería conversar con usted.

—¿Por qué razón? —indagó confundida.

—Es que llevo meses siendo invitada a paseos, bailes y tés, pero no hay una propuesta de su parte.

Ella abrió los ojos con sorpresa. No quería saber a dónde se dirigía esa muchacha.

—¿Y qué tengo que ver con eso?

—Usted es su amiga y quisiera que me dé consejos para que esa propuesta se pueda dar. Estoy muy entusiasmada con milord y quiero hacer todo lo que sea de su agrado...

Miró con sobresalto a Annie Western y dejó de caminar con ella. ¿Sería posible que ella valorara Arthur como ella no lo pudo hacer? Comenzaba a sentir temor de que a él le interesara verdaderamente Annie porque ella solo le había dado dolor a su corazón. Quizás con la señorita Western él pudiera estar tranquilo.

Capítulo 35

Annie esperó la respuesta con una sonrisa que resultaba sus finas facciones. Estaba en realidad bastante interesada en saber cómo conquistar a Arthur y ella no podía interferir de ninguna manera. Ella haría exactamente lo que hizo Arthur cuando estaba interesada en el marqués. En ningún momento intentó echar por tierras sus esfuerzos por conquistarlo y ella tampoco le haría eso.

—Pues... —se detuvo al hablar para pensar un poco—. Él adora cuidar de los demás. Tiene un corazón de oro. Si eres torpe tendrás un gran lugar en su corazón y en su visual. No te perderá de visita un segundo.

—¿Ser torpe? —indagó frunciendo el ceño, muy confundida por esa información.

Por lo general los caballeros no estaban interesados en las mujeres que constantemente necesitaban ser salvadas de sus propias tonterías. Ella no se consideraba ni cerca como una mujer torpe, sino más bien perfeccionista.

—Sí, se lo puedo asegurar. Me ha salvado más veces de lo que le puedo decir...

—Está bien, tomaré ese consejo y lo llevaré a cabo lo más pronto posible. Gracias, lady Poppy. Es usted muy amable.

—De nada —agregó mirándola.

Ambas se dieron cuenta de que Arthur volvía con muchas cosas en los brazos, pero no se quejaba. Poppy vio como a Annie los ojos le brillaron al ver como se acercaba hasta ellas.

Su mente le decía: «Es solo un reflejo del agua en los ojos» intentaba buscar una explicación a lo que vio en esos ojos.

—¿No necesita ayuda, milord? —preguntó Annie, acercándose a él.

—Por favor, señorita, no me ofenda de esa forma. Tengo la fuerza suficiente para prescindir de su amable ayuda —sonrió Arthur al bajar las cosas y acercarse a Annie.

Le daba pena estar ahí, parada entre ambos. Sentía que sobraba de todas las formas posibles.

—Tiraré primero para refrescar la memoria de Poppy y para que usted, señorita Annie, pueda comprender las formas de este deporte. Sé de muy buena fuente que su memoria es admirable.

—Es un gran honor el que me hace, milord —comentó Annie al momento que se sonrojaba.

Poppy comenzaba a sentir la incomodidad por los galanteos educados entre ellos. Estaba al borde de arrojarse a laguna y dejarlos solos.

Arthur con gran habilidad tomó el arco y clavó la flecha en el blanco. La señorita Western se desvivió en aplausos hacia él, que la reverenció.

—Se ve emocionante, quiero hacerlo —pidió Annie.

Arthur le entregó el arco y le fue dando las mismas instrucciones y de la misma forma en que lo hizo para ella. En un momento, cuando ayudó a Annie para que tirara la flecha, el rostro de ambos estaba muy junto. Arthur pareció darse cuenta y se alejó un poco, pero Annie parecía más animada, tanto que comenzaba a mostrar la torpeza de la que le había hablado Poppy.

En lugar de imprimirle fuerza a su lanzamiento, la flecha cayó al suelo, como si de una vara común se tratara.

—¡¿Cómo es que no le di?! —exclamó la muchacha fingiendo confusión.

—Se lo mostraré otra vez, señorita Annie. En ocasiones, los nervios son malos consejeros —sonrió él, y luego miró a Poppy que tenía la mirada puesta en ellos. La sonrisa que siempre la

acompañaba estaba tan ausente como su buen humor. Sabía que le estaba prestando demasiadas atenciones a Annie Western, pero no podía hacer nada para satisfacer las necesidades de maldad de Poppy contra la dama.

De nuevo tuvo que tolerar ver el acercamiento entre ellos. Los nervios estaban cada vez más palpables en Arthur y Poppy por lo que ocurría ente Annie y él. Poppy era la discordia de aquel momento.

Annie se había tomado los consejos de Poppy muy en serio. Después de varios intentos, pudo lanzar una flecha muy cerca. Arthur aplaudió con humildad su intento y la instó a continuar después de que Poppy lo hiciera.

—Es tu turno, Poppy —la invitó Arthur, enseñándole el arco.

Antes no le había producido ningún tipo de reacción que él lo invitara. No hacía diferencias entre ella y Annie. No había más amabilidades para una o para la otra, ambas eran sus invitadas y las trataba igual.

—Creo que he olvidado cómo se hacía.

—Yo no he podido olvidar lo bien que lo hiciste cuando te lo enseñé.

—¡En verdad estoy nerviosa!

—Te ayudaré a refrescar tus conocimientos, Poppy. Recuerda que tu posición es importante...

Mientras le iba dando las indicaciones Arthur estaba pegado al lado derecho de ella, tan cerca de su rostro que se negaba a girarse para verlo, pero estaba tentada a lo mismo que hizo Annie.

Giró su rostro a la derecha y sintió su aliento tan cerca, que hizo latir su corazón con demasiada rapidez. Posó sus ojos en los de Arthur y se sintió avergonzada de no haber notado antes, la belleza de sus facciones. Él también dirigió su rostro hacia ella y su sonrisa amenazaba con desaparecer por la tensión entre ambos. Arthur tuvo que carraspear su garganta para continuar dándole indicaciones muy cerca de su oído.

Poppy rio nerviosa y se colocó en posición de lanzamiento.

—Hazlo suave, Poppy, no queremos perder esta flecha... —susurró provocando unas cosquillas en la oreja de Poppy, que dejó ir la flecha directamente a un árbol.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! Esperemos que Benedict no esté en ese árbol...

Arthur quedó un poco preocupado por su hermano que se escondía en los árboles para sorprender a Anne, pero recordó que él estaba muy animado con Beverly en el invernadero.

—Iré por la fecha —comunicó antes de partir con elegancia.

—¿Cómo lo hice, lady Poppy? Yo creo que lo hice muy bien. Nunca he estado tan cerca de milord. Es muy atractivo, galante y por demás atento—suspiró Annie.

—Lo ha hecho estupendo, sí... —concedió nerviosa—. A mí simplemente se me olvidó lanzar.

—Creo que usted sería excelente para la cacería. Los patos serían infortunados a su lado.

—Sí, hay muchos infortunados a mi lado. Si me disculpa, iré por mí doncella a buscar algo de beber y se lo traeré. También si desea.

—Se lo agradecería por partida doble. Podré pasar un tiempo a solas con milord —sonrió con coquetería.

Estaba escandalizada por las artimañas de esa muchacha para conquistar a Arthur. « ¿En manos de quién lo estaba dejando?» al cabo de esa pregunta mental, subió sus faldas hasta casi sus rodillas para apresurar su ida a la casa y volver con las bebidas sin darle tiempo para que estuviera en tanta intimidad con él.

Madeleine estaba sentada en la cocina preparando entremeses para los invitados junto a los

criados de Arthur. Lo hacían lento mientras reían divertidos en la cocina.

—¡Madeleine, algo de beber! —mandó para que se lo diera.

—¿Por qué está tan agitada?

—¡Porque tengo que volver ahora! Lleven una jarra y unos vasos para la limonada —ordenó tomando el vaso que le ofreció una de las criadas con mucha prisa. Se lo bebió casi de un trago y luego salió tal como llegó.

Madeleine la siguió con la jarra, pero no podía alcanzarla.

—¡¿Qué le ocurre, lady Poppy?! —exclamó para que ella le explicara.

—¡Esa, esa serpiente quiere quedarse a solas con Arthur! ¿Sabes qué me ha dicho la sinvergüenza? ¡Qué si la puedo ayudar a conquistarlo!

—Supongo que no se opuso porque el conde no le interesa como pretendiente pese a que sabe que él la adora a usted —cizañó su doncella aligerando su paso.

—¡Pero lo importante es salvarlo! ¿Qué hay de lo que le hizo a Thomas?

—No pasa nada. En realidad creo incapaz a la señorita Western de haberlo golpeado, porque su primo es un cabeza dura.

—No quiero que esté a solas con Arthur, quien sabe qué le hará. ¿Lo comprometerá a una situación que lo obligue a casarse y ser infeliz? ¡No quiero pensarlo siquiera! —expuso casi con desesperación.

Al llegar hasta la colina, Poppy y Madeleine estaban viendo como Annie Western caminada del brazo con Arthur que le señala el paisaje para que ella lo mirara, pero la muchacha pisó su vestido y cayó al suelo llevándose con ella a Arthur quien se apresuró a recoger a la joven que se había colgado del cuello de él.

—¡Sí que hay una razón para quedarse a solas! ¿No le parece romántico, lady Poppy? —provocó Madeleine con malicia.

—¡Por supuesto que no! Necesito llegar y separarlos...

—Le daré una mano —mencionó la doncella y luego la empujó—. ¡Oh, lady Poppy! —fingió horrorizarse para llamar la atención del conde al ver rodar a Poppy unos pocos metros.

Mientras rodaba, pensó en lo mucho que se había esforzado por no ser torpe, y no lo estaba siendo. Era increíble que Madeleine la hubiese empujado para interrumpir un momento íntimo.

—¡Poppy! —pronunció Arthur dejando sentada a Annie para salvar a Poppy de caer al agua en esa bajada.

Se arrojó al suelo y ella terminó chocando contra el cuerpo de él para no caer.

—¿Estás bien, Poppy? —preguntó viendo si tenía heridas o algo más.

—¡Estoy bien, estoy bien! Solo fue un resbalón —se excusó muy avergonzada.

—¿Está bien, lady Poppy? —se acercó Annie para verla.

—Sí, solo que me apresuré a bajar y resbalé. Es todo —justificó mientras Arthur le sacaba las hojas secas de su cabello.

Él intentó levantarse, pero gimió por un dolor en las costillas.

—¿Milord, le duele? —indagó Annie al verlo con dificultad para quedar recto.

—Fue solo el impacto de la caída. Hay que preocuparnos por Poppy.

—¡Milady, ¿está bien?! —preguntó Madeleine, llegando con la bandeja hasta ellos.

—Madeleine, Poppy dice estar bien, pero aún así, ¿Podría pedir que venga el landó para llevarnos a la casa? No quisiera que Poppy sufriera al moverla del suelo.

—Les dejo las bebidas y voy por el cochero —se despidió Madeleine con presteza.

Poppy, Annie y Arthur estaban sentados en la orilla, esperando que venga el cochero para llevarlos a la casa. Por el momento el aire libre era un poco dañino para las damas. Arthur estaba

entre la espada y la pared con su invitada y su amiga. Annie estaba extrañamente muy torpe y Poppy le estaba haciendo la competencia.

Después de que el cochero los llevara a la casa. Cada quien fue a su habitación para descansar.

—¿Cómo has podido hacerlo, Madeleine? ¡Me empujaste!

—Pero gracias a ese acto de fe, milord acudió a su rescate y dejó a la serpiente enroscada en un lugar. Usted ganó por llamar su atención, lo suyo fue más grave —justificó Madeleine.

—No creo poder accidentarme cada vez que ellos estén juntos...

—Pregúnteme si puedo ayudarla.

—Odio la presencia de esa mujer aquí.

—Es que antes lo tenía solo para usted, pero le recuerdo que prefirió al marqués antes que a los sentimientos puros de conde.

—¿Crees que estoy pagando por haberlo hecho sufrir? —curioseó con sus ojos aguados.

—Sí, aunque creo que no ha empezado a pagarlo. Usted debería ir y decirle al conde que quiere casarse con él, entonces, ninguna mujer podrá apropiarse de él porque estará con los ojos puestos en usted como siempre ha estado.

—¡Yo no quiero casarme con él!

—¿No siente nada por milord?

—Lo adoro, es mi amigo...

—Creo que debe besarlo para salir de las dudas de que si lo quiere como amigo o lo desea para su esposo —propuso Madeleine—. Ahí no tendrá dudas y dejará que la señorita Western se lo meta en el ridículo, saliendo ganadora con el mejor partido de todos los tiempos...

¿Besarlo? Eso no era algo que pasara por su mente, aunque no porque le resultase indeseable, sino porque aquello podría significar la incompatibilidad de una amistad entre ambos.

Capítulo 36

En la cena Anne no se había despegado de Beverly como en todo el día. Habían encajado de maravilla. Poppy estaba muy contenta con ella. Beverly estaba más tranquila que cuando llegó a su casa. Tenía la atención de Anne y, por supuesto, la de Benedict. Annie también le preguntaba cosas que prefería no contar por completo.

—¿No les parece si mañana jugamos? —preguntó Benedict, observando a su hermano.

—¿A qué te gustaría jugar, Benedict?

—Al escondite, tal vez. Encantado buscaría a las damas aquí presentes —dijo sonriendo con coquetería hacia Beverly.

—Supongo que estás deseoso de perseguir a Beverly. No tienes vergüenza, Benedict —lo acusó Anne, para que pasara vergüenza en la mesa.

Su hermano se sonrojó hasta el cabello al igual que la misma afectada.

—Jugarán a lo que deseen. Son bastantes—refirió Arthur con su pitanza a punto de llevársela a la boca.

—¿Y no jugarás tú, Arthur? —indagó Poppy con una copa de agua en los labios.

—Soy el conde, el hermano mayor. No debería estar jugando con quienes debo cuidar.

—Estoy segura de que todos tenemos corazón de infante, milord. No le quitará mucho tiempo recordar un poco de la infancia. Además, estos juegos suelen ser muy entretenidos cuando las damas y los caballeros se ven involucrados. Los lazos a través de los juegos pueden ser mejores... —opinó Annie, haciendo que Benedict asistiera otorgándole razón porque él deseaba jugar con Beverly y tomarse unas libertades sin que Anne se lo estuviera recriminando todo el tiempo. Solo quería tomar su mano.

Poppy estaba al borde de morderse la lengua. Madeleine le hizo unos gestos de evidente molestia ante el comentario de la señorita Western. Sabía que esa clase de juegos llevaban a acercamientos poco decentes entre damas y caballeros, aprovechando que se hacían en el nombre de la diversión.

—Los observaré cuando juegan. Pueden participar todos. Siento avisar a las damas que Benedict es un verdadero peligro para sus faldas. ¿Alguna duda? —bromeó Arthur sin tomarse en serio la idea de jugar.

—Opino que es una gran idea de diversión para todos. Te apuesto uno de mis caballos, Arthur, a que deseas jugar con el mismo ánimo que yo —instó su hermano con una sonrisa maliciosa, dirigiendo sus ojos hacia Poppy.

—Lo conversaremos después. Ahora podríamos jugar a las cartas o a las adivinanzas después de la cena. ¿No les parece más tranquilo? —preguntó Arthur para que hicieran alguna actividad. No era el mejor de los anfitriones, quizás por eso su hermano Benedict estuviera apostando uno de sus caballos, aunque sabía que iba a perder porque sí deseaba jugar para divertirse con Poppy, primero estaría muerto antes de admitirlo en una mesa repleta. No le haría pasar vergüenza a la muchacha asumiendo que deseaba jugar con ella.

Después de dejar la mesa y pasar al salón. Anne comenzó a bostezar. Estaba muy cansada, pero de que su hermano no se hubiera despegado de ella y su nueva amiga en todo el día, y el día siguiente no se veía demasiado alentador.

—Lo has conseguido, Benedict, pero te llevó toda la tarde aburrirme —dijo su hermana,

bostezando.

—¿Te irás a dormir, Anne? —preguntó Beverly, un poco preocupada por la presencia del hermano menor de ella. No quería quedarse a solas. No sabría qué hacer.

—Tu habitación está junto a la mía.

—Yo te acompañaré, Beverly. Madeleine debe atenderte antes de dormir —mencionó Poppy antes de bajar sus cartas sobre la mesita donde jugaban Annie, Arthur y ella, en un incómodo y decadente trío.

—Quisiera irme a descansar también... —declaró Beverly, levantándose del asiento.

—Te llevaré, o al menos intentaré hacerlo —sonrió Poppy.

—Iré a llevarlas —se ofreció Arthur.

—Lord Benedict está más que dispuesto a llevar a las damas, milord —se apresuró a decir Annie para que Arthur y ella se quedaran a solas.

—Es cierto. Las llevaré a todas, incluso a ti, Anne. No sabemos si pudo haberse metido un bandido a nuestra casa, las cuidaré.

Poppy se iba con los nervios crispados por la artimaña de Annie Western. Solo esperaba que no hiciera nada que pusiera en mala posición a Arthur que sería incapaz de defenderse de una dama que lo quisiera tomar por la fuerza.

Una vez que Poppy y los demás salieron, Arthur y Annie se quedaron solos. Para él la situación era muy desfavorable, demasiado para cualquier caballero de su inteligencia.

Annie dejó las cartas sobre la mesa, tal y como lo hizo Poppy antes de retirarse y le instó también a dejar sus cartas, arrebatándole a Arthur lo que tenía en sus manos.

—Tenía las cartas ganadoras. Vaya que es muy bueno con las cartas. Supongo que ninguno de ellos regresará, milord —comentó Annie, sonriente.

Él se levantó de la silla para ir a servirse un poco de vino.

—También desearía un poco de ese vino... —mencionó la fémina haciendo que su mano temblara lentamente mientras servía.

Una vez hubo servido las copas, le entregó una a ella que con intención rozó sus manos con la de él, forzando un contacto que lo incómodo entre ambos.

—¿Le agrada la propiedad, señorita Western? Tiene unos paisajes muy bellos, ¿No lo cree? —habló para que ella lo siguiera en las trivialidades.

Ella rio melodiosa antes de beber un poco del vino.

—Las vistas fueron hermosas, pero creo que lo más interesante de la propiedad, es la compañía —dijo Annie, decidida—. En vista de que le es difícil tomar la iniciativa, milord, la tomaré yo...

Arthur tragó saliva muy nervioso por lo que le dijo Annie. Muy probablemente estaba en un problema más grande del que pensaba.

Poppy entró junto Beverly a la habitación mientras Madeleine se disponía a peinarla para dormir. Se sentía muy nerviosa por haber dejado a Arthur en manos de aquella mujer. Dio muchos pasos de un lado al otro para calmar sus nervios, pero no lo conseguía.

—¿Te ocurre algo, Poppy? —preguntó Beverly, al verla como un gato enjaulado.

—Pasa que lady Poppy ha dejado a su faisán cerca de un gato... —insinuó Madeleine estirando el sedoso cabello de Beverly.

—¿Un faisán? ¿Tienes uno y no me lo mostraste? —cuestionó Beverly un poco enfadada.

—¡Oh, señorita Beverly! —masculló la doncella—. No se junte mucho con lady Poppy, la tontería es contagiosa...

—¡Es que no entiendo!

—Es suficiente. Me iré al salón porque quiero seguir jugando a las cartas —dijo Poppy, abriendo la puerta para retirarse.

Apresuró su paso para llegar hasta donde ellos estaban y esperaba que estuvieran lejos el uno del otro.

En el salón Arthur quedó acorralado entre el pianoforte y Annie Western. Ella lo había acusado de no tener iniciativa y era muy cierto, no era un ser de mucha iniciativa que no estuviera motivada por la obligación. Le gustaba andar pacíficamente por la vida y sentirse prolífico de esa forma.

—¡Señorita Annie! —exclamó al sentir la mano fría de ella en una de sus mejillas—. Le ruego que sea consciente de que es una situación penosa.

—Por supuesto que yo lo comprendo, pero en ocasiones me vuelvo un poco ansiosa. Ha estado invitándome a salir y creo que hemos congeniado mucho, pero usted está huyendo de mí. Le pido, que no tenga miedo...

—No le tengo miedo, señorita, es solo que...

—Comprendo que sea muy tímido y calmado, me lo han advertido con anterioridad, pero quería decirle que resulta muy agradable su forma de ser. Es metódico y poco apresurado.

—Usted también es muy agradable, ¿Qué le parece si cada quien va a su habitación? —propuso demasiado nervioso al ver que ella con simpleza le colocaba sus manos en el pecho.

—¿Usted no va a besarme? Es la forma más convincente de demostrar el cariño mutuo y la amabilidad, milord...

Él vio que la muchacha lentamente se acercaba hacia su rostro con la clara intención de besarlo contra su voluntad.

—Señorita Western, sea razonable...

—Soy muy razonable, por eso voy a mostrarle que no tiene nada que temer conmigo...

Poppy sin hacer mucho llamado a la educación, entró apresurada al salón y los encontró en una situación demasiado embarazosa para los tres.

Arthur parecía una lagartija pegada por su pianoforte, mientras que la señorita Western representaba un enorme lagarto que tenía sus garras sobre el pecho de su noble amigo.

—Poppy es excelente con el pianoforte —dijo Arthur alejándose de Annie que quedó muy disconforme por la interrupción.

—¿Nos deleitará con algo hoy, lady Poppy? —curioseó Annie.

—Solo quería comunicarles que no continuaría el juego de cartas. Me ha dado mucho sueño ver a Beverly bostezar.

—Es mejor que nos retiremos todos a dormir. Fue un día largo. Las acompañaré a sus habitaciones.

Annie se acercó a Arthur y tomó su brazo. Poppy hizo lo mismo con el otro brazo de Arthur. Estaba demasiado tensa para hacer algún tipo de comentario.

—Me ha tocado despedirme primero. Buenas noches, milord, lady Poppy... —se despidió Annie con una reverencia.

Arthur tomó su mano y la besó educado.

—Que tenga buena noche. Tenemos al personal dispuesto a atender todas sus necesidades durante la noche.

—Lo tendré en cuenta...

—Hasta mañana, señorita Western —mencionó Poppy sin tanta ceremonia.

Caminó con Arthur por los pasillos del caserón. Iban callados hasta casi llegar a la habitación de Poppy.

—La señorita Western intentó acercarse a mí... —comentó sonrojado, aunque eso no podía verse por la penumbra en la que iban.

—Pensé que un acercamiento era de otra forma. Ella estaba trepando por ti. Supongo que se te acabó el espacio para huir.

—En efecto fue lo que ocurrió.

—Si tanto te agrada, ¿por qué no la besaste? —increpó volteándose con las manos cruzadas bajo el pecho.

—No me parece decente comprometerme de esa manera. Es deshonrar mi casa por hacerlo sin un compromiso claro.

—¿Y qué falta para que sea un compromiso claro? —insistió alzando un poco la voz, retando a Arthur para que contestara.

—Decidirme a perder lo que quiero por algo que es probable que necesite en el futuro. Una esposa siempre es necesaria, aunque no necesariamente tiene que ser a la que uno quiere, ¿Comprendes?

—Lo comprendo. Buenas Noches... —musitó abriendo la puerta para cerrarla con fuerza detrás de su espalda.

Se acercó a un escritorio y se recostó por él. ¿Acaso intentaba culparla o intentaba abrirle los ojos? No sabía, estaba difusa y solo quería descansar. Ver a Annie Western trepando por Arthur había sido más de lo que su mente podía tolerar. Si aquello no podía soportar, menos podría hacerlo al verlo casado.

No se había dado cuenta de que Madeleine la estaba esperando. Pensó que ella le diría algo burlón, pero no lo hizo, la desvistió, peinó y volvió a vestir con ropa de cama. La arropó como siempre lo hacía y se fue sin mucho preámbulo.

No pudo dormir como siempre lo hacía. Estaba bajo el mismo techo que Annie que tenía malas intenciones y con Arthur que sufría con esas intenciones.

Por la mañana, la jovialidad de Benedict junto al buen humor de Anne y el renovado ánimo de Beverly la habían hecho saber que era de día, el día de jugar a algo.

Los tres se sentían demasiado jóvenes para compartir su día con los otros tres. Arthur era muy serio para las intenciones de Benedict de jugar a algo más íntimo que las cartas.

—Señoritas queridas... —mencionó Benedict con una sonrisa ladina en el rostro—. Bueno, excluiré a Anne, y solo quedará la querida señorita Beverly...

Beverly sonreía por las atenciones de Benedict. Estaba aprendiendo a comprender lo que un joven de su edad quería. Si se dejaba guiar por lo que sabía de su familia, entonces era de fiar, lo que le permitió no estar tan nerviosa cerca de él.

—Traje el accesorio que nos permitirá jugar a las escondidas... —dijo mostrando un listón blanco.

—¡Benedict, es mi listón! —se quejó su hermana intentando tomarlo.

—Es nuestro accesorio para jugar. Quien tenga que buscar tendrá los ojos vendados.

Arthur vio jugar a sus hermanos en el jardín y a la nueva hermana de Poppy riendo bastante de ellos. Él no pudo dormirse como deseaba. Estuvo pensando que de nuevo se dejó guiar por sus sentimientos hacia Poppy. La acusó de rechazarlo y eso no era lo que debió hacer, sino tendría que haberle contado con mucha seguridad que la señorita Annie quería besarlo y que él, como un hombre debió responder como la dama esperaba. Sin embargo, huyó como una presa de su depredador. Había besado muchachas a la edad de Benedict, pero eran tímidos y desapasionados. Sabía que era un hombre que estaba en la entrada de sus casi treinta años y tenía necesidades como tal. Su mente trataba de tenerla siempre ocupada para no pensar en asuntos de

mera carnalidad porque desde que tenía acercamientos con Poppy, algo en sus más íntimos pensamientos cambió y no quería que esos íntimos pensamientos fueran a llevarlo hacia la dama equivocada.

Poppy llegó hacia el comedor para el desayuno, pero vio mirando a Arthur por la ventana con una taza de té humeante. Las facciones de Arthur no se veían relajadas como siempre. Estaba pensativo casi perdido en quien sabía dónde. Quiso acercarse, no obstante, la presencia de Annie acercándose con un té hacia él, la persuadió.

—¿Está seguro de que no desea jugar? Vea cómo se divierten —la animó Annie riendo al ver a los más pequeños muy felices.

—No sería un hermano mayor encargado de la seguridad de ellos si estuviera corriendo desesperado huyendo de alguien...

—¿Quién lo juzgará? —opinó mirando hacia donde Poppy se quedó a ver—. ¿Qué opina, lady Poppy?

—¡¿Qué?! —respondió sorprendida cuando iba a buscar algo de comer.

—Le estaba diciendo a milord que nadie lo juzgará si va a divertirse un poco con los hermanos menores. No será menos por deleitarlos con su presencia.

—En verdad no hay forma en que pierdan la buena imagen que tienen de ti, Arthur. No he visto un hermano más dedicado que tú —replicó Poppy.

Annie se acercó y la tomó del brazo.

—Anímese, lady Poppy. Usted puede convencer a milord de que puede darse un pequeño momento feliz con sus hermanos —la presionó sin darle muchas opciones.

—¿Quieres que vaya, Poppy? —interrogó ofreciendo un rostro más cálido.

—Sí. Creo que les hará bien jugar.

—De ninguna manera iremos sin usted, lady Poppy. Iré a conocer sobre tan novedoso juego y los esperaré para unirnos —habló Annie dejándolos en un tenso silencio.

—Siento haberte incomodado, Poppy.

—No hay razón para disculparse. Comeré algo e iremos a ver cómo jugar... —se excusó huyendo a la cocina.

Había nerviosismo entre ellos, algo que no alcanzaban a discernir. La amistad que los unía estaba poniéndose a prueba con la presencia de una candidata al corazón de Arthur, pues era notable que Annie quisiera ganarse sus atenciones y convencerlo de hacer ciertas cosas que él no haría por sí solo.

—¡Arthur, este juego es divertido! —exclamó Anne tomando a su hermano mayor del codo.

—Lo vi en extremo divertido para pequeños niños... —se burló tocando el cabello de Anne.

—¿Somos seis para jugar? —consultó Benedict contando cabezas.

—Sí. Estas damas insistieron en que bajara y jugara con ustedes.

—¿Quieres darnos el ejemplo de seriedad, Arthur? Lo tenemos entre las cejas —se quejó Anne.

—No sabía que me veían tan aburrido... Seré el primero que los buscará —masculló tomando el listón, provocado por las palabras de Anne.

Todos incluyendo a Poppy se prepararon para correr y esconderse. Beverly corrió de la mano con Benedict para esconderse, mientras que Anne los siguió de cerca. Annie se metió detrás de unos setos en el jardín y Poppy se alejó hacia el bosque.

—¡Veinte! —gritó Arthur al quitarse el listón de los ojos.

Miró alrededor y no sabía donde estaban todos. Caminó y escuchó unas sonrisas cómplices.

—¡Benedict y Beverly! —anunció descubriéndolos escondidos detrás de un árbol.

Se rieron a carcajadas porque les parecía divertido ver al conde de Lincoln buscando a esos truhanes. Siguió un poco más y encontró a Anne, y luego a Annie, solo le faltaba Poppy.

Poppy se adentró un poco entre lo que parecía ser un bosquecillo. Se sentó a esperar a que la encontraran cerca de un claro, pero aún nada.

—Te daré una pista de Poppy, hermano —murmuró Anne.

—La encontraré. No necesito de tu ayuda.

—Entró al pequeño bosque. Sabes que hay algunos animales ahí.

—Huele muy bien para que quieran atacarla —repuso Arthur.

—No sé, quizás esté muy condimentada para unos animales.

Masculló una maldición por lo bajo y se dirigió hasta el bosquecillo para buscarla. Odiaba cuando su hermana en medio de su cizaña tenía razón. Percibía el perfume de Poppy esparcido por ahí y sonrió al darse cuenta que podía encontrarla con solo usar su nariz.

La vio sentada en una roca con un palo en la mano. Quizás estaba dibujando algo en la arena.

— Te he pillado, Poppy —anunció al verla.

—¡Primero debes tomarme! —le recordó ella intentando huir, pero él la tomó de la cintura.

Ella intentaba escapar, pero no podía. Él la tenía bien sujeta. Se carcajeó tanto mientras intentaba escapar, que quedó exhausta.

—Me has atrapado —dijo sentándose al lado de él en la roca.

—Nunca dudé que lo haría. Eras una presa fácil... —suspiró ofreciéndole un pañuelo para su frente sudorosa.

Ella tomó el pañuelo y tapó su rostro con él. Respiró y se quedó muy callada, sin saber qué decir.

—Voy a hacer algo que no he pensado bien, o más bien, es algo que hago todo el tiempo: no pensar. Tengo dudas sobre nuestra amistad... —declaró con seguridad ante él.

—¿Dudas de nuestra amistad?

—¡No dudo de nuestra amistad! Algo está ocurriendo y me siento muy mal por odiar a la señorita Western. He sido tonta la mayor parte de mi vida, pero anoche, pude ver su interés por ti. Me sentiré culpable de que no te cases con ella tan solo porque yo la odio.

—¿A qué te refieres?

—Dejaré que me beses para que ambos sepamos que estamos destinados a ser solo amigos.

Arthur se quedó helado. ¿Besar a Poppy? Quería cumplir ese sueño, sin embargo, las implicancias eran demasiadas, podía perderla si se incomodaba por aquello.

—No voy a besarte, Poppy.

—¡Por qué! ¿Tan cobarde eres? —lo retó molesta.

—Entre saber si seremos amigos, si podemos ser algo más que eso o separarnos porque te sientas incómoda a mi lado, prefiero no saber absolutamente nada. Puedes llamarme cobarde, pero me planto en esta posición y es inamovible.

—¡Oh bien, Arthur Chastain! —gruñó tomando el listón de la mano de él—. Te quedarás quieto —ordenó tapándole los ojos—. Si tú no me vas a besar, lo voy a hacer yo.

Ella tragó saliva y asintió antes de tomar el rostro de Arthur con sus dos manos y acercarlo a sus labios.

Terminaría demente si no lo besaba para salir de dudas y esperaba que nada se le removiera dentro del alma mientras lo hacía.

Capítulo 37

Ella casi pegó sus labios a los de Arthur, pero él se levantó de aquella piedra y se quitó el listón antes de alejarse unos pasos. Poppy ladeó la cabeza un poco sorprendida por verlo alejándose.

—No quiero que pienses que estoy esperando algo más que amistad de tu parte —confesó haciendo que una trémula sonrisa asomara a su rostro—. No soy un sinvergüenza que espera la lástima de nadie. Soy lo que ves. Puedo parecer cobarde, tonto y hasta pusilánime, pero comparando con qué. Las damas se acostumbran a un varón que dice ser un caballero tomándose libertades con ella y piensan que cualquiera lo hará también. Es esa la impresión que le di a la señorita Annie y también a ti. No estoy desesperado, Poppy. Despreció que me mires de esa forma. ¿Qué quieres probar? No revuelvo tu corazón, no sientes nada por mí. Haber confesado mis sentimientos por ti han hecho esto.

—¿Y qué es esto? —le increpó, acercándose.

—Deteriorar nuestra amistad y colocar dudas en ti. Tenía que quedarme callado, pero no pude, y por eso me ves débil y con pena. No todos son afortunados de ser correspondidos, ¿Cuántos viven con eso día a día? ¿Por qué no podría hacerlo yo?

—¿Piensas que mis dudas son malas? —interrogó con un atisbo de felicidad en sus ojos.

—Sí. No quiero que me beses, no quiero darme cuenta que voy a ser un soltero sin pena ni gloria. No dudo por un segundo lo que un beso tuyo podría hacer conmigo.

—Si no quieres que te bese, entonces hazlo tú. ¿Quieres que me quede con la duda de saber si estoy cometiendo un error al dejar que Annie Western esté aquí? No me dejes así, necesito saber si yo siento algo más que solo amistad por ti.

Arthur tiró la cabeza hacia atrás y negó varias veces. Sus miedos eran mayores que sus deseos por besarla. Tenerla cerca era mejor que saberla lejos.

—No puedo hacerlo, soy un egoísta.

Impotente, Poppy cerró las manos. Convirtió sus tiernas manos en unos furiosos puños. Un de ellos fue a parar al pecho de Arthur, que la miró con estupor. Ella era la dulzura en persona, pero por primera vez la había visto tan molesta y decidida como en esa ocasión.

—¡Mírame bien, y escucha! Estoy cansada de fracasar en todo. Tú vas a coger valor de donde no lo tienes y me vas a besar. ¿Qué es lo peor que podría pasar, Arthur? ¿Qué nos sintiésemos incómodos? Prefiero sentirme así antes de no saber qué sentir...

Él parecía acorralado, con unas inmensas ganas de acabar con ese suplicio. Se acercó con una zancada enorme. La tomó con su mano derecha por la cintura y con la otra mano, se dedicó a acariciar el rostro de Poppy. Sus ojos la recorrían, desesperados por ser correspondido en sus sentimientos.

—Este es un acto de fe, Poppy. Te daré lo que quieres y espero que quedemos intactos.

Podría decirse que se abalanzó sobre ella con efervescencia, sin embargo, lo hizo con la desesperación propia de un amante ansioso, pero a la vez paciente.

Besarlo y sentir sus manos eran solo comparados a ser acariciada por la tela más suave. ¿Cómo pudo confundir un beso de verdad con otro falso? Besar a su primo dormido era besar a un muerto, al marqués fue como colocarle un arma para que la besara, pero Arthur lo hacía con gusto y suavidad. En su pecho se gestaba algo, algo que no solo era que le costaba respirar, sino

que la apretujaba con una fuerza devastadora.

Deseaba ser asfixiada por él y que no la soltara jamás. Era el cielo, lo estaba tocando con las manos. Se sentía en pleno, feliz, mimada y agasajada.

El besó acabó cuando Arthur sintió que Poppy no se movía.

—¿Poppy? —preguntó agitado por el beso—. ¿Poppy? ¡Poppy!

Poppy estaba desvanecida en sus brazos. No podía creer que la mató, eso no podía ser posible. La recostó entre su regazo e intentó oír su respiración. Era muy débil, pero podía percibirla.

Con la preocupación latente por haberla dañado de una manera desconocida, la tomó en brazos para salir del bosquecillo.

Al ver el claro, fue apresurando más el paso hasta ver a sus hermanos y las invitadas.

—¡¿Qué ocurrió?! —indagó su hermana interceptándolo en su ida a la casa.

—Se ha desmayado, Anne. Que vayan por alguna bebida fuerte, agua, y su doncella.

La comitiva detrás de él era de muchas personas preocupadas, inclusive la señorita Western, estaba preocupada por ella, que fue recostada en un amplio sillón.

—¡Lady Poppy! —exclamó, lívida su doncella. Se arrojó a verla con desesperación—. ¡Dios mío, qué le ha ocurrido! ¡Su padre me matará si le ocurre algo, lady Poppy!

Las lágrimas de Madeleine no la dejaban hacer casi nada. Anne le entregó un paño con brandy para que lo pasara frente a la nariz de Poppy y percibiera el olor. También parte de la servidumbre, le acercó unas sales muy buenas para los mareos y desmayos.

Poppy comenzó a abrir sus ojos azules, quiso buscar a Arthur, pero Madeleine estaba en su cara.

—¡Casi me muero, qué susto con usted! —masculló su doncella llorando sobre ella—. ¡De solo pensar que tiene la enfermedad de su padre, me siento morir! ¡Dígame qué le ocurrió, por favor!

—No seas alharaca, Madeleine. Solo he dejado de respirar por un momento —expuso frente a las miradas confundidas de todos hasta llegar al rostro de Arthur.

—No es gracioso, Poppy —musitó Beverly—. No es una broma. Nos asustaste a todos. Queremos saber realmente qué ocurrió.

Poppy dirigió su dedo índice para señalar a Arthur. Se giraron a verlo con solo una cosa en los ojos: saber qué le había hecho.

—Él me ha sofocado.

—¿Qué significa eso, Arthur? —preguntó Benedict, muy confundido.

Arthur estaba muy sonrojado, aunque lo importante era que Poppy no había muerto o que tuviera algo grave. No era un hombre deshonesto, así que tendría que contar lo que ocurrió.

—Besé a Poppy... —contó. Pensó que estaba firme en su sitio, pero en realidad estaba con las manos sudorosas y las piernas temblorosas.

Madeleine limpió sus lágrimas con la falda y observó el rostro de Poppy para ver qué pudo haber ocurrido para que quedara inconsciente.

—Me alegro de que estés consciente, Poppy. Con permiso —se despidió repentinamente Arthur, al no soportar las miradas de los que estaban en su casa.

Annie se quedó igual al lado de una sonriente lady Poppy, hasta que ella prefirió ir con su doncella a su habitación.

—Vi el cielo, Madeleine...

—De manera literal, supongo, porque casi se muere, pero dígame, ¿Lo ha averiguado?

—¿Averiguar qué?

—¡Si milord es solo su amigo!

Ella puso el rostro muy serio, pero muy poco le duró la chuzonada.

—Me pregunto, ¿Cómo pude pensar que conocí el amor con el marqués? Arthur no hace que pierda el aliento cuando lo veo, él me hace perder el aliento cuando me besa. Todo en mí ha cambiado, algo estalló adentro. Fue como si una taza de té cayera de mis torpes manos y se hiciera añicos contra el suelo. ¿Es así sentir amor o es solo otra ilusión?

—¿Por qué no sigue intentando averiguar eso?

—¡Porque voy a espantarlo! No quiero que huya despavorido de mí.

—Es el único que no huye despavorido de usted, milady —le recordó su doncella.

—Veremos en la cena. Siento que no podré verlo a los ojos sin sonreír como una tonta.

—¿Cómo lo hace ahora? Su semblante ha cambiado y solo le ha dado un beso.

—El mejor y más completo de todos. Aún siento que su mano me sostiene la cintura y su otra mano me acaricia el rostro. Creo que no podría ser su amiga después de esto, ¿Quién podría darle una mano, pensando que es mejor robarle un beso?

Él se encerró por el resto del día en su biblioteca. Pensaba en que le había puesto demasiadas ansias a besarla, tantas que casi la mató.

Escuchó unos golpes en la puerta, alguien quería entrar y rogaba para que no fuera Poppy, aún debía recuperar el valor que cogió para besarla.

—Entre... —dijo, alzando los ojos hacia la puerta.

La figura de Annie Western estaba en el umbral, dando pasos hacia él, lentamente.

—Señorita Annie... —la recibió levantándose para hacer una venia, pero se dio cuenta de que tenía su traje de viaje puesto—. ¿Se irá?

—Sí, no tengo nada más que hacer aquí —alegó avergonzada.

—Por favor, tome asiento.

Ella asintió y le entregó una media sonrisa y un suspiro.

—Pensé que viniendo aquí, yo recibiría una propuesta de usted, milord. Inclusive, llegué a conversar con lady Poppy para que me dijera cómo acelerar la propuesta, pero no hice más que al parecer despertar sus sentimientos por usted o los suyos por ella.

—Señorita, no podría engañar a nadie. Usted es singular y muy agradable, pero mis pensamientos han pertenecido a Poppy desde que la conocí, aunque ella no ha hecho uso de sus pertenencias en mí. Deberé ser claro, usted era una potencial esposa, sigue siéndolo si no me equivoco. No soy lo que espera Poppy y después de lo que ocurrió hoy, aseguro que me quedaré soltero. No podría besar a nadie después de haberla besado a ella y ella no podrá volver a verme después de haberme besado.

—Es una situación complicada, pero no veo el inconveniente. Nunca vi a alguien que tenga unos celos tan evidentes como lady Poppy —mencionó, levantándose de la silla—. Le deseo mucha suerte y felicidad. Hasta luego.

Él la acercó a la puerta para dejarla ir. La señorita Western, parecía un poco afectada por abandonar su casa y él se sentía culpable por haber sembrado esperanzas de un matrimonio para ella.

Poppy se había arreglado y perfumado como nunca para la cena. Fue la última en llegar y lo hizo con una gran sonrisa hasta que vio vacío el lugar de Annie.

—¿Y la señorita Western? —preguntó curiosa por su ausencia.

—Se fue, y muy triste —contó Anne.

—¿Por qué se fue?

Nadie respondió a aquello. Arthur evitaba verla a los ojos, por lo que mantenía la vista en su

comida. Nunca antes se había fijado tanto en lo que comía como en esa noche. No podía alargar su sufrimiento por mucho tiempo, tenía que hablar con Poppy de lo que ocurrió y saber si su amistad continuaría o todo se perdería.

Después del postre, entre bromas de los hermanos de Arthur y Beverly, Arthur los interrumpió con un carraspeo.

—Poppy, a la biblioteca por favor. Madeleine, vaya con ella —pidió con seriedad haciendo que todos en la mesa guardaran silencio.

No era normal ver a su hermano tan serio y callado. Se veía nervioso y sumamente inseguro.

Madeleine le dio un codazo a Poppy mientras iban a la biblioteca y luego le hizo señas de que no entraría. Poppy asintió sonriente.

—¿Y tu doncella? —inquirió al abrir la puerta y notar que no estaba.

—Madeleine no estará presente.

Él resopló y la dejó pasar.

—¿Acaso sabes qué le hace eso a tu reputación?

Ella rio y negó con la cabeza antes de colgarse del cuello de Arthur.

—No quiero una reputación. Quiero un beso de mi amigo...

Arthur se perdió viendo los ojos azules de su alocada Poppy. Cada vez que la veía, sabía cuánto la adoraba. Aprovechó el acercamiento de ella para acariciarle los brazos que lo hacían descender hasta la estatura de ella.

—Poppy, no juegues con estas cosas. ¿Qué te ocurrió con el beso?

—¿Quieres saberlo? Me ha encantado.

—¿En verdad? Pensé que dirías que te mataría.

—También, pero me mataría con su dulzura. Morir en tus brazos es un sueño para mí.

—Qué tontería...

—¿Estás triste y serio porque la señorita Western se ha ido?

—No. Me siento aliviado porque le dije la verdad.

—¿Y qué le dijiste?

—Que me quedaría soltero después de probar tus labios, porque sería incapaz de besar a otra dama como a ti, pero como conozco los alcances de tu ambición, sé que no soy el indicado para ti.

—No eres el indicado, eres perfecto —sollozó, acariciando su rostro—. El amor no es solo sentir, sino también todo lo que has hecho por mí, y yo tan ciegamente ignoré. Siento que te escogí desde siempre, pero que por capricho te rechacé. Te dejé en un lugar que tú no rechazaste. Me dejaste seguir cometiendo errores para luego levantarme y animarme. Esa libertad de escoger que me diste era parte de tu cariño sincero. Me diste alas para volar y pusiste tus manos por si caía. Yo adoro todo de ti, Arthur. Haberte extrañado cuando rompimos nuestra amistad, fue el principio de todo. El principio de valorarte y la señorita Western era el camino a mi decisión. ¡Nunca he sentido tantos malos deseos por alguien como por ella! Comprendo tus sentimientos al escucharme todo el tiempo, ¡Debí parecer un monstruo para ti!

Se carcajeó de ella con soltura y le colocó un dedo en los labios.

—Nunca hablaste tanto, Poppy. Fuiste muy cruel, pero no hay nada que no pueda pasar por alto cuando se trata de ti. ¿Podría besarte otra vez?

—Solo si prometes amarme con paciencia para siempre.

—¿Qué no sirve la declaración de un solterón? —se burló.

—No, porque tienes quien te desposara, solo espera por mí...

Epílogo

Cualquiera pensaría que Poppy se arrojaría de manera abierta a una propuesta de matrimonio de Arthur, sin embargo, y pese a la amistad que los unía, ella se tomó el tiempo de conocerlo antes de estar completamente convencida de que era su gran amor.

Sus tiempos de casadera desesperada habían terminado. Aprendió a ser paciente, a estudiar lo importante y poner atención a todo lo que podía. Comenzó a comprender la rutina de Arthur. Era meticuloso con lo que quería, le agradaban los horarios y tenerlo todo pensado. Tal vez lo único que escapaba a su control era la misma Poppy.

—¡Este es un libro interesante! —exclamó con un libro en la mano que debían colocar de manera que Arthur estuviera contento con el orden.

—Poppy, llevamos meses intentando ordenar la biblioteca, pero cada vez que avanzamos algo, un libro te parece interesante —comentó Arthur con una sonrisa.

—¿Comenzarás a ponerte impaciente, Arthur? Esperaste casi un año para proponerme matrimonio, ¿y te molestan unos libros?

—Creo que tu afirmación tiene un pequeño error. No he podido proponerte matrimonio porque me has dicho que no lo haga hasta que estés lista.

—Decidí ser paciente y no apresurar nada. Lo que se cultiva con el tiempo tiene mejores resultados. ¿Quieres mirar este libro? —propuso pasándole el libro.

Él no podía negarse. Bajó de las escaleras y lo tomó. Dentro de ese libro, había un pequeño papel doblado.

“La paciencia es la virtud de un buen hombre, pero tú, tienes un lugar en el cielo. Acepto ser tu esposa”

Una sonrisa que partía su rostro en dos, se dibujó en la cara de Arthur. Había esperado tanto por la respuesta que se hizo esperar. Él siguió como si nada durante esos meses en que Poppy decidió brindarle su atención. Lo había llamado mañoso en demasiadas ocasiones y en otras incluso manipulador por su extrema pasividad ante todo. Él no tenía secretos, era un hombre de rutina fija y amaba esa rutina. Poppy representaba esos momentos donde su armónica monotonía se disipaba para convertir su vida en su tan ansiado caos.

—Pienso que te tardaste demasiado, Poppy, ¿No me preguntarás si aún tengo intenciones de desposarte después de un año?

—Soy yo quien va a desposar a un soltero irremediable. Si no tuvieras intenciones de casarte conmigo, no esperarías ansioso un beso. Puede que encuentre otro marqués como al que dejé ir hace tiempo. Como decía mi padre, los quebrados también son una opción.

—Ya no está quebrado y tampoco es soltero. Lady Helen me escribió agradeciendo la dote que los ayudó a vivir dignamente en las colonias. También me dijo que está esperando un hijo y que volverían a Londres para su nacimiento...

—En algún momento pensé que todo terminó para mí cuando mis deseos no se cumplieron con él, pero no me di cuenta hasta que tú me dijiste que los ayudarías, que yo estaba equivocada y encaprichada con alguien que no correspondía a mis sentimientos o los que creí que eran sentimientos de amor. Creo que hice bien al ignorarte desde un principio, de lo contrario, no aprendería nada de ti... —opinó acercándose hasta él para tomarlo del pecho—. Ahora soy feliz sabiendo que ayudamos a quienes se amaban de una forma que yo no sabía que se podía amar,

con sacrificio y miedo.

—No tienes nada que envidiar. Todos te aman, te adoran, Poppy y más yo, tu más fiel amigo y admirador.

—Y prometido por fin, Arthur. ¿Aún deseas casarte conmigo?

—Estoy tan seguro de eso como desde el primer día que crucé una palabra contigo —confesó acariciando las manos de ella.

—Sin temor a equivocarme y a apresurarme, puedo decirte que mi corazón es tuyo, Arthur. Te amo como solo una tonta puede amarte —confesó, agarrándose del cuello de Arthur.

—Pero eres mi tonta, mi amada tonta, Poppy...

Ambos pegaron sus labios para congraciar una vez más sus correspondidos sentimientos hasta que Benedict abrió la puerta para interrumpirlos.

—Disculpen, con razón este lugar no avanza —insinuó al verlos pegados—. Solo vine a avisar que la señora Ross te necesita con urgencia antes de partir a Francia.

—¡Oh Dios, la escuela de señoritas! ¡Lo había olvidado!

—¿Qué escuela de señoritas?

—¡A la que irá Beverly con la señora Ross por supuesto, aunque creo que olvidé decirle! Adiós, querido, no te olvides de que eres mi prometido —dijo apresurando el paso para salir, pero tropezó con una pila de libros y los desordenó cayendo sobre ellos —. ¡Estoy bien!

Se levantó y cerró la puerta de golpe muy avergonzada por la caída.

—¿Estás seguro de que la quieres de esposa? —indagó Benedict con dudas.

—Sí, y creo que podríamos enviar a Anne a esa misma escuela con Beverly. La señora Ross es una excelente persona que educará a nuestra problemática hermana con los más altos principios...

El señor Ross había comprado una escuela de señoritas en Francia. La señora Ross había quedado muy triste y sin ánimos con la partida de sus hijas y de Poppy. Sus polluelos habían dejado el nido y se sentía vacía. Supuso que ser casamentera estaba muy arraigado en ella, por lo que no dudó en averiguar sobre una escuela y comprársela a la dueña, para devolverle a su esposa aquella sonrisa que extrañaba.

—Estás muy elegante para ir a Francia, Beverly —la felicitó Poppy mientras la abrazaba.

—Nadie me dijo que tenía que irme...

—Irás a ser educada. No te preocupes, iremos a verte a Francia y también llevaremos a Anne. La señora Ross es un ángel, será una excelente directora de una escuela. Le sobra vocación para las pequeñas damas y por sobre todo mucha paciencia.

—Paciencia que ha dado frutos contigo, Poppy —dijo Thomas que fue a despedir a sus suegros, cargando a su pequeño hijo Theodore.

—Es adorable. No entiendo por qué dudaste para casarte con Melissa.

—Adorable es lo único que esta familia no es, Poppy.

La señora Ross se acercó a Poppy con una sonrisa y con el gato Albert en el brazo.

—Ninguna de mis hijas puede hacerse cargo de Albert, Poppy, pero tú podrás hacerlo con el conde. Cuídalo mucho, es un excelente cómplice, querida —expuso la mujer al entregarle a su gato.

—Lo cuidaré muy bien, señora Ross. No se preocupe.

—Me llevaré a Spencer, alguien tiene que mantener mi cordura para estar lejos de mis hijas y mis nietos —masculló el señor Ross—. Mudaremos la escuela a Inglaterra pronto, es lo único que me consuela.

—Oh Cédric, solo será un año hasta que podamos mudar todo aquí en la nueva estructura —

le recordó la señora Ross.

Al ver partir el carruaje de la familia Ross junto con su hermana Beverly, sintió que había avanzado un paso más hacia el frente. El amor siempre había sido importante para ella y lo tenía en abundancia gracias a ellos que extendieron su familia y le entregaron su calor.

***

Londres tres años después...

Después de su matrimonio con Arthur, la muerte de su abuelo que terminó heredando todo al marqués de Salisbury y la mala salud de su padre que estaba al borde de convertir a su primo en duque y a su sobrino en marqués, la vida de Poppy trataba de equilibrarse. El nacimiento de su pequeña Bonnie solo trajo felicidad a la casa de Arthur y Poppy, pero mucho trabajo para la pobre Madeleine.

—¡Deja eso pequeña problemática! —gruñó quitándole el libro que había deshojando casi por completo.

—¡Bonnie! —exclamó Poppy metiendo sus dedos en la boca de la pequeña—. ¿Qué dirá tu padre al saber que te has comido su libro?

—¡Qué pregunta ridícula, lady Poppy, no le dirá nada! Su esposo respira porque solo debe hacerlo. No se enoja, no se pelea, no grita, y solo acepta todo lo que usted dice. No sé quién es menos cuerdo aquí —se quejó tomando a la niña en los brazos, pero se escapó y buscó otro lugar donde hacer sus travesuras.

—A mí me agrada. Me ha curado la tontería.

—No es cierto, se lo ha heredado a lady Bonnie. No es suficiente sufrimiento haber lidiado con usted, sino también, ahora con la pequeña lady Bonnie y quién sabe si se lo heredará también al que está en camino —dijo señalando su vientre.

Habían perdido de vista a Bonnie que era una niña muy parecida a su padre, pero con los bucles de su madre. La pequeña era feliz e inquieta, adorada por su padre y por su madre. No conocía de límites y el capricho era su único dueño. Subió a una silla junto a la ventana y observó el jardín que Poppy había construido con su esposo desde que se casaron. Benedict se había ido al ejército y Anne a la escuela de señoritas y estaba por volver con ellos a la casa para comenzar una nueva temporada.

Bonnie sin hacer uso de sus indicadores de dolor y razonamiento se sentó en la ventana para observar mejor a un pájaro cantor que estaba en una rama cerca de la ventana.

Estiró un poco la mano, pero terminó cayendo de la ventana y quedando colgada de cabeza gracias a su vestido que se sujetó por la rama.

—¡Milady, la niña! —avisó Madeleine al escucharla gritar.

Las dos se apresuraron a mirar por la ventana.

—¿Bonnie? ¿Qué estás haciendo colgada de un árbol? —increpó su padre fingiendo estar enojado antes de bajarla. También había escuchado el grito de susto de su pequeña.

La niña sonrió a su padre que no pudo continuar fingiendo seriedad por más tiempo y la tomó en brazos.

—Necesitaba ayuda en el jardín. Albert no es muy bueno plantando flores... —mencionó y la bajó para que caminara de su mano.

—Si a usted le ocurría eso y su padre la veía, pegaría el grito al cielo. En realidad le ocurrió tantas veces que casi ni se enteró. Esa niña es su reflejo, definitivamente, de tal palo, tal astilla.

—Si a mí me ocurría eso que acabo de ver, mi padre sería mi amor eterno, así como lo es mi esposo. La vida nunca ha sido más dulce para mí, y te aseguro que nunca ha sido más movida para Arthur. Iré con él.

Poppy se dirigió al jardín para ver a su familia. No alcanzaba a medir la felicidad de alguna forma, solo sabía que la Poppy de hace casi cuatro años atrás no existía. No estaba desesperada, ni deseosa de que la amaran. No se conformaría con lo que antes la hubiese hecho feliz o al menos eso creía. Las migajas, las penas y la propia miseria se habían ido para siempre. Solo tenía a lo que toda mujer debía aspirar: una familia y a un amor de verdad.

Arthur levantó sus ojos hacia donde ella estaba y la invitó con una mano a unirse a él y a Bonnie para que estuvieran juntos.

—¿Crees que le gusta la tierra? —preguntó Poppy, sentándose en el suelo junto a ellos.

—No sé si para plantar, pero debe tener un sabor sin igual, porque se la mete a la boca con frecuencia —dijo burlándose de su pequeña.

—¿Sabes que Madeleine dice que se parece a mí cuando yo era una niña?

—¿Te atreviste a dudarlo? Yo no lo hago.

—¿No prefieres que se parezca a ti? —curioseó con el ceño fruncido.

—No. ¿Qué de bueno hay en verla sentada y aburrida? La prefiero como tú. Hace que la ame mucho más.

—Muy galante, mi conde sucio —habló al ver sus prendas llenas de tierra.

—Es algo fuera de lo común para mí, aprende a disfrutar de tu imperfecto y aburrido esposo.

—No eres aburrido. Quizás un poco serio, pero nada que lady Poppy no pueda solucionar con alguna idea —rio a carcajada suelta.

—¿Qué te parece ordenar la biblioteca otra vez? Pensé en diversión para ti —se chasqueó al ver el mohín que hizo porque a ella no le animaba tanto volver a aburrirse ordenando libros. De tan aburrido que era ordenar, terminó haciéndose de hábito por la lectura.

—No pensé que iba a casarme con un hombre vengativo...

—Tu empiezas...

—Y tú terminas con mis malas obras, ¡Qué cruel! —expresó cerca de sus labios.

Ella lo iba besar, pero un montón de tierra en el rostro de Poppy se lo impidió. Bonnie no podía ceder en el afecto hacia Arthur quien había hecho que se convirtiera en lady Diabla o lady Capricho, o como le decía Madeleine: pequeña lady Problemática, pero no podían hacer nada. Era la ternura personificada.

—Vete junto a Madeleine, Bonnie, y luego busca a Albert.

La niña se sacudió el vestido y rio al pensar que podía atrapar a ese gato escurridizo. Desaparecía cada vez que ella se acercaba.

Después de ver que Madeleine tomó a Bonnie y se la llevó para un baño, Arthur abandonó el suelo y fue a buscar una de las flores que había cultivado con Poppy. Eran las rosas del rosal de la señora Ross, la cual le cedió algunos tallos para que los hiciera crecer.

Arrancó una rosa y se acercó a Poppy, que sonrió al verlo acercarse con aquel detalle en la mano, pero no se fijó al ver que le hizo un moño con un listón. No mencionó una sola palabra al dársela.

—Buscando en mi caja fuerte, encontré algo que te pertenece. Es el principio para mí y devolverte este detalle representa que nuestra vida, no está solo condicionada por un pacto de amistad. Ese anillo que tienes en el dedo, es el pacto para siempre, nuestro pacto de amor y nuestros hijos el fruto.

—Hubiese deseado devolverte el pañuelo en buenas condiciones, pero ha servido para parar la sangre las veces que he bordado. Te aseguro, amado mío, que tu nombre está escrito en sangre por él. La infortunada lady Calamidad es la más afortunada de todas las damas por tenerte a ti. De tu mano tuve la amistad y de tus besos el amor...

Tomó a Poppy de ambas manos y las besó agradecido por su buena fortuna de tenerla. Mientras que ella ya no podía agradecerle que la haya convertido en una infortunada muy afortunada.

Fin…